



La
promesa de
Grayson

Mia Sheridan

Phoebe

Mia Sheridan

La
promesa de
Grayson

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Grayson's vow*

Primera edición: abril de 2017

Copyright © 2015 by Mia Sheridan

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2017

© de esta edición: 2017, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Mesena,18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-08-7

BIC: FRD

Diseño de la colección y maquetación de cubierta: Javier Perea Unceta

Fotografía: Shutterstock

Diseño de portada: Mia Sheridan

Maquetación y rótulos de portada: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidos, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Este libro está dedicado a mi abuela, que siempre tuvo sabias palabras de consejo, un oído para escuchar y un corazón lleno de amor. Te echo de menos todos los días.

«Ni siquiera una vida feliz puede transcurrir sin un atisbo de oscuridad, pues la felicidad perdería su sentido si no se equilibrara con la tristeza». Carl Jung

1

«No te preocupes, cariño, el universo siempre busca el equilibrio. La forma en que lo haga puede resultar misteriosa, pero siempre es justa». Isabelle Dallaire, mi abuela.

Kira

En una larga lista de días malos, este estaría en lo más alto, y solo eran las nueve de la mañana. Salí del coche, aspiré una profunda bocanada del fragante aire veraniego y empecé a andar hacia el Napa Valley Savings Bank. La mañana brillaba con sensualidad a mi alrededor y el dulce aroma a jazmín me hacía cosquillas en la nariz. Suspiré mientras empujaba la puerta de vidrio del banco. La tranquilidad que transmitía toda aquella belleza parecía equivocada, dado que mi humor estaba en contraste directo con el día, cálido y soleado. Supuse que era una idea un tanto arrogante, ¿cómo iba el clima a expresarse a través de mi estado de ánimo?

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó educadamente una mujer morena mientras me acercaba a la ventanilla donde atendía al público.

—Sí —repliqué, sacando mi carnet de identidad y mi vieja cartilla de ahorros del bolso—. Quiero cerrar esta cuenta. —Deslicé ambas cosas hacia la joven. Una esquina de la libreta estaba doblada, mostrando los números que mi abuela había anotado cuando me enseñó cómo entender los números impresos. Aquel recuerdo me desgarró el corazón, pero forcé lo que esperaba que fuera una sonrisa alegre cuando la chica cogió la cartilla, la abrió y miró el número.

Pensé en el día que habíamos abierto la cuenta. Yo tenía diez años y mi abuela me había llevado de la mano hasta allí, donde depositó llena de orgullo los cincuenta dólares que me había pagado por trabajar en el jardín durante todo el verano. A lo largo de los años, habíamos hecho muchos viajes a ese banco, cada vez que iba a su casa, en Napa. Era ella quien me había enseñado que el verdadero valor del dinero residía en compartirlo, en utilizarlo para ayudar a otros, y que también representaba cierto tipo de libertad. El hecho de que en la actualidad tuviera poco dinero, pocas opciones y de que todas mis posesiones materiales se encontraran en el maletero de mi coche era una prueba de la razón que tenía. En ese momento era cualquier cosa menos libre.

—Dos mil cuarenta y siete dólares y dieciséis centavos —anunció la cajera, alzando la mirada hacia mí. Moví la cabeza para asentir. Era un poco más de lo que había esperado. Bien. Eso estaba bien. Necesitaba hasta el último centavo. Solté el aire lentamente, puse las manos encima del mostrador y esperé para contar los billetes.

Una vez que el dinero estuvo a buen recaudo dentro de mi bolso, y que hubiera cancelado la cuenta, deseé buenos días a la chica, me di la vuelta y me dirigí a la puerta, aunque me detuve delante de la fuente.

Mientras el agua fría rozaba mis labios, escuché voces que provenían de un despacho cercano.

—Grayson Hawthorn, me alegro de verlo... —Me quedé paralizada. Luego me incorporé lentamente y me pasé el pulgar por el labio inferior para secármelo. Grayson Hawthorn... ¿Grayson Hawthorn? Conocía ese nombre, recordaba la fuerza con que sonaba. Lo había repetido para mí misma en un susurro

aquel día, en el despacho de mi padre. Pensé en el rápido vistazo que había echado al dossier que mi padre había deslizado por el escritorio cuando puse la bandeja con el café encima de su mesa. ¿Se trataría del mismo Grayson Hawthorn?

Asomé la cabeza por la esquina y eché un vistazo hacia el lugar de donde procedía la voz, pero no vi más que una puerta cerrada, con la cortina bajada. Me dirigí hacia el cuarto de baño que había en el pasillo, justo enfrente del despacho donde se suponía que estaba Grayson Hawthorn.

Una vez dentro del cubículo, cerré la puerta y me apoyé en la pared. Ni siquiera sabía que Grayson Hawthorn vivía en Napa Valley. El juicio había tenido lugar en San Francisco, por lo que debía de haber cometido allí el delito. No era que yo supiera de qué crimen se trataba, solo sabía que mi padre había mostrado un breve interés en él. Me mordí el labio y me acerqué al lavabo, donde me miré en el espejo mientras me lavaba y secaba las manos.

Abrí la puerta lo más silenciosamente que pude e intenté en vano escuchar la conversación que estaba desarrollándose al otro lado del pasillo, pero solo alcancé a oír voces apagadas. De repente, se abrió la puerta y un hombre trajeado, seguramente otro de los directivos del banco, entró en la habitación. El ejecutivo dejó la puerta entreabierta, sin cerrar del todo, por lo que pude escuchar algunas palabras. Permanecí en el interior del cuarto de baño, tratando de enterarme de algo a través de la rendija.

«Desde luego, Kira... Eres un fisgona entrometida». Eso era invasión de la intimidad de aquel hombre. Y peor todavía, resultaba inútil. «En serio, Kira, ¿qué te pasa?». Hice caso omiso a la vocecita de mi cabeza y agudicé el oído.

Borraría este momento tan poco estelar de mis recuerdos. Nadie tenía porque enterarse.

Algunas palabras flotaron hasta mí.

—Lo siento... Convicto... No podemos dárselo... Este banco... Por desgracia... —¿Convicto? Tenía que ser el Grayson Hawthorn que pensaba que era. Qué extraña coincidencia del destino... Apenas sabía nada sobre él. Lo único que conocía en realidad era su nombre, el hecho de que lo habían acusado de un delito y de que mi padre había participado, usándolo como un peón. Grayson Hawthorn y yo teníamos eso en común. No era probable que mi padre recordara ningún nombre en particular, al menos cuando arruinaba la vida a tanta gente regularmente con tan pocos remordimientos. En cualquier caso, ¿por qué estaba espiándolo desde el cuarto de baño? ¿Por qué trataba de enterarme de lo que decían en una conversación privada? No estaba segura, pero la curiosidad era uno de mis grandes defectos. Respiré hondo antes de abrir la puerta para salir, pero escuché el roce de las patas de una silla en el suelo y me quedé paralizada. Tras haber abierto la puerta un poco más, las palabras que provenían del otro lado del pasillo eran ahora mucho más claras.

—Lo siento, no podemos darle el préstamo, señor Hawthorn. —La voz masculina sonaba llena de pesar—. Ojalá valiera más...

Otra voz masculina, imaginé que la de Grayson, lo interrumpió.

—Entiendo. Gracias por haberme dedicado su tiempo, señor Gellar.

Llegué a echar un breve vistazo a la alta figura masculina de pelo oscuro con un traje gris antes de volver al interior del baño, cerrando la puerta de nuevo. Me lavé las manos otra vez para ganar tiempo y luego salí. Al pasar frente al despacho en el que había estado Grayson Hawthorn, eché un vistazo dentro. Había un hombre sentado detrás del escritorio. Vestía traje y corbata, y parecía concentrado en lo que estaba escribiendo. El tipo del traje gris debía de ser Grayson Hawthorn y, evidentemente, había salido del banco.

Me dirigí al exterior, al brillante día de verano, y me metí en el coche, que había dejado aparcado en la calle. Permanecí allí sentada durante un minuto, mirando por la ventanilla el pintoresco centro del pueblo. Unos toldos en buen estado adornaban las fachadas de los negocios y grandes macetas de flores

de colores salpicaban la acera. Me gustaba Napa Valley, desde el centro, a la orilla del río, hasta los viñedos de la periferia, con sus árboles cargados de fruta en verano y las flores amarillas y ocres en invierno. Era allí donde se había retirado mi abuela después de quedarse viuda. Donde yo había pasado los veranos, en la pequeña casita que poseía en Seminary Street. Allá donde posaba la mirada, la veía, oía su voz, sentía su cálido y vibrante espíritu. Como le gustaba decir a mi abuela: «Es posible que hoy sea un día malo, pero mañana puede convertirse en el mejor de tu vida. Solo tienes que llegar a él».

Respiré profundamente, intentando superar la soledad.

«¡Oh, abuela, ojalá estuvieras aquí! Ojalá pudieras abrazarme y decirme que todo va a ir bien. Porque si tú me lo dijeras, pensaría que es cierto».

Cerré los ojos y me apoyé en el respaldo.

—Abuela, ayúdame. Me siento perdida. Te necesito. Hazme una señal. Indícame qué debo hacer. Por favor. —Las lágrimas que llevaba tanto tiempo conteniendo me hicieron arder los ojos y amenazaron con caer.

Cuando los abrí, un movimiento en el retrovisor del lado del copiloto captó mi atención. Al volver la cabeza, vi a un hombre alto y bien plantado con un traje gris... Grayson Hawthorn. Me estremecí y contuve la respiración. Estaba ante el edificio, justo al lado de mi coche, a la derecha del guardabarros trasero. Era el lugar perfecto para que pudiera mirarlo por el espejo sin moverme. Me hundí poco a poco en el asiento, me pegué al respaldo y volví la cabeza para observarlo.

Tenía la cabeza apoyada en el edificio que había a su espalda y los ojos cerrados con una expresión de dolor. Y, ¡Dios mío!, era impresionante. Sus rasgos estaban cincelados como si fuera un caballero de brillante armadura. Tenía el pelo casi negro y lo llevaba demasiado largo, por lo que se le rizaba ligeramente a la altura del cuello de la camisa. Sin embargo, lo más devastador eran sus labios, gruesos y tan sensuales que quise recorrerlos con la mirada una y otra vez. Entrecerré los ojos, tratando de abarcar todos los detalles de su rostro antes de bajar por su larga figura. Su cuerpo, elegante y musculoso, poseía el mismo magnetismo viril que su cara. Me recreé en los anchos hombros y la cintura estrecha.

«¡Oh, Kira! No dispones de tiempo para comerte con los ojos a un convicto, por muy guapo que sea. Tienes preocupaciones más acuciantes. Estás sin hogar y, francamente, desesperada».

Me mordí el labio inferior, incapaz de apartar la mirada. ¿Qué delito habría cometido? Traté de desviar la vista, pero algo me impulsaba a volver a él. Y no era solo aquella sorprendente belleza masculina lo que me llamaba la atención. Había algo en la expresión de su cara que me resultaba demasiado familiar, que se aproximaba mucho a lo que yo estaba sintiendo en ese mismo instante.

«Ojalá valiera más...».

—¿Tú también te sientes desesperado, Grayson Hawthorn? —murmuré—. ¿Por qué?

Mientras lo observaba, movió la cabeza y se dio un masaje en la sien, mirando a su alrededor. Pasó una mujer, que giró la cabeza cuando llegó a su altura para mirarlo de arriba abajo. Él no se dio cuenta y, por suerte para ella, miró al frente antes de chocar contra una farola. Me reí por lo bajo. Grayson tenía de nuevo la mirada perdida. Mientras estaba observándolo, un mendigo se dirigió hacia donde él se encontraba. Llevaba un sombrero y le pedía limosna a la gente. Todo el mundo pasaba con rapidez junto a aquel pobre hombre, mirando hacia otro lado con incomodidad. Cuando se acercó más a Grayson, apreté los labios.

«Viejo, lo siento. Me parece que la persona en la que te has fijado se encuentra en una situación bastante desesperada».

Pero para mi sorpresa, cuando el anciano se acercó a él, Grayson metió la mano en el bolsillo y, tras una breve vacilación, sacó algunos billetes. Desde mi posición no podía asegurarlo, pero me dio la impresión de que había vaciado la cartera para darle el contenido al mendigo. Movié la cabeza para

asentir mientras el hombre le daba las gracias con frenético afán. Tras mirar cómo se alejaba el anciano, se dirigió en dirección contraria y dobló la esquina, desapareciendo de mi vista.

«Mira lo que hace la gente cuando piensa que nadie la observa, cariño. Es la mejor forma de saber cómo son en realidad».

Las palabras de mi abuela flotaron en mi mente como si estuviera hablándome desde el interior del coche. El estridente timbre del teléfono me sobresaltó y solté un jadeo antes de coger el bolso del asiento del copiloto para buscar el móvil en el interior.

Era Kimberly.

—Hola —la saludé en voz baja.

Tras un momento de silencio, me respondió también en voz baja.

—¿Kira? ¿Por qué hablas en susurros?

Me aclaré la garganta y me acomodé en el asiento.

—Es que el timbre del teléfono me ha sobresaltado. Estoy en Napa Valley, dentro del coche.

—¿Has podido cerrar la cuenta?

—Sí. Había algo más de dos mil dólares.

—¡Guau! ¡Genial! Algo es algo, ¿verdad?

Suspiré.

—Sí. Me da un respiro.

Oí a los chicos de Kimberly riéndose por detrás. Ella les mandó callar en español, sosteniendo la mano sobre el teléfono, antes de volver a dirigirse a mí.

—Siempre que lo necesites, mi sofá es tuyo.

—Lo sé. Gracias, Kimmy. —Sin embargo, no podía disponer así de mi mejor amiga. Andy, su marido, y ella, vivían comprimidos en un pequeño apartamento en San Francisco, con sus hijos gemelos de cuatro años. Kimberly se había quedado embarazada cuando tenía dieciocho años y más tarde se había enterado de la impactante noticia de que eran dos. Andy y ella habían superado muchas adversidades, pero su vida no había sido fácil. Lo último que necesitaban era que una amiga se apropiara de su sofá y añadiera un foco de tensión a la familia.

«Estás sin hogar. No tienes casa».

Respiré hondo.

—Sin embargo, tengo un plan —solté, mordisqueándome los labios. Una sensación de determinación había sustituido la desesperación que se había adueñado de mí durante toda la mañana. El rostro de Grayson Hawthorn parpadeó en mi mente—. Kimmy, ¿alguna vez has sentido como... como si tuvieras que seguir un camino? ¿Como si vieras muy, muy claro lo que tienes que hacer?

Kimberly se mantuvo en silencio durante un instante.

—¡Oh, no! No. Conozco ese tono. Significa que estás maquinando algo que voy a intentar sacarte de la cabeza sin éxito. No estarás retomando el plan de poner un anuncio para conseguir un marido, ¿verdad? Porque si es así...

—No —la interrumpí—. Al menos, no exactamente.

Kimberly soltó un gemido.

—Has tenido otra de esas malas ideas, ¿verdad? Algo completamente absurdo y, casi con seguridad, peligroso.

Sonreí a pesar de todo.

—¡Oh, basta! Esas ideas que llamas malas rara vez son ridículas y peligrosas.

—¿Qué me dices de comercializar tu propia mascarilla natural, fabricada con las hierbas de tu jardín?

Curvé más los labios; sabía cuál era su juego.

—¡Oh, eso...! Mi fórmula era perfecta. De hecho, casi lo conseguí. Si la persona que se presentó voluntaria para probarla no fuera...

—Me pusiste la cara verde. Color que tardó una semana en marcharse. La semana en la que se hacía la foto escolar.

Me reí por lo bajo.

—Vale, vale..., esa idea no funcionó bien, pero solo tenía diez años.

—Escaparnos para ir a la fiesta de Carter Scott cuando teníamos dieciséis...

—Eso habría funcionado si... —empecé a defenderme.

—Los bomberos tuvieron que venir a rescatarnos del tejado de tu casa.

—Nunca has sido demasiado valiente... —repuse con una sonrisa.

—O aquella vez que estábamos en la universidad y volvimos a casa en las vacaciones de verano. Organizaste una cena asiática, en la que todos teníamos que llevar kimonos... y casi acabas cargándote a todos los invitados.

—Un error al elegir los ingredientes. ¿Quién iba a saber que tenía que poseer una licencia especial para cocinar aquellos peces en particular? De todas formas, hace mucho tiempo de eso.

—Fue hace dos años —me recordó sin inflexión en la voz, aunque supe que contenía la risa.

—Está bien, tienes razón, listilla —me rendí con una risita—. Pero me quieres a pesar de todo.

—Cierto. —Suspiró—. No puedo evitarlo. Eres adorable.

—Bien, supongo que eso es discutible.

—No —atajó con firmeza—. No lo es. Tu padre es un gilipollas, y ya sabes lo que opino sobre ese tema. Cielo, es necesario que hablemos de lo ocurrido. Ha pasado un año. Sé que acabas de regresar, pero si necesitas...

Me mordí el labio y moví la cabeza a pesar de que ella no podía ver el movimiento desde el otro lado del teléfono.

—Aún no —la interrumpí en voz baja—. Gracias por haberme hecho reír. En serio, Kim, estoy atravesando una situación muy jodida en este momento. Quizá una mala idea sea justo lo que necesito. —No pude evitar el suspiro que acompañó a la frase. Kimberly siempre me levantaba el ánimo, pero parecía realmente asustada.

—Lo sé, Kira —respondió Kimberly en tono comprensivo—. Y, por desgracia, estás decidida a no utilizar ninguno de los contactos profesionales de tu padre. Es posible que tengas que buscar trabajo de camarera hasta que se te ocurra algo.

Suspiré.

—Quizá, pero ¿de verdad quieres que me acerque a algún sitio donde se preparen comidas?

—Cierto. —Noté la diversión en su voz—. Decidas lo que decidas, siempre seremos Kira y Kimmy Kats, ¿verdad? Siempre. Somos un gran equipo —aseguró, recordándome el nombre del grupo que habíamos hecho cuando teníamos doce años y se me había ocurrido el plan de cantar en las esquinas a cambio de dinero. Había visto un anuncio en la televisión sobre los niños africanos que no tenían suficiente para comer, y mi padre no quería darme dinero para apadrinar a uno. Al final, nos habían pillado vestidas con «disfraces» inadecuados hechos con papel y cinta aislante. Mi padre me castigó durante un mes. La madre de Kimberly, que trabajaba como limpiadora en casa, puso los veintidós dólares que necesitaba para alimentar y educar a Khotso ese mes, y me dio también el dinero que me faltaba durante los meses posteriores.

—Siempre. Te quiero, Kimmy Kat.

—Te quiero, Kira Kat. Tengo que dejarte, los niños están descontrolados. —Oí de fondo los chillidos y las risas de Levi y Micah, seguidos del sonido de pequeños pies corriendo—. ¡Estaos quietos, niños! ¡Y

no gritéis! —aulló Kimberly, alejando el teléfono de su boca durante un instante—. ¿Estarás bien esta noche?

—Sí, estaré bien. Creo que incluso podría ponerme en plan derrochador y alquilar una habitación en un motel barato. Así podría ir a dar una vuelta por la orilla del río. Eso me hace sentir cerca de la abuela. —No mencioné que esa misma mañana, había llenado a toda prisa mi maleta antes de bajar por la escalera de incendios del apartamento que mi padre pagaba, mientras él gritaba y golpeaba la puerta. Ni que tenía todas mis cosas en el maletero del coche. Kimberly se preocuparía si lo supiera y, por ahora, disponía de algo de dinero y una idea —una idea muy, muy mala— rondaba en mi cabeza.

En mi ilustre historia de ideas realmente malas, esta podría ser la que se llevara la palma.

Por supuesto, tenía que hacer una minuciosa investigación antes de tomar una decisión. Y una lista de pros y contras, que era algo que siempre me ayudaba a ver las cosas más claras. Aunque eso requería de cierta diligencia.

Kimberly suspiró.

—Dios la tenga en su gloria. Tu abuela era una mujer increíble.

—Sí, lo era —convine—. Dales un beso a los niños de mi parte. Te llamaré mañana.

—De acuerdo. Hablaremos entonces. Y... Kira, estoy muy contenta de que estés de vuelta. Te he echado mucho de menos.

—Yo también. Hasta luego, Kimberly.

Colgué y permanecí en el coche unos minutos más. Luego encendí de nuevo el móvil para empezar a hacer algunas averiguaciones por Internet. Y también me puse a buscar una habitación que pudiera permitirme.

Grayson

—La bomba no se puede arreglar, señor, va a tener que sustituirla.

Maldije por lo bajo y dejé la llave inglesa de nuevo en la caja de herramientas antes de enderezar la espalda. José tenía razón. Usé el brazo para secarme el sudor de la frente y moví la cabeza asintiendo mientras me apoyaba en la inútil pieza. Otra cosa más que me veía obligado a reemplazar.

José me lanzó una mirada llena de comprensión.

—La parte buena es que tenemos la despalladora manual. Y creo que está casi nueva.

—Por fin, una buena noticia —respondí, recogiendo la caja de herramientas que había llevado. Una buena noticia que añadir a una larga lista de cosas malas. Mejor aceptar las cosas como iban llegando—. Gracias, José. Iré a asearme.

José asintió.

—¿Alguna noticia del banco, señor?

Me detuve, pero no me di la vuelta.

—Han denegado el préstamo. —Al ver que José no respondía, seguí avanzando. Sentía su mirada decepcionada clavada en la espalda. Me había prometido a mí mismo sacar adelante los viñedos de la familia, y no había nada más importante para mí. José, sin embargo, tenía una familia que alimentar, y el miembro más joven contaba solo con unas semanas de edad. Si fallaba, yo no iba a ser el único que se encontrara sin trabajo.

«Ojalá valiera más...».

Apreté los dientes al recordar cómo me habían dolido aquellas palabras. Representaban para mí mucho más que mi estado financiero. Me recordaban que nunca había valido mucho.

«Ojalá valiera más...».

De hecho, ojalá...

Si ese poderoso «ojalá...» se hiciera realidad, habría tenido dinero para comprarme algo más que el menú de a dólar del McDonald's. Pero había repasado los «ojalá» de mi vida más veces de las que podía recordar; eran una pérdida de tiempo inútil y dolorosa.

Y lo cierto era que no necesitaba más razones para despreciarme a mí mismo.

Bloquéé los pensamientos. Estaba inclinándome de una forma peligrosa hacia la autocompasión y sabía por experiencia personal que era un agujero demasiado profundo para salir una vez que te has metido en él. Intenté concentrarme en la frialdad que mantenía la desesperación a raya. Y me obligué a seguir con el trabajo que había que hacer.

Me recordé a mí mismo que, al final, mi padre me había encontrado digno. Y le había hecho una promesa que no pensaba olvidar.

El sol de la tarde brillaba en lo alto del cielo cuando salí; el olor de las rosas que había plantado mi madrastra hacía mucho tiempo flotaba en el aire y llegaba desde algún lugar cercano el zumbido perezoso de alguna abeja. Me detuve a examinar los racimos de uvas que maduraban en las viñas, y el orgullo hizo que se me hinchara el pecho. Iba a ser una buena cosecha; lo sentía en los huesos. Tenía que serlo. Y eso

era en lo único que iba a pensar hoy, a pesar de que no podría aprovechar la fruta si no tenía el equipo disponible en otoño. Había vendido casi cualquier cosa de valor que había en la residencia familiar para poder tener dinero para plantar esas uvas...

Unos minutos después entraba en la casa, una edificación de piedra que había construido mi padre, diseñada con aire antiguo y el carácter del viejo mundo. En su día había sido una sala de exhibición, pero ahora necesitaba tantas mejoras como el equipo de elaboración del vino; mejoras que no podía financiar.

—La bomba no se puede arreglar.

Apreté los dientes cuando Walter, el mayordomo de la familia, se acercó para recibirme.

—Eso parece.

—He hecho una lista en Excel con todos los equipos que hemos revisado, marcando con un código de colores la prioridad con la que deben ser reemplazados.

«Genial». Justo lo que necesitaba, una ayuda visual de mi fatídica situación.

Me detuve para mirar el correo que había en la consola del vestíbulo.

—Walter, ¿ahora también ejerces como mi secretario?

—Alguien tiene que hacerlo, señor. Llevar este lugar supone un trabajo inabarcable para una sola persona.

—¿Me permites que te haga una pregunta, Walter?

—Sí, señor.

—¿Has anotado también con esos colorines tan chulos los artículos que puedo permitirme reparar o cambiar?

Walter movió la cabeza.

—No, señor, eso no se me ha pasado por la cabeza. Pero espero que la lista le sea de utilidad.

—De ninguna manera, Walter —respondí mientras me dirigía hacia las escaleras—. Y te he dicho un millón de veces que no me llames «señor». Me conoces desde que era un bebé. —Por no añadir que apenas merecía aquel respetuoso título. Walter valía tres veces más que yo, y él, sin duda, lo sabía. Sin embargo, también era consciente de que jamás olvidaría su profesionalidad, aunque llevara con la familia más de treinta años. A fin de cuentas, Walter Popplewell era inglés.

—Señor —se aclaró la garganta—. Tiene una visita.

Me di la vuelta.

—¿Quién es?

—Alguien que... —Se aclaró de nuevo la garganta—. Alguien que busca trabajo, señor.

Puse los ojos en blanco. «¡Dios!».

—Genial, deja que me deshaga de él. Y de todas formas, ¿quién es tan idiota para venir aquí en busca de trabajo?

Walter señaló la cocina con la mano, donde su esposa Charlotte, que era mi ama de llaves, se reía con alguien.

Cuando entré, había un hombre sentado ante la enorme mesa de madera con un plato de galletas delante. En cuanto me vio, se levantó con rapidez, golpeando sin querer el platito, que cayó al suelo y se rompió en mil pedazos.

—¡Oh, cielos! —exclamó Charlotte, acercándose desde la encimera, donde estaba sirviendo un vaso de leche—. No te preocupes por eso, Virgil. Ve a hablar con el señor Hawthorn mientras yo lo limpio. No tiene importancia.

El hombre que tenía delante medía más de metro noventa y llevaba unos pantalones color caqui, una camisa de rayas rojas y azules y una gorra de béisbol de los Giants en la cabeza. Su cara redonda lucía una expresión de terror al deslizar la mirada desde el plato roto hasta mi rostro.

Me acerqué a él y le tendí la mano.

—Grayson Hawthorn.

Clavó los ojos en mis dedos. Subió el brazo de forma vacilante. Mientras le estrechaba la mano, nuestras miradas se encontraron y me di cuenta al encontrarme con aquellos cándidos ojos de que era mentalmente lento.

«¡Santo Dios!».

—Me llamo Virgil Potter, señor Hawthorn, Grayson, señor. —Me soltó y bajó la mirada con timidez antes de echar un vistazo a Charlotte, que barría los restos del plato y las galletas. Se encogió un poco antes de volver a mirarme—. Como el mago, señor, solo que no tengo ninguna cicatriz en la frente, sino en la espalda, donde me quemé con el calefactor una vez cuando me acerqué demasiado y...

—¿En qué puedo ayudarlo, señor Potter?

—Oh, no me trate de usted, señor. Llámeme Virgil.

—De acuerdo, Virgil.

Charlotte me lanzó una mirada de advertencia desde el lugar donde estaba arrodillada en el suelo. Volví a clavar los ojos en Virgil, haciendo caso omiso de ella.

Virgil vaciló y cambió el peso de pie, mirando a Charlotte de nuevo. Ella le brindó una sonrisa e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. El hombre se quitó de repente la gorra de béisbol de la cabeza, como si hubiera recordado de golpe que la llevaba puesta, y se puso a manosearla entre sus enormes manos.

—Esperaba que... Señor... Es decir... Necesito un trabajo, señor. Y he pensado que podría hacer algo por usted. He oído hablar a la gente en el pueblo y dicen que va a tener muchos problemas para mantener los viñedos en funcionamiento. Así que he pensado que le vendría bien que le echara una mano. Le saldría barato, ya que no soy tan inteligente como otras personas. Pero soy trabajador; mi madre siempre lo dice. Y podría venirle bien.

Suspiré. Era justo lo que necesitaba. Apenas conseguía sacar adelante las tareas con el personal que tenía ahora. Sin duda eran muchas menos personas de las que necesitaba, pero eran todas las que podía permitirme... y las únicas que se habían quedado. No podía pagar a ninguna más. Y menos a una a la que tendría que estar supervisando durante todo el día.

—Virgil... —Tomé aire, preparándome para defraudarlo.

—Señor —me interrumpió él—, mi madre ya no puede limpiar más casas porque tiene la espalda mal. Y como yo no trabaje, no tendremos dinero suficiente para salir adelante. Sé que puedo hacerlo bien, solo necesito que alguien me dé la oportunidad.

«¡Santo Dios!».

Cuando Charlotte reclamó mi atención al incorporarse para vaciar el recogedor, le dirigí mi mirada más gélida. Era ella la que estaba detrás de esto. ¿En qué estaba pensando? Cuando todo se fuera a la mierda, tanto ella como Walter se encontrarían sin trabajo. Cerré los ojos durante un segundo y luego los volví a abrir.

—Virgil, lo siento, pero...

—Sé que al mirarme, seguramente piensa que no valgo mucho, pero sé qué puedo hacer y qué no, señor. Podría hacer un buen trabajo, de verdad. —Sus grandes ojos estaban tan llenos de esperanza como los de un niño.

«Ojalá valiera más...».

Los trozos rotos del plato resonaron al caer en el cubo de basura, y miré de nuevo a Charlotte, que mantenía los ojos clavados en mí a pesar de tener las manos ocupadas. Apreté los labios.

«Ojalá valiera más...».

—De acuerdo, Virgil. Quedas contratado —dije finalmente, sin apartar la mirada de Charlotte, que

ahora curvaba los labios en una sonrisa. Cuando por fin miré a Virgil, sus ojos brillaban de alegría. Levanté la mano como si así pudiera contener la intensidad de su felicidad—. Pero no puedo pagarte mucho, y por ahora estarás a prueba, ¿vale? A veces tenemos que trabajar después de anochecer y no hay medio de transporte para regresar al pueblo. Sin embargo, en las instalaciones donde elaboramos el vino hay algunas literas; puedes quedarte allí si es necesario. Dentro de un mes y medio veremos cómo lo estás haciendo... —«Si es que los viñedos siguen abiertos dentro de un mes».

Virgil asintió con ganas sin dejar de retorcer entre sus manos la pobre gorra, que seguramente estaba a punto de quedar inservible.

—No se arrepentirá de esto, señor. No, no le defraudaré. Soy un buen trabajador.

—De acuerdo, muy bien, Virgil. Regresa mañana por la mañana para que rellenemos los papeles y traes tu carnet de identidad. A las nueve, ¿vale?

Virgil siguió asintiendo.

—Aquí estaré, señor. Incluso vendré antes, estaré aquí a las siete.

—A las nueve, Virgil. Y puedes llamarme Grayson.

—Sí, señor, Grayson, señor. A las nueve de la mañana.

Virgil volvió su enorme y torpe corpachón hacia Charlotte. Se despidió con una sonrisa de oreja a oreja, y ella lo echó de la cocina antes de que yo cambiara de opinión. Permanecí de pie ante la ventana, observando en silencio a Virgil mientras salía de la casa y corría hacia el camino que conducía hasta las puertas de hierro forjado que daban acceso a la propiedad. Maldije por lo bajo por enésima vez ese día y lancé a Charlotte otra mirada gélida.

—Si no te conociera bien, diría que tratas de sabotearme.

—Ah, pero me conoces, muchacho. Y sabes que solo quiero lo mejor para ti.

Claro que lo sabía. Respiré hondo de todas formas, para imponer respeto.

Charlotte sonrió y comenzó a tararear mientras fregaba.

Me di la vuelta sin decir una palabra más y subí a ducharme. Aunque no era algo que hiciera muchas veces, esa noche iba a beber hasta caer inconsciente.

El sol matutino se filtraba por las ventanas, bañando el vestíbulo de entrada con su luz dorada mientras yo bajaba las escaleras. Era demasiado temprano para mí, teniendo en cuenta que había regresado hacía solo un par de horas. Me estremecí y me protegí los ojos del brillante resplandor. Me palpitaba la cabeza... Pero era justo lo que me merecía. Sin embargo, el alcohol había ahogado mis problemas durante una noche y, solo por eso, había valido la pena. Casi todos los días trabajaba desde el amanecer hasta más allá del anochecer, y aun así no era suficiente. Y después de lo que me habían dicho ayer en el banco... Bueno, me merecía una noche de borrachera en la que poder olvidarlo todo. Tenía mis límites.

—Gray, querido, ha venido alguien a verte. Buenos días. —Charlotte me sonreía cuando llegué a los pies de la escalera—. Oh... —Fruunció el ceño—. Parece que has tomado algo que te ha sentado mal.

No hice caso de la última observación.

—¿Quién es ahora? —¿A quién se le ocurría venir a primera hora de la mañana? ¿Es que no podía esperar a una hora decente? Apenas había salido el sol, y estaba de un humor imposible—. No será otra persona pidiendo trabajo, ¿verdad? ¿Alguien a quien le falte una extremidad en esta ocasión?

Charlotte se limitó a sonreír.

—No creo que quiera trabajo, pero no le he preguntado qué es lo que quería. Y conserva todas las extremidades. Esa chica está esperándote en el despacho.

—¿Esa chica?

—Sí, es una jovencita. Me ha dicho que se llama Kira. Y es muy guapa. —Charlotte me guiñó un ojo. De acuerdo, quizá no era la peor manera de empezar el día. A menos que fuera alguna chica que me hubiera tirado..., y no la recordara. Me tomé un par de pastillas de paracetamol, me serví una taza de café en la cocina y me dirigí a la parte delantera de la casa, donde se encontraba el enorme despacho que había pertenecido a mi padre.

Allí había una joven con un vestido suelto de color crema, confeccionado con alguna clase de seda, aunque lo llevaba ceñido con un cinturón. Estaba de espaldas a mí, rebuscando en la librería que había en la pared enfrente de la puerta. Carraspeé y ella se dio la vuelta. El libro que sostenía cayó al suelo cuando se llevó las manos al pecho. Abrió mucho los ojos antes de inclinarse para recoger el libro, riéndose con fuerza.

—Lo siento, me ha asustado. —Se incorporó y se acercó a mí—. Lo siento..., er... Lo siento. Grayson Hawthorn, ¿verdad? —Dejó el libro en el borde del escritorio y me ofreció la mano. Era una mujer delgada, de estatura media, con el pelo de color caoba oscuro, que llevaba recogido con firmeza en una especie de nudo encima de la nuca. No era mi tipo, pero Charlotte tenía razón: era una chica muy guapa. Sin embargo, a mí me iban más las mujeres altas y elegantes; en realidad, me iba particularmente una rubia alta y elegante. Pero bloqueé ese doloroso pensamiento al instante. No me permitía pensar en eso. Solo cuando la joven se acercó a mí, me fijé en sus ojos; eran grandes y estaban rodeados por espesas pestañas. Las cejas, delicadamente arqueadas, eran del mismo color que el pelo. Pero lo que me dejó aturdido fueron sus ojos. Eran los más verdes que hubiera visto nunca. Relucían como esmeraldas. Al instante, me dio la impresión de que esos ojos veían más cosas que otros. Eran fascinantes, magnéticos... y me hacían sentir que no podía respirar hondo.

Di un paso atrás y entrecerré los ojos, pero le estreché la mano. La suya era pequeña y cálida, y se perdía en la mía, más grande. El calor que desprendía pareció subir por mi brazo y bajar por mi espalda. Fruncí el ceño y le solté los dedos.

—¿Y usted es...? —pregunté sin intención de resultar hostil.

—Kira —replicó con sencillez, como si eso lo explicara todo. «De acuerdo». Cerró por un instante aquellos impresionantes ojos, y sentí una momentánea punzada de decepción. La vi sacudir la cabeza antes de volver a mirarme—. Lo siento, ¿le importa si nos sentamos?

Señalé con la cabeza la silla que había delante del escritorio de caoba. Dejé mi taza de café sobre la superficie y rodeé la mesa para sentarme en el sillón de cuero que había detrás.

—¿Le apetece una taza de café? —pregunté—. Puedo pedirle a Charlotte que le traiga uno. —¿Qué quería esa chica? No me resultaba familiar.

—No, gracias. —Movié la cabeza acompañando sus palabras—. Ya me lo ha ofrecido. —Un mechón se soltó del tirante peinado. Ella hizo un mohín de irritación e intentó colocarlo de nuevo.

Esperé a que hablara. Me dolía la cabeza, así que me masajee la sien con aire ausente. Siguió mis dedos con la mirada, lo que hizo que los detuviera.

Respiró hondo y enderezó la espalda antes de cruzar las piernas. Como la silla no estaba pegada a la mesa, pude seguir fácilmente con la mirada el movimiento de sus bien torneadas pantorrillas, los tobillos delgados y unas sandalias azules de tacón alto. El bolso que antes llevaba colgado del hombro reposaba ahora en su regazo; me fijé en que hacía juego con las sandalias. No sabía nada de moda, pero reconocía un artículo caro cuando lo veía. Mi insensible madrastra había sido el epítome de la decadencia consumista.

—No es mi intención ser desagradable, pero hoy tengo mucho que hacer.

Abrió más los ojos.

—Entiendo, por supuesto. Lamento estar entreteniéndolo. Bien, supongo que debo ir al grano. Quiero

ofrecerle un acuerdo de negocios.

Arqueé una ceja.

—¿Un acuerdo de negocios?

Asintió con la cabeza al tiempo que retorció la larga cadena de oro que llevaba al cuello.

—Sí, bueno... Señor Hawthorn, en realidad estoy aquí para proponerle matrimonio.

El ataque de risa que me dio provocó que escupiera encima del escritorio el sorbo de café que tenía en la boca.

—¿Perdón?

Aquellos magníficos ojos verdes brillaron con algo que no pude definir.

—Si me escuchara hasta el final, creo que se daría cuenta de que esto podría beneficiarnos a los dos.

—¿Y cómo es que usted sabe qué podría beneficiarme a mí, señorita...? ¿Cuál es su apellido? No me lo ha dicho.

Ella alzó la barbilla.

—Dallaire. Mi apellido es Dallaire. —Me miró como si estuviera esperando algo.

—¿Dallaire? —La miré durante un rato con el ceño fruncido. Conocía ese apellido—. ¿Dallaire, como el exalcalde de San Francisco?

—Sí. —Levantó la barbilla. Oh..., una joven altiva, o eso decía ese gesto. Pertenece a la realeza política. Era una heredera. No sabía muchos datos sobre Frank Dallaire, salvo que había sido alcalde durante dos mandatos y que era muy, muy rico. Su riqueza no solo era fruto de su carrera política, sino por negocios relacionados, creía, con la compraventa de terrenos. Estaba incluido en la lista de los hombres más ricos del país. Entonces, ¿qué demonios hacía aquí su hija?

—Entonces, señorita Dallaire, imagino que la mejor pregunta es ¿cómo coño puede beneficiarle casarse conmigo? —Esto iba a estar bien. Me recosté en el sillón.

Suspiró, pareciendo un poco menos altiva.

—Me hallo en una situación desesperada, señor Hawthorn. Mi padre y yo estamos... —se mordisqueó el labio durante un segundo mientras buscaba la palabra correcta— distanciados. Yendo directa al grano, necesito dinero para vivir, para subsistir.

La estudié durante un segundo y luego me reí por lo bajo.

—Le puedo asegurar, señorita Dallaire, que casarse conmigo no va a beneficiar su situación financiera. Al contrario. Creo que alguien la ha informado mal.

Ella movió la cabeza al tiempo que se inclinaba hacia delante.

—Lo que me lleva a la parte que nos beneficia a ambos.

—Por supuesto. Por favor, continúe —la animé, sin tratar de ocultar el aburrimiento en mi voz. Me volví a frotar la sien. No podía perder el tiempo con esto.

La vi asentir.

—Bien, ha llegado a mi conocimiento que sus viñedos..., er... Bueno, solo puedo ser brutalmente sincera..., están arruinados.

La cólera me inundó al ver la forma en que aquella mocosa mimada resumía mi situación. Me aparté la mano de la sien y le lancé mi mirada más fría.

—¿Cómo sabe eso?

Volvió a alzar la barbilla.

—Le he investigado.

—Ajá.

—Bueno, ayer estaba en el banco. Escuché de forma accidental parte de su reunión. Se negaron a darle un préstamo. —Me mantuve inmóvil mientras sus mejillas enrojecían lentamente. Al menos tenía la

decencia de sentir vergüenza. «De forma accidental...». Sí, seguro. Pero en ese momento volvió a alzar la barbilla.

La ira y una pequeña humillación por lo que ella había podido escuchar me hicieron enderezar la espalda.

—Así que está intentando decirme que, con toda premeditación, me espió en el banco, me buscó en Google y ahora cree entender mi situación, ¿no? —«¿Qué coño...?».

Su expresión se suavizó un poco y me fijé en cómo sacaba la lengua para humedecerse el labio inferior. Mi cuerpo reaccionó de forma automática a ese movimiento, pero me reprimí con violencia. No me sentía atraído por la princesita arrogante que estaba sentada frente a mí. Además, había estado la noche anterior con una mujer, una rubia llamada Jade que olía a sandía..., ¿o era a piña? Me había desfogado a gusto. Y, sin embargo, a pesar de ello, la aventura me había dejado algo insatisfecho... Y oliendo a fruta. Me concentré de nuevo en la pelirroja que tenía delante. ¿O era morena? Su cabello era casi una mezcla perfecta de ambos tonos... Como si su pelo estuviera respondiendo a mis pensamientos, se le soltó otro mechón, que ella se puso detrás de la oreja.

—Le aseguro que no conozco todos los detalles de su situación, pero sé que necesita dinero en efectivo, y que tiene pocas opciones, en especial, si tenemos en cuenta sus... antecedentes. —El rubor rosado volvió a inundar las mejillas nacaradas antes de que continuara—. Yo también necesito dinero. En realidad, mi situación también es desesperada.

Emití un suspiro.

—Estoy seguro de que si acudiera a su padre, resolvería todos sus problemas. Las cosas rara vez son tan desesperadas como parecen. —Aunque mi situación sí lo era.

Sus ojos escupieron fuego, pero mantuvo una expresión neutra.

—No —aseguró—, mis problemas no se resolverán acudiendo a mi padre. Estamos distanciados desde hace más de un año.

—Espere, espere..., ¿cómo ha sobrevivido desde entonces?

Hizo una pausa como si estuviera considerando la respuesta.

—He estado en el extranjero.

De compras, seguramente. O tomando el sol. Le recorrí de nuevo las piernas con la mirada; las tenía bastante bronceadas. Y ahora que sus fondos personales se habían agotado, papá no quería darle más dinero. ¡Menuda tragedia!

—¿Va contra sus principios conseguir un trabajo? ¿Tiene estudios?

—Mi carrera universitaria quedó... interrumpida. Y no, claro que no va contra mis principios buscar un empleo si fuera necesario. Sin embargo... —se sentó todavía más recta—, baste decir que hoy he venido aquí porque creía que era la mejor manera de actuar para todos los involucrados.

Volvía a palparme la cabeza. ¿Qué cojones me importaba a mí cuál era su situación?

—De acuerdo, ¿puede ir al grano? Como tan sucintamente ha sugerido, mis viñedos se están yendo a la mierda, y tengo mucho trabajo.

—Cierto. Bueno, sí, señor Hawthorn, mi abuela, la madre de mi padre, vivía modestamente, pero gracias a algunas inversiones que hizo mi abuelo, tenía algo de dinero cuando murió. Dejó esa cantidad a sus dos nietos, es decir, a mí y a un primo que no conozco muy bien. La cuestión es que dejó estipulado que solo podremos disponer del dinero cuando cumplamos treinta años o cuando nos casemos, lo que ocurra primero.

Me senté derecho y entrelacé los dedos.

—Así que —continuó con rapidez— le propongo lo siguiente: nos casamos, dividimos el dinero y, dentro de un año, presentamos una demanda de divorcio.

Arqueé una ceja.

—¿Nos dividimos el dinero? ¿De cuánto dinero estamos hablando exactamente?

—De setecientos mil dólares.

El corazón se me aceleró. «Trescientos cincuenta mil dólares». Era una cifra superior a la que le había pedido al banco. Sería más que suficiente para llevar a cabo todas las reparaciones necesarias en el equipo y las edificaciones. Suficiente para embotellar el vino que tenía en las barricas en ese momento. Y también para pagar a un par de empleados más. Y si la nueva cosecha resultaba tan buena como sospechaba..., los viñedos estarían florecientes de nuevo en menos de un año.

«Podré cumplir la promesa que le he hecho a mi padre».

Permanecí en silencio, no solo por lo que acababa de decir, sino también para hacerla sentir un poco intranquila. No pareció que le afectara.

—Interesante —pronuncié, finalmente—. ¿No existe ninguna cláusula sobre cuánto tiempo deberíamos permanecer casados?

Ella suspiró y movió la cabeza, suponiendo sin duda que tal pregunta significaba que realmente estaba considerando aquella alocada idea. ¿Lo estaba haciendo? ¿Podía fiarme de esa mujer? Sin duda, había alguna pega. Era absurdo que fuera tan fácil. Me daba vueltas la cabeza, y no solo por la resaca.

—No, pero mi padre se... disgustaría si supiera que me he casado con usted solo para conseguir el dinero que me dejó mi abuela. Bueno, le disgustaría que me casara con cualquiera. —Noté una sombra en su expresión, pero desapareció con rapidez sin que pudiera interpretarla—. Pero si tuviera alguna sospecha de que se trata de un matrimonio amañado, podría tratar de impugnar el pago del fideicomiso. Así que, por el bien de nuestros intereses, el matrimonio deberá parecer lo más legítimo posible. Sin embargo, como ya he dicho, mi padre y yo estamos distanciados, así que nuestros esfuerzos deberán ser mínimos, aunque convincentes.

Arqueé las cejas, permitiéndome repasar lo que había dicho durante un minuto. Era algo surrealista e increíble.

—Espera un momento. No serás una de ellas, ¿verdad? —Me incliné hacia delante—. Una de esas locas que me escribían a la cárcel para ofrecerme matrimonio.

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

Me recliné de nuevo.

—Sí, había muchas así. Al parecer, a algunas mujeres ese tipo de cosas les ponen mucho.

—¿Para qué? ¿Por qué? —Movié la cabeza como si no estuviera segura de en qué momento se había desviado la conversación. Su confusión parecía auténtica.

Sonreí.

—Por lo que yo sé, a las mujeres les gustan los chicos malos.

Me miró fijamente durante un rato.

—Le puedo asegurar que yo no soy una de esas mujeres.

Asentí con la cabeza muy despacio.

—Bien... Porque le puedo asegurar que usted no es mi tipo.

Ella se sentó todavía más derecha.

—Eso es incluso mejor. Le estoy proponiendo un negocio, nada más. —Apartó la vista, impidiéndome ver sus ojos de bruja, pero cuando volvió a mirarme tenía de nuevo las mejillas rosadas—. Sin embargo, levantaría sospechas que no me mudara aquí y, francamente, señor Hawthorn, necesito algún sitio donde vivir. Puedo llevarle la contabilidad a cambio. Imagino que no tiene mucho personal.

Me volví a reclinar en el sillón.

—Me siento impresionado por la investigación que ha llevado a cabo, señorita Dallaire. Tuve que despedir a mi contable... Y a mi secretaria. Y también a casi todo el personal. —Aunque ninguno de ellos vivía en la propiedad.

Asintió.

—Se me dan bien los números. He trabajado como becaria con el equipo que lleva la contabilidad de mi padre, así que sé manejar todos los programas informáticos necesarios. Podría hacer un intercambio con usted a cambio de alojamiento y comida y, evidentemente, para mantener las apariencias. No le estoy proponiendo vivir aquí un año, quizá solo un par de meses menos, hasta que sepa que mi padre ha aceptado mi matrimonio y vuelva a ignorarme. Entonces, nos alejaríamos discretamente y nunca volveríamos a vernos, salvo quizá, por supuesto, en el juzgado cuando nos divorciemos. Sería todo muy sencillo. Además de muy, muy temporal. Por supuesto, lo pondremos por escrito delante de un notario. Y, por favor, llámeme Kira.

La estudié durante un buen rato, observando la forma en que divagaba. Parecía educada y segura de sí misma, pero ¿no estaría más nerviosa de lo que parecía? Sostuve el contacto visual durante mucho tiempo, pero ella no apartó la mirada ni se inmutó.

—¿Y qué va a hacer con su parte del dinero, Kira? Si me permite que se lo pregunte.

Se aclaró la garganta.

—Bueno, aparte de mantenerme, evidentemente, colaboro con varias organizaciones benéficas de San Francisco. Una de ellas se encuentra en una situación desesperada y tendrá que cerrar si no encuentran un patrocinador.

Esbocé una sonrisa tensa. Oh..., era igualita a mi madrastra. Una heredera con la vida vacía. La recuerdo subiéndose al Bentley para salvar a los pobres campesinos del hambre y poder llamarse filántropa a sí misma, antes de salir corriendo a la tienda de Louis Vuitton más cercana para añadir piezas a su colección de bolsos.

—Entiendo... —¿Qué me importaba a mí lo que quisiera hacer con su dinero o cuál fuera su propósito? Solo debía importarme mi propia situación—. Es una propuesta muy poco habitual. Voy a pensarla y me pondré en contacto con usted. —Me empecé a levantar.

—Ya veo, pero necesito una respuesta rápida. —Su voz salió entrecortada. Mi cuerpo, o al menos la parte que tenía entre las piernas, se agitó de nuevo. ¡Maldita fuera! La reacción que tenía por su culpa me cabreaba. Aunque la parte en cuestión nunca hubiera sido demasiado exigente.

Me volví a sentar.

—Me gustaría poder darle más tiempo para considerar mi propuesta, señor Hawthorn, pero, por desgracia, las circunstancias me obligan a...

Levanté la mano para interrumpirla.

—Le comunicaré mi respuesta antes del final del día. ¿Dónde puedo localizarla?

Ella me miró.

—Me quedaré en el Motel 6 esta noche. Le puedo dar mi número de móvil para que me llame.

¿El Motel 6? ¡Dios mío! Qué bajo había caído la princesita... Sí, su situación era bastante desesperada. La vi coger una nota adhesiva y un bolígrafo del escritorio y escribirme un número de teléfono. Cuando me la dio, la puse de cualquier forma sobre un montón de papeles desordenados. Ella me observó con los labios apretados.

—Le aseguro que mi propuesta es legítima.

—Es posible. Por supuesto, me gustaría reunirme antes con su abogado. Pero aun así, es algo que quiero pensar un poco. Tengo que sopesar de qué forma podría afectar esto a mi vida. Ser un condenado es una cosa, pero ¿un convicto divorciado...? ¿Cómo voy a decírselo a las mujeres?

Entrecerró sus sorprendentes ojos.

—Bueno, si hubiera otras opciones, no habría venido aquí. Créame. —La princesita no reconocería un problema de verdad aunque le golpeará la cara, Pero mientras nos mirábamos, vi un brillo en sus ojos. A pesar de su relajada actitud en la visita, estaba reprimiendo un temperamento explosivo. Era una princesa, ¡oh, sí!, pero tal y como había pensado, también era una bruja. Los dos nos mantuvimos en silencio mientras se inclinaba un poco hacia delante. Parecía que estaba esperando... algo. ¿Qué esperaba? ¿Mi agradecimiento eterno?

—Que tenga un buen día. —No me levante. Ella no podía descubrirse. Se puso en pie despacio y me tendió la mano para que se la estrechara. Nuestras manos se tocaron por segunda vez y el mismo calor de antes me atravesó como un rayo. Kira Dallaire se apartó con rapidez, giró sobre sus talones con la afilada barbilla bien alta y salió del despacho sin mirar atrás.

Me levante y me acerqué a la ventana, oculto en las sombras. La vi dirigirse a un Jetta blanco. Me sorprendió que no condujera un coche llamativo. Cuando llegó a la puerta, se detuvo antes de montarse en el vehículo para mirar a su alrededor. A los viñedos. Había algo en su expresión que me impulsó a dar un paso hacia ella, por lo que casi me golpeé contra el cristal. ¿Qué había sido eso? Aprecio, pensé. «¿Por este lugar deteriorado?». Pero también había algo más..., ¿comprensión? Antes de que pudiera adivinar nada más, se metió en el coche, cerró la puerta y, un minuto después, desaparecía de mi vista.

Quizá la estaba juzgando de forma injusta. Si alguien sabía cómo se sentía, era yo. Quizá solo tuviera resaca, y ella me recordaba a mi madrastra y a todas las de su calaña. Y, por supuesto, estaba el hecho de que había venido aquí para ofrecerme un matrimonio de conveniencia con todo el descaro... Sin embargo, quizá Kira Dallaire no era exactamente lo que parecía.

Me senté detrás del escritorio y encendí el ordenador. Tecleé su nombre en la barra de búsquedas de Google. Ojo por ojo... En cuanto escribí los datos, apareció una gran cantidad de imágenes: Kira Dallaire vestida de gala, saliendo de una limusina, Kira Dallaire en el estreno de una película en algún teatro, Kira Dallaire junto a un hombre que reconocí como Frank Dallaire en una gala benéfica. Siempre con la misma sonrisa tensa y altiva. En algunas fotos, estaba al lado de un hombre rubio de buena presencia que parecía al menos cinco o diez años mayor que ella. Hice clic en una de las fotos y leí el pie de página, donde se identificaba a la pareja como Cooper Stratton y su prometida, Kira Dallaire. «¿Prometida?». Miré la fecha; era de hacía poco más de un año. ¿Qué sería lo que había «interrumpido» su carrera universitaria? ¿Por qué no se había convertido en una de esas esposas de la *jet*?

De hecho, hice clic en varios de los artículos, y mi desprecio por Kira Dallaire creció según encajaba su situación real. Ninguna de las noticias la contaba, pero era fácil leer entre líneas. Kira se había comprometido con Cooper Stratton, un joven ayudante del fiscal del distrito que tenía aspiraciones para ingresar en la corte suprema de San Francisco, pero se la involucró en algún tipo de escándalo relacionado con las drogas, según se insinuaba, una fiestecita que se desarrolló en el ático del hotel St. Regis. Su padre, en un esfuerzo por protegerla y proporcionarle la ayuda que necesitaba, la envió a algún centro de rehabilitación, seguramente una especie de *spa* en Londres o París. Su prometido había roto el compromiso, ¿quién podía culparlo? Pero ahora que estaba de vuelta, ¿estaría dispuesto su padre a financiar el estilo de vida al que estaba acostumbrada? ¿Se habría negado a darle dinero hasta que le demostrara que había cambiado su vida? Por supuesto, solo eran elucubraciones. De todas formas, Kira Dallaire había decidido tomar el asunto en sus manos.

Al parecer, yo había tenido razón desde el principio en mis suposiciones: era igual que mi madrastra. Una mujer que lo había tenido todo y que pensaba que tenía derecho a ello. Una fémica egoísta que esperaba doblegar todo a su voluntad. Y, cuando no lo conseguía por las buenas, llegaba a donde fuera necesario, sin importarle a quién pudiera hacerle daño.

Me recliné en el respaldo un minuto, sopesando la cuestión. Ni en un millón de años hubiera esperado enfrentarme a algo así.

Los dos estábamos desesperados a nuestra manera. La cuestión era si yo lo estaba tanto como para entregar mi apellido, aunque fuera temporalmente, a cambio del dinero que necesitaba para salvar los viñedos y cumplir mi promesa.

De pronto, me llamó la atención algo en la pantalla del ordenador, una pequeña imagen en la parte inferior del artículo que había estado leyendo. Hice clic en ella, haciéndola lo más grande posible. Era otra foto de Kira Dallaire y Cooper Stratton. Él tenía la mano apoyada posesivamente en la parte baja de su espalda y se pavoneaba orgulloso mientras ella le sonreía. Clavé los ojos en su mejilla derecha. Tenía un hoyuelo. La brujita tenía un hoyuelo. Y ese pequeño rasgo hizo que se me acelerara el pulso, y no pude explicar por qué aunque mi vida hubiera dependido de ello.

3

Kira

Parecía un príncipe, pero si hubiera tenido que asociarlo en este momento con algún personaje de un cuento de hadas, habría sido con un dragón. Un dragón bestial al que le gustaba prejuzgar y echar fuego por la boca.

Sin embargo, no me sorprendía. Mi habilidad para valorar el carácter de la gente era, por desgracia, poco fiable. Así me lo habían demostrado ya una vez, y de forma muy dolorosa.

Aun así, no estaba preparada para aquel desprecio burlón. Y sí, de acuerdo, probablemente mi propuesta debía de haberle parecido un tanto extravagante en un primer momento. Sin embargo, era yo la que estaba haciéndole un favor. Le estaba ofreciendo dinero gratis. O casi gratis, admitía que había un precio. Le había pedido que se casara conmigo a cambio de dinero. No pude evitar encogerme un poco ante la cruda realidad. De todas formas, había hecho una lista y, sin duda, había muchos más pros que contras para los dos. Aunque lo que había en contra era mucho más duro y podía inclinar la balanza hacia cualquier lado, con independencia de lo que yo pensara. A pesar de haber intentado presentar mi oferta de una forma profesional, él me había mirado con desdén, como si fuera basura. El hecho de que me sintiera como si lo fuera solo hacía que todo resultara mucho peor.

Cuanta más condescendencia había mostrado él, cuanto más burlona era su expresión, más nerviosa, agitada e insegura estaba yo. Odiaba esa sensación. Era mi destino: sentir que me despreciaban me resultaba, por desgracia, demasiado familiar.

Y luego había dicho que yo no era su tipo. Como si me importara. No era así, ni hablar. Sabía que solo necesitaba mi dinero para que fuera su tipo.

«Si es así, ¿por qué me duele tanto?».

Solté un suspiro. Me había dicho que me llamaría, pero si tenía en cuenta la forma grosera en que me despidió, no contaba con ninguna llamada suya. Bueno. Lo había intentado. Había sido otra de mis alocadas ideas malas, y Grayson Hawthorn me había hecho saber justo lo que pensaba de ella con aquel tono algo aburrido, aunque no poco masculino. Estaba a punto de derrumbarme. ¿Qué podía hacer ahora? Regresar con mi padre estaba fuera de cuestión. Prefería dormir en cualquier esquina o en un centro de acogida. Al pensar en el centro me dio un vuelco el corazón. ¿Qué iban a hacer ahora? Con el dinero de mi abuela hubieran podido salir adelante. Supuse que podía montarme en el coche, dirigirme a cualquier calle y realizarle a cualquier hombre que pasara la misma oferta que le había hecho a Grayson Hawthorn. O poner un anuncio en Internet, como había dicho Kimberly en broma. También podía vender el coche. Estaba a mi nombre porque era una de las pocas cosas que me había comprado por mí misma. Pero entonces me quedaría sin un lugar en el que pasar la noche cuando se me acabara el dinero.

Cuando vi a Grayson Hawthorn en el banco, pensé de verdad que parecía cosa del destino. El día anterior, cuantas más vueltas le daba a aquel hecho en la soledad de la habitación del hotel, más correcto me parecía compartir el dinero de mi abuela con ese hombre en particular. Mi corazón me impulsaba a ello porque conocía la conexión que había entre mi padre y él. No era algo que pudiera contarle y, de todas formas, tampoco le sentaría bien saberlo. Pero podía darle la mitad de mi dinero, un dinero que él

necesitaba desesperadamente. Sería una forma de equilibrar el destino.

Tenía que admitir que su aspecto físico también había influido en mi decisión. Era como si los héroes de los cuentos de hadas que leía de pequeña hubieran cobrado vida. Y bien sabía Dios que quería creer de nuevo en los héroes.

Pero supuse que, a veces, una chica tenía que ser su propia heroína.

En especial cuando el héroe en cuestión resultaba ser un dragón.

Sabía que Grayson Hawthorn no era un santo, pero después de haber examinado los datos de su caso, parecía más un terrible accidente que un crimen. Y sin tener eso en cuenta, era un error que ya había pagado. Que había pagado con creces. Y que seguía persiguiéndolo dado el trato que le daban. No iba a tener una oportunidad o, por lo menos, el préstamo que tanto necesitaba.

Así que había seguido mi instinto, y había reservado mi opinión hasta que lo hubiera conocido en persona. Por ello, fui a su casa a la mañana siguiente, antes de que los nervios me hicieran cambiar de idea.

Bueno. El dragón tendría que resolver su vida por sus propios medios. Igual que yo. A fin de cuentas, en mis manos solo estaba mi destino. Apenas tuve tiempo para disfrutar de la desesperación. Aparqué el coche en el hotel y me dirigí a mi habitación.

Me quité el vestido y las sandalias que me había puesto para reunirme con Grayson Hawthorn. Un vestido de mi vida anterior que ni siquiera era consciente de haber guardado en la maleta cuando la llené con mis cosas a toda prisa. Sin embargo, por la mañana, cuando descubrí el error cometido, me sentí feliz. Quería ofrecer un aspecto más profesional, y los vaqueros o los pantalones cortos deshilachados que solía vestir normalmente no iban a hacer que me tomara en serio. Me detuve en seco. Quizá esa ropa más informal hubiera gritado: «Estoy desesperada. ¡Cásate conmigo!». Tal vez habría sido mejor que me la hubiera puesto.

Después de cambiarme, salí del hotel y me pasé el día paseando por el centro de Napa, mirando escaparates y curioseando por las tiendas, que incluían una librería. Más tarde me detuve a almorzar tranquilamente en una pequeña cafetería que le hubiera encantado a mi abuela. A pesar de estar desesperada y sin ningún plan, me esforcé en despejar mi mente y disfrutar del día todo lo que fuera posible. Si tenía que buscar un trabajo de camarera como me había sugerido Kimberly, lo haría. No me daba miedo el trabajo duro. Esperaba que se me ocurriera un plan que me ofreciera más opciones, pero no sería hoy. Enderecé la espalda y canalicé mi Escarlata O'Hara interior. Iba a disfrutar del día, y ya pensaría en un nuevo plan más tarde, cuando me hubiera olvidado de este desastre.

Regresé al hotel a media tarde, cuando el cielo todavía estaba azul y tranquilo. Entré en la habitación y me tumbé un minuto en la cama, abrumada por el cansancio. La noche anterior apenas había dormido por culpa de la visita que pensaba hacer a Grayson Hawthorn. Así que ahora, agotada, me quedé dormida casi al instante.

Me desperté con los ojos legañosos, y me sentí desorientada durante un momento en aquel entorno, todavía perdida entre el sueño y la vigilia, con la certeza de que algo estaba mal pero sin recordar exactamente de qué se trataba. La realidad llegó lentamente, igual que el dolor, y las piezas se unieron para asentarse en mi pecho. Hice una mueca antes de rodar hacia la mesilla y mirar el reloj. Eran más de las cuatro, así que solo había dormido una hora. Suspiré y me senté.

Me di una ducha caliente que relajó mis músculos, aunque no mi corazón, y cuando salí, me sentí más viva. Me sequé un poco el pelo y luego me lo recogí en lo alto de la cabeza, aunque estaba segura de que se me soltaría en cualquier momento. Mi abuela siempre me había dicho que mi pelo era tan llamativo como difícil de manejar. Pero sus palabras y su voz habían transmitido tanto amor que no podía evitar considerarlas un cumplido. ¡Dios, cómo la echaba de menos! A pesar de que hacía muchos años que no

estaba conmigo, no poder disfrutar de su amor incondicional era como tener una herida abierta.

Justo cuando estaba metiendo la ropa limpia en la maleta, sonó el móvil. Seguramente se trataba de Kimberly. Sin embargo, al mirar la pantalla, vi que la llamada era de un número que no reconocí. Primero se me detuvo el corazón y luego se me aceleró en el pecho.

—Hola —respondí jadeante.

Me devolvió el saludo una voz profunda, carente de calidez.

—Soy Grayson.

—Oh... —Fingí indiferencia mientras me desplomaba en la cama envuelta en la toalla—. ¿En qué puedo ayudarte? —Le tuteé por primera vez.

—¿En qué habitación estás? —me imitó.

—¿Habitación?

—En qué habitación del hotel. Estás en el Motel 6, ¿no? El que se encuentra en Solano Avenue.

—Er..., sí. Pero...

—¿En qué habitación estás? —repitió él.

—En la 211. ¿A qué hora...? ¿Hola? —«¿Acaba de colgarme? ¿Qué...?».

Oí tres golpes rápidos en la puerta y pegué un brinco al tiempo que lanzaba un chillido de sorpresa. Dejé caer el teléfono sobre la cama y me puse en pie.

—¡Un momento! —exigí, corriendo a toda velocidad a mi maleta y cogiendo un sujetador y unas bragas. Los golpes se reanudaron—. ¡Un momento! —repetí. De todos los hombres groseros del mundo... ¡Dragón!

Saqué el vestido que había llevado esa mañana y me lo pasé por la cabeza. Me abroché el cinturón mientras iba a abrir la puerta. Grayson Hawthorn estaba ante mí, con la misma ropa que vestía unas horas antes: unos vaqueros y una camiseta azul que se tensaba sobre su fibroso y musculoso pecho. Aquel despliegue de virilidad fue como un golpe en el estómago. Olía tan deliciosamente como esa mañana, a una especie de fresco aroma masculino. Ahora, además, se añadía una nota salobre a sudor. Me incliné hacia delante, atraída por aquel olor, pero me detuve al darme cuenta de lo que estaba haciendo. Crucé los brazos y retrocedí.

—Esto es muy poco profesional. Deberías haberme avisado de que venías aquí.

Grayson entró en la habitación y se tomó su tiempo para mirar a su alrededor. Sus ojos se detuvieron un segundo en mi maleta de Louis Vuitton antes de establecer un contacto visual.

—No supe que iba a venir hasta hace quince minutos.

—Entiendo. Bien, ¿te parece bien que vayamos abajo? Podríamos tomar un café y...

—Estamos bien aquí, y no me quedará mucho tiempo. Tengo que volver al trabajo.

Miré a mi alrededor, a la cama deshecha y la ropa desordenada. Arrastré el escritorio hasta los pies de la cama y luego moví la silla. Yo me senté en el taburete tapizado que había junto a la cama y él ocupó la silla.

—He estado considerando tu oferta. Antes de llegar más lejos, me gustaría reunirme con el abogado que se ocupa del testamento de tu abuela para asegurarme de que todo es tal y como me lo has contado, y de que el dinero se pagará poco tiempo después de que nos casemos.

Accedí, con el corazón acelerado.

—Por supuesto. Lo entiendo.

Grayson asintió moviendo la cabeza.

—Si todo va bien, firmaremos un acuerdo prenupcial, especificando las condiciones financieras de nuestro matrimonio.

—Me parece bien.

—Pase lo que pase durante el año próximo, mientras estemos casados, ni mis negocios ni la propiedad se dividirán de ninguna manera.

—No, por supuesto.

Mantuvo una expresión enigmática.

—Una vez me haya reunido con el abogado, tendré que confiar en que me entregues la mitad como acordamos.

Fruncí el ceño.

—Sí, ese es el trato. —Me cayó un mechón de pelo sobre la frente y me lo puse detrás de la oreja. Grayson siguió el movimiento de mi mano con los ojos y luego los mantuvo clavados en mis dedos, mientras me aseguraba de que no caía de nuevo.

—Sí, ya, Kira... —dijo con aire distraído antes de volver a mirarme a los ojos. Cuando se inclinó hacia delante, su mirada era firme y penetrante—. Pero yo no te conozco. Por lo que yo sé, podrías casarte conmigo, cobrar el cheque y largarte a Brasil. Confiar en ti en cualquier aspecto es un acto de fe por mi parte.

Me puse tensa.

—Jamás haría eso.

—Eso dices. He conocido a gente que dice lo que le conviene en cada momento. Y no siempre se puede confiar en todo el mundo.

Sí, sabía lo que quería decir. Respiré hondo y asentí con la cabeza.

—Er..., piensa lo que quieras. Pero tengo intención de mantener mi palabra.

Me observó durante un buen rato antes de apartar la vista.

—Me parece bien que vivas en Viñedos Hawthorn durante dos meses. Es tiempo más que suficiente para que anuncies a tu padre nuestro matrimonio y para que encuentres un lugar en el que vivir con tu parte del dinero. Si hubiera algún problema con tu padre, podríamos reconsiderar el plazo. En mi propiedad hay una vieja cabaña que antiguamente era la vivienda del jardinero. Puedes vivir en ella. Es pequeña y no ofrece muchas comodidades, pero hay una cama y agua corriente. —No fui capaz de adivinar qué se escondía detrás de su mirada.

—Parece pintoresca.

—«Pintoresca» es un adjetivo muy generoso. —¿Había un reto en sus ojos negros de dragón? ¿En el gesto caprichoso de sus labios?

—Estupendo. —Alcé la barbilla. Nunca me había retractado ante mi padre, y no pensaba hacerlo ante ese hombre.

—Estás desesperada.

—Igual que tú.

—Eso es cierto. —Se detuvo—. Si no te importa que te pregunte, ¿por qué me has elegido a mí? Es decir, ¿hay algún motivo además de mi desesperación? —Sus labios se curvaron ligeramente, pero no había ni pizca de diversión en sus ojos—. Podrías haber elegido a un sin techo de la calle y compartir con él la mitad de tu herencia. Hay mucha gente desesperada en el mundo, Kira, gente que haría cualquier cosa por dinero.

—Mi padre jamás se creería que me he enamorado y casado con un sin techo, Grayson. En ese caso, sería muy fácil para él impugnar el pago del fideicomiso. Mi padre está muy bien relacionado, como ya te imaginas, y tengo que ser cuidadosa. Tenía que elegir a la persona adecuada. A alguien convincente.

Él ladeó la cabeza.

—Tu padre puede impugnar el pago... ¿Tengo que preocuparme por eso?

Negué con la cabeza. En realidad, cuando mi querido padre supiera que me había casado con Grayson

Hawthorn, se esforzaría más en encubrirlo o en usarlo a su favor.

—No lo creo, no, pero en lo que respecta a mi padre he aprendido a ser precavida. —A pesar de mis optimistas palabras, me bajó por la espalda un escalofrío.

—Entiendo. Así que tu intención es convencer a tu padre de que nos conocimos, nos enamoramos locamente y nos casamos en solo una semana.

Suspiré.

—Para él no resultará extraño. Me considera una chica... impulsiva, frívola e irracional.

Me lanzó una mirada especulativa.

—¿Y eres todas esas cosas?

Me mordisqueé el labio.

—Impulsiva sí, admito que lo soy. Frívola no, no lo creo. E irracional ¿no lo somos todos a veces?

Él pareció considerar mi respuesta.

—Entonces, ¿esa será nuestra historia? Nos conocimos aquí, en Napa, nos enamoramos y nos casamos siguiendo un impulso porque estábamos irracional, pero no frívolamente, enamorados.

Le brindé una sonrisa.

—Básicamente, sí. Creo que podemos discutir algunos detalles para estar sincronizados. —Mi corazón estaba acelerándose de nuevo—. Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Hemos hecho un trato?

—Si tu abogado me confirma todos los puntos, sí, hemos hecho un trato.

Asentí con la cabeza y solté un suspiro.

—No te arrepentirás, Grayson.

—Oh, estoy seguro de que sí que lo haré, sea por una cosa o por otra, Kira. Pero... las situaciones desesperadas...

—... necesitan medidas desesperadas. Y esta es una de ellas.

Sonrió, mostrándome una dentadura recta y perfectamente blanca, pero el desdén que me había mostrado antes volvía a formar parte de su expresión. No me veía como alguien que le estaba haciendo un regalo, sino como alguien que lo obligaba a hacer algo que no quería. Como si no le hubiera dejado elegir. Bueno, pues daba igual. No necesitaba que me diera las gracias. Solo necesitaba su apellido. No obstante, no podía negar que su actitud me decepcionaba. Cuando lo había visto en la calle, el día anterior, me había parecido... perdido, destrozado..., pero incluso así compasivo. Sin embargo, el hombre que estaba sentado frente a mí era un tipo frío y rígido. ¿Lo habría juzgado mal?

Como si hubiera leído mis pensamientos, su sonrisa desapareció tan rápido como había aparecido.

—Hay un par de cosas más que deberíamos discutir brevemente.

—Bien. —Crucé las piernas. Él siguió el movimiento con la mirada y luego apretó los dientes, apartando la vista antes de continuar.

—Puesto que vas a vivir en mi propiedad, llevando la contabilidad, creo que deberíamos tener clara la naturaleza de nuestra relación.

—¿Relación? Pensaba que eso ya estaba claro. Nos vamos a casar por dinero. No vamos a mantener ninguna relación. —La naturaleza torpe y forzada de esa reunión hacía patente ese hecho a la perfección.

—Vamos a ser socios. Nada más.

—Estoy de acuerdo. Mientras seas discreto, puedes manejar tu vida personal como te plazca.

—Eso pretendo.

—Genial.

—Bien. No me gustaría que te hicieras ideas fantasiosas sobre esta disposición.

Arquee una ceja.

—¿Fantasiosas?

—Románticas. Erróneas.

Apreté los dientes.

—Sí, ya has dejado claro que no soy tu tipo. Y pienso esforzarme todo lo posible para no caer víctima de tus irresistibles encantos y provocar una situación... —entrecerré los ojos— insoportablemente incómoda.

—Bien.

Quise darle una patada. Independientemente de cómo fuera, resultaba evidente que se trataba de un hombre acostumbrado a verse perseguido por el sexo opuesto. Y, al parecer, había asumido que yo era una especie de monja, o le importaba muy poco lo que hiciera con mi vida personal. Con casi toda probabilidad, lo último.

—¿Algo más? —pregunté con frialdad.

Grayson —al que en adelante me referiré como el dragón— me estudió. No traté de averiguar lo que estaba pensando. Seguramente estaba intentando de decidir si yo iba a ser capaz de no enamorarme de él. La situación estaba poniéndose fea por segundos. «Reptil arrogante...».

—Has mencionado mis antecedentes. ¿Puedo suponer que conoces la naturaleza de mis delitos?

Esas palabras enfriaron al instante la rabia que estaba sintiendo. Noté que se me calentaban las mejillas.

—Espero que no lo encuentres desagradable, pero he pensado que era mejor investigar al respecto antes de presentarte mi oferta.

Se encogió de hombros.

—Una buena decisión. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme antes de que sigamos adelante? Responderé lo que quiera ahora, pero no tengo intención de discutir sobre ese tema más adelante.

No pude ocultar la sorpresa.

—Er... Bueno, por lo que sé, te peleaste con un hombre en un bar, en San Francisco, y lo golpeaste... repetidas veces. Él cayó, se dio con la cabeza en la acera y murió como resultado del impacto. Fue un accidente. No querías matarlo. ¿Es así? —Me sentí avergonzada de resumir tan sucintamente una situación que debía de ser traumática para él incluso ahora. Había pasado cinco años en la cárcel por ese crimen.

Se quedó en silencio durante tanto tiempo que me pregunté si iba a responderme.

—Es bastante preciso —dijo finalmente, con sencillez.

Le estudié durante un momento, pero su expresión era ilegible.

—Estar en prisión debe de haber sido... muy duro para ti. —Noté algo en su rostro, pero lo cubrió con una máscara de pasividad antes de que pudiera darle nombre.

—No te haces una idea.

Hubo un silencio incómodo y me mordisqueé el labio.

—Y ahora eres un convicto.

Se inclinó hacia delante con sus ojos oscuros clavados en mí. Su olor masculino me nubló los sentidos.

—Sí, Kira. Soy un convicto. Como bien sabes, no puedo obtener un préstamo. Mis opciones para conseguir un empleo son limitadas. Se me han cerrado muchas puertas. Te vas a casar con un convicto. La hija de Frank Dallaire va a contraer matrimonio con un condenado.

«Razón de más para que mi padre se mantenga alejado de mí, quizá para siempre. Lo que me viene muy bien». Pero no le dije eso.

—Sería muy difícil que lo decepcionara más de lo que lo he hecho ya —respondí.

Me estudió de nuevo con sus ojos de dragón, con los que parecía ver a través de mí.

—Te tomo la palabra. —De repente se puso de pie, haciendo que me sobresaltara. Me levanté de la

cama con rapidez y casi choqué con él cuando los dos dimos un paso adelante a la vez. Me sostuvo poniéndome las manos sobre los brazos. Alcé los ojos hacia él y, cuando me miró, también pareció sorprendido—. Tengo que irme —añadió, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Oh! De acuerdo —convine, y lo seguí—. Solo una pregunta más..., mmm..., con respecto a nuestra disposición. —Miré a mi alrededor, calculando con rapidez cuántos días podía quedarme aquí. Además, necesitaba encargar a un abogado que redactara un acuerdo prenupcial con el dragón, un abogado que no tuviera ninguna relación con mi padre.

—Sé que es probable que desees... Bien, la cuestión es que...

—No dispones de dinero para alojarte aquí —adivinó.

Solté un suspiro.

—Sí tengo dinero, pero no podría quedarme aquí demasiado tiempo. En especial si voy a tener que pagar los honorarios del abogado.

Se detuvo ante la puerta y se frotó la nuca.

—Haz la maleta. Puedes venir conmigo ahora. Mañana hablaremos con un abogado. Pero... —se dio la vuelta para mirarme a los ojos— si lo que me cuenta el albacea no me satisface, tendrás que marcharte de inmediato.

Moví la cabeza, asintiendo.

—No será necesario que me lo pidas.

Él miró a su alrededor con rapidez.

—Tienes cinco minutos para hacer las maletas.

«Sí, señor, dragón, señor», estuve tentada a responder con sarcasmo. Pero apreté los labios y empecé a llenar mi maleta con rapidez.

Treinta minutos después había pagado el hotel y atravesaba las puertas de Viñedos Hawthorn detrás de la *pickup* negra de Grayson.

Me había sorprendido la belleza de las viñas la primera vez que estuve allí, y ahora me estaba pasando lo mismo. El largo camino de acceso estaba bordeado por robles enormes, sus hojas daban sombra a los vehículos cuando pasaban por debajo. La casa Hawthorn estaba precedida de un amplio patio con una fuente redonda en el centro, una hermosa imagen llena de gracia y elegancia que, además, se las arreglaba para parecer cálida y acogedora a la vez. Una hiedra cubría una de las fachadas de la gran estructura, y había balcones con barandillas de hierro forjado retorcido en elegantes curvas en cada ventana del piso de arriba. Los acres infinitos de viñedos ofrecían un fondo impresionante para la casa y los jardines, y a la izquierda de la edificación asomaba un pequeño bosque de frutales, melocotoneros, quizá, o tal vez albaricoques. A primera vista, parecía un exuberante paraíso que esperaba que alguien lo explorara. Solo cuando te acercabas notabas que la fuente no funcionaba, que era necesario cortar la hiedra y el césped y que los jardines de los alrededores estaban descuidados. Sin duda, el jardinero era uno de los empleados que habían sido despedidos. No obstante, era un lugar precioso. En su época de máximo esplendor debía de haber sido magnífico. Detuve mi mirada en las colinas llenas de filas de vides que se perdían en la distancia, preguntándome por el estado de las uvas. Tenía ganas de ver cómo se recuperaba el negocio y no solo por el bien de Grayson, sino en aras de la belleza en sí misma. No debería estar permitido que un lugar como este acabara arruinado. Pensé que mi abuela estaría de acuerdo conmigo, pero dejé a un lado ese pensamiento por el momento. No, ella no querría que estos hermosos viñedos se desmoronaran, pero se revolcaría en la tumba si supiera que me casaba por dinero.

«Una mujer que se va a casar con un completo desconocido por dinero. Esa soy yo». La desesperación

inundó mi pecho de repente. Asumí eso sobre mí misma y me odié por ello.

Grayson rodeó la fuente con la *pickup* y siguió un poco más, haciendo que me fijara en la pequeña casita que había a la derecha, parcialmente oculta por un enorme roble y la vegetación. Él había dicho que era la cabaña del jardinero, pero seguramente los últimos jardineros que habían trabajado aquí no habían vivido en la propiedad y habían utilizado la cabaña para almacenar el equipo. Aun así, había algo pintoresco en ella, medio oculta como estaba, rodeada de glicinas. Salí del coche, y Grayson hizo lo mismo. Se dirigió hacia mí con un diabólico destello de desafío en su expresión. ¿Esperaba que no me gustara el alojamiento? Posiblemente. Estaba segura de que me veía como todos los demás, que me consideraba una princesa mimada, una niña de papá que vivía con inútil frivolidad. Y de que ahora iba a divertirse a mi costa. Pero ¿qué me importaba lo que creyera? Dentro de unos meses lo perdería de vista y no volvería a verlo. Nuestros abogados podrían resolver el proceso del divorcio con sencillez y no tendría ni que pensar en él. O viceversa.

Seguí a Grayson hasta la puerta de la casita, donde apartó a un lado las grandes y vistosas flores púrpura de glicina para abrir sin llave. Entré conteniendo el aliento para atravesar la enredadera. Bien. La estancia parecía repleta de viejos equipos de jardinería, evidentemente, sin uso en la actualidad. El lugar estaba polvoriento y sucio, y olía a moho y aceite de motor. Me abrí paso entre las telarañas y accedí a una segunda habitación, que había sido un dormitorio, pero ahora solo se veía una pequeña cama con armazón metálica y muelles oxidados.

—Le indicaré a Charlotte que te traiga algunas mantas y una almohada, por supuesto —dijo Grayson a mi espalda. Me di la vuelta y lo miré. ¿Era diversión lo que brillaba en sus ojos? Pues sí, lo era. Le temblaban los labios como si estuviera tratando de reprimir una sonrisa. Pensaba que esto era divertido, ¿verdad? Pues bien, lo que él no sabía era que el alojamiento en el que había estado el año pasado era mucho peor que este. Y para la gente con la que había vivido, esto sería un castillo.

—Supongo que me bañaré en la fuente —elucubré, sonriendo con dulzura.

—La fuente no funciona. Aquí hay agua corriente, aunque solo fría. Imagino que no disponer de agua caliente no supondrá un problema, ¿verdad?

—Noooo —repliqué arrastrando la palabra—. Por lo que sé, las duchas en agua fría son muy tonificantes. En realidad, es como me gusta ducharme.

Aquel dragón lleno de escamas consideró mis palabras.

—Apuesto algo a que sí —dijo por fin, apoyando su estrecha cadera en el marco de la puerta sin dejar de mirarme. Estaba claro que disfrutaba de lo lindo. Ahora no pensaba echarme atrás. Antes dormiría en el suelo polvoriento de esta cabaña que dar mi brazo a torcer con Grayson Hawthorn.

—¿Dispongo de cocina? ¿Algún lugar en el que comer los mendrugos de pan que me vas a dar? —pregunté—. Después de que te entregue la mitad de mi herencia, por supuesto.

—No, puedes comer en la casa grande. Le diré a Charlotte que cuente contigo para la cena —repuso, haciendo caso omiso de la segunda parte de mi pregunta. Recordaba a Charlotte de esa mañana; era una mujer regordeta, con aspecto tierno y el pelo gris.

—¿Tú estarás presente?

—Yo voy a salir. —Silencio. De acuerdo.

—¿Quién le has dicho a Charlotte que soy?

—A Charlotte y a su marido, Walter, les diré la verdad. Me conocen de toda la vida y son un vivo ejemplo de discreción. —Me inundó la ansiedad y se me aceleró el corazón al pensar que su personal iba a saber que nuestro matrimonio era falso, pero decidí confiar en esa pareja que él describía como la personificación de la discreción. Además, no iba a poder fingir delante de ellos que estaba enamorada de él cuando el día anterior ni siquiera nos conocíamos.

Me hubiera gustado que fuera algo que pudiera hacer por mí misma, pero no lo era. Lo necesitaba.

—Entiendo. Está bien. —Miré de nuevo a mi alrededor, observando distraída aquel espacio—. Están claras las desventajas, pero también hay ciertas cosas a favor.

Él frunció el ceño, aunque asintió con la cabeza y luego se dio la vuelta para marcharse.

—La cena es a las siete y media. —Faltaba menos de una hora. Mientras intentaría limpiar el lugar lo máximo posible.

Grayson volvió a entrar unos minutos después, dejó la maleta en el suelo y se giró para marcharse. De repente se detuvo y pensé que iba a decirme que bromeaba sobre este lugar.

—Por cierto —dijo con frialdad—, en mi propiedad está totalmente prohibido el consumo de drogas. Si descubro que has traído alguna, el trato queda anulado.

Farfullé, tratando de buscar una respuesta, pero antes de que pudiera decir nada, él desapareció y cerró la puerta. Un segundo después, escuché el rugido del motor de la *pickup*. Era evidente que había leído algo sobre la «situación» en la que me había visto envuelta el año pasado.

Demasiado tarde, recogí del suelo una lata vacía y la arrojé contra la puerta cerrada.

«Menuda serpiente».

Debería poner fin a esa farsa de inmediato. ¿Cómo se atrevía a tratarme así después de que le había hecho el ofrecimiento más generoso que hubiera recibido en su vida? La arrogancia de ese hombre no conocía límites. Y me había juzgado como si fuera un palo de golf estropeado. Un lamentable y gastado palo de golf. En mi interior había ira, no era ya una innegable sensación de vergüenza y tristeza.

«¿Valdrá la pena todo esto?». ¡Dios!, tenía que creer que sí. Algún día.

Grayson

Ella se había comportado como si realmente fuera a vivir en aquella casita desastrosa. Sonreí para mis adentros mientras me preguntaba cuánto tiempo tardaría en correr a la casa principal asegurando que no se quedaría allí ni muerta. ¿Quince minutos? Le daba hasta la hora de la cena como mucho. Sin embargo, debía reconocerle una cosa: sabía llevar una broma. Había esperado insultos, patadas o al menos que contuviera la respiración, pero la brujita tenía un poco más de temple del que había pensado en un principio. Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto... Incluso había tenido ganas de reírme. No me había dado cuenta de lo extraña que me resultaba esa sensación hasta que sentí la risa en la garganta.

Me di una ducha rápida, me puse ropa limpia y luego bajé para decirle a Charlotte que habría un invitado para cenar. Cuando entré en la cocina, me envolvió el estimulante olor de su carne *stroganoff*. Quizá me quedara a comer después de todo.

—Hace una hermosa noche, ¿verdad? —preguntó Charlotte, sonriéndome.

Cogí una cerveza de la nevera, la abrí y me bebí la mitad antes de gruñir una respuesta afirmativa.

—Tengo que decirte algo.

Ella se quedó parada y me miró.

—Eso no suena bien.

Sacudí la cabeza, negándolo, y tomé otro sorbo.

—Para mí no, no suena bien, para ti sí.

—Gray, ¿es que todavía no sabes que cualquier cosa que te afecte a ti negativamente también me afecta a mí? —Lo dijo bajito, y un pequeño rincón de mi corazón, la parte que todavía seguía viva, latió con pesar.

—Lo sé, Charlotte.

—Entonces, ¿qué pasa? Suéltalo.

—Voy a casarme. Casi con toda seguridad.

Se le cayó la cuchara encima de los fogones y se cubrió la boca con las manos.

—Has conocido a alguien. ¡Oh, Gray!

Me atraganté con el sorbo de cerveza que estaba tomando.

—¡No! ¡Por Dios!

—¿Qué? Entonces, ¿por qué? ¿Con quién? —escupió Charlotte como una ametralladora.

Le expuse los hechos claramente. Le expliqué lo que Kira me había propuesto esa misma mañana. Incluso después de haberlo pensado durante todo el día, parecía una idea surrealista. Una locura.

—Sin embargo, todavía no he comprobado los hechos. Pero Kira vendrá a cenar, así que quería que tú supieras la verdad. En realidad va a quedarse aquí por el momento.

La expresión de Charlotte era pura desaprobación. Era evidente que no le gustaba la idea.

—¿Te vas a casar por dinero? No es eso lo que quiero para ti. ¿Es que esa chica no tiene valores? Te mereces mucho más. Te mereces...

—Es un acuerdo temporal, ¿vale? Si realmente es como me ha contado Kira, será bueno para los

viñedos. Y, siendo claros, es mi última esperanza. —Apreté los dientes, dispuesto a discutir con Charlotte—. Conoces muy bien mi situación.

—Sí, ya. Pero ¿un matrimonio temporal? El matrimonio es un sacramento. No es un negocio entre empresas, no es un frío contrato. El matrimonio es sagrado, un voto sagrado para amarse siempre.

Cogí aire. Charlotte sabía que mi respeto por la santidad del matrimonio era inexistente después de haber sido testigo de la indiferencia de la que hacían gala mi propio padre y mi madrastra hacia la «felicidad conyugal».

—Charlotte, la mayoría de la gente no piensa como Walter y tú. No hay más que ver el ejemplo que dieron Jessica y Ford Hawthorn.

Charlotte me miró con ternura mientras se acercaba a mí. Se detuvo un momento, como si estuviera eligiendo las palabras.

—Gray, ya sé que desde que has vuelto a casa, la situación es muy diferente y que todo es complicado para ti. Sé que te echas la culpa de... todo. Y tú también has cambiado, Gray. No sonríes, solo trabajas. Tienes que seguir adelante, sí, pero esta no es la solución a tus problemas. No puede serlo. No pienso permitir que hagas eso...

Dejé la botella vacía encima de la encimera, lleno de furia e impotencia, haciendo que el cristal resonara con fuerza contra el mármol. No necesitaba que Charlotte me dijera en qué me había convertido. En quién me habían obligado a convertirme. Vivía con ello cada segundo del día.

—Charlotte, eres mi ama de llaves, no mi madre. No pienso discutir al respecto. Pon otro plato en la mesa.

En los ojos de Charlotte apareció una expresión dolorida, pero apretó los labios y se volvió hacia los fogones, murmurando algo que no pude oír y que no me importaba. Charlotte era tan amistosa como rígido su marido.

—Te quedarás a la cena, por supuesto —dijo sin darse la vuelta cuando yo empezaba a salir de la cocina—. Así me presentarás a tu futura esposa.

Me detuve en seco. La palabra «esposa» hizo que me estremeciera un poco. Cuando se trataba de Kira, prefería usar el término «socia comercial». Sabía, claro está, que Charlotte estaba tratando de provocarme, de dejar claro lo que iba a hacer.

—Por supuesto —dije. Aunque no tenía planeado quedarme a cenar, le daría al menos esa satisfacción a Charlotte.

Me encerré en el despacho y busqué la página web del registro de Napa Valley. No había que esperar para casarse. Solo era necesario pedir cita, y presentarse con un testigo o utilizar uno que proporcionaran allí. Imaginé que Kira no pondría ningún impedimento para concertar un encuentro con su abogado. Cuanto antes arrancara ese matrimonio simulado, antes podríamos seguir adelante con nuestras vidas.

Miré el correo, dejando las facturas a un lado. Por primera vez desde hacía meses, no me estremecí al ver el tamaño del montón. «Si esto funcionaba...». Si funcionaba, podría pagar a todos. Sin embargo, era mejor que no pensara en esos detalles hasta que todo estuviera confirmado. Me detuve al ver una carta personal dirigida a mí; reconocí la escritura femenina de inmediato. Sentí una opresión en el pecho antes de endurecerme de nuevo. La curiosidad hizo una brecha en mi mente, pero lancé la carta a un lado. Nada de lo que pudiera decirme cambiaría las cosas. No necesitaba leer sus disculpas ni sus explicaciones.

—¡Maldita seas, Vanessa! —dije por lo bajo, apoyando los codos en el escritorio y hundiendo la cabeza entre las manos durante unos instantes.

Ahora mismo solo tenía ganas de salir de aquí y beber hasta olvidar; sin embargo, tenía que cenar con una desconocida que podría acabar convirtiéndose en mi esposa dentro de poco tiempo. Charlotte tenía razón: era una idea terrible. Ridícula. No importaba lo mucho que intentaras que no fuera así, las mujeres

siempre encontraban la manera de joderte la vida. Y lo más lamentable era que Kira Dallaire acabaría siendo la peor de todas. Sería un recordatorio constante de que me había visto obligado a casarme con una desconocida por dinero. Si fuera capaz de verle la gracia, acabaría riéndome de esta lamentable situación. Sin embargo, me iba a reír porque seguía considerando esta locura.

Unos minutos después, sonó el timbre de la puerta. Me apresuré a terminar lo que estaba haciendo sabiendo que, sin duda, Walter respondería formalmente con una actitud fría y estirada. De todas formas, si había alguien acostumbrado a que le abriera la puerta un mayordomo, esa persona sería Kira Dallaire. Lo más probable era que estuviera acostumbrada a tener alrededor a un enjambre de criados dispuestos a cumplir sus órdenes y llevar a cabo todos sus caprichos.

Cuando finalmente fui a la cocina, Kira estaba sentada ante la enorme mesa de madera, típica de las granjas de la zona, tomando una copa de vino. Llevaba unos vaqueros y una blusa de color verde oscuro. Se había recogido el pelo con la misma severidad que por la mañana. Que había sido... ¿Cuánto? ¿Unas horas antes? Parecía como si hubiera pasado toda una década.

Charlotte se movía por la cocina sin hacerle ni caso. Y tampoco me miró cuando entré.

—No estaba preparado el comedor porque no sabía que teníamos invitados —me dijo lanzando una mirada desdeñosa a Kira—. Espero que apruebe que cenemos en la cocina, *señor*. —Puso énfasis en la palabra «señor», negándome el tuteo para tratar de hacerme sentir culpable por haberle dicho que solo era el ama de llaves.

—De todas formas ya sabes que no me gusta comer allí, Charlotte. Aquí estaremos bien. —Me senté. Moví la cabeza para saludar a Kira y tomé un sorbo de agua.

—¿No bebes vino? —me preguntó.

—Solo a veces.

—¿No es extraño en alguien que dirige unos viñedos?

—Supongo que sí. —Ella me miró, pero al ver que no seguía la conversación, apartó la vista para estudiar la estancia.

—Es una cocina muy bonita —dijo en voz baja.

Antes de que pudiera responderle, Charlotte puso un plato delante de ella con demasiado brío, haciendo que cayera sobre la mesa una salpicadura de salsa. Me sirvió mi plato de la misma forma, antes de alejarse con la nariz apuntando arriba. Comencé a comer sin hacerle caso, así que se puso a limpiar la cocina en medio de un sonoro estruendo, ignorándonos por completo. Se produjo un silencio incómodo, que solo se vio roto por el ruido de platos.

Un silencio que se extendió... Y siguió un poco más.

El reloj de la cocina marcó la hora, acompañado tan solo por el furioso movimiento de Charlotte fregando los platos y los cubiertos. Noté que Kira se movía en su asiento y la miré; tenía las mejillas rojas, lo que llamó mi atención.

—¿Has estado en África? —me preguntó de repente.

¿En África? Abrí la boca para responder, pero ella continuó hablando. Al parecer, había sido una pregunta retórica.

—Específicamente en Kenia. Allí, hacen unas bienvenidas personalizadas que son maravillosas. Los guerreros de la tribu, vestidos con sus mejores galas, hacen lo que se llama el baile del salto. Forman un círculo y se ponen a dar brincos, compitiendo para llegar lo más alto posible, demostrando de esa manera la fuerza y el valor de su tribu. ¡Resulta magnífico! Algunos consiguen alcanzar una altura que parece irreal. —Uno de los mechones se soltó de su moño, pero ella lo ignoró y tomó un enorme bocado de *stroganoff*. Continuó sin molestarse en tragar—. No he podido evitar compararla con la maravillosa bienvenida que he recibido en Viñedos Hawthorn. Resulta reconfortante, sin duda. No sé expresar lo

cómoda que me has hecho sentir. Por supuesto, en Kenia también te dan un cóctel de leche y sangre de vaca como parte del saludo, por lo que podemos restarles unos cuantos puntos. Aun así...

Dejé el tenedor en el plato.

—¿Has terminado ya?

Sus ojos lanzaban chispas cuando se encontraron con los míos.

—No, ¿por qué? —Me bajó un escalofrío por la espalda al ver sus ojos verdes brillantes de indignación. Luego se tomó un sorbo de vino y volvió a concentrarse en la comida. Eché un vistazo a Charlotte, y hubiera jurado que la vi curvar la comisura de los labios antes de darse la vuelta.

Apreté los dientes en respuesta al sarcasmo de Kira, pero debía admitir que ella tenía razón: habíamos sido muy groseros con ella. Yo estaba de mal humor, pero Kira no había hecho nada malo. No me gustaba... O mejor dicho, no me gustaban las que eran como ella. Su presencia en mi casa era un constante recordatorio de los errores que había cometido. Pero eso no significaba que no pudiera ser educado. Además ella me había dado una salida. Sin embargo, no pensaba actuar como si me estuviera haciendo un gran favor con el dinero. Y no me gustaba tener que fingir que la situación o la posición como socios comerciales no era de mal gusto. Los dos estábamos haciendo un sacrificio. Ella me entregaría lo que suponía una enorme cantidad de dinero para mí, pero eso supondría la interrupción de mi vida durante los próximos meses, quizá el próximo año o incluso más en lo que se refería a los impuestos. Vería su nombre de muchas formas durante el resto de mi vida..., pero solo seríamos socios. Ella se había portado bien por el momento. Incluso me había proporcionado cierta diversión con lo de la casita del jardinero. Lo que, acababa de recordar, no me había echado en cara todavía.

—Debemos hablar sobre...

—¿... sobre el hecho de que descienes de un dragón que echa fuego por la boca? Ya me he dado cuenta.

Charlotte resopló delante del fregadero, pero lo disimuló haciendo sonar una olla.

—Escucha, Kira...

—No, escucha tú, Grayson. —Se le cayeron más mechones alrededor de la cara cuando golpeó la mesa con el puño mientras me miraba con aquellos ojos de bruja. Para mi completa consternación, noté que se me calentaba la sangre—. Te estoy haciendo una oferta muy generosa. Si vamos a seguir adelante, me niego a que me trates como has hecho hasta ahora. Puedo asegurarte que, con tu pasado, no vas a encontrar una oferta mejor que la mía. Como sigas mirándome con ese desprecio y esa condescendencia, voy a coger mi herencia y me voy a largar de aquí.

La ira me inundó y golpeé la mesa con mi propio puño. Tuve la satisfacción de ver cómo se sobresaltaba.

—Si vamos a seguir adelante, no quiero que me trates como si tuvieras lástima de mí y yo no estuviera haciendo el mismo sacrificio que tú —escupí—. ¿Crees que tengo ganas de casarme contigo o con cualquier otra mujer?

—No, estoy segura de que te gusta la monogamia tanto como a un perro callejero. Pero eso no es culpa mía.

Escuché a Charlotte tosiendo en la lejanía.

Entrecerré los ojos hasta que se convirtieron en rendijas.

—Exactamente. ¿Crees que iba a hacer esto si no estuviera completamente desesperado y no fuera mi última opción? Por lo tanto, tírame el dinero a la cara si quieres, pero no actúes como si no me necesitaras. No actúes como si no estuvieras tan desesperada como yo. Y no actúes como si no fuera tu mejor y única perspectiva. Tú misma lo has dicho. Para ser alguien que ha venido suplicando, deberías tratarme con algo de respeto.

Sus mejillas se encendieron todavía más.

—¿Suplicando? —repitió entre dientes—. ¿Suplicando? —Unas pesadas cascadas de fuego cayeron alrededor de su cara cuando se soltó lo que fuera que estaba usando para sujetarse el pelo. Casi contuve el aliento. No me había dado cuenta de que tuviera tanto. Le enmarcó la cara y cayó sobre sus hombros hasta la mitad de la espalda.

Se puso en pie lentamente, y la imité, hasta que nos estuvimos mirando por encima de la mesa de la cocina. El aire parecía crepitar... Casi brillaba, calentando el ambiente. Y, por extraño que resultara, ese mismo calor rugía ahora en mi sangre como si fuera aquel baile de bienvenida africano que Kira había descrito, haciéndome sentir... vivo.

—Estaba loca al venir aquí. Esto... —mover la mano entre nosotros— es una locura. No funcionará. Debemos cancelar todo. Buscaré a otra persona para casarme. No entiendo cómo te elegí a ti. Eres... demasiado difícil.

—Estoy de acuerdo. Es ridículo. Y opino lo mismo.

—Bien. Pues ya está —siseó entre dientes.

—Bien —gruñí. Nos miramos el uno al otro con los ojos llenos de fuego. ¿Por qué demonios me gustaba tanto? Después de unos momentos de tensión, hice un esfuerzo consciente para controlar mi respiración y arqueé una ceja—. Y, por cierto, la próxima vez que le propongas matrimonio a alguien, intenta ser un poco más humilde. A los hombres nos gustan las esposas obedientes.

Vi más fuego en sus ojos y otro innegable escalofrío me bajó por la espalda.

—Charlotte —dijo de repente con suavidad—, ¿puede prestarme un lápiz y un papel?

—¡Oh, sí! —replicó Charlotte, cogiendo un bolígrafo y un bloc de un cajón y corriendo junto a Kira, como si de repente estuviera a su entera disposición.

Observé a Kira, esperando a ver qué hacía a continuación.

Ella brindó una educada sonrisa a Charlotte antes de quitar la tapa del bolígrafo con cuidado, poniéndola en el otro extremo con deliberada lentitud. Después, se inclinó sobre el papel preparada para escribir.

—¿Qué ha sido lo que has dicho ahora? Quiero asegurarme de captar cada palabra de tus sabios consejos —dijo, alargando la palabra «cada»—. Obediente, ¿verdad? ¿Es con «b» o con «v»? Nunca me acuerdo.

La miré con los ojos entrecerrados, reprimiendo el impulso de reírme ante aquella ridícula demostración de sarcasmo.

—No te preocupes por la ortografía, lo importante es que pilles el concepto.

—Mmm... —canturreó—. Y humilde, ¿no?

—Sí.

—Hu... mil... de... —escribió en el papel.

—¿Qué más?

—Esa lengua afilada será una lacra para tu futuro esposo.

—No tener lengua afilada —garabateó, subrayándolo dos veces—. ¿Qué más?

Nos miramos el uno al otro durante unos tensos segundos, ella con una expresión fingida de intenso interés y yo con una leve sonrisa. Lo cierto era que ni siquiera sabía si los aspectos legales de ese matrimonio falso que me había propuesto eran legítimos. Pero darlo por finalizado sin haberle ofrecido una oportunidad me provocaba una enorme decepción. Odiaba la idea; odiaba que aquella brujita de lengua afilada estuviera allí, delante de mí; odiaba que en realidad ella tuviera más poder que yo sobre la situación..., pero al mismo tiempo, era lo único que me había llenado de esperanza desde hacía mucho tiempo. Y no me había percatado hasta ese momento de lo bien que sentaba tener esperanza. Fui el

primero en apartar la vista, rompiendo la intensidad que vibraba entre nosotros, aunque fue ella la primera que habló mientras dejaba el papel y el bolígrafo sobre la mesa.

—Mira, esta situación es... inusual, por no decir otra cosa. —Se interrumpió de nuevo y me miró. Las chispas habían desaparecido de sus ojos, como si la idea de renunciar no fuera tampoco lo que ella quería—. Antes de venir aquí, llamé al albacea. Puede acercarse mañana a última hora de la mañana. Quizá podamos encontrar la manera de tolerarnos al menos hasta que compruebes si es cierto lo que te he dicho. Luego puedes tomar una decisión.

—Me parece bien.

La vi respirar hondo.

—Vale, bien. —Alargó el brazo—. ¿Hacemos las paces? —Arqueó una ceja. Miré su mano y le tendí la mía desde el otro lado de la mesa.

—Paz. Ven aquí para que podamos estrecharlas.

—Ven tú aquí —me desafió.

Sonreí muy despacio.

—Nos encontramos en el medio.

Entrecerró los ojos, pero asintió con la cabeza, alejándose de la silla. Dejé atrás la mía y nos encontramos junto al centro de la enorme mesa. Cogí su cálida mano con la mía y la sacudí mientras nos mirábamos con recelo. Por fin, ella sonrió y me devolvió el gesto. Mientras regresaba a su silla, Charlotte se acercó a rellenarle la copa. Ya no la miraba con desprecio, sino con una especie de curiosidad cautelosa. Era interesante que nuestra pelea hubiera hecho que la viera de otra manera. Las mujeres eran todo un misterio para mí. Kira le brindó a Charlotte una sonrisa al tiempo que le daba las gracias por las deliciosas viandas.

—¿Te gustaría ver el resto de la casa? —pregunté, tratando de hacerle una ofrenda de paz.

Kira me miró sorprendida, pero asintió con la cabeza. Nos levantamos y le dimos las gracias a Charlotte por la cena. El ama de llaves sonrió con sinceridad.

Conduje a Kira hasta el vestíbulo principal y empecé allí el recorrido.

—Mi padre diseñó la casa a imagen de un castillo francés.

Ella asintió cuando entramos en la sala de visitas.

—Lo conseguí. Me recuerda a un castillo de cuento, pero a menor escala. Hay algo... encantador en ello. —Contuvo el aliento al ver el enorme ventanal junto a la parte trasera de la casa. La piscina se encontraba justo debajo, a los pies de unos escalones, rodeada por un patio de piedra. Cuando levantó un poco la cabeza, supe que estaba mirando el laberinto de setos que había un poco más alejado. Se volvió hacia mí.

—¡Es un laberinto! —jadeó—. Y es enorme...

Apreté los dientes como cada vez que veía aquel lugar odioso.

—Está muy descuidado. Si hubiera tenido dinero, me lo habría cargado cuando regresé.

—Oh..., ¿por qué? —Suspiró—. Me parece increíble. ¿Podría recorrerlo alguna vez...?

—No, ni hablar. —Al darme cuenta de la brusquedad de mi voz, suavicé el tono—. No es un lugar seguro. —Kira no sabía por qué lo odiaba y nunca conocería la razón, pero le había dicho la verdad. No era seguro perderse en él.

Ella me estudió con aquellos ojos brillantes y penetrantes. Los sentía clavados en mi cara. Cuando busqué su mirada, arqueó una de sus delicadas cejas.

—Supongo que ahí se encuentra el corazón de tu guarida. —Sonrió divertida—. Donde tramas tus planes, ya sabes... —Entrecerré los ojos, tratando de lanzarle una mirada mordaz, pero sabía que estaba bromeando y no pude reprimir mi propia sonrisa. De hecho, me reí por lo bajo.

—Quizá... —Arqueé mi propia ceja—. Pero lo digo en serio, mantente alejada de ahí.

Después de una breve pausa, Kira apartó la mirada y se encogió de hombros.

—Bien, como quieras, es tu casa.

La guíé por todas las habitaciones, observando su reacción. En tiempos, la casa había sido una obra maestra, pero las señales de abandono eran patentes por todas partes. A pesar de que los muebles —aunque menos— eran los mismos, Charlotte estaba sola y no podía mantenerlo todo tan impecable como antes.

—Has crecido rodeado de privilegios —me dijo Kira, mirándome cuando se lo expliqué. Y leí entre líneas lo que no decía, que estaba actuando como si fuera solo ella quien había conocido el lujo.

—Los privilegios no se definen tan solo por las riquezas materiales, Kira. Crecí en una buena casa donde había muchos criados, pero te aseguro que jamás he sido un privilegiado. De hecho y a todos los efectos, es como si no hubiera tenido padres.

Ella ladeó la cabeza con expresión confusa.

—¿Qué quieres decir con eso, Grayson?

Moví la cabeza.

—Los detalles de mi dinámica familiar son intrascendentes. Basta decir que estoy acostumbrado al trabajo duro y que no permitiré que se malgaste ni un solo dólar de esa cifra que tan generosamente te has ofrecido a compartir conmigo. De hecho, he pensado que voy a considerarlo un préstamo. Cuando los viñedos den beneficios, te lo devolveré.

Se mantuvo en silencio durante un momento. Por fin, se limitó a asentir.

—No necesitamos añadirlo al contrato, pero si es lo que prefieres... —Agitó la mano en el aire como diciendo que podía hacer lo que quisiera con respecto a esa cuestión. «Interesante». No sabía qué pensar de su propuesta.

Cuando llegamos al pasillo del piso de arriba, Kira se detuvo ante un retrato de mi padre y mi madrastra.

—¿Han muerto los dos? —preguntó en voz baja, mirándome por encima del hombro.

—Solo mi padre —repliqué, negando con la cabeza—. Mi madrastra vive en San Francisco.

Se volvió despacio hacia mí.

—¿No le interesa ayudar a sacar a flote los viñedos que tanto amaba su marido? ¿No tiene estabilidad financiera?

—Tiene un montón de dinero. Mi padre me dejó solo los viñedos, pero no pienso pedirle a mi madrastra ni un centavo del dinero que le dejó mi padre. No tenemos ninguna relación y nunca la hemos tenido. —«¿Cómo voy a tolerarte cuando ni tu propia madre lo hizo?», me había dicho cuando tenía doce años. Las frías palabras todavía resonaban en mi cabeza—. Prefiero... Bien, prefiero casarme con una extraña antes que pedirle un préstamo. —Sonreí con ironía, pero ella no correspondió a mi sonrisa—. De todas formas, le hice una promesa a mi padre. Para mí es sagrado cumplirla.

Kira me estudió con la cabeza ladeada.

—Entiendo las promesas, Grayson. Yo también he hecho alguna que otra. Por ejemplo, he prometido no depender nunca más de mi padre. —Se giró de nuevo al retrato y lo contempló durante un largo minuto.

—Debes de haber salido a tu madre —comentó finalmente, notando el escaso parecido que tengo con mi padre.

—Sí, para disgusto de todos —convine. Me miró, pero no dijo nada sobre mi críptico comentario. No estaba seguro de por qué lo había hecho; no quería que ella tuviera interés en mi vida.

Volvió a mirar la pared, que estaba llena de imágenes. Cuando se acercó más a una fotografía, estudié su perfil; la pequeña y recta nariz, la suave curva de su mandíbula, la curva de sus pestañas, el largo y

sedoso cabello que caía alrededor de su cara y su espalda...

—Tienes un hermano —afirmó, mirando la foto en la que aparecía con Shane.

—Sí.

—¿Vive cerca de aquí?

—No, vive en San Diego.

—¿Cómo es vuestra relación?

—Hace cinco años que no hablo con él.

Se dio la vuelta hacia mí.

—Oh, lo siento mucho.

—No importa —aseguré con la voz entrecortada, llevándomela de allí antes de que pudiera hacer más preguntas incómodas. Ya me estaba arrepintiéndome de haberle propuesto la visita, pero no podía culparla: había sido idea mía.

—Bien, te dejo en manos de Charlotte. Ella te ayudará a instalarte en una de las habitaciones. Yo voy a salir —informé con cierto desdén una vez que bajamos las escaleras.

Me miró confusa durante un segundo.

—Sí, vale. Gracias. Buenas noches.

Asentí secamente con la cabeza y empecé a alejarme. Entrecerré los ojos al oírla tararear. Me di la vuelta y me acerqué de nuevo a ella.

—¿Estás cantando *Puff, el dragón mágico*?

Parpadeó antes de mirarme con cándida inocencia. Fingida, por supuesto.

—¿Es ese el título de la canción? No lo sabía, ni tampoco qué dice la letra. Solo conozco la música. — Se encogió de hombros.

La contemplé durante un buen rato mientras ella me sostenía la mirada con la barbilla cada vez más alta. El aire parecía crepitar, haciéndome sentir hormigueos en la piel. Por fin, puse fin a ese juego, me di la vuelta y la dejé sola en el vestíbulo.

5

Kira

¡Dios!, ese dragón era tan frío como caliente. Supuse que era lo normal, tratándose de un reptil. Casi prefería el fuego que me lanzaba a las gélidas miradas que disparaba cuando daba por concluido un determinado tema de conversación. No sabía cómo, pero estaba segura de que su frialdad era forzada. En el fondo, era todo un dragón... Apenas reprimía su ardor y, probablemente, también la pasión. Me estremecí. No quería pensar en Grayson Hawthorn en esos términos. Solo acabaría quemándome. Me lo había dicho bien claro. Yo no era su «tipo», o lo que fuera.

Respiré hondo mientras clavaba los ojos en las palabras talladas encima de la piedra:

«*IN VINO VERITAS*».

Tendría que mirar lo que significaba. Me dirigí hacia la cocina, donde encontré a Charlotte limpiando las ollas. Ella levantó la vista y me sonrió, un recibimiento mucho más cálido que el que me había dado cuando llegué.

—¿Le apetece un café?

—Sí, claro. —Sonreí—. Pero solo si toma uno conmigo.

Charlotte vaciló, aunque asintió finalmente. Me senté en un taburete ante la barra de la cocina mientras ella servía dos tazas. Luego puso una frente a mí con la lechera y el azucarero, y un plato con las cucharas antes de sentarse ante su propia taza.

—Grayson ha salido —dije, tomando un sorbo de café.

Apretó los labios hasta que formaron una línea recta.

—Sí, ya lo he oído irse. ¿Un poco de pastel de caramelo al punto de sal? —preguntó, cortando un pedazo enorme y poniéndolo en un plato.

—Oh... Vale. —Vacilé mientras deslizaba el plato hacia mí. El delicioso olor a crema y caramelo inundó mis fosas nasales—. Sé que la situación parece... —Moví la cabeza, buscando una palabra distinta a ridícula, irracional o desastrosa.

O inmoral.

—Inusual —dije finalmente mirando a Charlotte.

—Sí, lo es —convino ella, cortando su propio trozo de tarta. A pesar de su confirmación, sonrió—. Esperaba más de Gray. No es mi intención ofenderla, parece una joven de carácter, pero esperaba... Esperaba que él acabara casándose por amor. Como debe ser.

—Por supuesto. —No pude evitar sonrojarme. También yo tenía la esperanza de casarme por amor algún día—. Usted se preocupa mucho por él. —Tomé un bocado de pastel y la mezcla de dulce y salado estalló en mi lengua. Traté de no cerrar los ojos de placer.

—En efecto —confirmó Charlotte—. Trabajo aquí desde antes de que Gray apareciera por primera vez... —Parecía pensativa—. Es decir, desde que vino a vivir aquí.

Quise presionarla, preguntarle lo que quería decir con «aparecer», pero no lo hice. Era la primera vez que mantenía una conversación con esa mujer y no quería que pensara que era una entrometida.

—Pero, por supuesto —continuó—, comprendo por qué le tienta su oferta. —La vi negar con la cabeza

con una mirada muy triste—. No se detendrá ante nada para que los viñedos vuelvan a ser lo que eran.

—Es el legado de su familia —añadí—. Lo entiendo.

Movió la cabeza para asentir buscando mis ojos con los suyos, pero sus pensamientos parecían estar muy lejos de allí.

—¿Y qué me dice de usted? ¿No tiene otra elección?

—En este momento, es mi mejor opción —confesé en voz baja. Por alguna razón, delante de esa mujer de mediana edad, expresión amable y cadencioso acento inglés, me sentía avergonzada—. ¿Gray no le ha contado cuál es mi situación?

—Me ha explicado lo básico. —Me estudió durante un momento, evaluándome con la mirada—. Lo único que puedo decir es que esta situación puede tener más ramificaciones de las que estamos considerando. Le suplico que lo piense bien antes de hacer algo que no tenga remedio.

—Sé por qué lo dice, Charlotte, y aprecio su consejo, pero...

—Ya ha tomado una decisión.

—Sí, ya he asumido la idea. Espero que trate de asimilarlo.

—Bien —concluyó—, entonces no hay más que hablar. —Bajé la mirada al trozo de tarta que había en el plato, sin saber por qué me importaba tanto decepcionar a esa mujer. Aunque continuó hablando antes de que yo pudiera decir nada—: Quizá usted sea buena para él. Admito que no había visto tal fuego en sus ojos desde... Bueno, desde hace mucho tiempo.

—Mmm... —me evadí, tomando otro sorbo de café. No sabía si eso era bueno o malo. Seguramente indicaba que sacábamos lo peor el uno del otro... Y eso que solo nos conocíamos desde hacía unas horas. Terminé el último bocado del pastel.

—Bien... Charlotte, ¿sería posible que me proporcionara ropa de cama? Necesito sábanas, mantas y una almohada para dormir en la casita del jardinero.

Charlotte me miró sin comprender.

—¿La casita del jardinero? Hace décadas que solo se utiliza de almacén. No es posible que vaya a quedarse ahí. Sin duda, Gray estaba gastándole una broma cuando le dijo que se quedara allí.

—Quizá... —Terminé el café—. Pero me gusta. Y es un espacio que puedo considerar mío. Así no molestaré a nadie.

—No voy a consentirlo —intervino Charlotte, moviendo la cabeza—. No me gusta la idea de que Gray se case, pero no pienso permitir que usted viva en una casita que se cae a pedazos y está llena de telarañas.

Me reí.

—¿Recuerda que he mencionado África? He vivido allí durante un año. En realidad, he regresado hace menos de una semana. Las arañas que haya allí huirían de los insectos africanos. Me las arreglaré perfectamente con los bichos que encuentre. Solo necesito una cama y sábanas limpias. Es mejor que la colchoneta en el suelo en la que he dormido los últimos meses.

—¿Por qué estaba en África?

«Estaba ocultándome. Huyendo. Desterrada».

—Para ayudar a un amigo a construir una especie de hospital. —Sonreí, la primera sonrisa de verdad que esbozaba desde que había vuelto a San Francisco—. Será de ayuda para muchas mujeres y niños. Se lo contaré todo en otro momento.

Charlotte me dio unas palmaditas en la mano. La mirada cautelosa que había antes en sus ojos casi había desaparecido.

—Me encantaría.

Una hora después, había barrido la habitación de la casita con la escoba que me había proporcionado Charlotte. Había limpiado a fondo el armazón metálico y colocado el colchón que me había llevado Walter. Cuando Charlotte me trajo las mantas, miró a su alrededor con horror y me preguntó de nuevo si no quería volver con ella a la casa grande. Después desapareció tan rápido como le fue posible.

Me ocuparía del cuarto de baño por la mañana. Utilicé el agua fría para lavarme la cara y cepillarme los dientes. Asomé la cabeza por detrás de la cortina de la bañera y me encogí un poco al ver los grifos y demás accesorios oxidados, así como la tierra apelmazada que había en el fondo y las telarañas que poblaban el techo. «¡Aggg!».

A pesar de ser finales de verano y de que las noches fueran más frescas, abrí las ventanas. La brisa se coló en el interior, y el tenue aroma de las rosas y las glicinas que había cerca de la casa grande disiparon el olor a polvo y aceite.

No tenía mucha luz, pero la cama era cómoda, y me metí bajo las sábanas con el móvil. Le envié un pequeño mensaje de texto a Kimberly; no le había contado todavía lo que estaba pasando, pero quería esperar hasta que nos hubiéramos reunido con el señor Hartmann, el abogado que mi abuela había nombrado como albacea. Quería explicarle la situación cuando todo fuera oficial, no antes. Conocía a Kimberly y sabía que intentaría persuadirme para que no lo hiciera. Seguramente sembraría mi cabeza de dudas, y no podía permitírmelo. Literalmente.

En el móvil había cuatro mensajes de voz. Respiré hondo y pulsé el botón para reproducir el primero, que era de mi padre:

—«Kira, sé que estabas dentro cuando golpeé la puerta y sé que me has oído. Envié a James con una llave a tu apartamento y me dijo que parecía que te habías mudado. Llámame de inmediato. ¿Qué crees que estás haciendo? Tienes que hablar con Cooper y hacer las paces. ¡Maldita sea, Kira! Sabes que desaparecer no es la solución. Necesito que estés a mi disposición. ¿Es que no has aprendido nada desde que te fuiste del país? Esperaba que... Llámame, ¿vale?».

Clic.

Las lágrimas hicieron que me ardieran los ojos. «Necesito que estés a mi disposición». Por supuesto, papá. Porque eso es lo que soy para ti: desechable. Los dos mensajes siguientes también eran del número de mi padre, y los borré sin escucharlos. Por suerte había desactivado la opción de seguimiento del teléfono, por lo que mi padre no podría dar conmigo. Esa debió de ser la manera en la que supo que estuve en el apartamento, haciendo las maletas... A no ser que tuviera espías en el edificio que le informaran de mis pasos. Lo que también era probable.

El último mensaje era de Cooper. Presioné el botón, no muy segura de querer escuchar su voz. Me mordí los labios hasta hacerme sangre, por lo que me obligué a relajarme.

—«Hola, Kira... —Una larga pausa—. ¡Mierda! Esperaba que se me ocurriera algo cuando oyera el pitido. —Un suspiro—. Tu padre me ha dicho que has vuelto. Kira, tenemos que hablar. Necesitamos... Escucha, esperaba que respondieras a mi llamada. No has respondido a ninguna de mis cartas, pero, por favor, llámame. Te he echado mucho de menos».

Clic.

¿Me has echado de menos? ¡Cabrón! Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas y hundí la cara en la almohada, pensando en aquel terrible día. La traición que me había robado el alma, la sorpresa, la humillación y, por último, el dolor.

Por fin, caí en un sueño inquieto del que me desperté una sola vez, cuando oí un vehículo en el camino de grava que había al otro lado de la ventana abierta de la casita. Me di la vuelta, aturdida, y abrí los ojos, pero había demasiado follaje en el exterior para ver el camino de entrada. Asumí que los pasos que

percibí eran de Grayson. Se bajó de la *pickup* y fue directamente a la casa grande. Los párpados se me cerraron de nuevo y no tardé ni un minuto en volver a dormirme.

El sol matutino entraba por la ventana abierta, la luz dorada hizo que mis sueños se desvanecieran como la niebla. Me senté y me estiré. Después de asearme con rapidez en el agua helada del lavabo del cuarto de baño y recogerme el pelo en lo alto de la cabeza, me puse unos vaqueros cortos y una camiseta sin mangas de color azul marino. Me ducharía más tarde, antes de la cita de la tarde.

La grava crujió bajo mis pies mientras andaba hacia la casa grande. Cuando llamé a la puerta, respondió Walter. La expresión inalterable del día anterior parecía haberse suavizado un poco.

—El señor Hawthorn está desayunando —me informó, cortés.

—Gracias, Walter. —Sonreí y fui a la cocina.

Grayson estaba sentado en el mismo lugar donde había cenado, hojeando una revista de vinos. Ocupé la misma silla de la noche anterior, en el otro extremo de la mesa.

—¡Buenos días! —canturreó Charlotte.

—Buenos días —respondí, haciendo una seña a Grayson.

Ante mí había fuentes con huevos, beicon, tostadas y croquetas de patata, así que llené mi plato. Después de varios bocados, levanté la mirada y vi a Grayson observándome comer. Cuando le pillé in fraganti, miró hacia otro lado.

—Tengo mucho trabajo que hacer. ¿Qué planes has hecho para hoy? —preguntó.

Terminé de masticar el bocado de tostada antes de responderle.

—Voy a seguir limpiando la casita. Luego he pensado en darme un paseo por la propiedad, si no te importa.

Se quedó paralizado.

—¿La casita? No estarás diciéndome que has dormido allí, ¿verdad? Era solo una broma, Kira.

Me encogí de hombros.

—No me importa. Es un lugar privado y alejado de ti... Así no me verás el pelo. Será como si ni siquiera estuviera aquí. —Le brindé una enorme sonrisa, pero no me la devolvió.

Grayson me miró durante un segundo y luego volvió a concentrarse en la revista.

—Haz lo que quieras.

Unos minutos después, Grayson se despidió para ir a trabajar. Su actitud parecía un poco menos fría cuando me dijo que nos reuniríamos delante de la casa grande a las tres. Tras terminar de desayunar, me ofrecí para ayudar a Charlotte a limpiar, pero ella se negó, así que le pedí prestados algunos productos de limpieza y regresé a la casita armada hasta los dientes.

Me pasé limpiando las cuatro horas siguientes, retirando la suciedad y la mugre que había en el pequeño cuarto de baño, que parecía una reliquia de los años 70. Fregué el suelo, las ventanas e incluso las paredes. En la estancia de delante no podía hacer nada puesto que estaba llena de equipos de jardinería, por lo que me limité a crear un camino entre el desorden y a retirar casi todas las telarañas. Debería limitarme a cerrar la puerta de ese espacio y vivir en las otras dos habitaciones.

Solo hice un descanso para ir a la casa y comer algo rápido, dado que Charlotte estaba esperándome.

Cuando terminé la limpieza de la casita, me dolía todo el cuerpo, pero me sentía realizada al mirar a mi alrededor y ver cada palmo reluciente. Ese sería mi hogar durante los dos meses siguientes. Estaba lejos de ser elegante, aunque el lujo nunca me había traído felicidad. Me gustaba porque era mi propio espacio. Donde había aterrizado... Donde me había llevado el camino que había elegido.

Había sido un día cálido, pero la casita estaba cubierta por la sombra de los árboles, y la temperatura

había bajado por la tarde. Solté un grito cuando me puse bajo el chorro frío de la ducha y no dejé de moverme ni un momento mientras me lavaba el pelo y el cuerpo con los artículos que había llevado conmigo. Me había olvidado de pedirle a Charlotte un recambio de toallas, así que quizá tendría que comprar algunas para tenerlas. No me quedó más remedio que secarme con una camiseta antes de vestirme con ropa limpia. Por suerte, el secador me hizo entrar en calor mientras me secaba el pelo. No me molesté en recogermelo, dejando que me colgara por la espalda.

En el exterior, el cielo era de un pacífico azul pastel, salpicado con alguna nube vaporosa. Volví a admirar las colinas llenas de vides. No sabía mucho sobre el proceso de elaboración del vino, pero esperaba aprender algo. No era que fuera a estar allí mucho tiempo, pero me resultaba interesante: una práctica antigua que constaba de muchas tradiciones. Di un paseo por detrás de la casa, lo que significó que quedó ante mi vista el laberinto. Me acerqué para echar un vistazo de cerca. Cuando estuve ante la enorme estructura natural, vi que la puerta no estaba cerrada, así que me aventuré en el interior con cautela, con la única intención de doblar un par de esquinas. Estaba lleno de maleza, y los caminos eran más estrechos de lo que debían ser, pero a pesar del suelo irregular y de las malas hierbas era magnífico. En su interior era más baja la temperatura, unos cinco grados menos. Si hubiera estado segura de que encontraría la salida, me habría aventurado un poco más. Me pregunté qué habría en el centro. ¿Por qué Grayson quería deshacerse de algo tan especial? Era un crimen. Tenía la esperanza de que llegara a cambiar de opinión cuando tuviera el dinero suficiente para restaurarlo.

Me di la vuelta antes de perderme de forma irremediable y me puse a recorrer la pequeña colina hasta una enorme estructura de piedra. Supuse que se trataba del lugar donde se hacía y almacenaba el vino. Había varios tractores y camiones aparcados justo delante, y se podía oír a los equipos que trabajaban en el interior.

Cuando me acerqué, vislumbré a un par de hombres junto a un tractor, cerca de la edificación, y un par de piernas musculosas emergiendo desde debajo. Uno de los peones me saludó y le devolví el saludo. El tipo que había debajo del tractor se deslizó y se puso de pie. Grayson. El corazón me dio un vuelco al ver que no llevaba camisa. Se irguió en toda su estatura y esperó a que cerrara la distancia que nos separaba. Ya había notado que tenía una constitución masculina de proporciones perfectas, pero al ver sus anchos hombros, los ondulantes músculos del pecho y el plano estómago, contuve el aliento y noté que se me calentaban las mejillas. ¡Dios! Era admirable de pies a cabeza, con toda aquella piel suave y bronceada expuesta bajo el sol. Era el epítome de la virilidad, y no puede evitar la forma en que mi cuerpo reaccionó a él. Se me contrajo el estómago y apreté los dientes. ¡Maldito dragón!

Se quitó la gorra de béisbol que llevaba puesta, se echó el pelo hacia atrás y luego se lo peinó de esa forma que hacen los hombres. Realicé un esfuerzo para no verme afectada y sonreí. Me presentó a los dos trabajadores que lo acompañaban: uno era de origen hispano, con un pequeño bigote y no mucho más alto que yo, que respondía al nombre de José, y un gigante con una sonrisa tímida que se llamaba Virgil. Me cayeron bien ambos y saludé a Grayson, que me devolvió el gesto.

—¿Un tractor roto? —pregunté.

—No —respondió Grayson—. Pero es una de las pocas cosas que todavía funciona. Intentaba ponerlo a punto, debe estar preparado para la cosecha.

—Vaya... Lo haces todo solo, ¿verdad? —sonreí—. No es de extrañar que trabajes de sol a sol.

—Tengo que hacerlo. Como puedes observar, dispongo de poco personal. —Señaló a José y a Virgil.

El que se llamaba Virgil, y que yo sospechaba que tenía cierto retraso, dio un paso adelante.

—Me alegra conocerla, señora. Grayson ha dicho que podrían casarse y creo que no está siendo muy educado. Dice que no logra decidir si es usted una princesa caída en desgracia o una pequeña bruja. Pero yo creo que si usted es una bruja, será de las buenas y guapas. —Se sonrojó y bajó la mirada. Al

escucharlo, me enfadé un poco y miré a Grayson con una sonrisa mordaz. Él tuvo la decencia de parecer un poco incómodo. José tosió, evidentemente, tratando de contener la risa.

—¿De verdad? ¿Qué más te ha dicho el señor Hawthorn, Virgil?

Grayson soltó una carcajada.

—Bien, ya basta de charla —intervino—. Deberíamos...

—Ha dicho que le gusta porque tiene un montón de dinero —continuó Virgil, tan ufano—. Algún día, yo también tendré mucho dinero. —Frunció el ceño—. Por supuesto, mi madre dice que no consiste en cuánto dinero tiene uno, sino de cómo trata a los demás. Así que no sé... —Se rascó la nuca, bastante confundido.

José se balanceó sobre sus talones, con una tranquila sonrisa de diversión en su rostro. Estaba disfrutando de esto.

—Bien, Virgil, si fuera tú escucharía más a tu madre que al señor Hawthorn. —Lancé a Grayson una mirada de desdén. ¿En qué estaba pensando al decirle la verdad a ese hombre inocente? Además, había contado a más gente nuestro trato. ¿Es que no había escuchado ni una palabra de lo que le había dicho sobre mi padre?

Mi consternación no tenía nada que ver con lo que había dicho sobre mí. En absoluto. Era información que ya sabía. No tenía que gustarme... Y podía considerarme una bruja. ¿Qué me importaba lo que creyera un dragón? Grayson sacó la camisa del bolsillo de atrás, se quitó la gorra y se vistió por la cabeza. Dejé escapar un silencioso suspiro. Me molestaban los reptiles desnudos.

—Caballeros —dijo Grayson, señalando a José y Virgil—. Hasta mañana.

Me cogió por el codo y me alejó de allí con una sonrisa mientras se despedía a los hombres que nos miraban. Luego, miré sin pensar a Grayson. No dejaría que me importaran las evaluaciones que él hiciera sobre mi carácter. Lo necesitaba para una cosa, y solo para esa cosa.

Grayson se rio entre dientes.

—Vamos, te llevaré a la casita. Luego nos enteraremos de los detalles del testamento y sabremos si seguimos adelante con el plan o no.

Grayson

Miré a la mujer que estaba sentada a mi lado. La mujer que iba a convertirse en mi esposa en cuestión de días. «¡Mi esposa!». Moví la cabeza sutilmente, casi sin creermelo los acontecimientos que habían ocurrido en las últimas veinticuatro horas. Mi matrimonio iba a ser un asunto de negocios, pero aun así, fuera falso o no, iba a tener una esposa. Cuando era más joven, siempre había supuesto que me casaría algún día; ¡joder!, incluso había imaginado quién sería exactamente esa mujer. Había tenido un profundo deseo de formar una familia propia, el tipo de vida hogareña que siempre había deseado, pero que nunca había tenido. Y luego Vanessa... Bueno..., baste decir que la vida está llena de sorpresas. Y no todas eran buenas.

Kira se movió inquieta en su asiento, mordisqueándose el labio.

—¿Crees que es prudente decirles a tus empleados que nuestro matrimonio no es real? —dijo en voz baja—. Ya te he hablado de mi padre; cuanta menos gente sepa que...

—José es como un hermano —la interrumpí, aparcando el coche en una plaza vacía y apagando el motor. No pude evitar la risita que surgió en mi garganta ante mis propias palabras. No todos los hermanos eran dignos de confianza, ¿no lo sabía mejor que nadie?—. José es de confianza —rectifiqué—. En lo que respecta a Virgil, dudo que alguien le haga caso si cuenta algo.

Ella me lanzó una mirada que era una mezcla de desprecio y nerviosismo mientras abría la puerta. Yo también abrí la mía y me bajé de la *pickup*.

—Parece que a Virgil se le da bien juzgar a la gente —comentó cuando nos reunimos en la acera.

—Claro, como a los perros y a los niños. En cualquier caso, no te preocupes de lo que saben. —Alguien se acercaba por la acera, así que invadí su espacio y la obligué a retroceder hasta que su espalda quedó apretada contra la *pickup*, con una mirada de pánico absoluto en su cara. Sonreí mientras presionaba mi cuerpo contra el de ella.

—¿Qué haces? —siseó entre dientes.

—Convencer a quien quiera mirar de que nuestra relación es real —le susurré al oído. «¡Dios, qué bien huele!». No, no era que oliera bien, sino que desprendía un aroma increíble. No era muy fuerte, más bien como la embriagadora esencia de las flores en la brisa. No había sabido que olía así hasta que le rocé la piel con la nariz. Me tocó la cara con un lateral del cuello, haciendo que inhalara profundamente y sintiera el calor de su piel contra la mía. Noté que estaba tan rígida como un tronco. Me separé. ¡Dios!, a pesar de que hacía solo un par de días que había estado con Jade «sabor a frutas», necesitaba a una mujer —. Vas a tener que hacerlo mejor si pretendes convencer a alguien de que realmente quieres casarte conmigo—. Me di la vuelta y empecé a caminar. Me alcanzó un segundo después. Cuando la miré, me reí de la forma en que había cuadrado los hombros y cómo había alzado la nariz en el aire. «¿Por qué me gusta tanto meterme con ella?».

Cuando nos reunimos con el señor Hartmann, el albacea del testamento de la abuela de Kira, nos quedaron claros los términos a los dos. Era muy sencillo, había dicho, el pago se produciría al instante, solo teníamos que llevarle una copia de la licencia de matrimonio tras pasar por el registro. Kira y yo

nos habíamos sentado muy juntos, con las manos entrelazadas como un par de tortolitos, y sentí el ardiente calor que desprendía su piel. El señor Hartmann pareció encantado mientras nos miraba.

—Su abuela era una mujer muy sabia, Kira. Se alegraría mucho de verla tan enamorada.

La mueca fue muy corta y Kira la borró al instante con una sonrisa.

—Gracias. Hubiera adorado a Grayson. Lo sé.

—Sin duda. Y, por supuesto, se habría sentido encantada de que estuvieran planeando establecerse aquí. Adoraba este lugar.

—Sí, es cierto —convino Kira, con una leve sonrisa. Era evidente que había querido mucho a su abuela. La culpa me hizo sentir una piedra en el estómago, pero lo ignoré lo mejor que pude. Era Kira quien había elegido este camino, yo ni siquiera había conocido a su abuela. No le debía lealtad alguna, ni a ella ni a su dinero.

—¿Sabe? —continuó el señor Hartmann—. Su abuela pensaba que si la edad y la madurez no hacen que una persona sea más consciente de las necesidades de los demás, o al menos de su media naranja, el matrimonio sin duda sí. Por eso puso esas condiciones para heredar el dinero; quería que lo utilizara bien, y ¿qué mejor que ayudada por quien ha elegido para compartir su vida? —Le guiñó un ojo a Kira—. Estoy muy contento al ver que es así.

Kira pareció algo mareada cuando sonrió, moviendo la cabeza de forma afirmativa.

—Hace mucho tiempo que no veo a su padre. ¿Cómo se encuentra? —preguntó el abogado.

Kira tragó saliva.

—Bien, señor Hartmann. —Ella hizo una pausa—. Todavía no le he hablado de Grayson. —Forzó una sonrisa—. Espero que no le importe no mencionarlo hasta que tenga la oportunidad de presentárselo yo misma.

—Por supuesto —respondió el señor Hartmann con el ceño fruncido.

Una vez concluida la cita, nos sentamos en la *pickup* y llamamos al abogado que había llevado durante años los asuntos de mi padre. Imaginé que nos recibiría con rapidez, y no me equivoqué. Concretamos una cita para el día siguiente. La cabeza me daba vueltas; todo iba muy deprisa... Aunque eso era lo que yo había querido. Pensé una vez más que cuanto antes nos casáramos, antes se alejaría Kira.

—Si el señor Kohler puede tener el acuerdo para dentro de una semana, podríamos casarnos el viernes que viene —propuse, mirándola de reojo mientras conducía de regreso a los viñedos.

Ella asintió.

—No tengo ningún inconveniente al respecto —dijo por lo bajo.

—Necesitamos unos testigos. Serán necesarios para conseguir la licencia y para llevar a cabo la ceremonia. Lo dice en la página web del registro.

—¡Oh, vale! —Se había puesto una falda no muy larga, y mis ojos se vieron atraídos por sus piernas desnudas. Tenía unas buenas piernas, torneadas y elegantes. El tipo de piernas que uno quiere sentir rodeándole la cintura cuando...

Apreté los dientes, bloqueando esos pensamientos de inmediato.

—No estarás arrepintiéndote, ¿verdad? —le dije al darme cuenta de su silencio.

—¡No! No, todo va bien. Muy rápido, pero bien.

—Cuanto antes lo hagamos todo, antes terminará también —expliqué, expresando la idea que había rondado mi mente más de una vez.

—Sí, cierto. —Esbozó una pequeña sonrisa, sin mostrar los dientes. Todavía no había visto ese hoyuelo que tenía en persona. Quizá solo lo había imaginado en la pantalla del ordenador.

La miré de soslayo mientras se recogía la melena con las manos y utilizaba una goma elástica para hacer un nudo con ella. Algunos mechones se escaparon y rodearon su cara, algo que parecía ocurrir

siempre que llevaba el pelo recogido. Según parecía, era demasiado sedoso para quedarse como ella se lo ponía. Me pregunté qué sentiría si me envolviera el puño con él.

«¡Joder! Bloquea esos pensamientos».

Kira era un enigma. Una hermosa princesita con el temple de una ardiente brujita. Me gustaba conseguir que sus ojos verdes como el cristal se inflamaran sin control. Me pregunté cómo sería en la cama. Tentadora y ardiente, sin duda... «¡Joder!».

Apreté los dientes, frustrado por mis pensamientos mientras me detenía ante la casita del jardinero. Me había sorprendido que decidiera quedarse en aquel sucio tugurio. Solo había agua fría, así que dudaba que hubiera utilizado la ducha, aunque siempre parecía limpia y fresca. Me encogí de hombros. Ni siquiera era un lugar habitable, no entendía por qué quería pasar allí más de cinco minutos. Yo había vivido durante cinco años en una pequeña celda de hormigón y aun así no se me ocurriría mudarme allí. Por supuesto, quizá era esa la razón; desde que salí de la cárcel no soportaba los espacios pequeños. Eran muchas las noches que me despertaba empapado en sudor frío por las pesadillas, fruto del tiempo que había pasado encerrado. Nunca había hablado con nadie sobre mi experiencia, y dudaba que llegara a hacerlo. Durante un breve instante, la sensación de soledad y tristeza, compañeras constantes durante esos cinco años, me envolvió, y sentí el agobiante peso de mis fracasos. Cerré los ojos con fuerza y empujé esos recuerdos al fondo de mi mente, concentrándome de nuevo en Kira Dallaire y el hecho de que estaba viviendo en la casita del jardinero. Al parecer, la había juzgado un poco mal. Me pregunté qué otros secretos descubriría si me molestara en observarla con la suficiente intensidad.

Lo que no pensaba hacer. Ni hablar.

Cuando detuve el vehículo por completo, ella se bajó de un salto y se detuvo un momento ante la puerta abierta.

—Mañana estaré preparada para nuestra cita matutina, pero luego iré en el coche a San Francisco para resolver unas cuestiones. Estaré fuera el fin de semana.

Asentí. Eso me venía muy bien. Fui consciente de que tendría que ducharse en algún momento. Sin embargo, cuanto menos estuviera con ella antes de la boda, mejor. Así no tendría que pensar en la realidad de la ceremonia.

—De acuerdo. Quedamos aquí mismo mañana a las once.

Asintió moviendo la cabeza mientras cerraba la puerta. Después se dio la vuelta y se abrió paso entre el follaje. Permanecí allí sentado un buen rato, batallando conmigo mismo. No era correcto permitir que se quedara allí. «¡Dios, acéptalo!».

Era ella la que lo había decidido. Quizá una dosis de dureza sería buena para la princesita. ¿No preferían las brujas vivir en casitas ocultas en el bosque? No pude reprimir una risa mientras me alejaba.

La cita con el señor Kohler se llevó a cabo sin problemas y con rapidez. Pronto acordamos que debería haber un divorcio, y que cada uno dejaría el matrimonio con aquello con lo que había llegado a él. El contrato era muy sencillo, y nos emplazó para regresar el jueves para firmar los documentos. Con eso, pusimos fin a las formalidades de nuestro enlace. Concreté una cita con el registro para el viernes siguiente a las diez de la mañana, así que lo único que faltaba era acudir. Sentía el estómago un poco revuelto, y si la tez cetrina de Kira era una indicación, ella también.

Dejé a Kira ante la casita y le dije que nos veríamos el lunes. No miró atrás mientras se alejaba. Había estado tan silenciosa en el trayecto de vuelta, que medio me preguntaba si volvería a verla. Quizá sería mejor que no regresara. Aunque no lo creía. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, esperaba el futuro con expectación. Esa misma mañana había abierto la lista que había hecho Walter sobre qué parte

del equipo necesitaba reparación o sustitución, y había sentido un aleteo en el estómago. Esperaba poder verificar cada uno de esos artículos dentro de poco tiempo. Me había quitado un peso de encima y, finalmente, había permitido que la esperanza me inundara. Era tan poderosa que el corazón se me había acelerado. ¿Cuándo fue la última vez que sentí eso? No podía recordarlo.

—No voy a defraudarte —juré por enésima vez, dirigiéndome a mi padre—. Haré que estés orgulloso de mí, lo juro. —Tenía que creer que él lo sabría de alguna manera. Era lo único que me impulsaba a seguir adelante.

Me pasé el fin de semana trabajando con renovado vigor. Había muchísimo trabajo que hacer a pesar de los fondos que iba a recibir, y no tenía demasiado personal. Tendría que contratar a un par de personas más en cuanto dispusiera del dinero, pero al menos sabía que iba a tenerlo.

Cuando llegué a casa la noche del domingo, recordé la botella de Vosne-Romanée que le había pedido a Walter que subiera de la bodega. La culpa y la desesperación me habían paralizado cuando tuve que plantearme vender el orgullo y la alegría de mi padre: su valiosa colección de vinos. Eso hubiera supuesto unos ingresos muy necesarios para los viñedos, pero el mero pensamiento me hacía sentir que estaba traicionándolo.

«Lo estoy intentando. Estoy tratando de salvar todo lo que era valioso para ti».

El alivio que sentía por no tener que venderla era abrumador. La sensación de éxito que inundaba mi corazón era otra cosa que no disfrutaba desde hacía años.

Cuando vi a Walter, le di instrucciones para que dejara la botella en la bodega, donde se encontraba originalmente.

—Sí, señor. Lo haré esta semana.

—Gracias.

—Y ¿puedo ofrecerle mis más sentidas felicitaciones por su... matrimonio, señor? —La palabra «matrimonio» fue pronunciada con el más frío desdén que jamás hubiera oído en labios de Walter. Y eso era mucho decir.

—No, Walter, no puedes.

El mayordomo arqueó los labios.

—De acuerdo, señor. Sin embargo, le deseo lo mejor. Mi madre solía decir que el matrimonio es como el buen vino. Los dos maduran lentamente y se vuelven más profundos y complejos con el tiempo.

Me volví hacia él.

—Walter, creo que sabes tan bien como yo que mi matrimonio no va a tener la oportunidad de madurar. Es algo temporal y sus fines son comerciales.

—Como usted diga, señor.

Lo miré con el ceño fruncido.

—Lo digo en serio.

—De acuerdo, señor.

Mi ceño se hizo más profundo y me dirigí hacia las escaleras antes de que estuviera demasiado irritado con él. Me hacía sentir como si tuviera de nuevo doce años. Y me hacía sentir fatal con aquel insolente «sí, señor», «no, señor». Uno de estos días acabaría despidiéndolo, sin remedio.

Cené solo, preguntándome cuándo regresaría Kira. No me había contado nada sobre su viaje, y no quería sentar un precedente preguntándole sobre su paradero. Desde luego, no quería que pensara que podía controlarme, así que tampoco tenía ningún deseo de hacérselo a ella. Aun así..., si había cambiado de opinión... Eso era algo que prefería saber ahora que tener que esperar a que me llamara a lo largo de la semana para decirme que no se iba a presentar en el registro.

Cogí mi móvil de mala gana y utilicé el número que solo había utilizado en una ocasión, cuando la fui a

ver al hotel. Medité qué poner en el mensaje; no quería que tuviera la impresión de que quería conocer su paradero.

Yo: ¿Debo decirle a Charlotte que te guarde un plato caliente?

Mi teléfono sonó unos minutos después.

Kira: Eso es un pensamiento muy profundo, pero no, gracias.

Fruncí el ceño. ¿Estaba tomándome el pelo?

Yo: ¿Tengo que decirle que te prepare el desayuno?

Kira: No, eso tampoco será necesario. Gracias.

Solté un gruñido antes de ponerme a aporrear las pequeñas letras del teclado.

Yo: Joder, Kira, ¿vas a volver o no?

Pasaron varios minutos y un extraño pánico me atenazó la garganta.

Kira: Sí, tenía pensado volver mañana por la tarde. ¿Me echas de menos?

Suspiré.

Yo: No. Buenas noches.

Brujita...

Kira

La propiedad de Viñedos Hawthorn estaba moteada por el sol de última hora de la tarde cuando atravesé en el coche las puertas de entrada un poco después de las cuatro. Había pasado el fin de semana con Kimberly para contarle todo lo que me había ocurrido con Grayson Hawthorn desde la última vez que había hablado con ella. Al principio se había negado a escucharme, y se dedicó a desvariar durante quince minutos —en los que las maldiciones más ominosas las dijo en español—, mientras yo permanecía sentada en el sofá, frente a ella, con los brazos cruzados como si fuera una niña a la que le estuvieran echando la bronca. Me había recordado al menos veinte malas ideas que habían terminado de forma terrible. Sin embargo, cuando por fin se calmó lo suficiente para hablar y se dio cuenta de que no pensaba dar marcha atrás, me pasó el brazo por los hombros, ofreciéndome todo su apoyo. Esa era la forma en la que solía comportarse Kimberly; yo la conocía lo suficientemente bien para esperar y ella a mí para saber que una vez que me comprometía con una de mis malas ideas, era poco probable que diera mi brazo a torcer. Aun así despotricaba, haciéndome saber que había cumplido con su deber; por lo que me lo tomé con calma. Sobre todo, era una prueba de lo mucho que me quería. La había echado mucho de menos mientras estuve fuera. Kimberly siempre había sido un bálsamo para mi alma, la persona que me mantenía cuerda.

También realicé una rápida visita al centro de acogida en el que tantas horas había pasado. Les aseguré que había en camino una enorme donación que los ayudaría a subsistir durante los próximos seis meses... Hasta que recibieran otra todavía más grande.

Deseé poder quedarme un poco más y visitar a la gente que amaba desde mi infancia pero no veía desde hacía tiempo. Sin embargo, me limité a consolarme con la idea de que regresaría por allí muy pronto.

Alejarme un par de días lejos del dragón me había permitido ver la situación en perspectiva, por lo que había hecho el camino de regreso con una nueva confianza en mí misma. Este plan iba a salir bien. Todo había encajado en su lugar y siempre había pensado que cuando eso ocurría, era porque había tomado en la senda correcta. Dentro de unos días, nos casaríamos, dispondría del dinero de mi abuela y empezaría a ser autosuficiente. Podría decidir qué quería hacer con el resto de mi vida. No me vería sometida bajo el pulgar de nadie. Por fin sería libre.

Para mi sorpresa, había echado de menos mi casita en el bosque. Después de abrir las ventanas y dejar la maleta en el suelo, a los pies de la cama, me tendí sobre el colchón y sonreí mirando al techo, que tenía la pintura descascarillada, mientras retorció un mechón de pelo. Tarareaba una canción que había escuchado en la radio del coche unos minutos antes. Al otro lado de la ventana, se oía el distante sonido de un vehículo, seguramente un tractor, y el estridente parloteo de los pájaros que poblaban las ramas de los árboles. Cuando me mudara a Napa Valley, me gustaría encontrar un lugar pequeño similar a este. Un sitio sencillo. Un lugar en el que pudiera ser yo misma, donde poder encontrar la felicidad. Me senté, suspirando, me quité la ropa y desempaqueté las esponjosas toallas nuevas que había comprado en San Francisco. Después de hurgar en el equipaje en busca de los artículos de higiene personal, me di la vuelta

para ir a la ducha. Había un hombre en la puerta, así que me sobresalté tan bruscamente que lo que llevaba en las manos salió volando y solté un grito horrorizado.

—Tranquila, tranquila... —dijo Grayson, avanzando hacia mí con las manos en alto, en posición de «me rindo», supuse que destinada a tranquilizarme. Tenía los ojos muy abiertos por la sorpresa y no pude evitar notar que los deslizó por mi cuerpo.

—¡Oh, Dios mío! —grité, dándome cuenta de que estaba tan desnuda como el día en que nació. Miré a mi alrededor buscando algo con lo que ocultar mi desnudez. Cogí una camiseta de la maleta abierta y traté de cubrirme lo máximo posible. Casi en el mismo momento, Grayson se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

Me senté a los pies de la cama con la cara ardiendo y las piernas temblorosas.

—¿Por qué no has llamado a la puerta? —grité.

—No tienes nada que no haya visto antes. —Su voz llegó por la ventana abierta mientras se alejaba de mi casa.

Podría haber gruñido.

Absolutamente avergonzada, me di una ducha mientras me quejaba de forma evidente sobre groseros e irrespetuosos acosadores.

«Nada que no haya visto antes». ¡Asquerosa bestia llena de escamas!

Después de frotarme con demasiada fuerza, o por lo menos eso decía el hormigueo que sentía en la piel, me vestí, me recogí el pelo húmedo y me acerqué a la casa grande.

Charlotte me recibió con amabilidad cuando me la encontré en la cocina.

—¿Anda Grayson por aquí? —pregunté, tratando de disimular la fragilidad de mi voz.

—Está...

—Estoy aquí. —Su voz llegó desde detrás.

Me di la vuelta y lo miré, lanzándole dagas con los ojos.

—¿Podemos hablar en privado? —pedí con fingida dulzura.

Él entrecerró los ojos, sin moverse, haciendo caso omiso a mi solicitud. O quizá no le importara que Charlotte nos escuchara. ¿Qué más daba? Ella ya nos había visto discutir antes. Crucé los brazos.

—¡No se puede entrar pavoneándose en la casa de otra persona sin llamar a la puerta! —espeté a borbotones, llevada por la ira y la exasperación.

—Llamé —replicó en tono aburrido, lo que hizo que me enfadara todavía más—. Y yo no me he pavoneado en mi vida. —Se volvió hacia el ama de llaves—. Charlotte, ¿me has visto pavonearme alguna vez?

—No, la verdad —respondió ella, frunciendo el ceño—. No eres un hombre al que le guste pavonearse.

—Pavonearse, chulearse, entrometerse —farfullé presa de la frustración.

—¿Chulearme? —preguntó Grayson con incredulidad—. No, definitivamente no me chuleo. Charlotte, ¿me he chuleado alguna vez?

El ama de llaves movió la cabeza para negarlo.

—No, no se ha chuleado nunca. —Levantó un dedo, llamando mi atención—. Lo vi entrometerse una vez... Pero era solo un niño.

Alcé los brazos en el aire con irritación. Intenté con todas mis fuerzas ignorar las burlas de Grayson y el refuerzo que le prestaba Charlotte, para concentrarme en el tema que nos ocupaba.

—¡No has llamado a la puerta! Y si lo hiciste, no te di permiso para entrar. De hecho, no te lo habría dado, ya que ¡estaba desnuda! —¿Era cosa mía o un ligero rubor rosado teñía los pómulos de Grayson?

—¡Oh, Dios mío! —Charlotte se atragantó y jadeó.

—Sí, ya, pero todo ha ocurrido con mucha rapidez. Apenas vi nada. He borrado la imagen de mi mente.

Te lo juro de corazón. —Lo dijo como si hubiera sido una imagen particularmente mala.

—Si es que tienes corazón, lo que es discutible. —Apreté los dientes.

Entrecerró los ojos.

—Fue un accidente, Kira. Lo siento. No tengo ningún interés en verte desnuda, te lo prometo. No sucederá de nuevo —repitió en tono aburrido, una vez más, mientras se frotaba debajo del ojo con un dedo como si fuera un tic.

Me erguí con la espalda recta al tiempo que alzaba la barbilla. ¿Por qué me molestaba tanto su actitud después de que me hubiera visto desnuda? ¿Qué era lo que quería? ¿Que Grayson se hubiera quedado paralizado, babeando, al pillarme sin ropa? Sabía que no era precisamente una mujer atractiva. Cooper me lo había dejado muy claro. Crucé los brazos, abrazándome a mí misma, dejando que se consumiera el fuego de mi ira. Respiré hondo.

—Vale, vale, ¿qué era lo que querías?

Él se quedó quieto durante un momento, estudiándome.

—Vi tu coche en el camino, así que me acerqué a decirte que el acuerdo prenupcial estará listo el miércoles. Y por ello, he adelantado la fecha de la boda para el jueves. —Hizo una pausa—. Si a ti te va bien.

—Oh... Mmm... Sí, está bien. —Mi corazón comenzó a latir más rápido—. Bien. —Me sentía enferma. Me miró de soslayo, pero no dijo nada.

—Bueno, pues listo —murmuré—. Esta noche ceno en la ciudad, así que nos veremos mañana. —Me miraba con desconfianza, sin añadir una palabra. Me di la vuelta y salí con rapidez de la casa. Casi hice corriendo el trayecto hasta la casita, donde cerré la puerta a mi espalda.

Grayson y yo nos evitamos durante los dos días siguientes. O al menos pensé que era cosa de los dos. Sin duda, él sabía que yo evitaba cualquier contacto con él, y estaba razonablemente segura de que Grayson hacía lo mismo. Lo vi de pasada un par de veces, pero, salvo eso, disfruté casi todo el tiempo de mi soledad. Di largos paseos por Napa Valley, recorrí Viñedos Hawthorn, leí, ayudé a Charlotte en algunas comidas y comí en la casa grande cuando él no lo hacía. Me encantaba charlar con Charlotte. Era muy fácil llevarse bien con ella, y poseía el mismo tipo de espíritu abierto que había tenido mi abuela. A pesar de que apenas la conocía, era como si hubiera llenado el espacio que había quedado vacío cuando ella murió, como si se convirtiera en una figura materna.

El número de mi padre apareció en la pantalla del móvil un par de veces, aunque no cogí la llamada. Sin embargo, al final acabé enviándole un mensaje de texto donde le decía que necesitaba tiempo para mí y que lo llamaría pronto. No me respondió.

El miércoles a las once, me reuní con Grayson delante de la casa grande, y luego me llevó a la ciudad en su *pickup* para la cita que teníamos con el abogado que habíamos contratado. Habíamos renunciado a tener abogados diferentes para ahorrar tiempo y dinero. Ninguno de los dos dijo nada en el trayecto. Desde que me había visto desnuda, existía una extraña tensión entre nosotros. No era capaz de decidir si se trataba de ira o incomodidad, ¿sería tal vez un poco de ambas cosas? Por mi parte, sin duda me notaba enfadada y torpe. No sabía por qué sentía esa rabia, pero la sentía. Quizá no lo conocía lo suficiente como para leer su mente. Y, como me recordé a mí misma, jamás lo haría.

Aparcamos y cuando nos dimos cuenta de que habíamos llegado un poco pronto, le pregunté si le importaría que fuéramos a una pequeña vinoteca que había en esa misma calle. Quería comprar algo para Charlotte, que tan cariñosamente me había tratado, incluyéndome en la familia, en un papel muy alejado del ama de llaves. Quería que supiera que la apreciaba, en especial en esas circunstancias.

Una vez dentro, Grayson comenzó a estudiar la selección de vinos en la parte delantera mientras yo me dirigía hacia la parte posterior del almacén, donde se encontraban los abridores para botellas y otros artículos de cocina.

—¿Habéis visto a Grayson Hawthorn? —susurró una mujer mientras buscaba algunas bandejas para queso en uno de los pasillos—. ¡Dios! En tiempos estuve coladita por él.

Me puse rígida mientras otra mujer se reía.

—¿Y quién no? Ve a hablar con él. Es evidente que no se lo vas a presentar a tus padres, pero para una aventura de una noche, ¡Dios!, pagaría por la experiencia.

—Es posible. Está buenísimo. —La primera mujer se rio y cuando percibí que caminaba hacia mí, mi corazón se aceleró. Me volví en dirección contraria, agarré el brazo de Grayson y anduve con rapidez hacia la puerta.

—¡Guau! —dijo, manteniendo mi ritmo.

—No hay lo que estaba buscando —le expliqué al ver que me miraba sin entender por qué parecía tan alterada.

—¿Qué estabas buscando?

—Mmm..., una bandeja para queso, o para bizcocho o algo así, no sé. —Me evadí.

—Sí que tenían.

—Mira —le dije después de respirar hondo, cuando nos movíamos a un paso normal—. Había dos mujeres hablando sobre ti y me he sentido fatal, como si estuviera espiándolas. —Hice una pausa—. Ha sido... muy raro e incómodo.

Noté que me miraba y cuando volví la cabeza, arqueó una ceja.

—¿Hablando sobre mí?

Agité la mano.

—Estoy segura de que eres consciente de que las mujeres te encuentran... atractivo por alguna razón desconocida. —Me encogí de hombros.

—¿Atractivo?

—Sexy, macizo... —sugerí.

Grayson se detuvo en seco y lo imité, girándome hacia él. Su expresión estaba llena de diversión.

—Ese tema me interesa. Me gustaría que discutiéramos más sobre él.

Tomé aire, me di la vuelta y me puse a andar de nuevo. Me alcanzó y me rodeó hasta detenerse delante de mí, bloqueándome el paso con una peculiar expresión de suficiencia.

—Espera un momento... Te has sentido incómoda porque... tú también me encuentras atractivo, ¿verdad?

«No tienes nada que no haya visto antes».

—No —repliqué, seguramente con más brusquedad de la que pretendía—. No, en absoluto. Ya hemos llegado. —Lo rodeé y atravesé la puerta del bufete del abogado. La irritante risa de Grayson me siguió al interior.

«¡Irritante criatura con alas y escamas!»

El papeleo fue sencillo y fácil de entender. Ignoré olímpicamente a Grayson mientras firmábamos los documentos, todavía molesta por sus pullas. Sin embargo, ambos examinamos los papeles con cuidado y después de firmarlos, nos dieron una copia a cada uno. Y eso fue todo. Solo nos quedaba casarnos. «Casarnos...». Iba a casarme con un dragón. Con un dragón por el que no sentía ninguna atracción. Un dragón irritante. Por dinero. Gemí para mis adentros. Esa era, sin duda, la peor idea que había tenido nunca. En contra: era una locura, era ridícula y, probablemente, humillante. Sí, una auténtica vergüenza. Una falta de respeto a la santidad del matrimonio... y a mi abuela.

Esos eran muchos inconvenientes. Pero... pero funcionaría. Me libraría de mi padre.

«Concéntrate en eso, Kira. Concéntrate en eso. Compórtate como una profesional».

La noche anterior había hecho una lista sobre el dragón, después de ir a la cocina a cenar y verlo sentado a la mesa, había informado a Charlotte de que cenaría en la ciudad. Lo había estado evitando, así que no sabía por qué debería molestarme que él hiciera lo mismo. La lista no había curado mi orgullo herido, pero sí me había ayudado.

—Tenemos una cita mañana a las dos y media del mediodía. Es decir, tenemos dos citas. La primera para obtener la licencia, y la siguiente para atar el nudo.

Moví la cabeza de forma vigorosa, como si todo me pareciera muy bien. «¡Casada!». Mañana. A las dos y media. «¡Atar el nudo!». Eso hacía que pareciera algo casual. Como si no fuera nada. Solo atar el nudo, pero sin apretarlo con fuerza. Una lazada floja fácil de deshacer. Tuve el repentino deseo de reírme de forma alocada y, quizá, llorar un poco. El humor de Grayson era también diferente, más ligero.

—¿Cuándo vas a decírselo a tu padre? —preguntó—. ¿Antes o después?

—Después. Una vez que hayamos cobrado el cheque. —Me puse nerviosa al pensar en enfrentarme a mi padre.

Miré a Grayson de reojo; no quise hacerlo de frente. Parecía estar estudiándome.

—Si... quieres dar marcha atrás, yo... —dijo.

Moví la cabeza, negándome. Habíamos llegado demasiado lejos.

—No, no quiero cambiar de idea. —Finalmente clavé los ojos en él—. ¿Tú sí?

—No.

Me llevó directamente a los viñedos y le seguí al interior de la casa grande con la intención de comer algo. Me quité las gafas de sol al llegar a la penumbra del vestíbulo y las guardé en el bolso. Estaba tan lleno que las empujé hasta el fondo, para que hubiera menos posibilidades de que se cayeran.

—Entonces, ¿quedamos mañana aquí mismo a las dos? —preguntó Grayson. Debía de querer ponerse a trabajar, fuera lo que fuera que hacía en aquel edificio de piedra.

—Vale —convine, tratando de parecer casual.

—Oh, mira... Se te ha caído eso. —Grayson se inclinó y recogió un trozo de papel y me lo tendió. Fruncí el ceño.

—No creo que... —Y entonces me di cuenta de lo que era por el color de la hoja. Se trataba de la lista que había hecho sobre él. El mismo papel en el que había garabateado Kira Hawthorn por los márgenes, ensayando mi nueva firma. Debía de haberseme caído del bolso. Sentí que se me calentaban las mejillas, y cuando Grayson se dio cuenta, me miró con desconfianza al tiempo que retiraba el brazo—. Ni se te ocurra mirarlo... —advertí.

Bajó la vista a la lista que tenía en la mano y me dio la espalda. Evidentemente ahora estaba mucho más interesado en lo que podía poner dada mi reacción ante él.

«¡Eres tonta, Kira!», me dije. Pero todo había ocurrido con tanta rapidez que no había tenido tiempo de reprimir mi reacción.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Grayson.

—Es algo personal —dije—. Devuélvemelo.

—¿Algo personal? Si estamos a punto de casarnos, cielito... —replicó con sarcasmo—. Entre nosotros no debe haber secretos.

—Muy gracioso. Dámelo.

Cuando lo desplegó, me lancé a por él. Me esquivó con elegancia y esbozó una sonrisa al ver que casi me caía al suelo. Lancé un chillido, pero él se dio la vuelta y se dirigió con rapidez al salón que había a la derecha del vestíbulo.

—Creo que me voy a sentar para leer de qué va todo esto.

—¡Devuélvemelo! —grité, a pesar de que sabía que sonaba como una cría caprichosa. Lo terminó de desdoblar mientras corría tras él.

—«El dragón, también conocido como Grayson Hawthorn: pros y contras» —leyó en voz alta. Me miró por encima del hombro, arqueando una ceja, luego se colocó detrás de un sofá de cuero y se volvió hacia mí. Yo me tropecé con la *chaise* a juego, y estuve a punto de caerme de nuevo.

—No —le advertí, tratando de transmitir toda mi ira con aquella palabra.

Él ladeó la cabeza; era obvio que estaba tratando de leer el garabato de mi firma.

—Lo cierto es que preferiría que mantuvieras tu apellido de soltera —dijo. «¡Ay!».

—Sí, ya, por supuesto. —Tenía la cara tan caliente que me palpitaba—. Dámelo. —Pero no lo hizo.

—«A favor: es tonto. Tonto del culo». —Bajó el papel y me miró por encima del borde—. ¿Te gusta mi culo, brujita? Deberías habérmelo dicho. Te advertí que no debías desarrollar sentimientos hacia mí, pero imagino que no pasa nada por que me mires el culo. Además, si lo haces, significa que, de hecho, me encuentras... «atractivo». —Sonrió—. Parece que, después de todo, eres humana —continuó, rascándose la barbilla como si estuviera pensando—. ¿Las brujas son humanas? Mmmm... —Miró de nuevo el papel.

—Eres... eres... —farfullé, incapaz de terminar la frase, mientras agitaba los brazos con total desamparo. Yo hervía de rabia, y él parecía disfrutar despertando mi ira de forma deliberada. Quise borrar aquella expresión arrogante de sus estúpidos y hermosos rasgos.

—«En contra: es un dragón presumido» —leyó Grayson con tranquilidad.

—Hecho comprobado —gruñí.

—«A favor: me necesita». —Grayson buscó mis ojos; los suyos tenían una mirada ominosa—. Corrección: necesito tu dinero.

Bien, pues ahora no iba a tenerlo. Había pasado el límite. Jamás le daría absolutamente nada a ese irritante dragón. Miré a mi alrededor con brusquedad, buscando algo con lo que golpearlo, y vi una botella de vino a mi espalda, en un aparador, junto a la puerta que creía que conducía a la bodega. Corrí hacia ella y la agarré, dispuesta a lanzársela.

—¡No! —El tono de pánico en su voz me detuvo en seco—. Kira... —Dejó caer la lista y levantó las manos en señal de rendición—. Esa botella de vino es irremplazable. —Se inclinó muy despacio para recoger la lista y se incorporó lentamente, tendiéndomela—. Te la cambio... —dijo mientras se movía con cautela en dirección a mí como si yo fuera un animal salvaje.

Bajé la vista a la botella que tenía en las manos. Era francesa. Cuando subí la mirada al rostro de Grayson, vi que estaba pálido.

—¿Esta? —pregunté con inocencia, pasándola a la otra mano con cierta ligereza. Él ahogó un sonido—. ¿Esta que tengo aquí? ¿Así que es irremplazable? —Estaba segura de que estaba exagerando. De lo contrario, ¿por qué estaría en un aparador en el salón? De todas formas era evidente que significaba mucho para él. Se movió de nuevo hacia mí.

—Quédate dónde estás —ordené. Lo hizo y alzó la barbilla—. Pídeme disculpas por tu extremada rudeza conmigo y... —Hice un gesto con la botella, tratando de decir lo que sus palabras me habían hecho a mí y a mi orgullo. Mientras seguía con los ojos la botella, emitió el mismo sonido ahogado que antes.

—Sí, sí, te pido disculpas. Estaba tomándote el pelo, pero no quería hacerte daño. Lo juro. Acércate y dame la botella de vino, Kira.

—No —dije con los ojos entrecerrados.

Parpadeó.

—¿No?

—No voy a acercarme a ti. Te vas a acercar tú a mí.

Noté un brillo en sus ojos, pero controló su expresión con cuidado mientras miraba de nuevo la botella que llevaba en las manos.

—Nos encontraremos en el medio.

Pensé en desafiarlo; después de todo, era evidente que ahora era yo la que tenía el control, pero decidí que reunirnos a medio camino estaba bien.

—De acuerdo.

Asintió y me moví hacia él. Mmm... Me gustaría ver aquella impotente mirada de pánico en sus ojos y oír aquel extraño sonido ahogado que salía de su garganta por última vez. Con la intención de pasar la botella de la mano izquierda a la derecha, abrí el brazo izquierdo con un amplio arco y me incliné para agarrarla con el otro, manteniendo en todo momento el contacto visual con el dragón mientras esbozaba una pequeña sonrisa. El sonido de cristales rotos resonó con fuerza en el silencio de la habitación y me quedé paralizada. Aspiré aire al tiempo que miraba hacia la izquierda, donde había una columna de piedra de la que me había olvidado por completo. Al levantar el brazo, había estrellado la botella contra ella. Tragué saliva mientras miraba cómo un líquido tan rojo como la sangre goteaba por la pared hasta el charco cada vez más grande que se había formado en el suelo. Un jadeo en la puerta llamó mi atención. Allí estaba Walter, con la boca abierta y la tez pálida por el espanto.

—Había ido a buscar las llaves de la bodega —susurró con la voz ahogada—. Lo siento, señor. —«¡Oh, Dios mío!».

Bajé la vista hacia el cuello de la botella, que todavía sostenía entre los dedos, y luego, muy, muy despacio miré a Grayson. Parecía a punto de perder el control, hervía de furia.

—No ha sido culpa tuya, Walter. Puedes marcharte —dijo con la voz mortalmente calmada.

Hubo una pausa.

—Sí, señor —le oí decir al mayordomo antes de alejarse.

Parpadeé y solté la botella rota, que terminó de hacerse añicos contra el suelo. Me quedé mirando la mancha mientras Grayson se acercaba a mí lentamente. Casi podía sentir el fuego de su ira, que parecía emanar en oleadas. Cuando llegó hasta mí, se inclinó y me apresó la barbilla con los dedos. Noté que le palpitaba un músculo en la mandíbula, como una pequeña advertencia. Me erguí en toda mi altura y lo miré a los ojos.

—Esa botella de vino —dijo entre dientes— era el orgullo y alegría de mi padre. Tardó años en conseguirla. Cuando por fin la tuvo en sus manos, lloró. Lloró de alegría, Kira, por haber obtenido esa botella que acabas de romper tan alegremente.

Sacudí la cabeza, tratando de no estremecerme.

—Ha sido un accidente. Solo estaba... ahí. —Odié el temblor de mi voz cuando mis palabras se desvanecieron.

Él me soltó la barbilla, pero sus ojos oscuros siguieron clavados en los míos.

—A las dos —dijo, finalmente—. Nos encontraremos aquí, mañana a las dos.

¿A las dos? ¿Mañana? ¿Qué iba a ocurrir a las dos? No podía recordarlo. ¡Oh, Dios! Íbamos a casarnos... Pero estaba pensando en anularlo todo. Abrí la boca para decírselo, pero las palabras no salieron. Era evidente que él estaba pensando en cómo iba a castigarme, o lo que fuera, por haber roto una botella de vino irremplazable.

Tras decir eso, Grayson salió del salón. Yo me quedé allí durante unos minutos, hasta que, por fin, me tambaleé sobre las piernas hasta el lugar donde había dejado caer la lista. La cogí y fui a la cocina. Charlotte estaba limpiando la encimera y un dulce aroma a canela y manzanas flotaba en el aire. Ella me

contempló con nerviosismo y luego desvió la mirada.

—No es un mal hombre, Kira.

Tragué saliva.

—Es que... —Moví la cabeza, y volví a empezar—: Estoy segura de que no suele serlo, pero yo tengo algo que... saca lo peor de los hombres.

—Estoy segura de que eso no es cierto.

Me encogí de hombros. Lo era. Realmente era cierto. Noté que me subía la bilis a la garganta. Pensé que iba a vomitar, pero me las arreglé para no hacerlo.

—Quizá es algo superior a ti, querida. Quizá sea necesario un hombre muy especial para...

—¿Para manejarme? —Me reí, un sonido que tuvo poco de divertido.

—Para amarte —corrigió. No estaba segura de si debía tomármelo como un cumplido, pero Charlotte me sonreía con calidez.

«Amor». Un feroz anhelo surgió en mi pecho. Ser apreciada una sola vez. Suspiré.

—De cualquier forma, el arreglo que he hecho con Grayson no tiene nada que ver con el amor. Y ya no importa; no voy a seguir adelante. Ha sido una mala idea desde el principio. —Me volví hacia Charlotte, que me observaba mientras pasaba una esponja por la superficie con una expresión pensativa—. Charlotte, ¿ese vino era realmente irremplazable? ¿Su padre intentó conseguirlo durante años y...? —Luché contra la urgencia de llorar.

Charlotte se mantuvo en silencio durante un instante y pareció tomar una decisión. Dejó la esponja en el lavabo y rodeó la barra de la cocina para sentarse en un taburete a mi lado. Cogió mis manos con las suyas con una mirada de simpatía.

—Es probable que él jamás te lo confiese por sí mismo, así que voy a contarte algo sobre Grayson y su padre, Kira. No me gustan los chismes, pero quizá si conoces algunos antecedentes de Grayson puedas entender por qué está empeñado en revivir estos malditos viñedos. —Apretó los labios durante un segundo y luego su expresión se relajó. «¿Malditos viñedos?». Esta era también su casa. ¿No le gustaba vivir aquí?—. Grayson y su padre, Ford Hawthorn, no mantenían una buena relación. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Las razones son muchas y quizá Grayson te cuente alguna más adelante, pero bastará con decir que su padre jamás le hizo sentir que perteneciera a esta casa, ni su padre ni su madrastra. Ellos... culparon a un niño de cosas de las que nunca se debe echar la culpa. Lo trataron de forma abominable, lo excluyeron, cada uno tratando de convencer al otro de que lo odiaban. —Me miró con una expresión muy triste—. Durante toda su vida, Grayson ha intentado... Bueno, no importa. Nada de lo que hiciera era lo suficientemente bueno. —Movié la cabeza—. Más tarde, después de que lo arrestaran... —Cogió un pañuelo de papel de la encimera y se sonó la nariz—. Su padre no lo visitó ni una vez. Mientras Grayson no estaba aquí, Ford descubrió que tenía cáncer y sucumbió con rapidez. O al menos eso pareció. Cuando Grayson regresó a casa, supo que su padre le había dejado los viñedos, un negocio que comenzó a irse a pique cuando descubrió que estaba enfermo. Dejó el dinero a su esposa y al hermano de Grayson, Shane, pero los viñedos a Grayson. —Algo brilló en sus rasgos, pero desapareció antes de que pudiera leer en ellos—. Grayson prometió ese día que conseguiría que los viñedos recobraran su esplendor, pero no por sí mismo, sino por el padre que lo había rechazado durante toda su vida y, al final, le dejó este lugar como ofrenda de paz. Grayson sintió que Ford le había confiado su propiedad más preciada porque lo consideraba digno. Digno de reflotarla, de dirigirla. Y Grayson va a hacer lo que sea con tal de demostrar que su padre no se equivocaba.

Me moví en el taburete. Menuda sorpresa.

—¿A pesar de lo mal que lo trató su padre antes de eso?

Charlotte asintió.

—Creo que precisamente porque su padre lo trató mal. Para Grayson, sacar a flote estos viñedos sería como redimirse.

Asentí lentamente, mordiéndome el labio mientras pensaba en lo mucho que tenía en común con Grayson Hawthorn. Los dos habíamos sido criados por padres que no nos consideraban suficientemente buenos.

—Gracias, Charlotte. Creo que ahora lo entiendo un poco mejor, y puedo atar cabos. —Apreté los labios ante ese pensamiento—. Es más, pienso que tal vez podamos llegar a ser amigos, salvo que... Él piensa que soy una bruja, y yo estoy segura de que es un dragón. Al menos conmigo.

Ella se rio. Al parecer, encontraba muy divertida la situación.

—¿Por qué me has contado todo eso, Charlotte? —pregunté, inclinando la cabeza.

Volvió a cogerme las manos.

—Creo que se ve de forma diferente a la gente cuando se comprenden sus motivos. Y quizá piensas que sacas lo peor de Grayson, pero desde que has entrado en su vida, a pesar de que ha sido hace pocos días, ha estado más vivo que durante el año que lleva en casa..., incluso aunque como consecuencia haya echado fuego por la nariz. —Me apretó las manos con fuerza—. Eso es bueno. Grayson puede ser arrogante, principalmente debido a su aspecto, pero en su interior, hay un dolor muy profundo. —Pareció triste un momento, pero luego me sonrió de tal forma que no pude evitar devolverle la sonrisa. Había algo reconfortante en Charlotte—. Venga, te voy a invitar a un buen trozo de tarta de manzana y canela recién salida del horno —dijo mientras se levantaba—. Y por cierto, querida... —añadió, cubriéndome la mano con la suya encima de la encimera al tiempo que me miraba con los ojos brillantes—. Olvídate del príncipe y la princesa. Siempre he pensado que la verdadera historia era la de la bruja y el dragón. —Su risa musical flotó en la cocina.

Grayson

Nunca hubiera imaginado así el día de mi boda. Me había despertado sola, me había dado una ducha fría y luego, con rapidez, abandoné Viñedos Hawthorn para ir al centro de Napa a comprar algo que ponerme. Pero después de echar un vistazo en algunas tiendas, me di cuenta de lo ridícula que era. ¿Para qué necesitaba un vestido nuevo? ¿Por qué iba a comprarme un vestido nuevo para pronunciar unos votos falsos en la boda con un hombre que se casaba por dinero? Un hombre que, probablemente, me odiaría después de lo ocurrido el día anterior. Respiré hondo. Aun así, iba a llegar hasta el final. Me había hecho a la idea mientras estaba acostada la noche pasada, pensando en las razones por las que necesitaba el dinero que mi abuela me había dejado, y pensando también en las razones de Grayson. No pude evitar darme cuenta de que teníamos más en común que lo que pensaba cualquiera de los dos. Y quizá nunca lo sabríamos en toda su extensión. Aunque tal vez, en el fondo, sentía una especie de paz al compartir con él el dinero, fuera dragón o no.

Al final, elegí un vestido de encaje blanco con tirantes que resultaba casi formal y unas sandalias de tiras azul metalizado. Mi atuendo no resultaría demasiado sofisticado, pero al menos en el registro pensarían que me había esforzado por parecer una novia.

«Todo por las apariencias», pensé con tristeza.

Mientras conducía de regreso a Viñedos Hawthorn, un recuerdo inundó mi mente. Cuando tenía siete u ocho años, había encontrado la colección de catálogos y revistas viejas de mi abuela. En uno había vestidos de novia, así que había recortado todos los que me gustaban y los había pegado en una cartulina. Luego me había pasado horas hojeando las revistas, fijándome en las flores y tartas o cualquier otra cosa que pudiera añadir a mi imagen. Cuando se lo enseñé llena de orgullo a mi abuela, ella lo había estudiado como solía hacer hasta que finalmente me preguntó por qué no aparecía el padre de la novia.

—Oh —había respondido yo—, es que está trabajando. No podía asistir.

Mi abuela me había mirado con tristeza antes de abrazarme con fuerza.

—Vas a ser una novia preciosa, cielo —me había asegurado—, y tu novio va a adorarte.

Noté un nudo en el pecho.

—Oh, abuela... Lo siento mucho —susurré en el silencio del coche.

Justo cuando estaba terminando de vestirme, oí un suave golpe en la puerta. Me pregunté sorprendida si Grayson había venido a buscarme en vez de esperarme en el lugar donde habíamos quedado. ¿O vendría a cancelarlo todo? El corazón se me aceleró al pensarlo.

—Adelante.

Un segundo después oí el cantarín saludo de Charlotte y me relajé.

—¡Oh, querida! Estás preciosa —dijo con una sonrisa mientras entraba en el dormitorio.

Le dirigí una sonrisa con cierta inquietud. No quería que pareciera que se trataba de una boda de verdad. Eso solo serviría para que me sintiera más avergonzada.

—Te he traído algo para que tengas suerte en este matrimonio —dijo, abriendo la mano y enseñándome un pequeño pasador de plata y cristal en forma de rosa.

—¡Oh, no, Charlotte! No puedo aceptarlo. Este matrimonio no necesita suerte. Ya está programado para fracasar —expliqué, con las mejillas ardiendo.

—Bueno, entonces, para que te dé suerte a ti —corrigió—. Por favor, acéptalo. Mi madre me lo dio el día de mi boda y no tengo ninguna hija a la que dárselo y tampoco voy a tener nietas. Para mí significaría mucho que lo aceptaras.

—De verdad, no puedo —gemí, tratando de no dejarme llevar por la emoción.

—¿Y si te lo pones solo hoy? —Sonrió con esperanza—. Me lo puedes devolver si lo deseas. —Enlazó sus manos—. Ohh... Eso es todavía mejor. Algo prestado.

Solté un bufido de risa.

—Vale. Pero solo si dejas que te lo devuelva.

—Te lo pondré aquí —explicó, inclinándose y fijando el pasador a la parte superior del vestido. Luego se apartó y sonrió con suavidad—. Perfecto.

No pude reprimirme, rodeé a Charlotte con los brazos e inhalé su suave olor a polvos de talco. Ella se rio con ternura y me devolvió el abrazo.

—Muy bien —añadió con suavidad.

A las dos, fui hasta la casa grande, donde Grayson estaba apoyado de forma casual en la fachada de piedra. Llevaba unos pantalones color caqui y una camisa azul, abotonada hasta arriba. Traté de no fijarme en lo guapo que estaba, pues no servía para nada bueno. Cuando me oyó acercarme, levantó la vista y me miró con un breve destello de sorpresa en los ojos, que desapareció al instante.

—¿Preparada? —dijo con sencillez sin hacer ningún comentario sobre mi aspecto.

Asentí.

Ninguno de los dos dijo nada durante los primeros cinco minutos de trayecto. Por fin, me volví hacia él y noté que su mirada estaba clavada en mis piernas desnudas. Las crucé y me miró a los ojos. Apretó los dientes. ¿Pensaba que mi atuendo era demasiado informal?

—Grayson, siento... lo de la botella de vino de tu padre.

Me pareció que relajaba un poco los hombros mientras miraba por el parabrisas.

—No solo fue culpa tuya. No podías saber que había una botella tan valiosa en el salón. Y admito que te presioné demasiado. Soy culpable por haberme burlado de tu lista..., así que también lo lamento.

Solté el aire al sentir que se me calentaban las mejillas al oír mencionar la lista.

—Entonces, ¿estamos en paz?

Esbozó una breve sonrisa.

—Diría que sí. En especial si tenemos en cuenta lo que estás a punto de pagarme. —Volvió la cara hacia mí y me brindó una sonrisa diabólica que me detuvo el corazón. Luego relajó los rasgos y me di cuenta de que estaba bromeando.

—¿Preparada para hacer una promesa eterna... o al menos de doce meses? —preguntó, mirándome de soslayo.

Solté una risita tonta.

—Me figuro que tanto como puedo llegar a estarlo. No es así como me había imaginado que sería el día de mi boda.

—¿No? ¿Tu imagen se acerca más a un vaporoso vestido blanco y a la *crème de la crème* de la sociedad mirándote? —Clavó los ojos en mí durante un segundo.

Era cierto. Cuando me comprometí con Cooper, había supuesto que mi boda sería así, sobre todo porque era lo que mi padre y Cooper tenían pensado. Aunque lo cierto era que no había sido mi sueño. Solo había tratado de complacerlos a los dos.

Sonreí a pesar de lo triste que me sentía.

—Supongo. —No iba a discutir sobre ello con Grayson, en especial en ese instante. Me miró con rapidez antes de volver la vista hacia la carretera, sin decir nada.

A partir de ese momento, el estado de ánimo entre nosotros se volvió un poco tenso y ninguno de los dos habló, cada uno se perdió en sus propios pensamientos. A pesar de que Grayson había dicho que lo de la botella estaba olvidado, todavía no me había perdonado por completo, al menos si la forma en que apretaba los dientes cada vez que me miraba era una señal. Bueno, una vez que acabara el día, nos evitaríamos todo lo que pudiéramos. Me había disculpado y él había aceptado. Si todavía albergaba alguna hostilidad, me daba igual. Me mordí el labio hasta que me dolió, tratando de distraerme de esos pensamientos. No quería pensar en ello. No quería ser consciente de lo que estaba a punto de hacer.

Cuando llegamos al registro del condado de Napa Valley unos minutos más tarde y abrimos las puertas de la *pickup* a la vez, el cielo decidió abrirse de repente y lanzar una lluvia torrencial sobre nosotros. Cerramos con rapidez las puertas, resguardándonos en el interior del vehículo.

Grayson se rio entre dientes.

—El destino juega contra nosotros.

Solté también una risita.

—Eso parece. Aunque he oído decir que la lluvia da suerte en las bodas.

—Eso solo lo dicen las personas a las que les llueve el día de su boda, y lo hacen para sentirse afortunadas. Vamos a tener que echar una carrera hasta el registro.

—De acuerdo. A la de tres —dije, abriendo la puerta. Saltamos fuera y corrimos, chillando mientras nos acercábamos al edificio. Grayson me cogió la mano a mitad de camino y su risa ronca se elevó por encima del golpeteo de la lluvia. Por un momento robado, éramos un par de niños, corriendo y riendo bajo la lluvia el día de nuestra boda. El momento fue fugaz, un sueño, pero cuando irrumpimos en el vestíbulo y nos miramos parpadeando, supe que él también había sentido lo mismo. El hechizo se rompió y el instante desapareció cuando miramos a nuestro alrededor, a la gente que nos observaba. Había otras dos parejas esperando para casarse, y las dos se agarraban las manos. Parecían serenas y felices, como se supone que debería de mostrarse cualquiera en el día más feliz de su vida. Me hizo ser consciente de lo que estábamos a punto de hacer. Por la expresión de Grayson, estaba pensando lo mismo que yo.

—¿Estás preparada? —preguntó.

«No, no, no».

—Sí.

Viví la hora siguiente como si estuviera fuera de mi propio cuerpo. Intenté no tener en cuenta la realidad de la situación. Imaginé los rostros de la gente del centro de acogida, la casita en la que me establecería cuando dejara Viñedos Hawthorn, lo que fuera para recordarme para qué serviría lo que estaba a punto de hacer en última instancia. Grayson obtuvo la licencia de matrimonio y esperamos en la fila para decir nuestros votos. Su expresión era distante y un poco fría; el dragón había desaparecido y estaba de vuelta el príncipe de hielo. Sin embargo, no le pregunté qué estaba pensando. Mis emociones ya eran lo suficientemente difíciles de manejar, así que no era necesario que añadiera las suyas al cóctel. No era ningún apoyo para mí, ni siquiera trataba de hacerme las cosas más fáciles. Aunque, en realidad, ¿qué esperaba que hiciera? La complicidad de aquel momento en el que corrimos bajo la lluvia había desaparecido, sustituida ahora por silencio y malestar. Por fin, un empleado del registro actuó de testigo, y recité mis votos, comprometiéndome a amar, honrar y respetar a Grayson Hawthorn cada día de mi vida. Sentí que una serpiente de miedo me subía por la columna vertebral mientras cometía el sacrilegio de prometer amor y devoción a un hombre que no tenía intención de amarme o apreciarme. Era una mentira, habíamos convertido algo sagrado en una farsa. Nunca había sido una persona demasiado religiosa, pero no podía dejar de preguntarme si acabaríamos siendo castigados de alguna manera por

esta burla.

Él también recitó sus votos, con la voz firme en un tono reservado. Lo observé con un intenso dolor en el pecho, afectada por la seria expresión que mostraba en su hermoso rostro. Cuando el juez de paz nos preguntó si llevábamos alianzas, Grayson metió la mano en el bolsillo y sacó un hermoso anillo de oro con un ópalo en el centro rodeado de diamantes. Ahogué un grito cuando me lo deslizó en el dedo. Traté de llamar su atención, pero él se limitó a mirar mi mano durante unos segundos y luego levantó la vista hacia el hombre que oficiaba la ceremonia. Yo miré la hermosa joya, que parecía una pieza antigua, mientras pensaba con un nudo en la garganta en su consideración al acordarse de llevar un anillo. A mí ni se me había ocurrido.

—Puede besar a la novia.

Grayson se inclinó hacia delante y me besó en la boca. El contacto de sus labios secos en los míos, la histeria que había reprimido desde que me había despertado esa mañana estallaron de repente en mi pecho y apenas pude contener un resoplido de risa. Fingí una tos con los ojos muy abiertos ante la traición de mi cuerpo. Su beso me hizo pensar en el que me daría mi excéntrico tío Colburn, que olía a naftalina. La hilaridad y la locura lucharon por tomar el control. Solté otro ahogado resoplido que traté de ocultar con una tos.

Grayson arqueó las cejas antes de entornar los ojos para mirarme fijamente. Su expresión parecía tensa y desafiante, como si pensara que me había reído para burlarme de él. Tragué saliva, muy seria de repente. «¿En qué estás pensando?». El estrés de la situación me había agrietado el cerebro, sin duda. «Por supuesto que tiene que besarme como un viejo tío reseco». Esto era un asunto de negocios.

Grayson dio un paso hacia mí, invadiendo mi espacio, y encerró mi cara entre sus manos. Se me escapó un sonido de sorpresa cuando apretó los labios contra los míos y deslizó la lengua por la comisura de mi boca. Sin tiempo para pensar, mi cuerpo reaccionó de forma instintiva y separé los labios con impaciencia para reclamar su lengua, derritiéndome contra él. Me besó sin piedad, saqueando mi boca y debilitándome las rodillas. Yo solo pude aferrarme a sus hombros hasta que se apartó, con la misma brusquedad con la que había empezado. Nuestras bocas se separaron con un húmedo chasquido mientras tropezaba hacia delante, aunque recuperé el equilibrio antes de caer sobre él.

El juez de paz sonrió.

—¡Muy bien!

«Sin duda, muy bien».

Traté de recuperar la compostura y usé el pulgar para secarme la saliva de debajo del labio inferior.

—Por la autoridad que me ha sido otorgada, os declaro marido y mujer.

Y así fue. Ya éramos oficialmente los señores Hawthorn. Por los siglos de los siglos. Amén.

O por lo menos durante el próximo año. Y eso no se merecía un amén.

Regresé con Grayson hasta la *pickup* con las piernas extrañamente insensibles, todavía afectada por su beso y sintiéndome un poco humillada. Sin embargo, él había pensado de forma productiva.

—Gracias por acordarte de llevar un anillo —dije por lo bajo—. Ni siquiera se me ocurrió conseguir uno para ti. ¿De dónde has sacado ese con tan poco tiempo?

—Estaba en casa todavía. Aún no había tenido tiempo de venderlo. —Lo miré, y al ver la expresión tensa de su cara, pensé que debía de pertenecer a su madrastra. Bueno, ahora iba a servir para que nuestra unión pareciera más legítima ante los ojos del mundo exterior, así que me importaba muy poco cuál fuera su origen.

—Te lo devolveré cuando... mmm...

—Vale —fue su escueta respuesta.

—Vale —repetí, decidiendo en ese momento que no iba a mencionar el beso ni el hecho de que me

hubiera reído de aquel primer roce seco de sus labios. Ahora que mi mente estaba más clara, me di cuenta de que seguramente me había besado así para que la ceremonia pareciera más convincente.

—Er... Entonces..., ¿te apetece ir a comer o algo así? —le pregunté después de un momento de silencio.

No sabía cuál era el protocolo establecido para una ocasión como esa.

«Es el día de tu boda... ¡Oh, Dios mío!».

Solo que en realidad no lo era. No iba a considerarlo como tal. Cuando tuviera uno de verdad y sería todo lo contrario a este.

—No puedo. Tengo que volver al trabajo —replicó él, sin mirarme.

«Perfecto».

—¿Quizá podríamos ir a cenar esta noche? Estaría bien que celebráramos el golpe de suerte que estamos a punto de conseguir. —Le brindé una sonrisa que me pareció más optimista de lo previsto.

—Kira... —suspiró, y se pasó la mano por el pelo como si mi conversación y el hecho de que le sugiriera ir a cenar fueran una grave molestia. ¿Pensaría que eso significaba que, de repente, esperaba mantener una relación con él ahora que era su esposa? ¿Que después de recibir el beso de rigor y lucir una chuchería que había encontrado en algún rincón polvoriento de su casa pensaba que tenía algún derecho? La ira y un dolor que no quería admitir ardieron en mi interior.

—No importa —dije—. De todas formas acabo de recordar que tengo otros planes.

Me miró como si supiera muy bien que estaba mintiendo.

—Quizá en otro momento, ¿vale? Tengo problemas con una pieza de mi equipo, y tengo que recuperar el tiempo que he perdido hoy.

Yo había profanado la santidad del matrimonio, tirándola al fondo del abismo, ¿y él apenas podía mostrarse cordial? No esperaba su agradecimiento, pero tampoco que me tratara como si fuera un inconveniente. Me tragué la decepción, ya que, cuando se trataba de un dragón arrogante, ese tipo de sentimiento era un desperdicio.

—Por supuesto. Lo entiendo —mentí.

Cuando llegamos a la casa grande, me bajé corriendo del vehículo.

—Tendré el cheque dentro de una semana o así —le dije—. Te avisaré. —Me dirigí a la casita sin mirar atrás. Cuando eché un vistazo por encima del hombro, vi a Grayson junto a la *pickup*, con las manos en los bolsillos, mirándome. Al llegar a la cabaña, alcé la barbilla y me solté el pelo. Y luego, de repente, sentí un pinchazo en el muslo que me desgarró el vestido. Pegué un brinco y se me escapó un grito. «¡Maldición!».

Alcé la barbilla y seguí caminando. Oí que se reía por lo bajo a mi espalda y tuve que resistir la tentación de dar la vuelta, correr hacia él y arrancarle sus ojos de reptil. Pero me limité a cerrar la puerta de la casita en cuanto entré. Sin embargo, la vieja puerta no encajaba bien y el clic no sonó demasiado satisfactorio cuando entró en contacto con el marco.

Era el día de boda más triste del mundo.

«¿Qué esperabas? Es lo que has hecho».

Me quité el anillo de ópalo, que era solo un accesorio más, y lo dejé en el alféizar de la ventana. Retiré del vestido el broche que me había dejado Charlotte para no olvidarme de devolvérselo y luego me senté en el borde de la cama. Me puse a jugar distraídamente con la tela del vestido, cediendo finalmente a las lágrimas que me habían hecho arder los ojos durante toda la mañana.

Agotada y emocionalmente exhausta después de los acontecimientos del día, y debido también a que no había dormido bien la noche anterior porque había estado dando vueltas en la cama, evaluando mi

decisión, me eché una larga siesta. En mi sueños apareció primero un vasto paisaje de hielo. Caminé sin rumbo, gimoteando por el frío, estremeciéndome de forma violenta mientras trataba en vano de calentarme. De repente, estaba en medio de una cascada de fuego, atrapada en un río de lava. Sentía que mi cuerpo era líquido y que mi piel hormigueaba con un calor que era deliciosamente erótico. Las llamas me consumían, pero, sin embargo, no me quemaban. Me desperté gimiendo, con los pechos sensibles y una sensación húmeda y palpitante entre los muslos. Me hundí en las almohadas. Jamás había tenido un sueño sexual tan intenso. Supuse que era una señal de mi abstinencia. Me había cubierto los pechos con las manos cuando oí cerrarse la puerta de un coche. Me incorporé con rapidez y corrí a la ventana. No era mi padre, no era posible que hubiera descubierto que me había casado, ¿verdad? Quizá tenía contactos en cada registro judicial del país. No dudaba que fuera capaz de hacerlo. No, no, intenté tranquilizarme. A pesar de la forma en la que le gustaba entrometerse en mi vida, tenía cosas más importantes que hacer. Aun así, la adrenalina inundó mis venas y mi corazón se aceleró por el pánico, enfriando mi sangre varios grados. Me pasé las manos por el vestido, alisando la tela rasgada y arrugada, y respiré hondo. De todas formas, él no podía hacerme nada. Le diría que estaba casada y que me dejara en paz.

Me arreglé un poco y cuando salí al camino de entrada, vi a Grayson hablando con una joven rubia junto a un deportivo rojo. Los dos se giraron hacia mí al oírme, pero yo no me di la vuelta al descubrirlos, como me había propuesto inicialmente. Me limité a dirigirme al lugar donde se encontraban. Mientras me acercaba, la mujer me observó como si hubiera tomado un trago amargo, y Grayson entrecerró los ojos.

Le tendí la mano al llegar junto a ellos.

—Hola, soy Kira —me presenté.

La mujer bajó la vista a mi mano como si le estuviera ofreciendo un pez muerto, pero por fin agarró la punta de mis dedos y me la sacudió débilmente.

«De acuerdo».

—Yo soy Jade. Me he detenido a ver si podía invitar a cenar a Grayson esta noche. —Me miró con dulzura, moviendo las pestañas. La envolvía un pesado aroma a melocotón, pero no podía negar que era guapa... si te gustaban las de ese tipo. Era evidente que a Grayson le encantaban. Lo miré de reojo y me lo encontré estudiándome con una expresión intensa e... ¿irritada? Aquellos cambios de humor me tenían desconcertada.

Cambié el peso de pie, consciente de lo terrible que debía de estar. Sabía que seguía teniendo la cara hinchada por la siesta y que mi pelo mostraba el salvaje desorden como siempre después de dormir. El vestido estaba roto, arrugado y desaliñado... En resumen, era el extremo opuesto a la belleza que tenía delante. Me pasé la lengua por el labio inferior con nerviosismo, odiando aquella sensación de inseguridad.

Esperé que le dijera a esa mujer que yo era su esposa.

Grayson apartó la vista de mí y miró a Jade.

—Claro, es un buen plan.

Abrí mucho los ojos y se me escapó un jadeo. ¿Iba a aceptar la oferta de Jade para ir a cenar a su casa después de haber rechazado la que le había hecho yo para cenar juntos el día de nuestra boda? ¿Y si los veía alguien? ¿Qué pasaría si Jade fuera una bocazas y se pusiera a decir por ahí que estaba saliendo con Grayson? El corazón se me aceleró y sentí que me picaba la piel.

Mi marido iba a salir con otra el día de nuestra boda.

«¡Mi marido iba a salir con otra el día de nuestra boda!».

Tuve el repentino deseo de ponerme a reír.

—Dame unos minutos para ducharme —le pidió Grayson a Jade.

—Claro, cielo —dijo mientras le sonreía con dulzura. «Cielo». Esa mujer acababa de llamar «cielo» a mi falso marido—. Pero puedes ducharte en mi casa si lo prefieres. —Esbozó una sonrisa fingida mientras me lanzaba dagas con los ojos.

Grayson entró en la casa grande, y Jade y yo nos quedamos mirándonos la una a la otra.

—Dime, Kira, ¿quién eres exactamente? —preguntó Jade con cierta irritación.

Tuve que reprimirme para no responderle: «¿Que quién soy, cielo? Soy su esposa. Espero que tengáis una velada agradable». Habíamos estado de acuerdo en seguir con nuestras vidas, siempre y cuando fuéramos discretos, pero me costaba mucho en este contexto. Aun así, era cosa de Grayson manejar la situación con Jade. Aunque no había hecho todavía ningún trabajo de contabilidad para Grayson, recordé de repente que me había ofrecido para ello.

—Soy... Mmm... Su contable, barra, secretaria, barra... lo que sea. —Era una buena forma de resumir las cosas. Poco sabía ella la realidad.

Me miró con los ojos entornados.

—¿Y vas a vivir aquí?

Levantamos la mirada al ver que Grayson bajaba las escaleras a toda velocidad. Apenas había tenido tiempo de lavarse las manos y salpicarse un poco de agua fría en la cara. Al parecer, o bien no le importaba que Jade pensara que no se había duchado o bien había pensado aceptar su oferta y hacerlo en su casa. Una imagen de ella preparando la cena en la cocina mientras él se le acercaba por detrás para besarla en la nuca inundó mi mente de repente. ¿Por qué? ¡Oh! ¿Por qué esa escena me molestaba tanto?

«Eres idiota, Kira».

—¿Preparada? —preguntó Grayson, mirando a Jade.

—Mmm... —gruñó—. Kira estaba diciéndome que es tu secretaria, barra, tu contable, barra... —Los dos nos quedamos mirándola, esperando a que continuara, y ella nos observó a nosotros, aguardando a que fuéramos nosotros los que completáramos la frase.

Grayson se aclaró la garganta. Yo tosí. Jade entrecerró los párpados un poco más y se acercó a Grayson, reclamándolo.

—¿Y ahora vives aquí? —preguntó ella de nuevo, clavando en mí su mirada.

—Estoy alojada en la casita del jardinero. —Agité la mano en dirección a mi cabaña. Como si fuera completamente normal que las secretarias vivieran en sucias casitas en el bosque.

Jade arrugó su nariz respingona.

—¡Agggg! ¿En esa construcción enterrada que apenas se ve desde el camino? Debe de estar llena de ratas.

Crucé los brazos, antes de abrir mucho los ojos hablar despacio, con fingida emoción.

—¡Oh, sí! Las hay. Una parejita recién casada, de hecho —comenté, lanzando una mirada de soslayo a Grayson, que me miraba sin comprender. Clavé los ojos en Jade antes de continuar—. Ogilthorpe y Ortensia. Estoy segura de que Ortensia está embarazada. —Me puse un dedo en la barbilla pensativamente—. Voy a tener que elegir nombres con O antes de que lleguen los pequeños bebés ratita, por supuesto. Si se te ocurre algo, dímelo, por favor. —Le brindé una sonrisa forzada mientras resistía el impulso de bizquear.

Sus hermosos rasgos se deformaron en una expresión de asco y Grayson se volvió para toser contra la mano, pero hubiera jurado que le vi fruncir los labios antes de cubrirse la boca.

—Vamos... —le dijo Jade a Grayson, ignorándome.

—¿Te las arreglarás tú sola esta noche para entretenerme? —preguntó Grayson, arqueando las cejas.

—Sí, claro —le aseguré con una sonrisita falsa.

Clavó los ojos en mi cara durante unos segundos y luego siguió a Jade. Cuando llegaron al deportivo, ella se volvió hacia él.

—No me cae bien —le dijo en un tono lo suficientemente alto para que yo lo escuchara—. Es una mujer muy rara.

Si Grayson respondió algo, lo dijo de tal manera que no llegó a mis oídos.

Se subieron al coche y me quedé mirando cómo recorrían el camino de acceso hasta desaparecer de la vista.

Era solo cuestión de tiempo que mi padre descubriera que este matrimonio no era real. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas y Grayson ya lo iba a estropear todo. Me concentré en controlar mi respiración.

Sin duda, ese era el día apropiado para coger una buena borrachera. Y, por suerte para mí, ¡vivía en un viñedo!

Grayson

—Gracias —le dije a Jade cuando salí de su coche. Ella esbozó una sonrisa forzada y se encogió de hombros, sin duda decepcionada por cómo había discurrido la noche, o más bien por cómo no había discurrido, como era el caso. No solía repetir con una mujer, pero mi intención era hacer que ardieran las sábanas de la cama de Jade. Sin embargo, cuando llegamos a su casa y ella me empujó hacia el sofá, empezando a desnudarme, solo podía pensar en que era el día de mi boda. Lo que resultaba jodidamente irritante, porque tampoco era que el día de mi boda significara algo. Pero me parecía de mal gusto tirarme a una mujer el día que le había dado mi apellido —aunque fuera de forma temporal— a otra. No se trataba de honor, ya que estaba claro que tenía poco de eso, pero resultaba... de mal gusto. Estaba mal. Lo suficientemente mal para apagar cualquier idea lujuriosa que pudiera provocarme el cuerpo atlético de Jade. Volví a pensar en Kira por enésima vez esa noche. Kira y esas estúpidas ratas cuyo nombre empezaba por O. Era raro, pero ¿por qué eso me había dado ganas de besarla otra vez? De besarla a fondo. De besarla con ganas mientras me envolvía el puño con su cabello de fuego. Sin duda algo estaba afectando a mi buen criterio.

Vi cómo el coche de Jade se perdía de vista y me quedé en el camino de entrada un minuto más, pensando en mi brujita particular, en mi temperamental esposa. Había esperado que no se presentara esa mañana, que diera por finalizada esa farsa de matrimonio y más después de lo que había ocurrido el día anterior con la lista y el vino. Y yo no era capaz de decidir si quería que se presentara o no. Era evidente que no encajábamos de ninguna forma, ya fuera en los negocios o de otra manera. Todavía estaba cabreado por lo del vino, pero si tuviera que decir en qué momento comenzaron a ir mal las cosas, tenía que reconocer que fue cuando la había visto desnuda. Si pudiera borrar esa imagen de mi mente, lo haría, porque no había sido capaz de dejar de pensar en ello desde entonces. Era totalmente inoportuna..., y sin embargo, innegable. Cuando entré en la casa y la vi allí, desnuda como Dios la trajo al mundo, la lujuria se apoderó de mí de tal manera que tuve que apoyarme en el marco de la puerta para no caerme. Durante un momento, me había visto superado por algo tan fuerte que me había debilitado las rodillas, y mi mente se quedó repentinamente en blanco durante unos instantes. Nunca había experimentado nada parecido. Me obligué a creer que en parte era por el impacto de la situación, que me había robado el aliento y me había vuelto loco de deseo. Cuando me la imaginaba ahora, evocaba su piel suave y tersa; los pechos deliciosos y redondos, coronados con pezones rosados; la suave curva de sus caderas y las piernas largas y torneadas a pesar de que su estatura no era muy elevada. Estaba delgada, pero la ropa ocultaba lo delicioso que era su cuerpo. Sin embargo, ahora lo sabía, aunque deseara no saberlo. Esto no era un buen augurio para la relación comercial que habíamos pactado. No era un buen augurio para la paz de mi mente. No deseaba tener pensamientos lujuriosos sobre mi esposa como los que había tenido esa misma tarde, cuando apareció con aspecto de haberse pasado la tarde en la cama, follando. Tenía las mejillas y los labios encendidos, los ojos brillantes, los pezones erizados y el pelo revuelto a conciencia. Por un breve instante, me pregunté si habría estado manteniendo relaciones sexuales con alguien en la casita, y me vi invadido por algo que se parecía mucho a los celos. Después, me pregunté si había estado sola en

la cama, si se había dado placer con sus propias manos... Conocía el aspecto que tenía una mujer excitada. La lujuria que me invadió me había frustrado lo suficiente como para aceptar la oferta de Jade. Mi cuerpo todavía vibraba ante el recuerdo y me maldije por lo bajo ante aquella reacción indeseada. No, pensar en mi esposa en esos términos me ponía de un humor hostil. Este debía ser el único día que me pusiera como límite no acostarme con otras mujeres, porque no había manera humana de que sobreviviera si pensaba en Kira de esa manera. Necesitaba distraerme con otras féminas bien dispuestas. Y debería dedicarles más atención de la que le había mostrado esta noche a Jade. Pasar mi tiempo libre con mujeres que conocían mi nombre y sabían dónde vivía no formaba parte del acuerdo que había hecho con Kira de ser discretos en nuestra vida personal. Y ahora había incluso más razones para mantener esa parte del trato, sobre todo cuando ella se alejaría muy pronto.

Kira. Que ahora era mi esposa.

«No, no de verdad. ¡Silencio! Deja de repetir eso».

Ayer se había mostrado cabreada, pero esta mañana había estado dócil y cariñosa, salvo cuando se rio ante el casto beso que le di, haciendo que me hirviera la sangre delante de Dios y del juez de paz. A sabiendas de que no lo había hecho para provocarme, la besé de nuevo de una forma que no tenía nada de platónica.

Aunque había crecido rodeada de lujos, se había pasado un día —según me había dicho Charlotte— fregando el cuarto de baño de la casita del jardinero, que debía de estar en un estado deplorable, y ahora estaba viviendo allí. Kira era un enigma. No podía entenderla y tampoco tenía tiempo o disposición para tratar de hacerlo. Y, sin embargo, por alguna estúpida razón, tenía problemas para resistirme al atractivo que suponía enfrentarme a los retos que planteaba, problemas para resistir el deseo de hacer que aquel fuego desapareciera de sus ojos. La deseaba. Cuando recordaba el aspecto que tenía cuando montó en cólera, con las mejillas encendidas, los ojos ardientes y llenos de indignación... Me mantenía al borde constantemente, y no era capaz de entender que me gustara tanto. Esa era la razón por la que me había burlado de su estúpida lista... Y desde entonces, la cosa había ido de mal en peor.

Y ahora estábamos casados... Hasta que el divorcio nos separara.

Me di la vuelta para entrar en la casa grande cuando oí lo que parecían voces que venían de... ¿encima de mí? Fruncí el ceño mientras me giraba, mirando hacia el cielo oscuro con los ojos entrecerrados. No, venían de algo más lejos, por donde estaba la casita de Kira. Caminé lentamente en esa dirección, confundido.

—¿Hola? —dije. Las voces se detuvieron, aunque me pareció oír una risita ahogada—. ¿Quién está ahí? —pregunté con más fuerza.

No obtuve respuesta.

—¡Ay! —me quejé cuando algo pequeño y duro me golpeó en la cabeza. Hubo otra risita. Miré hacia arriba. Había una o varias personas entre las ramas. Me dio otra bellota en el cráneo y solté un gruñido. ¿Qué coño...?—. ¿Quién está ahí? —repetí con rabia—. Baja ahora mismo o llamaré a la policía. —Hubo un silencio hasta que oí que alguien bajaba. Aparecieron primero unas piernas gruesas embutidas en unos vaqueros, y luego vi la cabeza de Virgil. Saltó al suelo y me miró con nerviosismo antes de inclinar la cabeza.

—¿Qué estaba haciendo en los árboles? —pregunté, incrédulo.

—Er... Bueno, señor... Solo queríamos ver si podíamos coger algunas estrellas... Kira y yo pensábamos...

—¿Kira? —pregunté justo cuando aparecían otro par de piernas, estas delgadas y torneadas. Kira aterrizó delante de mí, con aquel maldito pelo sedoso desordenado alrededor de su cara. Igual que esta tarde, tenía las mejillas sonrojadas y respiraba con fuerza. Pero esta vez olía a alcohol. Mi mujer estaba

trepando a los árboles... borracha. Apreté los dientes.

—Entonces... es innegable: estás loca —declaré.

—Bueno, bueno... Hola, maridito —me saludó, arrastrando algo las palabras—. ¿Qué tal tu cita?

—Mi cita... Kira, ¿te das cuenta de que podrías haberte roto el cuello? O podría habérselo roto Virgil.

Supongo que ha sido idea tuya.

Kira miró a Virgil, que parecía un niño al que acabaran de mandar a la oficina del director.

—Sí, ha sido idea mía —admitió Kira, irguiéndose con la espalda recta y cruzando los brazos bajo los pechos—. ¿Sabes que si te sientas en un árbol durante todo el día, puedes ver lo que contiene el corazón de la gente? Nadie mira nunca hacia arriba. Es algo la mar de interesante.

—Mmmm... Y, sin duda, tienes mucha experiencia trepando a los árboles.

Ella se inclinó y volvió a enderezarse.

—Bastante.

—Y, por supuesto, le has pedido un deseo a una estrella.

—Bueno, eso también. Hay que intentarlo al menos, ¿no? Nadie ha conseguido nada quedándose sentado en casa, o emborrachándose a solas en su noche de bodas. —Frunció el ceño, como si tratara de recordar algo; quizá si la persona que estaba describiendo era ella misma.

—En el futuro, ¿podrías dejar de meter a mis empleados en problemas como este? No me gustaría tener que llamar a la madre de Virgil y decirle que su hijo se ha caído de un árbol.

—Oh, eso no es peligroso... Quiero decir que no es demasiado peligroso. No. ¿Te has subido a estos árboles alguna vez? Son perfectos para trepar por ellos. Sus... —se le escapó un hipido— sus ramas son tan grandes, fuertes y amplias que se podría dormir en una.

—Kira, estás borracha. Si hubieras tratado de dormir en una rama, por la mañana te habrías despertado en el suelo.

Se echó a reír como si lo que hubiera dicho fuera muy gracioso.

—Venga ya, en serio, ¿nunca te has subido a estos árboles?

—No.

—¿No? —susurró—. ¿Por qué? —Me miró con seriedad, con una expresión de confusión, como si acabara de admitir que no había respirado antes.

No le respondí y me volví hacia Virgil, que se balanceaba sobre los pies.

—Tienes que volver a la litera, Virgil.

—Sí, señor —murmuró. Él miró a Kira con el rostro resplandeciente, como si ella fuera el sol y él siempre hubiera estado en la oscuridad. Como si en esas circunstancias en particular, yo fuera la oscuridad. Le brindó la sonrisa más sinceramente enamorada que hubiera visto nunca en un adulto.

—Buenas noches, señorita Kira —se despidió con timidez.

Kira le devolvió la sonrisa... Y allí estaba, observé con sorpresa. El hoyuelo que había visto en la fotografía de aquel artículo *online*. Virgil se había ganado el hoyuelo. Yo no lo había conseguido ni una sola vez. Y después de lo que había ocurrido esa noche, seguramente no lo haría nunca.

—Ahora soy la señora Kira —le corrigió ella, guiñándole un ojo.

Virgil me lanzó una mirada que hubiera jurado que estaba cargada de sospechas y luego se volvió hacia Kira, de nuevo sonriente, antes de alejarse. Apreté los dientes y miré con intensidad a la brujita.

Nos sostuvimos la vista el uno al otro durante unos instantes.

—Mi padre nunca habría permitido que me subiera a los árboles —expliqué.

Ella frunció el ceño como si tratara de recordar de qué habíamos estado hablando. Tenía los ojos clavados en los míos y era evidente que estaba ebria, pero su expresión era dulce.

—Mi padre tampoco me lo permitió.

—¿Puedo suponer que no le hiciste ni caso? —pregunté con una ceja arqueada.

Se rio por lo bajo y movió la cabeza. De pronto parecía tan triste que me dieron ganas de acercarme a ella. Pero entonces sonrió y señaló el árbol con la cabeza.

—Está claro que no. Nunca se me ha dado bien obedecer. Ni agachar la cabeza. Ni contener mi afilada lengua. Voy a ser una esposa horrible. —Se balanceó de nuevo y dio un paso hacia mí con una risita.

No pude evitar responderle con una sonrisa mientras la sujetaba por la parte superior de los brazos.

—Hablando de mi padre... —dijo de repente, como si le hubiera asaltado alguna idea—, te he pedido que fueras discreto con tu vida personal. Dis-cre-to. —Arrastró las sílabas de la palabra al tiempo que se inclinaba hacia mí—. Es muy importante.

Me aclaré la garganta.

—También me has dicho que no estabas preocupada por tu padre.

Se mordió el labio.

—Siempre estoy preocupada por mi padre —susurró, mirando a lo lejos. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse con los míos, se enderezó por completo—. Es que no quiero abrir la puerta a los problemas.

—Anotado —me limité a decir mientras ella se balanceaba de nuevo—. De acuerdo, brujita, te voy a acompañar a tu casita en el bosque. —Casi le ofrecí de nuevo una de las habitaciones de la casa, pero ya la había rechazado con anterioridad y, francamente, pensaba que era mejor que hubiera cierta distancia entre nosotros por una serie de razones en las que no tenía demasiadas ganas de profundizar.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, se volvió hacia mí con los ojos llorosos y las mejillas encendidas. Inclino la cabeza justo cuando las hojas de los árboles se movían con el viento y un rayo de luna cayó sobre su cara, iluminándola lo suficiente como para que sus ojos verdes brillaran como esmeraldas. Su cabello, que antes llevaba recogido, se le había soltado casi por completo y, como de costumbre, los sedosos mechones le enmarcaban los rasgos. Me brindó una pequeña sonrisa, curvando los labios lo mínimo, haciendo que me sintiera momentáneamente aturdido. ¿De verdad había pensado que esa chica era simplemente guapa? Sin duda era un estúpido.

«Estaba ciego y era tonto».

«Un completo idiota».

Era preciosa.

Por irracional que pareciera, me sentí engañado, como si aquella brujita me hubiera lanzado un hechizo. Quizá no fuera tan irracional, quizá lo había hecho. Un pequeño y perturbador hechizo.

Me di la vuelta apretando los dientes.

—Buenas noches. —Me despedí por encima del hombro, sin molestarme en esperar a que ella entrara. Regresé a la casa grande y me di una ducha de agua muy fría.

Evité a Kira durante los días siguientes. Estaba ocupado, pero además de eso, ella me descentraba, y no necesitaba distracciones. La única compañía femenina para la que tenía tiempo o deseaba en ese momento era una muy temporal y poco profunda. Liarme con mi esposa sería una idea pésima a todos los niveles.

El único contacto que tuvimos fue un mensaje de texto con el que me avisaba de que había solicitado una copia certificada de la licencia de matrimonio, pero pasarían varias semanas antes de que la procesaran. Era una espera, pero al final estaríamos un paso más cerca, y al cabo de un par de semanas, tendríamos el cheque que tanto necesitábamos. Por fin.

No supe lo que ella estaba haciendo ni me importaba. O eso era lo que me decía a mí mismo. En cualquier caso, parecía lo suficientemente inteligente para evitarme también. No se presentó a las horas usuales de las comidas, y me negué a preguntarle a Charlotte si comía en los viñedos o no. A pesar de que

en ocasiones la veía correteando por aquí y por allí, y se me ocurrió un par de veces que podría estar llevando el almuerzo a los hombres con los que trabajaba. Como yo siempre comía en la casa grande, no podía estar seguro, y tampoco les pregunté.

Una semana después de casarnos, recorría la colina hacia las viñas, donde estaban trabajando José, Virgil y un par de chicos nuevos que había contratado el día anterior a tiempo parcial, cuando me detuve en seco y entorné los ojos para asegurarme de que estaba viendo lo que pensaba que estaba viendo. Kira estaba sobre una sola pierna —la otra la tenía estirada a su espalda— sobre la parte posterior de uno de los tractores mientras este se movía alrededor de los viñedos. Ella llevaba en la mano una especie de cinta larga y la agitaba en el aire. Mientras la observaba, movió las piernas y llevó los brazos hacia delante en una especie de pose. Los hombres la vitorearon y aplaudieron como si ella estuviera ofreciendo un espectáculo. Se volvió hacia ellos mientras el tractor seguía moviéndose. José estaba al volante, y ella le hizo una profunda reverencia que hizo que su largo pelo cayera hacia delante. Luego se levantó y se dio la vuelta, girando sobre una pierna en un movimiento de bailarina. El corazón me dio un vuelco y contuve la respiración al ver aquel peligroso truco, que hizo que empezara a mover las piernas de nuevo. Medio corrí hacia ella. Cuando estaba cerca, José miró hacia donde yo estaba y empezó a frenar el tractor con la cara ya seria, hasta detenerlo por completo. Se quedaron inmóviles. Los miré, sin saber qué decir.

—¿Qué cojones estáis haciendo? —me las arreglé para decir finalmente.

José se rascó el cuello e, inteligentemente, apartó la vista mientras que Kira se erguía, mirándome de forma desafiante.

—Les he traído el almuerzo —explicó, señalando los envoltorios de las hamburguesas del In-N-Out que había sobre una manta, junto a un árbol, a la derecha de la trayectoria del tractor. Se bajó de un salto—. Estaba mostrándoles la rutina que pensaba utilizar para unirme al circo. Quería ser la chica que baila sobre el lomo de un elefante. Perfeccioné la técnica hace años, mientras mi mejor amiga Kimberly conducía el carrito de golf de mi padre. Estábamos hablando de los sueños de la infancia y... —Se interrumpió, sonriendo a los hombres.

La miré fijamente con intensidad.

—Oh, bueno, claro... —dije con sarcasmo.

Ella tuvo la certeza y la sabiduría de parecer incómoda durante un momento. Pero luego, volvió a alzar la barbilla, y el fuego brilló en sus ojos.

—Solo estábamos divirtiéndonos un poco, y no era en tiempo de trabajo, sino en la hora del almuerzo —señaló, poniéndose las manos en las caderas.

—Es mi equipo, Kira. Si te hubieras hecho daño, yo sería el responsable. —Antes de que pudiera responderme, miré a José—. ¿Y tú? ¿No vas a decir nada?

Él se encogió de hombros, pero noté la diversión en su expresión a pesar de que trató de ocultarla.

—Si la señora quiere bailar encima del tractor, ¿quién soy yo para negárselo? Es la propietaria de la mitad de los viñedos.

Lo miré fijamente, apretando los dientes. No iba a explicar allí los términos exactos del acuerdo prenupcial que había firmado con Kira, pero en cualquier caso, vi que José disfrutaba de la situación, así que no importaba. «¡Menudo traidor!». Miré a los hombres, que miraban a su vez a Kira como si les hubiera entregado la luna.

—¡Baja de ahí! —exigí, recordando que esta era la segunda vez en una semana que tenía que pedirle a mi esposa que abandonara un lugar elevado y peligroso—. En mis viñedos no vas a andar subiéndote a los árboles ni a los tractores, ¿me has entendido?

Ella entrecerró los ojos, con una expresión de claro desafío, y cruzó los brazos.

—¿Y si lo hiciera? —me retó.

—Si lo hicieras, te demostraría cuánta razón tienes al compararme con un dragón —repliqué con calma. Ella dio un salto elegante y grácil para aterrizar sin dificultad sobre sus pies.

—Quizá —dijo ella, sosteniéndose sobre el pie derecho y moviendo la cinta en el aire— debería haber ensayado para ser domadora de dragones. —Su largo cabello castaño rojizo se arremolinó a su alrededor mientras se movía y pesados mechones cayeron sobre sus mejillas, que ya habían adquirido un tono rosado. Me moví, pero ella hizo girar la cinta delante de mí.

—Suelta esa arma, bruja —gruñí, notando los remolinos ardientes que inundaban mis venas.

—¿Y si no? —me desafió.

—Te la quitaré yo mismo. —Y luego la pondría sobre mis rodillas e utilizaría aquel improvisado látigo para darle una lección. Alzó la barbilla y saltó hacia mí para después alejarse con rapidez, burlándose sin piedad con ágil elegancia.

—Oh, te reto —me provocó con una mirada ardiente y excitada—. Muéstrame cuánto tienes de dragón. Todo lo que reprimes.

Di un paso hacia ella, respondiendo al desafío.

—¿De dragón? Oh, mi tierna esposa, ni siquiera has vislumbrado al dragón. —Me moví cuando ella giró la cinta hacia mí y sentí una caliente y aguda punzada de dolor en la mandíbula. Me quedé paralizado.

«¡Me había azotado!».

La brujita me había, literalmente, azotado y hecho sangrar. Me quedé aturdido durante un momento y me llevé la mano despacio a la mandíbula, de donde la retiré manchada de un rojo intenso. Mi cuerpo se encendió con un fuego ardiente cuando mis ojos se encontraron con los de Kira. La brujita parecía tan sorprendida como yo. Sus grandes ojos se desviaron hacia la cinta que llevaba en la mano y luego a mi mejilla, como si no pudiera creerse lo que había ocurrido. Abrió la boca, pero la cerró de nuevo.

—¡Corra, señora Kira! —oí que decía Virgil con frenesí. Lo miré y vi que se retorció las manos con una mirada de terror mientras nos observaba.

Kira emitió un chillido antes de dejar caer la cinta —ahora convertida en látigo— y hacer lo que Virgil le había sugerido. Me tomé un momento para mirar a cada uno de mis hombres, aunque quizá sería más adecuado que los llamara los hombres de Kira.

—No ha sido culpa de ella, señor —dijo José—. La retamos. Parece que nadie puede resistirse a un buen reto. —Parecía estar conteniendo la risa... sin conseguirlo.

Le lancé mi mirada más mordaz.

—En el futuro —dije al tiempo que me daba la vuelta en la dirección en la que había huido Kira—, por favor, absteneos de retar a mi mujer para realizar acrobacias peligrosas en equipos en movimiento.

—Sí, señor —oí que murmuraba a mi espalda. Empecé a correr detrás de aquella insoportable mocosa.

La vi detenerse delante de mí, como si estuviera decidiendo si debía dirigirse a la casita o a la casa grande. Eligió esta última, seguramente porque contaba con encontrar allí con el apoyo de Walter o Charlotte. Los dos éramos conscientes de que la cabaña no tenía cerradura.

Pensé que trataría de escapar por alguna de las puertas traseras, pero cuando entré en la casa grande, ella estaba en medio del vestíbulo, mirando a su alrededor como si tratara de decidir hacia dónde ir.

La puerta se cerró con suavidad a mi espalda y utilicé el borde de la camiseta para limpiarme la sangre que goteaba desde mi mandíbula. Cuando la bajé, fui consciente de que ella tenía los ojos clavados en mi abdomen desnudo. Sentí que me endurecía, que me hinchaba, que la sangre se espesaba y se calentaba en mis venas. ¡Maldita bruja!

—Ha sido un accidente —alegó, mirando las escaleras como si estuviera contemplando la idea de

escapar por allí.

—Ya me he dado cuenta de que eres más propensa a tener accidentes que la mayoría de la gente, esposa. Y por cierto, Kira —continuó, señalando con la cabeza detrás de ella—, si me molestara en ir a por ti, no llegarías ni a la mitad de la escalera.

Abrió los ojos como platos y su expresión se volvió determinada. Fingió considerar la cocina, pero, a continuación, hizo una rápida finta hacia la izquierda y se dirigió al salón. La seguí mientras el deseo inundaba mi cuerpo, poseído por el primitivo instinto masculino de cazar a la mujer que alimentaba todos mis sentidos.

Kira corrió hacia el sofá, y estaba justo detrás cuando trató de pasar por encima. La atrapé y la llevé hacia abajo mientras ella chillaba, intentando zafarse.

—¡Charlotte! —gritó Kira—. ¡Walter!

Me las arreglé para conseguir apresarla debajo de mí y, cuando lo hice y la miré con expresión de triunfo, ella se estremeció y giró la cabeza como si esperara que la golpeará. Me quedé paralizado, y la solté.

—¿Has pensado que iba a pegarte? —pregunté con incredulidad.

Ella parpadeó y me miró con aquellos preciosos ojos, pareciendo de repente muy insegura y muy joven. La ternura inundó mi pecho y disipó cualquier enfado que hubiera sentido.

—Jamás se me ocurriría golpearte.

Asintió con la cabeza.

—Lo... lo sé —repuso ella, pero su tono indicaba que no estaba completamente segura.

—¿Gray? ¿Kira? —La voz de Charlotte procedía de detrás de mí, pero no miré en esa dirección y Kira no volvió la cabeza. No me moví de encima de ella.

—Estamos bien, Charlotte —dije con énfasis.

—He oído...

—Estamos bien, Charlotte —repetí—. Danos un minuto, por favor.

Vaciló durante un momento, y luego escuché sus pasos, alejándose.

Kira todavía me miraba con cautela, con los ojos muy abiertos. ¿Pensaba que como me habían arrestado por golpear a alguien podía tomarla con ella? No, Kira siempre había actuado sin miedo conmigo, no había retrocedido hasta que nos encontramos en esta posición en particular.

—Te han golpeado antes, ¿verdad? —elucubré.

Mantuvo la mirada clavada en la mía.

—Sí —susurró. Cerré los ojos al tiempo que soltaba un largo suspiro. Cuando los abrí, ella seguía mirándome, con la vista clavada en la herida que me había hecho en la mandíbula, de la que me había olvidado por completo. Realmente se trataba de una herida superficial. La cinta había acertado de pleno, porque ¿cuántas posibilidades había de resultar herido de esa manera?

—Te he hecho daño —dijo ella con pesar. Mi cuerpo estaba sobre el de ella, su dulce aroma a flores me envolvía y noté que tenía los labios entreabiertos. Sus ojos brillaban con tanta preocupación que me dolió el corazón ante su ternura.

No pude reprimirme. Bajé la cabeza hacia la de ella para besarla. Kira se sorprendió un poco, y después de un momento de tensión, nos miramos con los ojos muy abiertos. Por fin, se relajó de nuevo en el sofá y levantó los brazos para rodearme el cuello, cerrando los ojos con un aleteo.

Gemí y usé la lengua para trazar el contorno de sus labios antes de deslizarla en el cálido interior de su boca. Sabía a fuego dulce, y su lengua buscó la mía mientras deslizaba la mano por debajo de su cuerpo y le acariciaba la curva de la columna. Ella se arqueó hacia mí. El beso se volvió más intenso y febril mientras nuestras lenguas se enredaban. Me sumergí y me retiré de su boca siguiendo un patrón tan

antiguo como el tiempo. La lujuria, aguda y repentina como un rayo, vibró entre nosotros. Era como si Kira tuviera que estar debajo de mí, como si ese fuera su lugar. Estaba a punto de perder el control y esa certeza era tan sorprendente como preocupante. Me aparté y la miré a la cara. Tenía las mejillas encendidas, los labios húmedos y rojos por mis besos, y los ojos entornados. «Es cautivadora...». Apresé un sedoso mechón caoba entre mis dedos.

—Este pelo... —murmuré con ternura. Ella parpadeó, pero su expresión se volvió cautelosa. Se movió y siseé entre dientes cuando se apretó contra mi dolorida ingle. Se deslizó por debajo de mí obligándome a sentarme bruscamente. Se puso en pie y me miró antes de acercarse con la mano estirada, pero cambió de idea. Retrocedió mientras me observaba de forma casi acusadora. Abrí la boca para decir algo, no sabía qué, pero antes de que pudiera hacerlo, se dio la vuelta y huyó de nuevo.

Kira

No sabía qué había ocurrido. Primero me había mirado con una intensidad tan depredadora que pensé que iba a matarme y, al minuto siguiente, estaba besándome. Todavía me cosquilleaban los labios por el contacto de su boca, y me llevé los dedos a ellos, apretándolos con suavidad. Si no estuvieran tan sensibles, podría haber imaginado lo que acababa de ocurrir.

Pero lo peor no era que me hubiera besado, sino la forma deplorable en que yo había respondido... una vez más. Había estado parlotando conmigo misma sin descanso sobre las razones por las que debería mantenerme alejada de él, sin embargo, las había ignorado olímpicamente. Es más, ahora, él sabía exactamente cuánto me gustaba besarle. ¡Qué humillante!

Sobre todo, después de cómo se había comportado en nuestra noche de bodas.

Me dejé caer sobre la cama, haciendo que crujieran los oxidados muelles del colchón, y miré al techo presa de la confusión que recorría mi cuerpo. Lo había estado evitando —igual que él a mí— desde el día que se había largado con otra mujer con la que, presumiblemente, se había acostado. Apreté los labios al recordar ese día, pero me encogí de hombros como había hecho desde que ocurrió. Aunque sin mucho éxito. Así que, cuando era necesario, me ayudaba de algunas botellas de vino que ahora guardaba en la casita. Estar casada con Grayson Hawthorn me iba a convertir en la vieja borracha que vivía en la casita del bosque. El plan para mejorar mi situación avanzaba de forma espléndida.

Gemí en voz alta, volviendo a pensar en Grayson. No le había gustado que me subiera a los árboles, y había apreciado todavía menos que bailara encima del tractor, pero ¿a quién le importaba? Era un dragón que lo mismo tenía la sangre fría que caliente. Además, me aburría. Incluso mi padre decía que tener demasiado tiempo libre sacaba lo peor de mí. Seguramente tenía razón al menos en ese punto. La vida estaba llena de posibilidades, ¿por qué debería permitir que fuera aburrido un solo día? Debería ir a San Francisco y volcarme durante un par de semanas con alguna de las organizaciones benéficas que siempre había apoyado. Me gustaba estar ocupada de forma que fuera útil para los demás. Sin embargo, no lo había hecho porque quería comprobar algunas cosas. Además, no sería capaz de pagar ni siquiera un lugar temporal en el que permanecer hasta que llegara la licencia de matrimonio y el dinero de la herencia.

Licencia de matrimonio... Grayson... Mi marido... ¡El hombre que acababa de besarme! No entendía por qué había dicho tan claramente en su día que yo no era su tipo. Si era así, ¿por qué me había besado? La ira debía de haberle hecho perder el control. No había más explicaciones. Porque él no quería besarme. Sin duda lo había motivado algo similar a la primera vez que me había besado: quería ganar. Teníamos que pasar de esto. Volver a ignorarnos mutuamente. Y tenía que controlar mis impulsivas aventuras por una vez en mi vida. ¿De acuerdo?

Mis inconexos pensamientos se vieron interrumpidos por un fuerte golpe en la puerta. Me puse de pie con rapidez.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy yo. —«Grayson». No estaba preparada para enfrentarme a él.

—Estoy ocupada —repliqué—. Vete.

—Kira... —Su voz tenía un vago resto de irritación—. Esta casa no tiene cerradura, así que voy a entrar de todas formas. Prefiero hacerlo con tu permiso.

Me retorcí las manos. ¡Dragón arrogante!

—De acuerdo, adelante —grité.

Me quedé inmóvil cuando lo oí entrar y atravesar el salón. Luego apareció en la puerta de la habitación. Miré hacia otro lado porque no quería pensar en lo guapo que era ni en lo mucho que me había gustado sentir sus labios suaves y llenos contra los míos cuando le suponía tan poco esfuerzo. Todavía sentía su sabor en la lengua.

—Tenemos que hablar de lo que acaba de ocurrir —dijo en voz baja.

—¿Qué? —pregunté con ligereza, girándome hacia la ventana.

—¿No te acuerdas? —preguntó. Me pareció detectar cierto tono de humor en su voz—. Si mis besos son tan fáciles de olvidar, quizá debería volver a besarte esmerándome un poco más. Pensaba que mis esfuerzos habían dado sus frutos desde la primera vez, pero quizá necesito más práctica.

—No —intervine, mirándolo. Respiré hondo—. No, eso no es necesario. Estábamos... acalorados. Los dos. Son cosas que ocurren a veces. No es para tanto. —Moví la mano en el aire—. Puedes estar seguro de que no me voy a hacer ninguna idea equivocada. De que no voy a encapricharme ni nada de eso.

Él esbozó esa sonrisa suya de niño bueno, tan llena de encanto que, estaba segura, resultaba irresistible a todas las mujeres. Mujeres que se arrojaban sobre él a todas horas. Mujeres como Jade, con la que había dormido nuestra noche de bodas. No era que estuviera pensando otra vez en eso, porque no lo estaba. Grayson dio un paso más.

—Quizá sea yo el que esté encaprichándose.

—Oh... —dije por lo bajo. Mi respiración era ahora tan delicada como el encaje de un vestido de novia. Tomé aire—. Bueno, no creo que sea una buena idea. Solo complicaría las cosas. Además, no soy tu tipo, ¿recuerdas?

—Lo cierto es que estaba equivocado en eso, Kira. —Se acercó todavía más.

—Querías matarme —le recordé.

—Sí, bueno, eso es necesario para que dejes de hacer payasadas. Para que no te subas a los árboles ni bailes encima de los tractores... No quiero que te hagas daño. Y tienes que tener en cuenta que te has burlado de mí delante de mis hombres y me has azotado con la cinta.

«Bueno, si lo planteaba de esa manera...».

—Eso ha sido un accidente —me defendí, bajando la vista. Luego miré el corte que tenía en la mandíbula y no pude evitar una punzada de culpabilidad.

Cogió un mechón de mi cabello, y seguí sus dedos con la vista cuando me lo colocó detrás de la oreja. Su cercanía estaba consiguiendo que me sintiera mareada y confusa, su evidente sexualidad hacía que mis piernas se volvieran de gelatina. Sentía el calor de su cuerpo contra el mío e imaginé sus músculos, tensos por debajo de la ropa. Llevé los ojos a sus labios perfectamente tallados y recordé lo que era sentirlos contra los míos. Aquello me devolvió de golpe a la realidad.

—Lo sé —me dijo con una mirada reflexiva. Recordé de qué estábamos hablando—. Por alguna razón, contigo me comporto de una forma especialmente... —Se interrumpió como si estuviera buscando la palabra correcta.

—¿Reptiliana? —sugerí con la espalda recta mientras trataba de resistirme al efecto que tenía sobre mí.

—Temperamental —corrigió al tiempo que me brindaba otra vez aquella sonrisa torcida que sabía que me iba a desarmar con seguridad. No funcionó. Casi.

Me recorrió la cara con los ojos durante un momento.

—Es posible que necesites tener algo que hacer. Me has mencionado que tienes experiencia como contable.

—Sí, trabajé en las oficinas de mi padre. Como secretaria y contable...

—Bueno. Puedes ocupar el despacho de la casa grande. Lamento decir que hace mucho tiempo que no puedo organizarme. Vas a tener mucho trabajo.

Asentí.

—No me asusta el trabajo duro.

Me miró de forma pensativa con aquellos ojos oscuros e impenetrables, enmarcados con unas pestañas espesas y largas. Miró la habitación a su alrededor hasta detenerse en los jarrones con flores que había puesto esa mañana y luego desvió la vista a la puerta abierta del minúsculo cuarto de baño.

—Eso es evidente.

Mi pecho se hinchó de orgullo. Había recibido muy pocos cumplidos sobre mi carácter o mi inclinación por el trabajo de los hombres de mi vida. Casi estaba avergonzada de lo que sus palabras significaban para mí. Quería mantenerlas en mi mente y saborearlas durante unos minutos, pero Grayson volvió a hablar.

—Se me ocurre que tal vez debamos revisar los términos de nuestra relación. Estamos casados, Kira. Y es evidente que nos sentimos muy atraídos el uno por el otro. ¿Existe alguna razón por la que no debemos... explorar esa atracción?

Contuve la respiración. ¿Gray se sentía atraído por mí? ¿Me deseaba? ¿Por qué? ¿Porque estaba caliente y yo estaba disponible? Sentí un aleteo en el estómago al recordar la primera vez que había estado con un hombre. Di un paso atrás y bajé la vista, incapaz de mantener el contacto visual con sus ojos negros, que ahora veía que tenían chispitas de colores más claros. No eran azabaches por completo, sino de un profundo marrón oscuro.

—¿Por qué me necesitas? Tienes a Jade. —No lo dije con amargura, en absoluto.

—No me acosté con Jade, Kira. Tenías razón. No habría sido discreto por mi parte. Además, no habría estado bien.

Hice una mueca burlona, pero un alivio secreto recorría mi cuerpo; no solo no se había acostado con Jade, además se había dado cuenta de que sus actos podrían haber hecho que nuestra relación pareciera mucho menos legítima.

—Me alegro de que te dieras cuenta de que no estabas actuando con discreción, pero me resulta difícil pensar que no te has acostado con Jade solo por esa razón —insistí, levantando la barbilla.

Se limitó a sonreír.

—Bien, ¿qué me dices... sobre nosotros?

—Grayson, te aseguro que no vas a quedarte impresionado por mi... talento en ese terreno. —Mis ojos se alejaron momentáneamente de los suyos.

—Creo, brujita —repuso con el ceño fruncido—, que prefiero formarme mi propio juicio en ese aspecto. —Su voz era como miel caliente.

El miedo me atravesó como un relámpago. No, no tenía ningún interés en explorar ese terreno con el dragón. Seguramente él habría estado con infinidad de mujeres que sabían qué hacer en cada momento. No podría competir con ellas. Además, había visto por qué tipo de mujeres se sentía atraído, y sin duda yo no pertenecía a él. Sacudí la cabeza.

—No es una buena idea y, de todas formas, no me interesa. No me caes muy bien y te encuentro... poco atractivo. Horrible, en realidad.

Él se rio como si no lo hubiera insultado. ¡Dios! Sabía que no había ninguna mujer en su sano juicio que no lo encontrara atractivo. Pensaba que estaba loca, aunque yo podía usar eso a mi favor.

—Además, tienes los modales de un reptil con úlcera —añadí para reforzar mis argumentos.

—Puedo comportarme de una forma civilizada si me lo propongo —replicó con la misma sonrisa de niño bueno que hacía vibrar a mi estúpido corazón.

—Lo dudo —repuse por lo bajo.

—Te lo demostraré. Estate preparada a las seis, vendré a recogerte. No hemos tenido todavía una cena de boda.

Espera un momento... ¿Qué? No.

—Estoy ocupada —le grité mientras se alejaba.

—A las seis —se limitó a decir. Apreté los dientes, insultándolo para mis adentros. Pero lo cierto era que me encontraba muy sola y llevaba una semana muy aburrida. Salir a cenar era una propuesta difícil de resistir, incluso aunque tuviera que soportar a mi marido. Quizá sería bueno que habláramos, que él dejara de pensar en esa ridícula idea de que tuviéramos una relación íntima, y comenzáramos de nuevo. Esa cena podría ser una buena distracción para esa noche. Y solo esa noche. Se me ocurrirían menos malas ideas cuando estuviera ocupada cuadrando sus libros, y todavía estaría más entretenida cuando cobráramos el dinero. La situación sería entonces más fácil. Pronto podría salir de allí y borrar a Grayson Hawthorn de mi memoria para siempre. Pero antes... ¿qué podía ponerme para la cena atrasada de boda?

La *pickup* de Grayson se detuvo frente a la casita a las seis en punto. Respiré hondo para coger valor y atravesé la puerta lentamente. Él estaba junto a la puerta del copiloto, que había abierto para mí.

—¡Dios mío! —dije—. Si parece que tienes modales y sabes usarlos cuando te interesa. ¿Quién iba a imaginarlo? —Su sonrisa era satisfactoria, no tenía nada que ver con la de un reptil con úlcera, tierna y con una pizca de brillo diabólico. Me apoyé en su mano y me subí al vehículo. Grayson estaba recién afeitado y su pelo, aún húmedo, brillaba bajo los rayos del sol, con los mechones casi negros alborotados. Era un hombre muy guapo, pero aparté la mirada y me propuse endurecer mi corazón. Si algo sabía era que los hombres como él eran expertos a la hora de utilizar su encanto para conseguir lo que querían, y no pensaba caer en sus redes.

—Bueno, ¿a dónde me llevas? —pregunté cuando estuvo sentado detrás del volante y atravesábamos las puertas de hierro forjado de los viñedos.

—A un lugar que creo que te gustará —dijo de forma casual, pero una expresión de preocupación atravesó su rostro durante un breve instante antes de desaparecer.

Retorcí con el dedo el collar que llevaba puesto mientras miraba su perfil, preguntándome qué estaba pensando. Él me miró y sus ojos bajaron hasta mi mano, donde me rodeaba un dedo con la cadena, y luego a mi escote, donde su mirada permaneció unos segundos antes de que mirara de nuevo la carretera. Yo había elegido un vestido amarillo con la cintura de corte imperio y unos zapatos de cuña azul marino. Por el momento, Grayson había clavado los ojos en la piel que dejaba a la vista, y yo tenía la sensación de estar cocinándome a fuego lento por la tensión sexual que había en el interior del vehículo. Deseé haber elegido un modelo menos revelador, un sari, por ejemplo, o quizá un *muumuu*.

—Bueno, Kira, comentaste el otro día que has estado en África hasta hace poco tiempo. ¿Qué estabas haciendo allí? —preguntó Grayson iniciando una conversación. Oh... Ahora que quería que le calentara la cama, había decidido interesarse por mí. ¡Qué típico! No imaginaba, sin embargo, que había descubierto su juego y no pensaba convertirme en su víctima.

Carraspeé.

—Un amigo mío está construyendo un hospital. Decidí ir a ayudarlo.

Me miró.

—¿Un amigo?

—Bueno, en realidad es un niño que apadriné a través de una ONG. Sin embargo, con los años Khotso acabó convirtiéndose en un amigo, siempre a través de cartas, por supuesto. Su madre sufrió algo que se conoce como fístula obstétrica después de dar a luz con solo trece años, y eso alimentó su sueño de ser médico. —Me sentí orgullosa al pensar en mi amigo—. Es algo que ocurre con muy poca frecuencia en Estados Unidos, pero en África es un gran problema dada la temprana edad a la que se casan y se quedan embarazadas muchas niñas. Sus cuerpos todavía no están preparados para tener hijos y acaban sufriendo partos que se alargan durante días. Con frecuencia pierden los bebés y también pierden calidad de vida por culpa de las fístulas. Así que Khotso ha construido un hospital donde solucionan las fístulas de las mujeres, algo que a veces llevan años padeciendo, y donde ayudan a aquellas que han perdido bebés. Es un logro sorprendente para alguien tan joven... —De repente dejé de hablar, al darme cuenta de que me había quedado atrapada en la pasión que me producía el proyecto, como me ocurría siempre que hablaba de ello. Sentí que me sonrojaba—. Lo siento, es que...

—... te apasiona. Es admirable. Me parece una tarea muy digna. Te fuiste a África a ayudar a una persona que, a su vez, ayuda a otras. —Me miró con una expresión que me pareció que podía identificarse con sincero respeto. Noté que se me calentaba el corazón a pesar de mi propósito de mantenerlo frío—. Entonces, ¿lo ayudaste a terminar el hospital y regresaste a casa?

Me estudié las uñas.

—Bueno, casi. Me habría quedado hasta la inauguración, si no hubiera habido un... Mmmm... Un incidente.

Grayson arqueó una ceja.

—¿Un incidente?

—Es que..., er..., reté al líder de una tribu a una carrera.

—Cómo no...

Percibí su sarcasmo, pero al mirarlo, noté que la diversión que brillaba en sus ojos resultaba casi cariñosa, así que me reí por lo bajo.

—Al parecer, los líderes de las tribus no disfrutaban nada cuando se ven superados de una forma pública. En cualquier caso, pensé que para Khotso y su proyecto, lo mejor era que yo me distanciara, y dicho y hecho. Regresé a casa un poco antes de lo que tenía previsto inicialmente. —«Antes de que se me ocurriera un plan mejor que casarme contigo, Grayson Dragón Hawthorn».

Dejamos el coche en un aparcamiento en el centro de Napa y fuimos andando hasta un restaurante italiano que había visto con anterioridad, pero en el que no había cenado nunca. Era un edificio señorial, que antiguamente había sido un banco, con grandes columnas de piedra en la fachada principal.

—Me pareció apropiado —comentó Grayson, sosteniendo la puerta abierta para que pasara— que nuestra primera cita fuera dentro de un banco. Después de todo, fue en otro donde empezó todo...

Arqué las cejas.

—Cierto. Aunque esto no es una primera cita. Es solo la cena de boda. En realidad, casi la firma de un contrato.

Nos recibió la *maître* antes de que pudiera replicarme.

—Grayson Hawthorn —dijo él—. Tengo una reserva para las seis y media.

La chica le dirigió una mirada de admiración y se echó el pelo hacia atrás en un gesto de pura coquetería antes de conducirnos a nuestra mesa.

No pude dejar de notar las miradas que provocábamos a nuestro paso mientras atravesábamos el restaurante hasta una mesa en la parte del fondo del comedor. Algunas de ellas eran de pura admiración

femenina hacia Grayson, pero eran muchas las que parecían de desaprobación, y no pude evitar oír cómo susurraban su nombre de forma no demasiado positiva. Fruncí el ceño al darme cuenta de la rigidez con la que él andaba mientras seguíamos a la *maître*.

Recordé lo que habían dicho aquellas chicas: «No se lo voy a presentar a mis padres...» y mi ceño se hizo más profundo.

Una vez que nos sentamos y nos sirvieron una copa de vino, Grayson comenzó a relajarse un poco. Miré a mi alrededor, notando que nos lanzaban dardos con los ojos en vez de sostenernos la mirada. Era obvio de qué se estaba hablando. Recordé entonces lo pequeña que era Napa Valley. Todas esas personas estaban chismorreando sobre Grayson... Juzgándolo. Quizá por su crimen, quizá discutían las razones por las que estaba de vuelta... Quizá hablaban sobre la ruina en la que se encontraban los viñedos de su familia, o tal vez, sobre el hecho de que «ahora no se le podía presentar a unos padres». Mi corazón estaba con él. Sabía demasiado bien lo que se sentía cuando te juzgaban... y eras condenado sin más.

Grayson parecía casi inmune a los susurros que había a su alrededor, pero algo me dijo que no lo era. Lo miré mientras estudiaba el menú con demasiada intensidad, sentado con rigidez, y los votos que habíamos hecho cuando nos casamos parpadearon en mi mente.

—Encuentro —dije en voz baja, deslizando la mano lentamente sobre la mesa hasta ponerla encima de la de él— que, a veces, lo mejor que se puede hacer es sonreír. —Cuando mi piel tocó la suya, se estremeció un poco y buscó mis ojos. La mirada era tan vulnerable e intensa que casi se me detuvo el corazón. «Este es el hombre que viste aquel día fuera del banco», me dije a mí misma—. Pruébalo —lo animé con ternura, inclinando la cabeza para brindarle una brillante sonrisa.

Él hizo una mueca, pero no dijo nada.

—No será esa tu mejor sonrisa, ¿verdad? —Fingí estremecerme—. Porque pareces una hiena chiflada. —Pareció sorprendido por un segundo, pero luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada, y la sonrisa posterior fue amplia, brillante y muy, muy bonita. Sonreí de nuevo. Y, de repente, la tensión disminuyó. Sin embargo, retiré la mano, aunque sentí la piel caliente donde lo había tocado. Después de eso, la conversación fluyó entre nosotros, y hablamos toda la comida de frivolidades mundanas. Ninguno quería romper el hechizo de la amistad que había surgido entre nosotros sin saber cómo.

Mientras nos servían el postre, una mujer se acercó a nuestra mesa con una jovencita pisándole los talones llena de nerviosismo.

—Cuando te he visto entrar, me ha parecido que eras tú, Grayson Hawthorn —dijo la mujer—. Sin embargo, no estaba segura. No has asomado la nariz en sociedad desde que... regresaste.

Se volvió hacia mí, tendiéndome la mano.

—Soy Diane Fernsby. Usted debe de ser una de las chicas de Gray —me saludó, con el desprecio goteando en cada palabra de una forma intachable.

—En realidad, Diane —intervino Grayson—, se trata de mi esposa, Kira Hawthorn. —Abrí mucho los ojos y tragué saliva, sorprendida por la forma en que me había presentado. No había imaginado que llegaría a escuchar esas palabras.

Diane palideció.

—¿Tu esposa? Gray, ¿por qué una vieja amiga de tu madre como yo no ha recibido una invitación a la boda?

—De mi madrastra —corrigió él—. Fue una ceremonia íntima. —Me cogió la mano y sonrió mirándome a los ojos—. No fuimos capaces de esperar.

—Entiendo... —replicó la mujer, recorriéndome con la mirada hasta detener la vista en mi mano, que estaba sobre la mesa. Sus ojos se ampliaron cuando vio el anillo que llevaba—. Bueno, esto es, sin duda, una...

—Mamá, debemos marcharnos. Hola, Gray —dijo la joven que había seguido a la mujer.

—Hola, Suzie —repuso Gray, con un tono más cálido. Suzie se sonrojó y miró hacia otro lado. ¿Sería una antigua novia?

—Sí, tienes razón, querida. Debemos marcharnos. —Se volvió de nuevo hacia nosotros—. Bien, enhorabuena —dijo ella, aunque no su voz no parecía transmitir buenos deseos—. Después de lo que ocurrió con Vanessa... Aun así, te mereces algo más. —Movi6 la cabeza—. Mira que romper el compromiso y luego, mientras estabas en la cárcel, casarse con...

—No estábamos comprometidos —aclaró Grayson con firme frialdad. «¿Vanessa?».

Diane hizo un gesto con la mano en el aire.

—Oh, bueno, todos sabíamos que ocurriría tarde o temprano. Además, tu madre me dijo que incluso le habías comprado un anillo.

—Mamá —intervino Suzie con dureza antes de esbozar una sonrisa de disculpa y tirar de la mano de su madre.

—Oh, bueno, nos veremos por ahí, estoy segura. Buenas noches —se despidió Diane Fernsby, permitiendo que su hija se la llevara.

—Cariño, te has librado de una buena. Un exconvicto... —le dijo Diane a su hija cuando solo se habían alejado unos pasos de nuestra mesa—. He oído que los viñedos están al borde de la ruina... Después de todo lo que trabajaron sus padres... —Sus palabras se desvanecieron mientras se alejaban, pero los susurros atravesaron el restaurante.

Esperé hasta que desaparecieron de la vista antes de hablar.

—¿Tu esposa? —pregunté, obligándome a sonreír por las apariencias—. Pensé que me ibas a presentar como Kira.

Grayson tensó la mandíbula un par de veces antes de que hiciera un visible esfuerzo por relajarse, luego se reclinó en la silla y me miró.

—Has sido tú la que ha dicho que debíamos hacer que el matrimonio pareciera real para no levantar las sospechas de tu padre. Así que he pensado que si se corre la voz por la ciudad de que estoy casado, nos vendría bien a los dos. Diane Fernsby es una de las mayores cotillas de Napa Valley.

—Oh... —Asentí. Lo miré mientras recogía el recibo de la tarjeta de crédito del camarero y lo firmaba. El príncipe de hielo estaba de vuelta. Me sentí herida sin razón aparente. Quería estar agradecida de que se estuviera esforzando públicamente en que nuestro matrimonio pareciera real, pero sabía que no había mencionado que era su esposa por mí o mi padre. Lo había hecho para cerrar la boca a Diane Fernsby. Sabía de sobra que él era tan frío como ardiente, pero habíamos estado muy cómodos antes de que se acercara la amiga de su madrastra y mencionara a su ex. De todas formas, ¿de qué iba todo aquello? ¿Una mujer había rechazado a Grayson? ¿Y dónde estaba ahora? Me pregunté si viviría en Napa... Si se enteraría ahora de nuestro matrimonio. Bien, no debía preocuparme por la vida personal de mi marido. No importaba lo tentador que pudiera ser físicamente: tratar de comprenderlo era agotador.

Grayson me condujo fuera del restaurante hacia la *pickup*. La comodidad que habíamos disfrutado durante la cena había desaparecido, reemplazada por la torpeza que traía consigo la fría distancia de Gray. Pero cuando nos sentamos en el interior del vehículo, se volvió hacia mí.

—Lo lamento, Kira. He vivido toda mi vida en esta ciudad y durante los últimos seis años han pasado muchas cosas en el seno de mi familia. Supongo que la gente siente curiosidad. Lamento que te veas expuesta a eso.

—La curiosidad es muy distinta a la mala educación —murmuré, mirando por el parabrisas.

Grayson suspiró.

—Estoy seguro de que me merezco esa mala educación. Para la gente de Napa soy un asesino y un

exconvicto. Asesiné al chico modelo de una población cercana. —Recordé lo que había leído *online* sobre su crimen. El chico que resultó muerto vivía en el condado vecino de Sonoma.

Me mordí el labio sin saber qué decir.

—No lo asesinaste, Grayson. Fue un accidente. Tú mismo me lo has dicho.

—Pero ¿acaso no está muerto de todas formas?

—¿Quieres hablar sobre ello? Se me da bien...

—No.

Hubo un incómodo silencio durante un par de minutos antes de que se volviera hacia mí con los labios curvados en una sonrisa irónica.

—Sin duda sé cómo hacer que una chica se lo pase bien, ¿eh?

Me reí por lo bajo.

—Estoy segura de que las otras no se quejan.

Él hizo una mueca.

—Lo siento. A pesar de que mi madrastra nunca me tuvo demasiado aprecio, quería que acabara casándome con la hija de Diane. Suzie no era...

—¿No era tu tipo? —Arqueé una ceja.

Se rio entre dientes.

—No era más que una amiga.

Hablando de mujeres que sí eran su tipo...

—Grayson, ¿quién es Vanessa?

Él no respondió de inmediato, pero noté que sus hombros se tensaban.

—Vanessa es la mujer de mi hermano —dijo sin apartar la mirada de la ventanilla.

—Oh... —La palabra fue apenas un susurro. ¿Su hermano se había casado con su novia, con la mujer con la que esperaba casarse, mientras él estaba en la cárcel? Me estremecí, imaginando lo que debía de haber sido para él. No era de extrañar que no mencionara a su hermano—. Lo siento, Grayson —musité, sin saber qué más decir.

Él asintió moviendo la cabeza, agradeciendo mis palabras, y luego puso en marcha la *pickup* para salir del aparcamiento. El trayecto hasta casa resultó tranquilo, con la música de la radio de fondo. Cuando llegamos, se detuvo delante de la casa grande y se volvió hacia mí.

—¿Te apetece tomar una copa? Resulta que tengo una botella de vino que según los expertos es una pasada.

Sonreí. Seguramente estaba siendo tonta al preocuparme, pero parecía como si no quisiera estar solo. ¿Qué daño podía hacer una copa de vino?

—¿Una pasada, dices? Me gustan las pasadas.

Se rio por lo bajo. Salí de la *pickup* y seguí a mi marido dentro de la casa.

Grayson

—¿Sabes qué tendríamos que hacer? —preguntó Kira de repente, tomándome por sorpresa al inclinarse hacia delante bruscamente. Estábamos sentados en unas tumbonas oxidadas en el patio, con una copa de vino, que habíamos estado degustando en cómodo silencio. Teníamos los ojos clavados en la piscina, que seguramente tenía el agua turbia y llena de lodo. Esa noche había tenido la intención de seducirla. No creía que me resultara muy difícil, dada la entusiasta pasión con la que había respondido a mi beso. Pero después de lo que había ocurrido en el restaurante, no me sentía demasiado lujurioso.

—Me da la sensación de que cuando esas palabras salen de tu boca, hay que tener mucho cuidado —comenté.

Ella sonrió.

—No, de verdad, esta es una buena idea.

—Está bien, ¿qué tendríamos que hacer?

—¡Debemos ofrecer una fiesta!

Arqué una ceja, reclinándome en la silla mientras la observaba.

—¿Una fiesta? ¿Por qué coño vamos a dar una fiesta?

—Bien —dijo, sentándose derecha y moviendo las piernas hacia un lado para mirarme de frente—, me parece que la comunidad de Napa se muestra... recelosa contigo en este momento. Sin duda, intentar obtener una posición social más ventajosa en la comunidad no puede perjudicar a Viñedos Hawthorn, ¿verdad?

—Bueno..., supongo que no. —Kira tenía razón. Si quería que el negocio familiar recuperara su lugar, no iba a ser de ayuda que siguieran considerándome la oveja negra de la región vinícola. Pero aun así... —. ¿Cómo tienes pensado utilizar una fiesta para conseguir ese propósito?

—La fiesta sería solo el principio —aseguró mientras se quedaba pensativa—. Sin embargo, ayudará a hacer correr la voz, ya sabes. Si invitamos a algunas de las personas más influyentes de la zona y se sienten bien recibidos, quizá serían más receptivos hacia ti y podrían hacer lo mismo. Lo peor que tienen los cotilleos es que se olvida que se refieren a personas. Invitar a la gente aquí los ayudaría a recordar eso. Creo que, por naturaleza, la gente quiere comprender y perdonar.

—Creo que esperas demasiado de la gente.

Me miró mientras consideraba mis palabras con una línea entre las cejas.

—Puede ser. Pero prefiero pensar que no. Al menos en la mayoría de los casos. —De repente me pareció muy vulnerable.

—Tú también debes de estar familiarizada con los chismes —le dije después de tomar un sorbo de vino.

—Claro que sí... Durante gran parte de mi vida he sido objetivo de la prensa. —Su expresión era tan afligida que sentí el repentino instinto de tomarla entre mis brazos. Aparté la vista y tomé otro sorbo de especiado vino blanco, degustando los tonos a caramelo y pera.

—De todas formas —cambié de tema—, ¿cómo voy a recordarle a la gente que soy humano? Creía que

me considerabas más bien un dragón.

—Cierto. —Sonrió—. Tendrías que reprimir tus tendencias reptilianas durante una noche.

Me reí, estudiando las sombras y claros que producían en su cara la tenue luz de la luna y las pocas lámparas encendidas que había en la casa a nuestra espalda.

—Bien, hablando en serio, no tengo tiempo para organizar una fiesta.

Ella movió la cabeza.

—No, claro que no. Lo haría yo. Así me mantendré alejada de problemas. Podríamos hacer que fuera temática: ¡un safari africano! ¡O un *luau* tropical! Seguro que se me ocurre algo perfecto. —Sonrió, permitiéndome vislumbrar una pequeña muestra de su hoyuelo de brujita. Me dio un vuelco un corazón y no pude reprimir una risita.

—Se supone que para mantenerte alejada de problemas tienes que ayudarme a organizar mis libros de contabilidad.

—Puedo hacer las dos cosas.

Suspiré.

—Vale. Pero espera hasta que cobremos el cheque, por favor. No te pongas a gastar dinero que no tenemos ninguno de los dos.

—Lo haré. Bueno, salvo lo de las invitaciones. Yo las pagaré. ¿Me das permiso para que elija una fecha?

—Adelante. Te aseguro que no tengo nada anotado en la agenda.

Hubo unos momentos de silencio. Cuando la suave brisa nocturna nos envolvió con la fragancia de las rosas cercanas, noté el sabor del vino en la lengua, oí el susurro de los árboles... mientras me fijaba en la niebla que flotaba sobre las vides. Cerré los ojos, saboreando aquellas variadas sensaciones mientras me preguntaba cuándo había vivido un momento así. ¿Había tenido algo así alguna vez?

—¿Tienes pensado restaurar la piscina cuando tengamos el dinero? —preguntó Kira en voz baja, señalándola con la cabeza.

—Seguramente no. De hecho, si pudiera me la cargaría.

—¿Por qué? ¿No te gusta nadar?

—Sí, claro que me gusta, se me da bien. Pero no tengo buenos recuerdos de esta piscina en particular. A mi padre se le ocurrió que la mejor manera de que aprendiera a nadar era lanzando a mi perrito a la parte más profunda.

—¿A un cachorro? —jadeó Kira—. ¿Para qué iba a hacer tal cosa? —susurró.

«¡Dios!». Hacía mucho tiempo que no pensaba en eso. ¿Por qué lo recordaba ahora? Imaginé que por tener la piscina enfrente.

—Tenía seis años y me daba miedo la parte donde no hacía pie. No importaba qué amenaza profiriera mi padre, no iba a esa zona. Él se ponía junto a la piscina vestido con su puto traje de negocios mientras yo lloraba. —¡Joder! Habían pasado ya veintidós años y todavía sentía la misma humillación—. Había encontrado a un perrito callejero en el camino y les rogué a mis padres que me dejaran quedármelo. Estuvieron de acuerdo siempre y cuando no entrara en la casa y yo me encargara de él... —Dejé vagar mis pensamientos, recordando al cachorro, que había llamado Sport. Había sido un perro mestizo con el pelaje marrón y blanco y unos enormes ojos llenos de confianza...—. Así que estábamos aquí para una lección y, una vez más, me negué a entrar, por lo que mi padre cogió al cachorro, que estaba sentado aquí mismo, en la terraza —señalé con el dedo el lugar exacto— y lo lanzó a la piscina, diciéndome que lo salvara o se ahogaría.

—¡Oh, Dios, Grayson! —jadeó Kira, llevándose una mano a la boca.

Esbocé una pequeña sonrisa.

—Fue hace mucho tiempo. —Entonces, ¿por qué todavía me dolía el pecho al recordarlo?—. Me quedé en donde estaba, llorando y gritando mientras el perro se ahogaba, Kira. Mi padre lo sacó finalmente, pero ya era demasiado tarde. —Y la culpa seguía desgarrándome el alma. Había sido un cobarde—. Ojalá pudiera volver atrás... Esta vez lo salvaría aunque me ahogara en el intento. Lo salvaría.

—Claro que sí. Ahora eres un hombre, con la valentía de un adulto. En ese momento eras casi un bebé —aseguró, levantándose para sentarse en mi tumbona—. ¿Cómo fuiste capaz de aprender a nadar después de eso?

Me pasó una mano por el pelo, apresando un mechón de pelo mientras recordaba.

—Me enseñó Walter. Un par de semanas después, mi padre se marchó y Walter se pasó el fin de semana enseñándome a nadar. Llevaba un bañador muy raro que le cubría desde las rodillas hasta el cuello. —Me reí recordando cómo Walter me había obligado a practicar una y otra vez en donde hacía pie hasta que me sentí lo suficientemente seguro para ir a la parte más profunda. Entonces, él me acompañó y me dejó apoyarme en sus hombros hasta que le dije que estaba preparado para hacerlo solo—. Más tarde, ese mismo año, enseñé a mi hermano a nadar, así que cuando mi padre lo lanzó donde no hacía pie, nadaba como un pez. Mi padre se sintió muy orgulloso —comenté, tratando de sonar irónico, aunque supe que mi declaración mostraba a las claras el orgullo que había sentido. Porque era así, me había sentido orgulloso de mi hermano y de haber logrado evitarle el terror y la culpa que sufrí yo. Suspiré al tiempo que dejaba caer la mano.

—No fue culpa tuya —dijo ella en voz baja, y parecía saber de lo que hablaba—. Lo que te hizo tu padre fue algo horrible, de una maldad absoluta hacia un niño pequeño. ¡Oh, Grayson! Lamento tanto que hayas tenido que sufrir eso... —Me puso una mano en la mejilla con una expresión llena de ternura y compasión. Me había equivocado mucho con la brujita. Me había equivocado por completo. Mientras miraba sus ojos compasivos, algo en mi interior se soltó y empezó a disolverse.

¿Por qué había compartido esa historia con ella? Esa mujer conseguía arrancarme confesiones sinceras. ¿Sería porque esa noche, en el restaurante, con todos aquellos ojos fijos en mí, consiguió hacerme sentir como si tuviera a alguien de mi lado? ¿Era porque estaba planeando hacer algo, en un esfuerzo por darme a valer delante de la gente, por la sencilla razón de que quería y creía que podía hacer algo para ayudar? ¿O era porque de repente sentía una inesperada amistad y comprensión por parte de mi impredecible esposa? ¿Habría lanzado algún hechizo a la niebla que flotaba en la noche?

—Dulce y hermosa brujita —murmuré, tirando de ella hacia abajo para poder besarla. Enredé los dedos en sus espesos y sedosos mechones mientras buscaba su boca. Ella se puso tensa, pero no se apartó, y entonces dibujé sus labios con la lengua hasta que los separó para mí. La acerqué más y profundicé el beso, explorando los húmedos contornos mientras una oleada de calor atravesaba mi cuerpo y mi sangre. Cuando finalmente empezó a participar, quise gemir de satisfacción, pero no hice nada que pudiera romper el hechizo. Subí y bajé las manos por su espalda y, después de un rato, sentí que sus músculos se relajaban. El primer beso que nos dimos había sido duro y había estado lleno de desafío, el segundo fue voraz y tierno, pero este era lento, sensual, como si estuviéramos haciendo el amor con las bocas. Había besado a muchas mujeres en mi vida, pero jamás había experimentado un beso como ese. Me confundía casi tanto como me excitaba. Antes de que ella pudiera reaccionar, giré con ella entre los brazos de forma fluida, por lo que pronto estuvo debajo de mí y yo flotando sobre ella. Presionándole la cadera contra un costado. La vi parpadear como si no estuviera segura de lo que acababa de ocurrir. Quería tenderme sobre ella para que pudiera sentir todo el peso de mi excitación, pero supe por instinto que no sería un movimiento adecuado en ese momento. Mi esposa necesitaba que su pasión se calentara lentamente esa noche, y yo estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario. La chispa rápida de antes la había asustado por alguna razón. Una razón que acabaría descubriendo, aunque no sería esa noche. Esa

noche era solo nuestra.

Tenía el pelo extendido a su alrededor, y los labios brillantes por mis húmedos besos. Me miraba con brumosa pasión, atemperada por una pizca de cautela. Me incliné y la besé de nuevo, tensándome por el esfuerzo de contenerme. Quería quitarle la ropa y apretarme contra su calor. Mi cuerpo palpitaba de necesidad. Empecé a tirar de los tirantes del vestido veraniego y ella lanzó un chillido de protesta, así que me detuve, aunque me incliné y la besé en el cuello, arrastrando los labios por su piel suave y fragante antes de lamerla y saborearla. Echó la cabeza hacia atrás y se arqueó hacia mí, lo que me dio la oportunidad de tirar del vestido para desnudar sus pechos. Bajé la vista, y fui incapaz de reprimir un gemido gutural al ver sus pechos redondos y hermosos justo frente a mí.

—Tienes los pezones más bonitos que haya visto nunca —murmuré—. No he podido dejar de pensar en ellos. —Me incliné y besé uno, haciendo que ella soltara un jadeo. Al oírlo, mi pene se endureció hasta alcanzar proporciones dolorosas—. He querido chuparlos y probarlos desde que te vi desnuda el otro día —confesé, con los labios contra su piel mientras besaba su seno—. No he dejado de preguntarme si sabrían tan dulces como parecen.

—Grayson —gimió ella, enredando los dedos en mi pelo. Bajé la boca hasta el rígido pico y lo lamí, haciendo girar la lengua alrededor de la erizada punta.

—¡Dios! —gemí—. Son tan dulces como pensaba.

—Te he dicho que no deberíamos... Esto no es... —Sus palabras terminaron con un entrecortado suspiro que, unos segundos después, se había convertido en un jadeo. Al ver su respuesta, capturé el pezón y lo succioné, introduciéndolo en la boca y usando la lengua para frotarlo. Ella gritó al tiempo que me tiraba del pelo—. ¡Oh, Dios! ¡Gray! —gimió—. Tienes que...

—Shhh... Brujita... —la tranquilicé, buscando el otro pezón y chupándolo con suavidad antes de retirarme—. Déjate llevar, disfruta...

Le separé los muslos, poniendo una de mis rodillas entre ellos. Kira me miró con los ojos desenfocados y nublados por la excitación. La sensación de triunfo fue primitiva y me hizo sentir un aleteo en el estómago. Apreté la erección contra su vientre mientras me inclinaba para besarla de nuevo. Se puso rígida de repente y volvió la cabeza.

—No... —dijo con claridad a pesar de que su voz estaba ronca por la pasión.

—Sí —repliqué, volviéndome a inclinar sobre ella.

Me empujó los hombros.

—No —respondió con más firmeza. Gemí, rodando hacia un lado. Ella se puso en pie con rapidez y tiró del vestido. Parecía como si tuviera problemas para sostenerse sobre sus piernas. Mi cuerpo vibraba de lujuria frustrada y resultaba casi doloroso. «¡Dios! La deseaba». Ella hizo un esfuerzo para no parecer afectada—. Debería irme a la cama.

Moví el brazo y la cogí de la mano antes de que pudiera marcharse.

—Kira, lo que he dicho es cierto. No hay ninguna razón para que tengamos que dormir solos. Podríamos... consumir el matrimonio. Sé que eres consciente de lo que hay entre nosotros tanto como yo. —Le brindé mi sonrisa más encantadora, pero ella apartó la mirada y liberó su mano. Estaba tensa, y sus ojos decían que se sentía confusa y dolorida.

—¿Me has contado esa historia para que ocurriera esto? —dijo moviendo la mano entre nosotros.

La confusión hizo que me quedara quieto.

—¿Qué historia?

—La del cachorro

—¿La del cachorro? ¿Qué? No. —¿Pensaba que le había contado esa historia para poder manipularla? Apreté los labios.

Me estudió durante un momento y luego dejó escapar un profundo suspiro.

—Ya te lo he dicho, Grayson, no estoy interesada en... en esto. —Repitió el mismo gesto entre nosotros

—. Solo serviría para complicar una situación ya complicada. Esto no entra en el trato.

—Los acuerdos cambian con el tiempo. —Me senté y pasé una pierna por encima de la tumbona para ponerme de pie frente a ella. Le cogí un mechón entre los dedos para sentir la sedosa textura y examiné las puntas para observar el tono ígneo bajo la luz de la luna. Pero no vi los mismos brillos caoba que bajo los rayos del sol. Cuando hiciera el amor con ella, quería que hubiera luz para poder ver las llamas en su pelo y el brillo de sus ojos esmeralda. Quería ver todas las formas en que su cuerpo proclamaba la vida, lleno de calor y pasión. Mi propio cuerpo latió de nuevo, duro ante la mera idea de hacer el amor con ella... durante horas y horas. O bueno, ¡joder!, aunque solo fuera una vez.

—Puede ser temporal, Kira. Igual que nuestro matrimonio.

Ella parpadeó y se llevó las manos a las mejillas como si le ardieran. Sin embargo, no pude decir si era el caso o no.

—No funcionaría, créeme. —Se volvió hacia la escalera de piedra que conducía a la casa. La llamé, pero no se dio la vuelta, no miró atrás. Me senté en la tumbona de nuevo y dejé escapar un largo suspiro de intensa frustración sexual, intentando comprender qué había ocurrido. No sabía cómo manejar a mi propia esposa. Las mujeres siempre se me habían dado bien, era algo fácil. Caían a mis pies... Bueno, Vanessa me había demostrado que podía ser diferente. Sin embargo, Kira y yo ya habíamos convenido que la nuestra sería una relación temporal, por lo que eso no sería un problema. A pesar de ello, nunca me habían rechazado, en especial cuando desplegaba todos mis encantos. Y no, no era arrogancia, solo la verdad. De hecho, ¿sabía cómo seducir a una mujer? ¿A una poco dispuesta? Qué ironía que la primera que me hiciera esforzarme fuera mi propia esposa.

—Nos vemos el lunes, Charlotte —dije, inclinándome para besar su suave mejilla. Era viernes por la mañana y Walter y Charlotte iban a pasar el fin de semana en San Francisco para visitar a unos amigos.

—Tienes varios recipientes con comida en el congelador con las instrucciones escritas en la tapa —repitió por enésima vez—. Ah... Y en el horno hay galletas de mantequilla y limón de las que te gustan. Están en la bandeja.

—Charlotte... —Me reí—. Ya soy mayor. Puedo cuidarme solo durante el fin de semana.

Ella sonrió y movió la cabeza al tiempo que me pellizcaba la mejilla con afecto.

—Me agrada cuidar de ti. Déjame hacerlo. ¡Oh!, y por favor, explícale a Kira que en el horno también hay esas galletas de avena y azúcar moreno que me pide a veces. ¿Dónde se ha metido esa chica? Pensaba que iba a venir a despedirse.

—Estuvimos fuera hasta tarde. Estoy seguro de que no se ha despertado todavía —dije, imaginándomela enredada entre las sábanas en la casita, con aquel glorioso cabello extendido a su alrededor...

Charlotte me estaba mirando como si pudiera leer mis pensamientos.

—¿Cómo va todo entre vosotros ahora que ya estáis casados? —Walter y ella habían deseado acompañarnos a la ceremonia, pero se lo impedí. En ese momento, no había querido que nada pudiera hacer la ceremonia más torpe de lo que ya era. La presencia de Charlotte no solo habría servido para que estuviéramos más incómodos..., además yo me habría sentido culpable. Y no podía negarlo.

Suspiré.

—No lo sé. Es difícil de decir cuando se trata de ella. No soy capaz de adivinar qué se le va a ocurrir al instante siguiente, así que figúrate lo que piensa. —«Salvo que se me está resistiendo... Y que

seguramente esa sea la razón de por qué la deseo tanto».

—Mmm... —canturreó ella mientras parecía pensativa—. Sí, tiene ese tipo de espíritu libre. Como tú. —Me guiñó un ojo—. Me alegro de que fuerais a cenar ayer por la noche. Es un buen comienzo. —Sonrió y antes de que pudiera responder a su comentario para que no se creara ilusiones, continuó hablando—: Dile que pase un buen fin de semana. ¡Ah! Y dile también que conseguiré las invitaciones para la fiesta. ¡Qué idea tan espléndida! No estoy segura de que hubiera tanta prisa, ni había necesidad de que me enviara un correo electrónico a las dos de la madrugada, pero Walter y yo nos detendremos en la ciudad para encargarnos de las invitaciones; conozco un lugar en el que las imprimirán de inmediato. Y todavía tengo un archivo con la lista de Jessica con todos los que son alguien en Napa Valley, así que podré mandarla a la imprenta cuando tenga tiempo.

«¿Kira había estado despierta a altas horas de la noche? ¿Por qué? ¿Tampoco ella había podido dormir después de estar conmigo en la terraza? Quizá también había estado dando vueltas, recordando...».

—Explícale a Kira que estarán el lunes en el correo —continuó Charlotte, interrumpiendo mis pensamientos—. Y ten, bébete un zumo de naranja —agregó, entregándome un vaso medio lleno—. Hay una gripe horrible. —Hice lo que me pidió, vaciando el contenido de un solo sorbo para detener su parloteo incesante. Ella me observó mientras bebía con una expresión casi ansiosa. ¿Tanto le preocupaba una gripe? Cuando terminé, cogió el vaso y lo aclaró en el fregadero antes de que me echara fuera de la cocina. Me despedí también de Walter, que la esperaba en el vestíbulo, con una pequeña maleta en el suelo, junto a sus pies.

—Adiós, señor —dijo el mayordomo, brindándole a su esposa una sonrisa de afecto cuando se acercaba a él, quejándose por todas las cosas que no había podido terminar. Como si fuéramos a morir por no disfrutar de sus cuidados durante un fin de semana...

Ese día trabajé hasta tarde y luego fui a la ciudad en busca de suministros, de donde regresé a eso de las cinco. Después de darme una ducha rápida, me dirigí a la cocina y metí en el horno uno de los recipientes de Charlotte. Le envié a Kira un mensaje para que supiera que la cena estaría lista a las seis, pero una hora después, al ver que no me respondía al mensaje, comencé a inquietarme. ¿Estaría ignorándome? No la había visto en todo el día. ¿Se había encerrado en la casita para evitarme? Al pensar en ello, ¿no era ese el día en el que pretendía empezar a revisar mi contabilidad? Entré en el despacho para ver si había alguna señal de que hubiera estado allí, pero no encontré ninguna. Di algunas vueltas por la casa durante un rato, pero cuando mi nivel de frustración llegó a un punto en el que no era capaz de centrarme en una sola cosa, me aparté del escritorio y saqué el móvil. Envié a Kira otro nuevo mensaje y esperé cinco minutos, tamborileando con los dedos sobre la encimera de la cocina. Nada.

Estaba pasando junto a la fuente antes de ser consciente de que había salido de la casa. ¿Y si se había marchado a Brasil como había mencionado aquel día en el hotel? ¡Mi brujita! ¿Me habría dejado? ¿Lo que habíamos hecho la noche pasada la habría asustado tanto como para huir? ¿O quizá su supuesta consideración y compasión era un acto bien planeado? La sangre se me aceleró en las venas con algo que no podía identificar, ya fuera por el pánico o la ira, o quizá una mezcla de ambos.

¿Se habría llevado la maleta? ¿Me habría tomado el pelo, dejándome con el orgullo destrozado y un grillete en la pierna pero sin evidencia real de una novia? Ni siquiera me molesté en llamar, atravesé el salón abarrotado y entré en el dormitorio con el corazón acelerado al pensar qué podía encontrarme allí.

Solté una bocanada de aire al ver su maleta abierta en el suelo. Sobre ella, de cualquier forma, estaba la ropa que había llevado el día anterior. Recorrí la estancia con la mirada hasta detenerla sobre el bulto que había debajo de las sábanas. ¿Estaba durmiendo? ¿A las seis de la tarde?

—¿Kira...? —No obtuve respuesta. Me acerqué a la cama y aparté las mantas. Ella emitió un gemido y subió las piernas hasta el pecho, formando una pelota más pequeña—. ¿Kira? —pregunté de nuevo, ahora

con mucha preocupación.

Tenía la cara cubierta con su hermoso cabello, por lo que se lo retiré y le puse la mano en la frente. Su piel estaba caliente al tacto y húmeda de sudor; aun así, ella temblaba.

—Oh, no, Kira... Estás ardiendo, cariño.

Ella se quejó de nuevo y movió la cabeza en mi dirección, pero sin abrir los ojos. Murmuró algo ininteligible antes de estremecerse de forma violenta. «¡Joder!». Esto es culpa mía, por haber dejado que se quedara en ese lugar con corrientes de aire y polvo, por permitir que se duchara con agua fría durante días y días. ¿Qué cojones me pasaba? La culpa me hizo sentir un impacto en el estómago. Pasé los brazos por debajo de ella y la levanté con suavidad junto con el edredón.

—Vas a trasladarte a la casa grande sin discusiones. Soy el que dicta las leyes. Sé que en algún momento te pondrás a discutir conmigo, pero no pienso aceptar un no por respuesta. Así que no te queda más remedio que obedecerme. ¿Qué te parece eso, mujer? —pregunté, tratando de obtener algún tipo de reacción por su parte. Ella se limitó a apretarse contra mí, temblando de nuevo. Atravesé el salón repleto de equipos sucios y cerré la puerta de una patada antes de sumergirme en la noche, inusualmente fría y llena de niebla. Mientras subía las escaleras con Kira entre mis brazos, la cabeza me dio vueltas y me detuve, apoyándome en la barandilla durante un momento. Bueno, qué raro..., ¿qué había sido eso? ¡Dios!, esperaba no estar enfermo también. Sería demasiada coincidencia. En un segundo, la sensación desapareció, dejando solo un extraño zumbido en mi sangre. Llevé a Kira a la habitación que había pertenecido a mi madrastra y la deposité con suavidad en la cama. Tiré de las mantas y la metí debajo. Después de retirarle el pelo de la cara y ponerle un paño frío en la frente, fui a conseguir un par de pastillas de ibuprofeno. Cuando regresé con las píldoras, la sacudí con suavidad.

—Kira, tienes que decirme si ya has tomado algo. ¿Kira? —Ella no se movió y me miró parpadeando. El verde de sus ojos era más vívido con la fiebre—. ¿Kira? ¿Has tomado ya alguna pastilla? ¿Algún medicamento? —Ella movió la cabeza e hizo una mueca.

—No, nada —dijo con la voz ronca.

—Está bien, bueno, tienes que tomar estas pastillas —dije, acercándolas a su boca. Ella las tragó con varios sorbos de agua antes de colapsar sobre las almohadas, cerrando los ojos una vez más. Estuve un momento estudiando su cara. Tenía la piel brillante por la fiebre, las largas pestañas oscuras arrojaban sombras sobre sus mejillas, y noté que sus labios estaban secos y algo entreabiertos.

—Mi preciosa brujita —dije por lo bajo, alisándole el pelo hacia atrás. Noté de nuevo aquel extraño zumbido en las venas y fruncí el ceño. El zumbido parecía fluir hacia mi ingle, y esboqué una mueca al notar que mi miembro se endurecía. Ese no era el momento adecuado para la lujuria, aunque mi cuerpo parecía tener otras ideas. Me sentía avergonzado. ¡Por el amor de Dios! Esa mujer estaba enferma.

Durante el día y medio siguiente me esforcé para mantener a Kira lo más cómoda posible mientras su cuerpo luchaba contra la fiebre y, al mismo tiempo, intenté controlar a mi propia libido. La necesidad hervía en mis venas con una especie de remolino de fuego de lujuria incontrolada. Me encontré varias veces con la intensa pulsación de una erección que parecía proceder de la nada y que duraba horas. Aquello no era normal. Me pasaba algo malo.

Llamé a José y le dije que estaba demasiado enfermo para trabajar por primera vez desde que había vuelto. De todas formas, ese día no me habría reunido con ellos, ya que no pensaba dejar sola a Kira, pero lo cierto era que no estaba en condiciones de salir de casa. Era como un animal fuera de control. Tenía tantas ganas de follar como un vikingo salvaje, quería arrancarme la ropa y saciar aquel palpitante deseo una y otra vez hasta que desapareciera ese pulsante dolor, hasta que estuviera exhausto y satisfecho. La idea en sí parecía ridículamente dramática y, sin embargo, no se me ocurría otra forma de explicarlo, ni siquiera a mí mismo. Miré hacia otro lado mientras colocaba paños fríos sobre el cuello y

la parte superior del pecho de Kira, reprimiéndome para controlar el impulso de poseerla, de cubrirla con mi cuerpo y penetrarla, estuviera inconsciente por la fiebre o no. Tuve que ir al cuarto de baño a aliviarme cuatro veces para poder cuidar a la brujita. No, eso no era normal. ¿Me había lanzado ella alguna especie de hechizo? Me sentía poseído por un agresivo demonio sexual surgido directamente desde las profundidades del infierno.

Estaba a punto de llamar a un médico, o tal vez a un cura para que realizara un exorcismo, cuando los síntomas comenzaron por fin a remitir la tarde del domingo. Agotado mental y físicamente, de forma literal, me tumbé en la cama, junto a Kira. Ella ya no estaba tan caliente, y su respiración era suave y uniforme. Envuelto por la luz anaranjada del crepúsculo que se filtraba por las pesadas cortinas y arrullado por el zumbido del ventilador del techo, me dormí casi al instante.

12

Kira

Me desperté despacio, como si estuviera saliendo de una cueva profunda y oscura, donde la luz estuviera muy, muy arriba. Parpadeé, intentando recordar dónde estaba, mientras sentía algo cálido y sólido a mi espalda. Aturdida, rodé sobre mí misma y me encontré con el hermoso rostro de un dragón dormido. Traté de reconstruir la escena que me había llevado hasta allí, pero solo podía acordarme de que me había metido en la cama, casi incapaz de soportar mi propio peso; era como si me hubiera caído una roca encima y luego me hubiera hervido viva. Incluso ahora me sentía mareada, con las extremidades pesadas. Di por hecho que había estado enferma, con fiebre. Imágenes de Grayson dándome caldo, poniéndome paños fríos en la frente y retirándome el pelo de la cara inundaron de forma dispersa mi mente. Él se había ocupado de mí mientras estaba enferma. Me sentí invadida por una oleada de ternura, que fluyó a través de mí como un vaso de agua fresca mientras admiraba su reposada belleza masculina. Mi mente no estaba todavía completamente despierta, por lo que no me sentía inhibida por el miedo, ni por la razón, así que llevé la mano hasta su cara y le pasé el pulgar por la áspera mandíbula, sombreada por la barba incipiente.

«Así sería despertar con él todos los días. Así serían las cosas si fuera mío de verdad».

Hacía un par de días que no se afeitaba. ¿Llevaría tanto tiempo cuidándome?

Grayson abrió los ojos, parpadeando, y me miró durante unos instantes mientras intentaba comprender la situación con expresión somnolienta.

—Hola... —murmuró, poniéndome la mano en la frente. Suspiró mientras la retiraba—. Ya no tienes fiebre —dijo en un tono tranquilo y apacible.

—Sí. Tú me has estado cuidando —susurré—. Gracias. —«Es un buen hombre», pensé de forma repentina y firme.

Nos quedamos atrapados en ese momento, entre el despertar y la vigilia, todavía enredados por la telaraña nebulosa de los sueños. Sus ojos eran preciosos, oscuros como el cielo nocturno. Pensé que sería muy fácil perderse en ellos. Llevó la mano a mi mejilla y me pasó el pulgar por el pómulo. Suspiré, apoyándome en su contacto. Parpadeó de repente y abrió mucho los ojos, como si le hubiera ocurrido algo. El hechizo se rompió. Rodó sobre su espalda antes de subir la mano y peinarse con los dedos. Se apresó el pelo con el puño, casi como si se sintiera culpable.

—Fue...

El timbre de la puerta lo interrumpió. Se incorporó.

—Walter y Charlotte todavía no han vuelto. Iré a abrir. —Se levantó. Vi que tenía los vaqueros y la camiseta arrugados, estaba despeinado y la sombra oscura de la barba lo hacía parecer todavía más guapo. Era tan masculino que contuve la respiración. Me recorrió de arriba abajo con sus ojos oscuros y, de nuevo, apartó la mirada casi con aire de culpabilidad. Me apoyé en un codo.

—No te habrás... aprovechado de mi estado, ¿verdad, dragón? —Arqué una ceja.

Él apretó los dientes mientras me miraba con unos ojos cada vez más oscuros.

—No —dijo de forma escueta. Luego se volvió y se dirigió hacia la puerta—. Date una ducha caliente.

He traído tu maleta. —Miré hacia el lugar que él señaló con la cabeza antes de salir de la habitación y vi que mi maleta y mi neceser estaban apilados junto a la ventana.

Hice lo que me había dicho Grayson: me di una larga ducha de agua caliente, saboreando la sensación que provocaba el líquido en mis doloridos músculos, cubriéndome de espuma y enjuagándome una y otra vez. Me encontraba genial. Cuando por fin salí de la bañera, me sentía completamente despierta y otra vez humana. Después de secarme el pelo y vestirme, bajé las escaleras para reunirme con Grayson y conseguir algo de comida. Estaba hambrienta.

Al oír voces en el salón, me dirigí en esa dirección; solo me detuve al ver a Kimberly sentada en el sofá, enfrente de Grayson. Los dos se reían de algo, pero se pusieron serios cuando entré en la habitación. Kimberly dejó escapar un gritito y se levantó para correr hacia mí. Me envolvió en un abrazo de oso.

—¿Qué haces aquí? —pregunté jadeante, estrechándola también con fuerza, presa de una alegría inmensa. Llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta con flores. Su piel aterciopelada estaba todavía más bronceada por el sol, y su cuerpo, pequeño pero voluptuoso, era tan perfecto como siempre. El pelo, negro y rizado, se lo había recogido en una coleta a la altura de la nuca.

—¡Llevas dos días sin responder a mis llamadas! Estaba preocupada. He venido a asegurarme de que no te tenían amordazada en una bodega mientras te torturaban sin piedad. —Me hizo un guiño, pero luego le brindó a Grayson una sonrisa como si se tratara de una broma que ya habían compartido previamente. Parecían íntimos, y no estaba segura de cómo me sentía al respecto. Grayson se levantó.

—Os dejo que habléis... —dijo, mirándome fijamente mientras se acercaba a nosotros. No pude dejar de fijarme en que a pesar de que acababa de despertarse, todavía parecía cansado, como si no hubiera dormido mucho—. De todas formas necesito ducharme. Me ha encantado conocerte, Kimberly. —Aparté la vista, mordiéndome los labios ante la repentina imagen de Grayson Hawthorn desnudo bajo el chorro de agua caliente, cubierto de espuma.

—¿Kira? —preguntó Kimberly—. ¿Quieres sentarte? —Era evidente que estaba repitiendo una pregunta que yo no había oído.

—Oh, claro. Hasta luego —le dije a Grayson, que estaba acercándose a la puerta—. Mmm... Gracias de nuevo. —Volvió un poco la cabeza, pero no dijo ni una palabra.

—Ven aquí —me pidió Kimberly, tirando de mi mano—. ¿Qué es lo que está pasando? No me has contado nada desde que os casasteis, y después no has respondido ni a una sola de mis llamadas o mensajes de texto durante el fin de...

—Estaba enferma. En serio, muy enferma. —Me hundi en el sofá y, cogiendo un cojín, me abracé a él—. Grayson se ha ocupado de mí. —Todavía me sentía confusa con respecto a eso y no había tenido la oportunidad de preguntarle nada sobre ese tema. ¿Por qué lo había hecho? ¿Cómo me había encontrado? ¡Dios mío! ¿De verdad habían pasado solo dos días desde que me besó y tocó con tanta pasión y ternura? ¿Desde que me excitó y me hizo retorcerme de frustración? Ese día me había levantado de la cama para hacer una lista con los detalles de la fiesta y se la envié por correo electrónico a Charlotte. Ponerme a pensar en otra cosa me había ayudado y, finalmente, había sido capaz de dormir cuando volví a meterme en la cama.

Kimberly arqueó una ceja.

—Me alegro de que estés mejor. Ya tocaremos ese tema dentro de un minuto, antes tengo que decirte otra cosa. ¡Me ocultaste de forma deliberada que él es un dios griego!

—¿Un dios griego? —me burlé—. Pero ¿qué dices? Es uno de los hombres más feos que he visto en mi vida. Apenas soy capaz de mirarlo.

Kimmy sonrió.

—Mentirosa... —Se quedó pensativa—. Sin embargo, estoy preocupada. Puede resultar muy fácil que te enamores si ya te sientes atraída por él. Dado que tu intención es alejarte de él dentro de un par de meses, no puedes permitir que ocurra. Solo te digo eso. Y no permitas que te bese.

Suspiré y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá.

—Bueno, en realidad...

Puse a Kimberly al corriente de todo lo que había ocurrido desde el día de la boda. Me escuchó con una expresión que iba de la rabia al horror, pasando por la sorpresa y, finalmente, tristeza.

—Has permitido que te bese. He llegado demasiado tarde, pero no me sorprende dada la forma en la que te miró, sin poder apartar los ojos de ti, cuando entraste en el salón... Bueno, ¿qué vas a hacer ahora? —«¿No podía apartar los ojos de mí?». Teniendo en cuenta lo enferma que había estado, seguramente solo trataba de asegurarse de que podía mantenerme en pie.

Moví la cabeza.

—Nada. Al parecer ahora le viene bien que me comporte como una esposa, pero sin ataduras, ya sabes. Luego me podré marchar igual. Y eso no me gusta... Ya me conoces, Kimberly. Ese tipo de relaciones no son para mí. Sería un desastre total.

Kimberly abrió la boca para responder, pero se interrumpió cuando oímos a Grayson gritando en la cocina. Pegué un brinco y Kimberly me siguió cuando corrí al otro extremo de la casa. Grayson salía en ese momento al vestíbulo. Charlotte, que debía de haber regresado mientras yo me duchaba arriba, le pisaba los talones.

—Solo quería ser útil —decía ella a su espalda. Él se dio la vuelta con el cuerpo en tensión y miró al ama de llaves con una mirada llena de fuego.

—Casi me propaso con ella mientras tenía fiebre y estaba inconsciente —rugió entre dientes.

—¡Oh, Dios! —replicó Charlotte, levantando la vista con un dedo en la mejilla—. Quizá debería haber reducido la dosis en vez de doblarla —dijo pensativamente mientras movía el dedo—. Sí, ese debe de ser el problema.

—¿Qué está pasando? —pregunté. Kimberly miraba alternativamente de Grayson a Charlotte. Walter se acercó en silencio y se quedó a un lado.

—Que me ha envenenado —gruñó Grayson, señalando a Charlotte con el dedo.

Ella se rio.

—No lo he envenenado. Solo le he suministrado una sencilla mezcla de hierbas que me enseñó mi madre, cuyo propósito es incrementar el ardor masculino. —Me guiñó un ojo. Sentí que me quedaba pálida. ¿Charlotte le había dado a Grayson una mezcla de hierbas capaz de incrementar su *ardor* antes de irse a pasar el fin de semana fuera? ¿Por qué? Y..., «¡Oh, Dios mío!», ¿había confesado que casi se había propasado mientras yo estaba inconsciente? Tragué saliva.

Walter dio un paso adelante.

—Ya sé que no es asunto mío, señor, pero...

Grayson lo miró con los labios apretados.

—¿Cuándo te ha detenido eso, Walter?

—Cierto —aceptó el mayordomo sin remordimientos antes de continuar—. Personalmente he encontrado mucha ayuda en beber agua después de..., er... Los efectos desaparecen antes. Sin embargo, tomando la dosis adecuada es un brebaje bastante... útil.

Grayson dejó escapar un gemido mientras miraba al techo.

—Esto es el infierno.

Charlotte se acercó a él.

—¿Quieres que te prepare...?

—No. No vas a prepararme nada más. Nunca. ¡Estás despedida! Estoy rodeado de locos. —Y se alejó hacia la puerta, que cerró con tanta fuerza que hizo que se tambaleara el florero que había en el estante, junto a nosotras. Ahogué un grito y miré a Charlotte, que sonrió como si todo aquello no fuera con ella.

—¿Te ha despedido? —jadeé.

Charlotte agitó la mano en el aire, convencida de que no pasaba nada.

—Oh, suele despedirme un par de veces al mes desde que cumplió los dieciséis. —Se volvió hacia la cocina—. Venid a tomad una taza de café, chicas —nos invitó a continuación.

Kimberly abrió el camino con una amplia sonrisa.

Charlotte se detuvo ante la encimera, donde había una tabla de madera en la que amasaba algo que cocinaría en el horno. Después de presentarle a Kimberly, serví tres tazas de café y me senté.

—¿Cómo se te ocurrió hacer eso, Charlotte? —pregunté, tratando de ser amable, aunque era consciente de que podría haber sido víctima de un abuso sexual mientras estaba inconsciente debido a sus actos. La cosa era... ¿lo había hecho? ¿Grayson era capaz de hacer eso, incluso bajo el influjo de las hierbas de Charlotte? Fruncí el ceño. No lo creía, pero ya me había equivocado antes con los hombres. Dada mi experiencia previa, la mayoría no eran de fiar. Bien sabía Dios que las palabras de mi padre se habían caído por su propio peso, y las de mi prometido incluso más.

En cuanto a Charlotte, sus intenciones, aunque equivocadas, habían sido bienintencionadas. Estaba segura.

—Me parecía que os estabais evitando... —Noté que le brillaban los ojos—. Pero luego os fuisteis a cenar, así que se me ocurrió que quizá Grayson necesitaba un pequeño empujón en la dirección correcta. Y si a eso le añadíamos que ibais a estar solos durante todo el fin de semana... —Frunció el ceño—. Sin embargo, creo que me he equivocado en la dosis y, por supuesto, debería haber considerado su virilidad.

Gemí y me llevé la mano a la frente antes de mirar de nuevo su cara sonriente. No quería pensar en la virilidad de mi marido.

—No creo que necesite ningún empujón en esa dirección.

Charlotte dejó lo que estaba haciendo y puso el rodillo a un lado.

—¿Y tú...? —preguntó, esperando, evidentemente, que respondería lo mismo.

—Yo... —Agaché la cabeza—. Yo también me siento atraída por él. Pero... —Pasé el dedo por el borde de la taza—. Bueno, hay momentos en los que incluso me gusta. —Sacudí la cabeza—. Pero no puedo darle lo que quiere por varias razones. —Miré a Kimberly mordiéndome el labio, y ella me sonrió de forma comprensiva—. Pero el motivo principal es que a él no le importaría compartir su cuerpo conmigo, y luego se comportaría como si no hubiera ocurrido nada. Sin embargo, yo no sería capaz de eso. —Bajé la mirada. Ese había sido siempre mi error, que mi cuerpo y mi corazón iban de la mano. Me bajó un escalofrío de miedo por la espalda al pensar en la forma en la que podría destruirme Grayson Hawthorn si le daba la oportunidad. Ya había aprendido la lección una vez, y no pensaba tropezar en la misma piedra. Esta vez no iba a ceder a caprichosos, imprudentes y estúpidos impulsos.

Sobre todo porque se trataba de un dragón muy viril.

Charlotte dio unas palmadas con la mano en la encimera, dejando una mancha de harina.

—Querida, las mujeres somos así. Cuando entregamos nuestro cuerpo, también estamos ofreciendo nuestro corazón. En el momento en que los hombres entregan su cuerpo... —Miró al techo, como allí estuvieran escritas las palabras que buscaba.

—... dan su cuerpo —terminamos Kimberly y yo al unísono. Las tres estallamos en risas. Mi corazón vibró afectuosamente por ellas. Había echado de menos tener amigas alrededor.

Le sonreí a Charlotte.

—Sí. Así que no vuelvas a hacerlo.

—Bueno, bueno..., ya veremos —replicó, guiñándome un ojo.

—Ni se te ocurra —insistí. Sin embargo, en lo más profundo, mi corazón se calentaba al saber que Charlotte quería que existiera una verdadera relación entre Grayson y yo. Quizá, para ella, era así porque no creía en el matrimonio falso que habíamos acordado, por lo que convirtiéndolo en real, podría ver a Grayson feliz, y no se sentiría decepcionada.

—Oh, no... —convino Charlotte con poca convicción—. Y si lo hiciera, no me pillaríais.

Me reí por lo bajo y tomé un sorbo de café. Tuve la tentación de preguntarle a Charlotte algunas cosas que había descubierto sobre Grayson la otra noche, en especial la relación con Vanessa. Pero, por un lado no me sentía cómoda hablando de eso a sus espaldas, y por otro, Kimberly estaba presente.

—¿Él te perdonará?

—Oh, sí, con el tiempo. Mira eso —dijo, señalando la masa con la mano—, bollo de arándanos, su favorito. Le gusta tomarlo con mermelada y nata. Se mostrará enfadado durante un par de días para conservar el orgullo, pero después de ese tiempo, ya estará normal. —Sonrió con alegría y luego se puso seria—. Oh, eso me recuerda una cosa, Kira... Voy a tener que ir al campo del sur a recoger albaricoques, están tan maduros que están cayendo al suelo. ¿Te gustaría ayudarme a con un par de lotes de mermelada de albaricoque?

—Sí, claro. Una vez hice conservas de fresa con mi abuela —comenté, recordando ese día con cariño.

—Me gusta este lugar —declaró Kimberly de repente antes de tomar un sorbo de café—. Kira, creo que perteneces aquí. —Sus palabras me llenaron a la vez de felicidad y temor.

Y mientras estábamos sentadas en aquella cálida cocina, con el aroma de los arándanos y el café flotando en el aire, comiendo panecillos de avena con miel, mientras Charlotte parloteaba sobre lo que habían hecho el fin de semana, me di cuenta de una cosa: Grayson había afirmado que, a todos los efectos, había crecido sin padres. Aunque todavía no entendía bien la dinámica de esa situación, se había equivocado en una cosa: unos padres habían velado por él todo el tiempo, se llamaban Walter y Charlotte Popplewell, y lo habían adorado como si fuera su propio hijo. Me preguntaba si Grayson sería consciente de ello.

Charlamos durante un rato más y luego Kimberly dijo que tenía que ponerse en marcha. La acompañé al exterior y, cuando ya estaba dentro del coche, sonrió.

—Me alegro de haber venido. Y lo he dicho en serio. —Miró a su alrededor, empapándose de la propiedad Hawthorn—. Formas parte de esto. —Estudió mi rostro durante un segundo—. Pero tienes que cuidarte. No soportaría que volvieran a hacerte daño, Kira Kat.

Esbocé una breve sonrisa.

—Me cuidaré, te lo prometo.

Ella asintió.

—Casi odio decirte esto después de ver lo bien que estás aquí, pero...

Me dio un vuelco el corazón.

—Te ha llamado mi padre, ¿verdad? —pregunté, adivinando lo que ocurría. Siempre ponía la misma expresión tensa cuando pensaba en mi padre. Asintió moviendo la cabeza.

—Me llamó varias veces, incluso me dio a entender que si no lo llamabas, movería algunos hilos en el trabajo de Andy, y no creo que se refiriera a que iban a ascenderlo.

—¡Maldito bastardo controlador! —Hervía de furia. Andy era administrativo en la policía, y supuse que mi padre tenía influencias en el Departamento de Policía de San Francisco, pero ¿llegaría hasta ese punto? ¿Es que no había límites en lo que era capaz de hacer mi padre para manipularme?

Kimberly puso la mano sobre la mía.

—Escúchame. No te lo digo para que te pongas en contacto con él. Andy está un poco preocupado, pero

yo, si soy franca, prefiero que cobre el seguro de desempleo que saber que tu padre puede influir en nuestras vidas. Solo quería que lo supieras. ¿Quién puede saber qué más se trae entre manos? Quizá sea mejor que vayas tú a verlo y no esperar a que él averigüe dónde estás y venga a buscarte.

Me estremecí y me rodeé con los brazos. Sin embargo, estaba de acuerdo con ella. Además no pensaba permitir que esto se convirtiera en un problema para mis amigos. Asentí moviendo la cabeza.

—Lo haré. Gracias, Kimberly. —«Por favor, que llegue pronto la licencia de matrimonio. Solo necesito tener dinero antes de...».

La abracé con fuerza, prometiéndole que la visitaría pronto y que la tendría al tanto de todo lo que ocurriera. Me quedé allí hasta que su coche atravesó la verja.

Una vez más me rodeé con los brazos y posé la mirada perdida en la fuente averiada, preguntándome cómo se vería cuando tuviera agua y cuán abajo estaría en la lista de prioridades de Grayson.

«Grayson...». El pobre había pasado todo el fin de semana en un estado de perpetuo tormento por culpa de Charlotte y, sin embargo, había cuidado de mí de forma desinteresada. Haciendo que me bajara la fiebre y sin dejarme nunca sola. Al parecer, me había equivocado con el dragón, al menos en parte. No era la bestia indiferente que había pensado en un principio. Medité durante un momento en lo que debía de haber sentido al verse traicionado por su hermano, su padre y su madrastra. No era más que un hombre. Un hombre con profundas heridas que estaba haciendo todo lo posible para salir adelante en una situación que no había tenido demasiadas salidas hasta que yo le brindé esperanza. Y pensé de nuevo en por qué sabía que había sido injustamente tratado, no solo por su padre, sino también por el mío. ¿Entendería por qué no había mencionado lo que sabía? Pensé en decírselo..., pero nuestros planes no habían cambiado. Nos separaríamos muy pronto. ¿De qué serviría que le contara eso?

Con todas aquellas preocupaciones en la mente, regresé a la casa y fui al despacho; la habitación donde me había reunido por primera vez con Grayson Hawthorn. Me senté detrás del ancho escritorio y me puse a rebuscar en el montón de correo nuevo que Charlotte había traído del buzón cuando regresó esta mañana, y en el enorme montículo de correo antiguo sin abrir. Lo separé todo en tres grupos: facturas, publicidad y correspondencia personal. Había varias cartas sin abrir dirigidas a Grayson, y parecían escritas por una mano femenina. Las dejé a un lado, pero cuando llegué a una postal con la imagen de una bicicleta apoyada contra un árbol, le di la vuelta. Me di cuenta de que se trataba de la misma caligrafía y que tenía una fecha reciente. Dudé solo un momento antes de ponerme a leer el mensaje.

«Grayson:

»¿Recuerdas cuando teníamos trece años y te salpiqué de barro con la bicicleta y me sentía tan mal? Me dijiste que no podías seguir enfadado conmigo durante mucho tiempo. Rezo para que todavía puedas perdonarme de corazón. Nunca dejaré de intentarlo.

»Con todo mi amor, Vanessa».

Vanessa. «¿Con todo mi amor?». ¿Todavía lo amaba? ¿Estaba intentando convencer a Grayson para que la perdonara? ¿Por casarse con su hermano? Un extraño dolor se instaló en mi pecho, haciendo que me picara la piel. No me gustaba la sensación. Empecé a dejar el correo más reciente a un lado decididamente hasta que me encontré con un sobre dirigido a mí. Contuve la respiración y me puse a abrirlo. Dejé escapar un gritito al ver que era la licencia oficial de matrimonio. La punzante sensación se disolvió con un brote de esperanzador entusiasmo. Lancé el resto del correo sobre el escritorio y fui con rapidez a la puerta de la calle.

—¡Me voy a la ciudad! —le grité a Charlotte, que seguía en la cocina—. ¡Volveré pronto!

Me pareció oírla decir «Está bien» antes de que la puerta se cerrara a mi espalda.

Tenía que cobrar un poco de dinero. De hecho, era un buen montón de billetes.

Grayson

A las tres estaba ya demasiado cansado para trabajar un minuto más. Regresé a casa, donde el aroma a arándanos de los bollos de Charlotte inundaba el aire de dulzura. Entré en la cocina.

—Haces trampa —le espeté, fingiendo hostilidad—. Iba a estar por lo menos un día y medio sin hablarte. Venga, dame uno.

Charlotte esbozó una sonrisa feliz. Puso un bollo caliente en un plato, lo cubrió con una cucharada de nata y añadió en un lateral un poco de mermelada.

—Tramposa —murmuré—. No pienses que te he perdonado ya.

Ella sonrió con complicidad mientras yo tomaba un gran bocado de cielo.

—Te pido perdón. Te he causado dolor y sabes que jamás habría hecho algo así a propósito. —Me estudió durante un momento—. Solo quería que...

—Tú quieres que nuestro matrimonio sea real. —Negué con la cabeza—. Lo siento, Charlotte, es imposible. No tengo tiempo ni ganas de estar casado. —En lo que respecta al plano físico... Tenía que intentarlo. Pero eso era algo que Charlotte no necesitaba, no quería darle falsas esperanzas. En cualquier caso, Kira se había negado..., aunque ya veríamos. No pensaba ceder en ese frente, al menos por ahora éramos marido y mujer, ¿por qué no aprovechar las ventajas que eso tenía? Ella me hacía arder, era preciosa, impredecible y llena de vida. Y ante nosotros se extendían dos meses —o quizá un poco menos— en los que podríamos apagar ese fuego. Quería conocer la sensación de tenerla debajo, encima, a mi alrededor... Y luego todo terminaría, cuando estuviera saciado. Y seguiríamos adelante.

—No te suministré la mezcla de hierbas para que provocara una atracción física hacia ella, lo sabes —explicó Charlotte, que parecía leer mis pensamientos—. Espero algo más de ti. Solo fue para que la sangre fluyera, ya entiendes lo que quiero decir. —Me guiñó un ojo, y fruncí el ceño. Era repugnante tener que discutir esto con ella; prácticamente me había criado. Sin embargo, continuó antes de que pudiera detenerla—: Para que fluyera al cuerpo y al corazón. En cuanto a Kira, no quiere una relación solo física contigo, ¿sabes?

Hice una pausa, incapaz de reprimir mi interés.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque es una mujer. Por eso lo sé.

Consideré sus palabras. Si disfrutábamos del cuerpo del otro, ¿Kira querría realmente más? No, si parecía que ni siquiera le caía bien. Sin embargo, le gustaban mis caricias, era evidente. Al recordar, me daba cuenta de que el constante zumbido de conciencia sexual había estado ahí desde el principio, había estado presente desde la primera vez que mi piel rozó la suya. Aunque no lo había reconocido porque estaba demasiado ocupado juzgándola y pensando mal de ella, distraído por sus ridículas travesuras. No me quedaba más remedio que aceptarlo. Sin embargo, no había ninguna razón para que no mantuviéramos una relación física. Por mi parte, sabía que podía disfrutar de su cuerpo sin enamorarme de ella. «Puedo». Ya no me negaba a mí mismo que la brujita era exasperante, pero muy deseable. Ahora solo me quedaba convencerla también a ella.

La necesidad de proteger a Kira que sentí cuando me la encontré enferma y con fiebre en la cama me había preocupado durante un par de horas; luego, antes de que tuviera tiempo de pensar sobre ello, las hierbas de Charlotte me patearon y lo único en lo que pude concentrarme fue en reprimir los impulsos de mi propio cuerpo. El esfuerzo por controlarme había sido demasiado agotador para que pudiera pensar, aunque quizá, por extrañamiento que pareciera, eso había sido bueno. Al retomar ahora el tema, llegaba a la conclusión de que solo había sido una natural reacción masculina de querer proteger a mi esposa, incluso aunque fuera de conveniencia.

Desaparecería con el tiempo, igual que nuestro matrimonio.

—Hablando de Kira —dije—, ¿dónde se encuentra ahora nuestra brujita?

—No lo sé. Se marchó hace algunas horas.

Arqueé una ceja, preguntándome qué había sido tan importante. Antes de que tuviera tiempo de formular la cuestión en voz alta, oí las ruedas de un vehículo en el camino. Un momento después llegó la voz de Kira.

—¿Hola?

—Estoy aquí, querida —la llamó Charlotte.

Miré por encima del hombro a tiempo de verla entrar con rapidez en la cocina, cargando una caja con agujeros en la parte superior que dejó en el suelo.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras señalaba el enorme recipiente.

—Una sorpresa —replicó con una sonrisa.

Gruñí. ¿Qué coño se le habría ocurrido ahora?

—Pero antes de nada... —continuó antes de sentarse en el taburete que había a mi lado—, debo anunciar que ya estamos casados oficialmente. He llevado la licencia de matrimonio al señor Hartmann. Hoy procesarán nuestro cheque y se hará efectivo mañana. Podremos recogerlo a primera hora.

—¿Qué? —La emoción me recorrió de pies a cabeza—. ¿De verdad? —pregunté.

—De verdad. —Sonrió.

No pude evitarlo, me levanté, la abracé y empecé a girar mientras la apretaba contra mí. Ella se rio a carcajadas.

—Lo hemos hecho —pronuncié casi con incredulidad, deteniéndome y dejándola en el suelo, delante de mí. Ella sonrió con los ojos brillantes. Sus labios se curvaron de oreja a oreja y... ¡por fin! Allí estaba el hoyuelo.

—Lo sé —suspiró. La miré a los ojos; la necesidad de besarla era muy intensa, y me pregunté si sería natural o si las hierbas de Charlotte seguían haciendo de las suyas en mi cuerpo.

Sin embargo, me distrajo el suave sonido que procedía de la caja que ella había dejado en el suelo, a nuestra espalda. Arqueé las cejas y la sonrisa de Kira se hizo todavía más grande, volviendo a aparecer aquel hoyuelo. Se alejó de mí para darse la vuelta hacia el recipiente de cartón.

—¿Qué has hecho? —pregunté intrigado.

Ella se arrodilló en el suelo para abrir la caja. Levantó lo que parecía un cachorro grande o un perro pequeño. Unos expresivos ojos oscuros me miraron con recelo y otros, verdes, con emoción.

—¡Oh...! —jadeó Charlotte, acercándose a Kira—. ¿Quién es este pequeñín? —El ama de llaves cogió la placa metálica que el animal llevaba al cuello y leyó—. «¿Sugie Sug?».

—Se pronuncia como «azúcar» en inglés, pero alargando al final —explicó Kira con orgullo—. Como el rapero, Suge Knight... Sugie Sug.

—Ah, sí —dijo Charlotte, a pesar de que ni siquiera sabía lo que era un rapero.

—Quizá debería haberlo escrito con «Sh» —dijo Kira pensativa, mientras miraba a la lejanía.

Negué con la cabeza y volví a centrarme en el animal que Kira tenía en sus brazos.

—¿Qué es un Sugie Sug? —pregunté—. ¿Y qué le pasa en la cara? —Parecía como si la mitad inferior de la cara del animal, la nariz y la mandíbula, hubiera sido mutilada de alguna manera.

Kira apretó a Sugie Sug contra su pecho —por lo que pude ver que en realidad era un cachorro mayor, una especie de perro callejero—, y le cubrió la oreja con la mano.

—Shhh... —siseó—. Puede oírte, ¿sabes? —Me dirigió un mohín de desprecio—. Y Sugie Sug es una chica. —Sonrió al animal, que la miró con lo que parecía esperanza apenas reprimida—. ¿No eres tú una niña, chiquitina? ¿No es cierto, pastelito? Sí, eres una chica. Una buena chica. Una chica dulce y buena. —Hice una mueca al oír que canturreaba con la perra como si fuera un bebé. Pero al parecer al animal no le importó ni un poquito.

La perrita, temblorosa por el obvio intento de contener su éxtasis ante las atenciones de Kira, le lamió la cara con esa boca extraña y deformada. Ella se rio y cubrió de nuevo la oreja del cachorro.

—La he rescatado. Su primer dueño le puso un bozal cuando la destetaron, pero no se lo quitó mientras crecía. Cuando la encontraron, estaba casi muerta y tuvieron que extirparle el artilugio quirúrgicamente. —Quitó la mano de la oreja de la perra. Charlotte, que seguía canturreando y arrullando al animal como una abuela a su nieto en una reunión, rascó las orejas de la cachorrita.

—Oh, pobrecita mía... No te preocupes por nada, Sugie Sug. Aquí vas a encajar muy bien. —Ante la evidente emoción del ama de llaves, el animal emitió un chillido, pero luego bajó la vista como si esperase graves consecuencias por habersele escapado aquel ruido. Nos miró con tristeza, con la cabeza gacha.

—Alto, alto, alto..., ¿qué has dicho? —pregunté—. No. Lo último que necesito es un animal correteando detrás de mí. No tengo tiempo para tener una mascota.

Kira frunció el ceño antes de tenderme el perro, obligándome a cogerlo.

—He rescatado a Sugie Sug para ti. Es tuya. Considérala un regalo..., mmm... Un regalo de boda. Y como agradecimiento por haber sido tan amable este fin de semana. —Sonrió. Me quedé momentáneamente aturdido y bajé la vista al cálido peso que sostenía en los brazos. Los enormes ojos oscuros estaban clavados en mí con una mezcla de miedo y esperanza. Sentí una extraña agitación en la zona del corazón. ¡Oh, Dios! Kira me había conseguido una cachorrita después de la historia que le había contado sobre mi padre. «Irritante brujita. Compasiva y tierna brujita irritante». Suspiré.

Había sido algo muy amable, y me alegré de que no estuviera molesta tras la forma en que había dejado la terraza después de nuestra cita. Aun así...

—Kira, no puedo tener un perro que se llame Sugie Sug. Ni siquiera sé lo que significa, pero suena demasiado femenino.

—Oh... —Se llevó un dedo a los labios—. Bueno, es lo que me salió, y parece que a ella le gusta. Su nombre completo es Sugar Pie Honey Bunches, Sugie para abreviar. —Noté que reprimía la risa. Todo esto divertía a la brujita.

Miré de nuevo al animal. Era muy fea. No resultaba una perrita nada atractiva. Estaba mutilada. A pesar de su deformidad y de aquel inaceptable nombre, no podía deshacerme de ella ahora que la tenía en los brazos, mirándome con tantas esperanzas. A fin de cuentas, mi propiedad era enorme; ella podría corretear por ahí y seguramente no la vería nunca. Aunque al menos tendría que entrenarla para que no se comiera las uvas, ya que eran peligrosas para los perros. La dejé en el suelo, y se quedó inmóvil, mirándome.

—Todavía es una cachorrita y le has puesto hoy ese nombre. Puede aprender otro —comenté con seguridad—. ¡Ven aquí, Scout! —Ella ladeó aquella fea cabeza y se sentó sobre su trasero.

Kira se movió también.

—Ven aquí, Sugie Sug —la llamó. La perrita fue hacia ella de inmediato. Sus patas, que parecían

demasiado grandes para un animal tan pequeño, repicaron en el suelo. Kira la levantó y volvió a hacerle carantoñas con aquel irritante tono destinado a los bebés.

—Ven aquí, Sugie Sug —la llamé, para probar. Kira la dejó en el suelo y la cachorrita vino hacia mí, gimiendo de nuevo para a continuación bajar la cabeza con temerosa timidez—. En primer lugar, aquí se puede hablar. —La cachorrita me miró con sus expresivos ojos como si entendiera lo que estaba diciendo y me lamió la mejilla con suavidad. Contemplé a Kira y a Charlotte, que me miraban con una amplia sonrisa—. Está bien, puede quedarse —claudiqué, apretando los dientes, dándome la vuelta con mi nueva perrita y yendo hacia la puerta. «Mi nueva perrita llamada Sugie Sug». ¿Qué cojones le estaba pasando a mi vida?—. Voy a enseñarle la casa y a ver si se acostumbra a su nuevo nombre —informé, saliendo de la cocina.

Un coro de felices risas femeninas me siguió por las escaleras. Me di cuenta en ese momento que era un sonido que no se había oído demasiadas veces en esa casa... antes de que Kira llegara.

A la mañana siguiente, muy temprano, me dirigí con Kira al centro de la ciudad para recoger el cheque que había sido el catalizador de nuestro matrimonio. El señor Hartmann nos lo entregó con sus mejores deseos de felicidad y buena suerte y, menos de tres minutos después de que entráramos en el edificio, estábamos de nuevo en la calle, mirándonos casi en estado de *shock*.

—Venga, vamos a abrir una cuenta en el banco —le dije sonriendo. Ella me devolvió la sonrisa mientras movía la cabeza, asintiendo.

Nos dirigimos a una entidad bancaria al fondo de la calle, dejando atrás el banco donde Kira me vio por primera vez. Ella podía tener buenos recuerdos de esa oficina en particular, pero yo no soportaba abrir una cuenta en el lugar que había rechazado mi solicitud de préstamo, fuera de forma justificada o no. Aun así, recordé la última vez que estuve allí dentro, lo desesperado y deprimido que me sentía. Cogí a Kira de la mano y se la apreté. Ella me sonrió, haciendo que apareciera de nuevo su hoyuelo. Un mechón de sus cabellos de fuego cayó delante de sus ojos y no puede evitarlo, me detuve, la hice retroceder hasta los edificios y la apreté contra la fachada antes de besarla con rápida intensidad. Me reí de su expresión de sorpresa.

—Buscaos una habitación —gritó alguien a mi espalda. Kira parecía sorprendida mientras yo esbozaba mi sonrisa más diabólica al tiempo que arqueaba las cejas.

—No —dijo con firmeza, escabulléndose de mi abrazo. Sin embargo, cuando me miró por encima del hombro, había una mueca burlona en su cara. Noté un vuelco extraño en el corazón, y tuve que correr para ponerme a su par.

Una hora después, teníamos dos cuentas separadas, cada una con un saldo de trescientos cincuenta mil dólares. Mientras regresábamos a los viñedos, me sentí avergonzado, como si estuviera robándole ese dinero. Como si no tuviera derecho a poseerlo.

—Te lo devolveré. Lo sabes, ¿verdad? —pregunté, mirándola.

Ella asintió con la cabeza mientras estudiaba mi rostro.

—Como quieras —replicó.

—Quiero devolvértelo.

—Tengo que ir a ver a mi padre —susurró tras permanecer en silencio durante un minuto.

La miré. Su expresión transmitía una mezcla de tristeza con algo que parecía abatimiento. Me cogió por sorpresa porque los ojos de Kira solían estar llenos de vitalidad. Era como si la idea de ver a su padre absorbiera toda la energía de su cuerpo. Abrí la boca para hablar, pero no supe qué decirle. La cerré de nuevo.

—Vale —susurré entre dientes unos minutos después.

Ella me miró como si quisiera preguntarme algo, pero se limitó a asentir moviendo la cabeza y salió de la *pickup* cuando nos detuvimos ante la casa grande. Se despidió diciendo que nos veríamos un par de días después.

Eso debería haberme hecho feliz. Durante cuarenta y ocho horas tendríamos un poco de paz. No iba a tener que preocuparme de que una irritante brujita estuviera vagando por mi propiedad, causando problemas y creando un caos sin fin a su paso mientras me hacía arder la sangre de deseo. Quizá debería ir a la ciudad en busca de una mujer dispuesta a calentarme la cama. Bien sabía Dios que me sentía muy frustrado. Kira no lo sabría, no se enteraría. Sería discreto. Sabía cómo serlo. Entonces, ¿por qué me embargaba aquella vaga sensación de tristeza al pensar que ella se iba a alejar en lugar de concentrarme en mi propia necesidad y lo que debía hacer para saciarla? Me intenté deshacer de mis pensamientos y me fui al despacho para revisar la lista de suministros pendientes y equipo que tenía anotado desde hacía semanas. Noté un estremecimiento de satisfacción; todo estaba yendo sobre ruedas.

La perrita me siguió al despacho y se tumbó a mis pies mientras trabajaba en el ordenador. Cuarenta y cinco minutos después, cuando había archivado todo, me levanté y llamé a aquella fea cachorrita para que saliera de debajo del escritorio.

—Ven aquí, Buddy. —Nada. Ni siquiera levantó la cabeza.

Consideré el asunto durante un rato. Era una chica, así que quizá solo debería buscar un nombre más femenino.

—Aquí, Bailey. —No contrajo ni un músculo. Apreté los dientes—. Aquí, Sugie Sug —dije bajito. El animal enderezó las orejas y dejó escapar un gemido de emoción antes de levantarse con rapidez, recorriendo los pasos que la separaban de mí. Apreté los labios mientras la miraba con amargura. Ella jadeó, y hubiera jurado que su boca deforme se estiraba en una sonrisa.

—Seguro que esas mujeres están disfrutando mucho con esto, ¿verdad? —le pregunté, yendo hacia la cocina con la perra trotando detrás de mí.

Charlotte se encontró conmigo en el pasillo.

—Kira acaba de poner la maleta en el coche —dijo—. ¿No vas con ella?

Miré hacia la puerta.

—¿Por qué debería ir con ella?

Se encogió de hombros.

—Pensaba que para su padre tendría más sentido que os presentarais juntos a decirle que os habéis casado. ¿No lograría eso que resultara más convincente? —Era evidente que Kira le había dicho a dónde iba y por qué.

Fruncí el ceño.

—Si quisiera que fuera con ella, me lo habría pedido. —Clavé los ojos en la perrita—. Ven aquí, Maggie. —Se me quedó mirando y suspiré—. Vamos, Sugie. —Y el insufrible animal trotó detrás de mí hasta la cocina, haciendo que Charlotte se riera—. Estoy seguro de que esto te resulta muy divertido —dije, mirándola.

Charlotte sonrió mientras cogía algunas cosas en la nevera.

—Voy a hacerle a Kira un sándwich para el camino. ¿Quieres uno?

—Claro —repliqué, sentándome ante la barra.

—En lo que se refiere a esa cosita —dijo ella, refiriéndose a la perrita, que movía la cola con alegría—, me imagino que la primera vez que Kira la llamó Sugie Sug se lo dijo con amor, así que ese animal no va a olvidarlo con facilidad. Sospecho que era la primera vez en su vida que oía una palabra de cariño dirigida a ella en su corta vida. Como puedes imaginarte, eso es algo muy poderoso.

Busqué la sabia mirada de Charlotte mientras meditaba sus palabras. Pensé en el hecho de que mi esposa me había regalado esa perrita con la esperanza de que podría curar algo ocurrido mucho tiempo atrás. Recordé la mirada de temor y tristeza que había visto antes en sus ojos; quizá Kira también necesitaba que sanara algo ocurrido hacía mucho tiempo. Quizá solo fuéramos marido y mujer en el papel, pero ella me había demostrado una bondad inmerecida. Sin buscar gratificación, solo porque podía. Tal vez se mereciera lo mismo.

—Prepara más sándwiches, Charlotte —dije—. Me voy con ella.

Mi ama de llaves esbozó una sonrisa cargada de complicidad.

Kira

Estaba metiendo el equipaje en el maletero cuando vi que Grayson salía de la casa grande con lo que parecía una especie de mochila y una bolsa de plástico.

Cerré el maletero y lo miré hasta que llegó hasta mí.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Voy contigo —respondió él, abriendo de nuevo el maletero y cogiendo mi equipaje.

—¿Que vienes conmigo? —farfullé—. Pero...

Bajó la puerta y se volvió hacia mí.

—Kira, si vamos juntos a ver a tu padre, todo parecerá más convincente. Hemos hecho un acuerdo de negocios y tenemos que cooperar todo lo necesario para que funcione. Considera que estoy ganándome mi parte. —Se dirigió hacia la *pickup* y puso mi equipaje y su mochila detrás de los asientos.

—¿Por qué pones mi maleta en tu coche?

—Porque me gusta conducir.

Levanté las manos, sintiéndome un poco avasallada. Era algo que me resultaba familiar.

—Imagino que tiene que ver con tu naturaleza controladora de dragón, ¿no?

—Supongo. —Dejó una bolsa de plástico, que seguramente contenía unos sándwiches de Charlotte en el asiento de atrás, y se sentó detrás del volante.

Abrí la puerta del copiloto y lo miré, pero no me subí.

—Te gusta irritarme, ¿verdad?

Me observó mientras consideraba la pregunta.

—Lo cierto es que la idea tiene su atractivo... —Me miró con intensidad—, pero no se trata de eso.

—No quiero que te sientas obligado a venir —le dije. Francamente, prefería que Grayson no conociera a mi padre cuando iba a hablarle de nuestro matrimonio. No quería ni imaginar el desdén glacial que mostraría, no solo hacia mí, sino también hacia mi marido. Además, no podía dejar de preguntarme si reconocería el nombre de Grayson. La verdad era que lo dudaba, puesto que mi padre solo recordaba a aquellos que podían servirle de alguna manera. Además, todo había ocurrido hacía algunos años, y eran breves momentos en su vida. Aun así, jamás había imaginado que Grayson estuviera presente en la habitación cuando informara a mi padre de que me había casado sin decírselo de antemano. Las cosas podían ponerse feas y no quería que nadie, en especial Grayson Hawthorn, fuera testigo de ello. Sobre todo teniendo en cuenta que estaba bastante segura de que mi padre se esforzaría todo lo que pudiera por herir los sentimientos de mi marido de una forma u otra. ¡Dios! ¿Cuándo habían comenzado a preocuparme los sentimientos del dragón?

Era algo desconcertante.

—Kira, es la mejor manera de manejarlo. Y ahora, ¿podemos irnos? No quiero encontrar tráfico en San Francisco.

—¿Quién se ocupará de Sugie? —pregunté, agarrándome a un clavo ardiendo.

—Charlotte. Virgil la ayudará. Parece que la perra se ha encariñado con él.

Dejé escapar el aliento, pero luego cedí. Bueno, podía venir y ver por sí mismo por qué había querido casarme con él antes de permitir que mi padre me mangoneara otra vez. Podría ver... Bueno, vería exactamente quién era yo. Y eso me asustaba. ¿Por qué? Entonces se me ocurrió qué era lo que quería en realidad: que el dragón me respetara. No quería que me considerara la heredera malcriada que le había sorprendido un día en su despacho y por la que había mostrado aquel frío desdén. No quería que viera la opulencia en la que me había criado y creyera que, en el fondo, era una parte de mí o de lo que quería de la vida. Me había casado con ese hombre y, sin embargo, no había previsto permitir que Grayson Hawthorn formara parte de mi vida privada, de mi dolor privado. Había encarado esta disposición como si se tratara de un negocio. Y ahora, de repente, me daba cuenta de que se estaba convirtiendo en algo más para mí. Me importaba. Y eso me daba miedo.

Y eso, seguramente, era una estupidez muy grande.

Me tragué mi repentina confusión y bajé la ventanilla mientras atravesábamos las puertas de la propiedad. Inhalé el aire, en el que flotaba el aroma dulzón de finales de verano.

—¿Dónde tienes pensado quedarte? —preguntó Grayson cuando íbamos por la autopista.

—En un hotel —repuse.

—¿No vas a dormir en casa de Kimberly?

Negué con la cabeza.

—Ahora que tengo dinero para alojarme en un hotel decente, prefiero no imponerle mi presencia. Su apartamento es muy pequeño.

—Parece una buena amiga —comentó él, moviendo la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Lo es. La mejor. —Sonreí, apoyando la cabeza en el asiento—. Hemos crecido juntas. Su madre comenzó a trabajar para nosotros cuando las dos teníamos cinco años. Es casi como una hermana, la verdad. Mi madre acababa de morir. —Me mordí el labio—. Fue un accidente de esquí... Bueno, la madre de Kimberly, Rosa María, me acogió bajo su ala durante un tiempo. —Sonreí, feliz de poder pensar en otra cosa que no fuera la confrontación que me esperaba con mi padre por culpa de mi matrimonio—. Kimberly estaba de cumpleaños un par de días después de que su madre empezara a trabajar en casa, y Rosa María organizó una pequeña fiesta a la que invitó a los niños de los otros trabajadores. Yo me moría por ir, y le pedí a mi padre que me llevara a comprar un regalo para ella. Su respuesta fue algo así como: «No vas a tener que comprarle nada porque no vas a asistir. Una Dallaire no se codea con los hijos de los sirvientes». —Había hecho más ronca mi voz para imitar el tono masculino de mi padre y miré a Grayson sonriente. Él hizo una mueca, pero no me devolvió la sonrisa—. Bueno, como te puedes imaginar —continué mientras seguía sonriendo, aunque enderecé la espalda—, no iba a admitir un «no» por respuesta, así que cogí un colgante en forma de corazón que me había regalado mi madre y le pedí a George, el jardinero, que lo cortara por la mitad, me colé en la fiesta de Kimberly y le regalé medio corazón. Le encantó, dijo que significaba que seríamos las mejores amigas por siempre jamás. —Sentí que se me calentaba el corazón al recordarlo—. Todavía lo conserva.

Grayson se mantuvo en silencio mientras se pasaba la lengua por el labio inferior, sin mirarme. Incómoda, desvié la vista hacia la carretera a través del parabrisas. Después de unos minutos, noté sus ojos clavados en mi cara.

—¿Sigues manteniendo el contacto con Rosa María?

—No —reliqué con tristeza—. Mi padre la despidió hace años. La situación se volvió muy incómoda y dolorosa porque había estado manteniendo una relación con ella. Luego la sustituyó por otra ama de llaves más joven y con aspecto de modelo, con la que también se acostaba. Rosa María no ha querido verme ni ha respondido a mis llamadas después de que ocurriera eso. —Agité la mano en el aire como si de esa manera pudiera alejarme de ese hecho y el dolor que traía asociado.

—¿Te echó la culpa? —preguntó Grayson con un tono extraño.

—Kimberly dice que no, pero que le resulta demasiado doloroso tener contacto con algo que le recuerda lo que mi padre le hizo. Creo que ella estaba enamorada de él, mientras que mi padre... Bueno, él la veía como una manera cómoda de mantener su casa limpia y su cama caliente.

—Entiendo —dijo con voz tensa. Lo miré, sintiendo como si de alguna manera estuviera percibiendo más de lo que yo estaba compartiendo con él.

Sacudí la cabeza con el ceño fruncido.

—Dime, ¿de qué estuviste hablando con Kimberly ayer por la mañana antes de que bajara? —pregunté al darme cuenta de repente que no había tenido oportunidad de interrogar a Kimmy antes de que nos interrumpiera la discusión que él había tenido con Charlotte.

Me brindó una sonrisa que disipó el humor sombrío que había aparecido al surgir el tema de la relación de Rosa María con mi padre. El sol de última hora de la tarde entraba por el parabrisas, iluminando el rostro de Grayson. Aquella luz inclinada incidía en sus ojos, mostrando un profundo tono marrón, y resaltaba las líneas contundentes de su mandíbula, que estaba cubierta por una barba incipiente. Aparté la vista, mordisqueándome el labio inferior.

«Ignora el brillo de sus escamas», repetí mentalmente.

—De ti —dijo, y cuando lo miré de nuevo, su sonrisa se había extendido de oreja a oreja—. Me estaba poniendo al día de algunas interesantes historias sobre los problemas que te has encontrado a lo largo de los años.

Cogí aire.

—Es una buena chica, pero un poco exagerada. Es uno de sus peores defectos.

La risa de Grayson fue ronca y cálida.

—No lo sé. Pero me inclino a pensar que no exagera nada. —Volvió a mirar la carretera sin dejar de sonreír—. Asegura que se te ocurren esas ideas y...

—Son divertidas —me defendí—. No son problemas.

—Contigo parece que hay una línea muy fina separando ambos conceptos.

Le lancé una mirada irritada, pero parpadeé al ver la sonrisa que llenaba su cara, estaba llena de encanto y afecto genuino.

Volví la vista de nuevo a la ventanilla.

—He hecho un enorme esfuerzo para no dejarme llevar por mis «ideas» desde que estoy viviendo en tu casa.

—Dios mío... —susurró—. Me estremezco al imaginar lo que puede llegar a ocurrir cuando no te contengas.

Suspiré con el ceño fruncido.

—Solo tienes que preguntarle a mi padre —lo reté, con la secreta esperanza de que no lo hiciera—. Cuando lo conozcas te va a decir la enorme carga que soy, no me cabe duda alguna. —Me mordisqueé los labios de nuevo y giré la cabeza para contemplar el paisaje que se movía al otro lado del cristal.

—¿Eh...? —me llamó, y sentí su cálida mano cuando cogió la mía. Bajé la vista hacia nuestros dedos entrelazados y luego lo miré a los ojos antes de volver a concentrarme en la carretera—. Todo va a ir bien, ¿vale?

Asentí moviendo la cabeza, pero, de alguna forma, sabía que se equivocaba. Estaba segura de que estábamos a punto de enfrentarnos a una situación en la que acabaría viéndome humillada delante de Grayson. No, no iba a ir bien. Esto acabaría siendo un desastre.

El suave y vibrante color levemente anaranjado del crepúsculo bañaba de luz la mansión de estilo renacentista italiano que coronaba la colina. La propiedad, ubicada en el lujoso barrio Pacific Height de San Francisco, era uno de los bienes inmuebles más caros de la ciudad y, seguramente, del país. El reino Dallaire. Hogar, dulce hogar. Me encogí por dentro. Ese lugar había tenido muy poco de dulce para mí.

En lo que respectaba a la casa, hacía que me diera perfecta cuenta de que la mayor parte de mi vida había estado sometida a la sombra de lo que mi padre deseaba que fuera. Y lo único que siempre había anhelado en realidad había sido ser amada por cómo era.

Eché un vistazo a la enigmática expresión de Grayson mientras nos bajábamos de la *pickup*, que había aparcado en la calle, enfrente de la enorme edificación. Mientras subía la escalinata curva exterior, no pude más que admirar la impresionante vista del Golden Gate, de Alcatraz, de Angel Island y de los caminos de Marin Headland. También oí que alguien estaba jugando al tenis detrás de la casa.

Grayson me miraba en silencio mientras llamaba al timbre. Me negaba a entrar como si perteneciera a este lugar. Unos segundos después se oyeron pisadas en el suelo de mármol y la puerta se abrió, revelando a una joven hispana vestida con el uniforme de criada. No la había visto antes.

—Hola —dije sonriente—, soy Kira Dallaire. Creo que mi padre me está esperando. —Le había enviado un mensaje de texto de camino, pero él no me había respondido, así que no sabía realmente si estaba esperándome o no. La joven sonrió y abrió la puerta para que entráramos.

—Iré a avisarlo —repuso la chica con marcado acento latino—. ¿Le gustaría esperarlo en...?

—Esperaré aquí. —No tenía intención de quedarme mucho tiempo. Quería marcharme ya.

La mujer asintió moviendo la cabeza antes de alejarse.

—Dame un momento para hablar con mi padre —le indiqué a Grayson—. Luego te presentaré. —Me recorrió la cara con los ojos y luego alzó la barbilla como única señal silenciosa de que estaba de acuerdo.

Tras permanecer en el lujoso vestíbulo de mármol varios minutos, se oyeron pasos cada vez más cercanos. Alcé la vista y vislumbré la alta figura de mi padre en la parte superior de las escaleras. Lancé un vistazo a Grayson, que estaba apoyado de forma casual contra una de las columnas de mármol, a pocos metros de mí.

—Kira... —dijo mi padre, bajando las escaleras con rapidez con los ojos clavados en los míos y los labios apretados en aquella expresión de desaprobación con la que estaba tan familiarizada. Parecía cualquier cosa menos contento. Ni siquiera miró a Grayson.

—Entra en mi despacho para hablar —ordenó, girando bruscamente en esa dirección. Alcé la barbilla.

—Estamos bien aquí —repliqué con firmeza, haciendo que se detuviera en seco. No tenía intención de acompañarlo al despacho en el que acostumbraba a sentarse detrás del escritorio como un juez dictando sentencia. Mi padre se dio la vuelta despacio y apretó los dientes mientras se acercaba al lugar donde yo estaba. Fue entonces cuando vio a Grayson.

—¿Quién es ese? —preguntó. Di un paso adelante. «Allá vamos...».

—Ese, papá, es mi marido. Grayson Hawthorn.

Durante tres largos segundos, mi padre no emitió ningún sonido. Un intenso color rojo subió por su cuello mientras avanzaba un poco más.

—No puedes hablar en serio.

—Claro que lo digo en serio. Nos casamos hace algunas semanas. Lamento no haberte invitado, pero ya sé lo ocupado que estás siempre.

Su golpe me cogió por sorpresa. El fortísimo bofetón resonó en el vestíbulo. Ahogué un grito mientras el dolor se extendía por mi mandíbula y subía hasta el ojo. Alcé la cabeza a tiempo de ver cómo su mano se movía de nuevo hacia mi cara y me preparé para una segunda bofetada, aunque no llegó nunca. Abrí

mucho los ojos al ver a Grayson sujetando la muñeca de mi padre, con una furia asesina de dragón en su cara.

—Pero ¿qué cojones...? —dijo él, apretando los dientes. Debía de haberse movido a la velocidad del rayo desde donde estaba para poder impedir ahora que mi padre me golpeará otra vez. Dejé escapar un jadeo.

Mi padre, que también lucía una expresión de ira, liberó la mano del agarre de Grayson y clavó en mí sus ojos mientras yo daba un paso hacia atrás, alejándome de él. Me llevó un segundo recomponerme, pero sostuve el contacto visual a pesar de cómo me palpitaba el lado izquierdo de la cara.

—Gracias —dije, alzando la barbilla para que no se diera cuenta de lo mucho que me dolía lo que había hecho—. Lo consideraré mi regalo de boda.

—Solo tú, Kira... —Movié la cabeza, negando al tiempo que emitía un sonido de disgusto profundo—. Eres idiota perdida, ¿verdad? —Señaló a Grayson con la barbilla sin mirarlo—. Por lo que veo, te has liado con un maldito cazafortunas, y eres demasiado estúpida para darte cuenta. —Clavó los ojos en mi marido—. Kira no va a recibir ni un centavo de mí, de manera que no estás de suerte, Grayson Hawthorn. —Dijo su nombre como si pudiera estar relacionado con Satanás, pero a mí se me detuvo el corazón al ver que entrecerraba los ojos como si el nombre le resultara familiar. Luego movió la cabeza y volvió a mirarme.

—No queremos ni un centavo de usted —dijo Grayson con frialdad—. Vámonos, Kira. —Empecé a girarme cuando oí pasos procedentes de la parte posterior de la casa. Volví la cabeza y vi a Cooper. ¡Dios! Era una trampa. Noté un vuelco en el estómago como si acabara de saltar desde lo alto de un acantilado. Cooper corrió hacia mí. Su bronceado resultaba más intenso por la equipación blanca de jugar al tenis.

—Kira... —dijo mientras me recorría con la mirada. Me encogí internamente y miré hacia otro lado. Me alejé al tiempo que me pasaba la mano por el pelo. ¿Cómo había podido llegar a pensar que quería pasar el resto de mi vida con ese hombre? Apenas soportaba estar en la misma habitación que él. Noté que Grayson daba un paso hacia mí y, de repente, me cogió la mano. Cooper miró a mi marido con una expresión de confusión y luego a mí, con una interrogación en los ojos—. ¿Kira...? —Me rozó la mejilla—. ¿Le has pegado? —preguntó Cooper con incredulidad, mirando a mi padre con intensidad. Como si él no me hubiera golpeado nunca. Una mezcla de ira y desprecio burbujeó en mi pecho.

Mi padre apretó los labios.

—Cooper, Kira se ha casado —anunció en un tono burlón y lleno de condescendencia—. Felicítala. —Cooper abrió mucho los ojos y volvió la cabeza hacia Grayson. Si no lo conociera bien, pensaría que se sentía herido. Luego se giró para mirarme a mí.

—¿Y quién es él? ¿De dónde ha salido? —preguntó finalmente, mirando a mi marido de arriba abajo, a pesar de que era evidente que las preguntas iban dirigidas a mí.

Grayson entrecerró los ojos, sosteniendo la mirada de Cooper con una expresión burlona.

—Tiene una empresa familiar en Napa Valley —anuncié—. Nos conocimos allí. —Esperaba que fuera información suficiente para ambos.

Cooper se dio la vuelta bruscamente hacia mí.

—¿Cuándo os conocisteis? ¿Hace dos semanas? —gruñó. Enderecé la espalda.

—Eso no es asunto tuyo, Cooper —dije con firmeza—. Lo que yo haga ya no te incumbe.

—Eso crees tú... —replicó, dando un paso hacia mí. Grayson se acercó todavía más y adoptó una posición protectora. Automáticamente, me acerqué a él sin dejar de mirar a Cooper.

—¿De verdad esperabas que volviera a tener algo contigo? —pregunté a Cooper.

—Podría haber funcionado, Kira —dijo en tono dolido. La verdad era que había equivocado la

vocación: hubiera sido mucho mejor actor que juez.

—Te aseguro que no. Entre nosotros no habrá nada nunca más, por razones que están más allá que mi matrimonio con Grayson.

Durante unos segundos, todos seguimos en una actitud de tenso enfrentamiento.

—Basta ya de tonterías —ladró mi padre.

Cooper cogió aire y me miró fijamente.

—Entonces vamos a tener que resolver esto. —Había una nota de resignación en su voz. Miré a Grayson al tiempo que dejaba salir un suspiro. Ellos habían entrado en modo «intentar arreglarlo» cuando ya no tenía remedio.

Las palabras que había pronunciado mi padre un año antes parpadearon en mi mente.

«No te preocupes, Cooper. La enviaré lejos hasta que las cosas se calmen. Lo único que importa es el objetivo final».

—Este es su territorio y vamos a dejarlos aquí. —Sabía que sonaba amargada. De hecho, la voz me falló al final, delatando la profunda herida de mi corazón.

—Kira... —empezó a decir Cooper, pero yo moví la cabeza y tiré de la mano de Grayson. Él se resistió, soltándome para acercarse a mi padre.

—Es posible que usted sea su padre —dijo con claridad en un tono bajo lleno de calma mortal—, pero no se le ocurra volver a poner una mano encima a mi esposa nunca más, ¿está claro? —Mi padre lo miró de forma despectiva antes de clavar los ojos en mí.

—Espero que tengas una vida agradable, Kira Hawthorn —deseó con voz burlona. Sus palabras fueron como otra bofetada.

«Eso es lo que quieres, ¿verdad? —me dije a mí misma—. Entonces, ¿por qué duele tanto?».

Después, mi padre se giró y salió de la habitación. Cooper se quedó donde estaba mientras nosotros nos alejábamos para marcharnos. Grayson me cogió la mano mientras bajábamos las escaleras exteriores. No dijo nada, pero sentí como si su mano fuera lo único que me mantenía en pie.

Grayson

Ya en el hotel, dejé la maleta de Kira encima de su cama y me volví hacia ella. Todavía no habíamos hablado desde que habíamos abandonado la casa de su padre. No había intentado entablar ninguna conversación porque necesitaba tiempo para procesar lo que había ocurrido allí. Por mí, habría vuelto a Napa al instante, pero sabía que Kira quería visitar el centro de acogida y me imaginaba que a esta hora estaría cerrado ya. Nos detendríamos allí por la mañana, después de haber descansado bien y de haber dispuesto de tiempo para olvidar lo que había pasado con su padre.

Cuando la miré, sus impresionantes ojos verdes, grandes, luminosos y llenos de dolor se encontraron con los míos. Su sufrimiento me afectó igual que un puñetazo en el estómago y solté una brusca exhalación. ¿Era así como había crecido aquella vibrante chica? Entendía bien el dolor de ser siempre una constante decepción, pero ¿cómo había logrado conservar vivo ese espíritu libre entre toda esa frialdad y ese desprecio? ¿Cómo lo había superado? Cuando me contó la historia de Rosa María, pensaba que la había entendido un poco. Su padre, que no era el mejor de los hombres con la gente que tenía a su servicio, había sido duro con ella. Imaginé que no había sabido cómo manejar a una niña tan llena de energía después de la muerte de su madre. Pero me había equivocado. Le había considerado mejor persona de lo que era en realidad. Mucho mejor.

—Debes de odiarme por haberte metido en esto —dijo ella finalmente, con la vista baja mientras se mordisqueaba el labio—. Lo siento mucho.

«¿Odiarla?». Avancé hacia ella.

—No, quien lo lamenta soy yo. —Le pasé suavemente el dorso de la mano por la mejilla magullada—. Si hubiera imaginado que podía llegar a golpearte, habría estado lo suficientemente cerca como para impedirselo.

Ella movió la cabeza.

—Debería haber pensado en otra forma de darle la noticia, pero rara vez me ha golpeado. Así que no me lo esperaba. Y le provoqué; parece que no soy capaz de evitarlo. —Emitió un profundo suspiro.

—No es culpa tuya que te haya pegado, Kira.

Asintió, pero no parecía muy convencida.

—Necesito tomar un largo baño caliente y asearme. Quizá pedir la cena...

Entendí la indirecta; quería estar sola.

—Claro. Voy a instalarme en la otra habitación. —Ella asintió, y fui hasta la puerta que separaba su habitación del resto de la *suite*. Recogí mi mochila del suelo donde la había dejado. Me hubiera gustado ponerme cómodo en la misma habitación donde iba a dormir ella, pero después de lo ocurrido con el padre y el exprometido de Kira, no era el momento de intentar llegar a segunda base. De hecho, me sentía culpable por querer desearlo incluso, parecía que ella había tenido suficiente para toda una vida.

—Ah... Y Grayson —me llamó. La miré por encima del hombro—. Gracias por haberle dicho a mi padre que soy tu esposa...

Me detuve.

—Eres mi esposa.

La vi sonreír con dulzura.

—Ya sabes a qué me refiero. Con tu actitud has dado a entender que lo era de verdad. Has sido muy convincente.

Fruncí el ceño, pero no se me ocurrió nada qué decir. No era realmente mi esposa; si lo fuera, tendría claro qué hacer en ese momento para que desapareciera aquella expresión atormentada de sus ojos. Asentí.

—Hasta mañana.

Me fui a mi habitación y me di una ducha, donde además de deshacerme del polvo del camino, intenté limpiar de mi mente la mala sensación que había dejado el enfrentamiento con el padre de Kira. Cuando vi que Frank Dallaire abofeteaba a Kira, quise romperle la nariz. Pero me había contenido. Agredir a alguien solo me enviaría de nuevo a la cárcel, y no pensaba arriesgarme. El incidente había servido para recordarme mi vergüenza, haciendo presentes mis limitaciones como hombre. ¿Cómo podría luchar ahora por mi mujer si fuera necesario? «Mi mujer». Sabía que Kira no era mi mujer en ese sentido, pero la cuestión seguía teniendo su importancia.

Suspiré, concentrándome de nuevo en Frank Dallaire. Nunca había prestado demasiada atención a la política municipal de San Francisco, pero siempre lo había considerado un alcalde popular, duro pero justo, amigo de las minorías y la clase media. Supuse que lo que acababa de pasar demostraba que la política era un juego. Me parecía difícil creer que un hombre que trataba a su preciosa hija de una forma tan abominable fuera amigo de alguien más que de sí mismo.

Y ahora era mi suegro, al menos temporalmente. ¡Dios!, ¿en dónde me había metido? Esperaba que Kira tuviera razón: él se daría cuenta de que no podía contar con ella para ganarse al público y al final nos dejaría en paz. Pero ¿por qué tenía la mala sensación de que no sería así? Sacudí la cabeza, me vestí y salí un rato al balcón, preguntándome qué estaría haciendo Kira en la otra habitación. No dejaba de imaginar su cuerpo desnudo sumergido en el agua, su piel húmeda y resbaladiza, el pelo revuelto cayendo en desorden sin que ninguna horquilla lo retuviera. Se me calentó la sangre en las venas, pero, al mismo tiempo, quería cogerla entre mis brazos y tratar de hacer desaparecer el dolor y la vergüenza que había visto en su cara mientras salía de su habitación. No sabía cómo lidiar con esos nuevos y confusos sentimientos, aunque mientras estaba allí sentado, creció en mi interior algo poderoso: la nueva necesidad de poseer a mi esposa, combinada con una actitud protectora para la que no estaba preparado.

«¡Basta! Déjalo ya».

Pero no podía evitarlo. Quería conseguir que sus ojos volvieran a brillar, consolarla, ver de nuevo su hoyuelo de bruja. Eché la cabeza hacia atrás y emití un gemido. Eso no iba a funcionar. Tenía que contenerme. Nada de eso era asunto mío. Se trataba de un negocio, y, aunque nos sentíamos atraídos el uno por el otro, no podíamos dejarnos llevar. Estábamos casados y nuestra relación tenía que ser todo o nada. No podíamos meternos a ciegas en algo que no habíamos definido porque no terminaría bien para ninguno de los dos. Conocer la existencia de lo que había habido entre Rosa María y el padre de Kira hacía que comprendiera un poco mejor su renuencia a mantener una relación conmigo. Seguramente imaginaba que una relación física entre nosotros sería similar a la que ellos habían tenido.

«¿Sería así?».

Me sentía confuso. Quizá debería abandonar la idea de satisfacer mi necesidad física por ella ahora que era capaz de admitir que entre nosotros había algo más que deseo sexual, ahora que era capaz de admitir que me preocupaba por ella. Pero por alguna razón desconocida perdía el control cuando estaba cerca de ella, y mis mejores intenciones se desvanecían por el camino. Cada vez. Y no podía entender por qué. ¿Qué tenía Kira que me desequilibraba tanto?

Lo que sí sabía era que compartía una *suite* con ella y que quizá necesitara compañía.

«Quizá te necesita». O quizá eso solo fuera una esperanza.

Después de estudiar el menú del servicio de habitaciones y de pedir por teléfono algunos platos para que los entregaran en la *suite*, llamé a la puerta de su dormitorio. Respondió vestida con vaqueros y un top negro, llevaba los pies desnudos y el pelo todavía húmedo. No estaba maquillada; me pareció muy guapa y muy joven. Por supuesto, era muy joven, a fin de cuentas solo tenía veintidós años. No pensaba a menudo en su edad, quizá porque a veces parecía una niña traviesa y a veces demasiado sabia. Y, claro está, esos destellos de profundidad e intensidad solo habían servido para que me resultara más interesante. «Brujita intrigante». Entré en su cuarto e inhalé el ligero aroma floral que siempre la envolvía.

—Hola —respondió con una mirada de recelo.

—Me he tomado la libertad de pedir la cena para los dos. Sé que te gusta el *stroganoff* de Charlotte, así que aunque el chef del hotel no lo hará tan bien como ella, lo he pedido... —Me encogí de hombros. Al verme entrar en su habitación sin haberme invitado, Kira parecía un poco insegura, pero finalmente emitió un suspiro aceptando la propuesta.

—Me parece bien. Gracias. Aunque estoy segura de que no seré la mejor compañía.

Se dio la vuelta para acercarse de nuevo al balcón, donde se puso a mirar la ciudad. Me reuní con ella y apoyé los antebrazos en la barandilla metálica antes de alzar la mirada hacia ella. Apartó la vista, inclinando la cara como si tratara de ocultarse de mí.

—Eh... —le dije con suavidad, enderezándome para acercarme a ella. Usé uno de mis dedos para levantarle la barbilla y vi que tenía los ojos brillantes por las lágrimas no derramadas. La vi contener el aliento, pero se le escapó un pequeño sollozo. Todo me impulsó hacia ella, la necesidad de protegerla hizo que la rodeara con mis brazos y que pusiera su cabeza debajo de mi barbilla—. Shhh... No pasa nada. —Noté un nudo en la garganta cuando se tensó entre mis brazos como si no supiera de qué manera reaccionar.

¡Dios! Haber crecido sin madre y con un padre así... No, seguramente no sabía qué hacer. No quería aprovecharme de ella ahora que estaba en un mal momento, pero sí iba a tener que tomar la iniciativa.

—Kira... —susurré—, relájate. Deja que te abrace, cielo. —Ella se resistió un poco durante un breve instante, pero cuando apreté los brazos a su alrededor, se dejó llevar y empezó a llorar.

Sollozó entre mis brazos, con la cara hundida en mi pecho durante un buen rato. Noté una opresión en el corazón al ser testigo de su pesar. Por fin, sus sollozos comenzaron a disminuir y alzó la cara hacia mí. La ternura que me inundaba era diferente a cualquier cosa que hubiera sentido antes. Sin pensar, empujé a un lado mis sentimientos y pasé el pulgar por su suave mejilla, secándole las lágrimas. Ella parpadeó, un poco confundida, pero también aliviada. Le retiré el pelo de la cara.

—Todo va a ir bien... —dije—. Estoy aquí.

—Le dijo el dragón a la bruja —replicó bajito con los ojos brillantes aunque todavía llorosos.

Me reí.

—Esa es mi chica. —Sonrió con dulzura y se apartó. De repente, sentía los brazos muy vacíos. Kira se dejó caer en una de las sillas de plástico del balcón y yo me senté en la otra. Había una pequeña mesa, también de plástico, entre nosotros—. ¿Quieres contarme algo?

Se reclinó en la silla con un suspiro. Parecía consciente de que le estaba preguntando qué la había hecho huir a África.

—Conocí a Cooper en una gala benéfica organizada por mi padre —empezó a explicar después de tomar aire—. Yo había vuelto a casa por vacaciones después del primer curso en la universidad. Mi padre estaba tutelando a Cooper, preparándolo para su primera magistratura. —Se mordisqueó el labio y

apartó la vista durante un momento—. A pesar de que mi padre ya no toma parte activa en la política de San Francisco, sigue muy involucrado en el sistema judicial de la ciudad. —Clavó los ojos en mí durante un segundo y me pregunté si estaría pensando en mi relación con ese sistema. Sin embargo, por fortuna, no había estado en contacto con Frank Dallaire. Permaneció en silencio durante unos momentos—. Cuando empecé a salir con Cooper, mi padre se puso condenadamente feliz. —Miró al horizonte, perdida en sus recuerdos—. Era la primera vez en mi vida que mi padre aprobaba lo que hacía, y me sentía... Bueno, me sentía querida. Era algo embriagador, casi adictivo —dijo pensativa al tiempo que movía la cabeza con desaliento.

—¿Nunca llegaste a amar a Cooper? —Odié la punzada de celos que sentí al pensar en Kira con otro hombre, incluso aunque fuera en su pasado. La ignoré como pude.

—Oh, imagino que sí que lo amé. Era el típico chico brillante de club de campo. Mi padre lo consideraba un buen partido y decía que formábamos una pareja equilibrada. Pensaba que Cooper conseguiría domarme, y yo añadiría el toque de los Dallaire a su campaña y a su futura carrera como juez.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, con una creciente sensación de temor.

—Nos comprometimos en Navidad y... Bueno, le entregué mi virginidad. —Frunció el ceño y apartó la vista durante un momento que se me hizo eterno. Noté los músculos tan tensos que hice un esfuerzo por relajarme—. Te lo digo porque tiene relación con el resto de la historia.

—Vale —repliqué.

Se aclaró la garganta.

—Pensaba regresar a casa en verano y empezar a planificar la boda. Cooper estaba muy involucrado en su primera campaña y el equipo se había concentrado en el hotel St. Regis. —Se mordisqueó una uña antes de continuar—. Acabé pronto en la universidad y en vez de ir directamente al apartamento que tenía mi padre, decidí sorprender a Cooper en el hotel. —Su ceño se hizo más profundo—. Cooper siempre me había parecido... incómodo en la cama. Nunca dijo nada, pero era la impresión que me transmitía, así que se me ocurrió que si lo sorprendía, si tomaba la iniciativa... Ya sabes... —Sus mejillas se tiñeron de rosa—. Así que fui a su habitación y me abrió la puerta un tipo de su campaña que, evidentemente, esperaba al servicio de habitaciones. Trató de impedirme que accediera al dormitorio, pero no se lo permití. Cuando entré, Cooper estaba con... unas mujeres.

—¿Mujeres? ¿En plural?

Asintió con una expresión de dolor.

—Había una debajo de él y otra detrás, usando algún tipo de... —Movió la cabeza y cerró los ojos como si tratara de eliminar una imagen de su mente—. ¡Dios...! —Hundió la cara entre las manos durante un breve momento y respiró hondo.

—No es necesaria una descripción completa, capto la esencia —intervine con voz firme.

Asintió, aliviada.

—Había líneas de lo que parecía cocaína en la mesita de café y muchas botellas de licor medio vacías.

—Dios... —dije, pasándome la mano por el pelo mientras imaginaba a Cooper, el chico dorado que había visto esa misma tarde vestido para jugar al tenis.

—Cooper se liberó de ellas cuando por fin se fijó en mí, pero estaba borracho, drogado, o las dos cosas. No lo sé. Al principio se disculpó, pero luego acabó gritándome. Diciéndome que no quería a una puta por esposa porque ya tenía putas de verdad. —Traté de salir de allí, pero él se tiró a por mí y empecé a luchar. Nos caímos al suelo y se puso a pegarme, aunque logré escapar. Cuando me di la vuelta para huir, me cogió por el tobillo y caí sobre la mesita de cristal. Me rompí dos costillas y me golpeé en la cara, además de cortarme un brazo. Había ocurrido muy rápido, pero estaba hecha un desastre. Había sangre por todas partes. Los miembros del equipo de Cooper, que estaban en otra habitación, llegaron

corriendo. Me sacaron de allí y llamaron a un médico en cuanto llegamos al apartamento de mi padre.

—Kira... —la llamé en voz baja, apesadumbrado. Ahora entendía por qué se mostraba tan insegura con el sexo. No era solo por la relación de su padre con Rosa María, era algo mucho más personal. Le habían enseñado que su pasión en la cama era inapropiada y repugnante... ¡Y se lo había creído! Pero ¿cómo podía culparla? Era su primera experiencia, solo había estado con un hombre.

Kira miró otra vez a lo lejos.

—Cuando mi padre llegó a casa y se enteró de lo ocurrido —arrugó la cara como si fuera a llorar de nuevo, pero se recompuso después de respirar hondo—, me dijo que lo había echado todo a perder. Y luego empezó a pensar cómo rentabilizar lo ocurrido: contactó con el personal del hotel, elaboró una historia sobre mis problemas con las drogas y lo salvaje que me volvía cuando las tomaba por si alguien me había visto salir de la *suite* o por si el personal de limpieza extendía algunos rumores. Por supuesto, hizo oídos sordos ante mi intención de romper el compromiso, pero me daba igual.

—Te echó a los lobos.

Movió la cabeza para asentir.

—Sí. La campaña y el estatus de Cooper eran más importantes que su propia hija. Me sugirió que viajara por Europa para que pareciera que estaba en un programa de rehabilitación y que después regresara, que podía hacer que lo ocurrido jugara a su favor, que se consideraría una historia de superación y todo eso. ¿Te imaginas los titulares? «Rica heredera cae en el mundo de la droga y arruina su vida, pero gracias a la devoción desinteresada de su novio, cambia de vida». Era la historia de amor perfecta. Por supuesto, Cooper se convertía en un héroe. A raíz de eso todas sus campañas serían un éxito en cuanto se recordara esa historia. Y yo sería la chica arruinada, pero todo por una buena causa.

—¡Dios! —La miré incrédulo.

Suspiró.

—Bueno, como puedes imaginarte, no pensaba participar en los planes de mi padre para que me marchara a Europa de compras, pero necesitaba irme. Incluso regresar a la universidad en California me parecía demasiado cerca. Quería que hubiera un océano entre nosotros, de forma literal. Estaba destrozada y necesitaba curarme tanto física como emocionalmente. Necesitaba tiempo para recomponer mi vida. Entonces recordé la invitación de Khotso para que lo ayudara con su hospital, algo que no había podido aceptar en un principio, pero que en ese momento me alejaría por completo de Cooper y de mi padre. Me cogí un día para hacerme una revisión completa de ETS, y luego utilicé el dinero que me quedaba en mi cuenta corriente para coger un pasaje para África. —Se sonrojó un poco al mencionar el examen médico, y luego se quedó pensativa—. Cuando llegué, me sentía muy vacía y afligida, pero, ¿sabes? —sus ojos se iluminaron de repente y jadeé al volver a ver aquella luz—, trabajar con esas mujeres que habían perdido tanto, que habían sido rechazadas por su pueblo y sus familias por culpa de un estigma sobre el que no tenían control, me hizo sentirme viva de nuevo. Muchas habían perdido a sus bebés; estaban enfermas y traumatizadas. Habían perdido mucho más que yo. Así que me dije a mí misma que iba a animarlas a ser fuertes, a encontrar el poder más allá de sus circunstancias, así sería capaz de hacer lo mismo por mí. Todos los días, hay gente que sufre en el mundo. Pero también hay gente que triunfa, y se me ocurrió que si estas mujeres iban a dejar que las ayudara a curarse, yo también tenía que ser capaz de superar lo que me había pasado. Y lo hice.

—Lo cuentas de una manera que parece fácil. —Tenía la voz ronca. «¿Cómo conseguía Kira ser tan fuerte?».

Sacudió la cabeza.

—No resultó fácil. Fue necesario mucho trabajo, mucha fe y tener el corazón lleno de esperanza. También tuve que superar el dolor. El problema es que no se puede hacer desaparecer una emoción sin

apagar las demás, tienes que sentir dolor para luego reconocer la alegría. Solo funciona así. Así que no, no fue fácil, pero sí posible. Ahora, lo único que quiero es que mi padre me deje en paz, que me permita averiguar por mí misma lo que quiero hacer durante el resto de mi vida.

Ahora la comprendía. Entendía por qué había estado dispuesta a tomar medidas drásticas para ganar un poco de libertad. Entendía por qué no le había importado casarse con un desconocido en lugar de pedirle a su padre un solo centavo de su dinero, ya que seguramente traía aparejadas unas condiciones inaceptables. Así que había elegido dividir el dinero a partes iguales como si fuera la única herramienta de negociación que valía la pena. Y me había elegido a mí... De repente, sentí una gratitud que superaba con creces cualquier estabilidad financiera.

—¿Y qué quieres hacer ahora? —pregunté. «¿Cuáles son tus sueños, dulce Kira?».

—Podría regresar a la universidad. Podría convertirme en pirata y surcar los siete mares. La cuestión es que tengo opciones. Gracias a mi abuela y a ti, puedo hacer lo que quiera. —Nuestras miradas se encontraron y tuve el breve impulso de dejarme caer de rodillas ante ella y jurarle servidumbre eterna.

«Relájate, Gray».

—Serías una pirata muy sexy —dije finalmente.

Ella se rio hasta que sonó un fuerte golpe en la puerta que nos sorprendió a los dos.

—Servicio de habitaciones —deduje con una sonrisa.

En la *suite* no había mesa, así que se dispuso la comida en la mesita de café, en la salita, y los dos nos sentamos para comer. El estado de ánimo era más ligero a pesar de la profundidad de los temas que habíamos discutido y a pesar también de que Kira había compartido su dolorosa historia personal. Sin embargo, quizá era lo que necesitaba. Imaginé que no había hablado mucho al respecto, habida cuenta de que había salido del país poco después de que ocurriera y solo había regresado recientemente.

—¿Sabes? —le dije después de tomar un bocado de *stroganoff* que no era ni de lejos tan bueno como el de Charlotte—. Te debo una disculpa. Te juzgué mal desde el momento en que te conocí. Me he equivocado contigo por completo.

Kira se encogió de hombros.

—Ya estoy acostumbrada. Tampoco yo te he juzgado bien, dragón. —Me guiñó un ojo con una sonrisa.

—Kira —le dije un minuto después—. Ya sé que hemos acordado que podrías quedarte dos meses, pero puedes permanecer más tiempo si lo deseas. Es mejor que medites bien antes de dar el siguiente paso.

Ella me miró.

—Es posible que llegues a lamentar esa oferta.

Contuve una sonrisa ante su sarcasmo.

—Posiblemente. Pondrás a prueba mi paciencia sin descanso. Pero aun así, reitero mi ofrecimiento.

Se volvió hacia mí y sonrió, haciendo aparecer su pequeño hoyuelo de bruja. El deseo atravesó mi cuerpo de arriba abajo.

—Te lo agradezco, pero creo que será mejor para mí que consiga un apartamento.

No quise reconocer la decepción que me embargó ante sus palabras.

—¿Piensas quedarte en Napa? —«Por favor, quédate. Por favor».

Me miró pensativa.

—No lo sé. Si vamos a tratar de mejorar tu posición social en Napa, no estoy segura de que tenga sentido que me busque allí un sitio. Sin embargo, todavía estaré un tiempo en California. Al menos hasta que solicitemos el divorcio.

Asentí moviendo la cabeza, y se produjo un silencio incómodo. A pesar de lo ocurrido, ¿estaba pensando en circunstancias? ¿Por qué le importaba? No sabía qué me hacía sentir eso, y todavía

estaba menos convencido de querer analizarlo.

Cuando terminamos de cenar, dejé los platos fuera para que los recogieran. Al regresar a la habitación, me encontré con Kira ante la puerta corredera de cristal del balcón, mirando al exterior. La observé durante unos segundos; parecía relajada. Los largos mechones rojizos caían sobre su espalda. Una especie de ternura inundó mi pecho. Era una mujer fuerte y hermosa. Me acerqué hasta detenerme detrás de ella y le pasé el pelo por encima de un hombro antes de inclinarme y besarla en la nuca. Se estremeció, pero no se apartó.

—Kira —murmuré, inhalando su dulce fragancia. No sabía si debería tocarla, si debería impulsar nuestra relación en esa dirección. Quizá necesitaba protegerla también de mí mismo. Sin embargo, nada podía hacer que me detuviera. Volví a besarle la nuca, y ella emitió un suave gemido que me hizo perder el control por completo.

La giré entre mis brazos y subí las manos para encerrar su cara entre ellas, aunque tuve cuidado de no presionar el hematoma que tenía en la mejilla, donde su padre le había golpeado. Me incliné para besarla en la boca y no pude reprimir un gemido cuando hundí los dedos en las sedosas olas de pelo para inclinarle la cabeza y poder hundir la lengua más profundamente. Quería devorarla, convertirme en parte de su fuego, de su fuerza vital.

Anduve hacia atrás, llevándola conmigo con suavidad hasta que mis corvas chocaron con la cama. Entonces, la giré para que cayera sobre el colchón y la seguí hacia abajo. Me sentía poseído por la lujuria, pero me obligué a ir despacio. Respiré hondo y me estremecí.

Ella me miraba con los ojos medio cerrados. ¡Dios, qué preciosa era!

—Te deseo —confesé. Mi voz sonó áspera incluso a mis propios oídos.

Ella parpadeó con una expresión de incertidumbre. Me deseaba también, pero no estaba preparada todavía. Maldije para mis adentros cuando inundó mi mente un repentino destello del aspecto que había tenido antes entre mis brazos, con los ojos rojos por las lágrimas y los labios temblorosos. No iba a camelarla para que se acostara conmigo esa noche, eso seguro, porque ya no me parecía correcto. Ahora conocía su historia y sabía que cuando viniera a mi cama, tenía que ser por decisión propia. Sin embargo, todavía podía hacer algo por ella. Me incliné y la besé de nuevo.

—Te voy a dar placer, Kira. Te voy a enseñar lo hermosa que eres cuando te corres. —Todavía parecía insegura, pero no me detuvo, así que lo tomé como un sí y me incliné para besarla en el cuello. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás y emitió un suspiro cuando le lamí y mordisqueé la suave y tierna piel de la garganta. Su sabor era nuevo y familiar a la vez, y noté que se me aceleraba el corazón—. Eres mágica. Perfecta —le susurré al oído, mientras me estiraba para quitarle la blusa. Levantó los brazos por encima de la cabeza con una mirada más atrevida. El ardor de la pasión estaba quemando sus reservas.

Le desabroché el sujetador, pero me tomé mi tiempo antes de bajar la vista a sus pechos desnudos. Mi pene latió con fuerza contra la cremallera de los vaqueros cuando llevé la mano a uno de sus pezones rosados. Lo rocé suavemente con la uña del pulgar, y ella arqueó las caderas.

—Gray —gimió con voz nasal. Al oír mi nombre en sus labios, un ramalazo de lujuria me atravesó de pies a cabeza y apreté los dientes. Me lamí el pulgar para seguir frotando el pezón, estimulando el erizado pico hasta que noté que mojaba las bragas. Luego me incliné y capturé el otro con la boca para succionarlo con fuerza. Moví la lengua alrededor antes de morderlo con suavidad, luego volví a lamerlo. Ella movía las caderas hacia arriba, buscando mi inflamada erección. Los dos gemimos por lo bajo.

Kira hundió los dedos en mi pelo mientras le besaba el estómago. Me levanté para quitarle los vaqueros y nuestros ojos se enredaron; los suyos estaban brillantes por la pasión y los cerró un momento después.

—Eres preciosa —murmuré—. Hermosa... —Mi brujita de fuego se retorció y gemía, vibrando de

pasión. ¿Cómo era posible que hubiera algún hombre que no la considerara la mujer más sexy e impresionante del mundo? ¿Cómo era posible que hubiera algún hombre que no quisiera que respondiera así la mujer con la que estaba haciendo el amor? ¿La mujer que le pertenecía? Poder verla así era como ser tocado por un rayo de sol.

Dejé a un lado sus vaqueros y la ropa interior antes de arrodillarme en el suelo, delante de ella, y arrastrarla hasta el borde del colchón, de forma que mi cara quedó entre sus piernas. Estaba desnuda, brillante y resbaladiza por la excitación. Casi gruñí al captar su aroma, y un feroz sentimiento de necesidad rugió en mis venas. Prácticamente me estremecía de deseo por la brujita.

—Gray... —Su voz se quebró al decir mi nombre.

Volvió la cabeza a un lado y ahogó un gemido en la almohada.

—No, Kira, déjame oírte —le rogué.

Ella me miró con una nebulosa confusión en los ojos, pero alejó la almohada.

Me incliné y pasé la lengua alrededor del inflamado clítoris. Su sabor estalló en mi boca y me excitó incluso más. Iba a correrme simplemente dándole placer. Nunca me había sentido más desesperado. Ella se arqueó con suavidad, apretándose contra mi cara. La chupé y lamí, saboreando sus pliegues resbaladizos durante un buen rato mientras ella gemía y jadeaba. Sus sonidos de placer me hacían sentir salvaje. Por fin, hundí dos dedos en su húmeda entrada, y ella emitió un gritito. Le temblaron los muslos mientras su cuerpo se estremecía y contraía alrededor de mis dedos. Después de que se calmara, me incorporé un poco y la besé en el estómago. Kira dejó escapar un suspiro de satisfacción cuando cogió mi rostro entre sus manos y apreté mis labios contra los de ella para que pudiera probar el sabor de su pasión en mi boca y lengua. Nos besamos lentamente durante un buen rato, mientras mi erección latía de forma casi dolorosa por la lujuria que provocaba en mi interior la hermosa mujer que sostenía contra mí. La besé una última vez y rodé hacia un lado al tiempo que envolvía su cuerpo desnudo con los brazos. La cubrí con las sábanas y le pasé la mano por el pelo.

—Eres preciosa —repetí, sintiendo en mi pecho algo sorprendentemente parecido al miedo. «¿Por qué me asusta tanto lo que siento por ella?».

La oí suspirar de satisfacción una vez más y se acurrucó contra mi pecho. Tracé con los dedos perezosos círculos en su cadera, tratando de aplacar la excitación que bullía en mi interior y mis confusas emociones. Recordé cómo le había dicho que no era mi tipo. Casi me reí. No solo era mi tipo..., era como si estuviera hecha para mí. Sin embargo, dejé a un lado aquel inquietante pensamiento; no podía permitirme esa clase de cosas. Supe que cuando lo dije, debía de haberse sentido herida al escuchar aquellas palabras en la boca de un hombre —incluso aunque fuera uno por el que no sentía nada— después de lo que le había ocurrido con su prometido. Pensar en Cooper Stratton consiguió bajar la temperatura de mi cuerpo, pero solo un poco. Me concentré en el sonido de su respiración, e incluso sonreí cuando emitió un delicado ronquido. Estaba dormida. ¡Dios! Si hubiera imaginado que estar casado resultaría tan frustrante desde un punto de vista sexual, habría pedido más compensación. Ella me volvía loco, me irritaba más de lo que nadie podía pensar y me obligaba a mirarme a mí mismo. Sin embargo, me hacía sonreír, incluso reír. Me había regalado un maldito perro y ahora me había dado incluso más. Me había otorgado su confianza al entregarme así su cuerpo. ¿Estaba excitado? Mucho. ¿Me sentía satisfecho? Absolutamente. Sonreí para mis adentros mientras besaba la parte superior de la cabeza de Kira.

Kira

Golpeé con suavidad la puerta del dormitorio de Grayson, y me mordisqueé el labio mientras esperaba a que me respondiera. Me había despertado sola en mi propia cama, todavía desnuda y envuelta en las sábanas del hotel. Me había sentido avergonzada al recordar lo que había pasado entre nosotros, pero en el fondo experimentaba también un intenso sentimiento de ternura. Era evidente que Gray había entendido el dolor que Cooper me había causado y había tratado de remediarlo a su manera. Curiosamente, había funcionado. Me había hecho sentir hermosa y deseable, aun a costa de sí mismo. De hecho, estaba segura de que se había quedado muy frustrado. Me sentía mal por ello, pero cuando por fin me abrió la puerta, sonreí y se me escapó un suspiro de alivio. Era evidente que no estaba enfadado por eso. Aun así, se había marchado de mi habitación. Me pregunté por qué no se había quedado, por qué no había intentado satisfacer su propia excitación. Se lo habría permitido. Es más, si no me hubiera dormido casi al instante, medio borracha por el placer y el agotamiento que había supuesto el largo día lleno de emociones, se lo habría suplicado.

—Buenos días —me saludó.

—Anoche te marchaste de mi habitación —le espeté, notando que se me calentaban las mejillas.

Se apoyó en el marco de la puerta y me recorrió la cara con los ojos como si tratara de leer mis pensamientos. Bajé las pestañas para ocultar mi mirada.

—Se me ocurrió que necesitabas una noche de sueño reparador, y tampoco sabía si querías que me quedara. No quise despertarte para preguntarte. Habías tenido un día muy duro.

Su consideración me envolvió como un cálido abrazo y volví a buscar sus ojos oscuros.

—Gracias —dije— por... mmm... todo.

Esbozó una extraña sonrisa.

—De nada. ¿Preparada para empezar el día?

Asentí sin dejar de mirar su hermosa y sensual boca; ahora sabía cuánto placer podía proporcionar. Me di cuenta de que curvaba los labios con complicidad en una sonrisa todavía más grande que hizo que apartara la vista y la clavara en mi maleta. Él se rio con suavidad mientras cogía su mochila. Los dos salimos al pasillo.

—¿Seguro que no te importa detenerte un rato en el centro de acogida? —pregunté, dejando a un lado el tema en el que los dos estábamos pensando mientras lo miraba de reojo camino del ascensor. Me encantaba su aspecto fresco, con el pelo oscuro todavía húmedo por la ducha y algo despeinado. Su limpio aroma masculino me envolvía por completo. Como no estaba segura de qué forma cambiaría nuestra relación por lo que habíamos hecho la noche pasada, esperaba alguna señal por su parte. Quizá no cambiaría nada, a fin de cuentas, era lo que me había indicado cuando mencionó por primera vez que podíamos alterar nuestro trato. Nuestro trato temporal, me recordé. Gray quería que nuestra relación fuera temporal.

«No te hagas ilusiones estúpidas, Kira».

—No, en absoluto —me respondió—. Siempre y cuando no nos quedemos mucho tiempo. Me gustaría

estar de vuelta en los viñedos lo suficientemente temprano para poder avanzar un poco con el trabajo.

—No tardaré demasiado —le aseguré—. Solo lo necesario para saludar y entregarles un cheque. Hay más organizaciones a las que quiero hacer donaciones, pero enviaré los cheques por correo.

Media hora más tarde nos detuvimos en el aparcamiento del centro de acogida del distrito Tenderloin, que era considerado, posiblemente, el barrio más peligroso de San Francisco. Sin embargo, en esa zona el alquiler era mucho más asequible que en otros lugares de la ciudad, y había mucha población sin hogar.

Cuando entramos en el edificio, nos cruzamos con un anciano, que seguramente carecía de un techo sobre su cabeza, y flotaba en el aire el ruido de conversaciones, de risas, así como el llanto de un niño. El olor a sándwich de carne picada inundó mis fosas nasales.

Una mujer con el pelo negro, corto y rizado se acercó corriendo a nosotros. Era una cara que conocía bien.

—Pero si está aquí Kira Dallaire —chilló antes de rodearme con sus brazos y estrecharme contra su enorme y mullido cuerpo. Me reí.

—Hola, Sharon.

—Niña, me enfadó mucho no haber estado aquí el otro día, cuando pasaste a visitarnos. Carlos me dijo que estuviste aquí. Has tardado mucho tiempo. —Me miró con una preocupación maternal que me hizo retorcerme—. Bueno, tienes buen aspecto. Pero ¿cómo estás? ¿Y qué te ha pasado en la cara? —preguntó, pasando los dedos con suavidad por mi mejilla al tiempo que me giraba la cabeza para poder ver la huella de la agresión, que todavía no se había desvanecido por completo.

Sonreí, dejando que me moviera la cara mientras me atravesaba su cálida preocupación.

—Estoy bien. Eso es una cortesía de mi padre, pero estoy bien.

Sharon frunció el ceño y apretó los labios.

—Me alegro de no haberle votado nunca. ¿Puedo hacer algo por ti?

Negué con la cabeza.

—No te preocupes. —Miré a Grayson, que permanecía a mi lado—. Sharon Murphy, te presento a Grayson Hawthorn. —No le ofrecí ninguna explicación sobre nuestra relación. Sharon lo miró con recelo, pero le tendió la mano y le brindó una cálida sonrisa—. No podemos quedarnos mucho tiempo, Sharon, pero quería entregarte un cheque. Carlos me habló sobre la falta de fondos.

Sharon suspiró.

—Seré sincera, Kira, como no llegue pronto esa subvención, vamos a tener que cerrar las puertas.

—Bueno, ahora no será necesario. —Sonreí.

Sharon me abrazó de nuevo.

—Mi dulce niña, tienes un corazón enorme. ¡Dios te bendiga! —Se volvió hacia Grayson con los ojos llenos de lágrimas—. ¿Quieres conocer las instalaciones? Kira, ahí fuera hay algunos niños que conoces, seguro que les encanta que vayas a saludarlos —me sugirió, guiñándome un ojo.

Miré a Grayson, que estudiaba con la mirada las instalaciones donde yo había pasado tanto tiempo. Me resultaba extraño verlo allí.

—¿Te importa?

—No, adelante —me animó, clavando en mí sus ojos.

Quince minutos después, había firmado el cheque y estaba fuera, jugando con los niños. Miré hacia arriba, riéndome y tratando en vano de controlar mi pelo, que parecía volar alrededor de mi cara. Un pequeño llamado Matthew chillaba de alegría y se reía, lo que suponía un enorme contraste con sus sigilosos movimientos. Grayson estaba de pie junto a la puerta, mirándome fijamente mientras observaba nuestros juegos. Me sentí algo avergonzada al pensar en lo mucho que me había involucrado en un juego

infantil, así que corrí hacia él mientras me despedía de mis pequeños amiguitos con la mano.

—Hola —le saludé mientras trataba de recuperar el aliento.

—Hola —respondió—. Parecía que estabas pasándolo muy bien.

Me encogí de hombros.

—¡Oh, sí! Son unos chavales estupendos. ¿Estás listo para marcharnos?

Él asintió moviendo la cabeza.

—Ya entiendo por qué te gusta tanto este lugar. Me parece que hacen un gran trabajo.

Le sonreí mientras sus ojos se paseaban por mi mejilla. Hizo una mueca antes de apartar la mirada. «Todavía le molesta que me hayan hecho daño». Su reacción me calentó por dentro.

—Es que lo hacen —repliqué con sencillez.

Después de despedirnos de Sharon, pusimos rumbo a Napa Valley para regresar a casa. A mi hogar temporal, me recordé. Sin embargo, me emocionaba la perspectiva de volver a mi cabaña y de ver a Charlotte, Walter, Virgil y José... Ah, y la tierna Sugie Sug. Aunque ese sentimiento me preocupaba un poco. Estaba actuando como si Viñedos Hawthorn fuera mi hogar, y no lo era. De hecho, saldría de allí dentro de unas semanas. A pesar de que Grayson me había ofrecido la posibilidad de quedarme más tiempo, sabía que eso solo haría las cosas más difíciles. Había cedido en el plano físico y, si bien no me arrepentía, era consciente de que eso solo haría que fuera más difícil separarme de él. Nunca le había dicho, por supuesto, que yo conocía la verdad. Aunque ahora que el daño ya estaba hecho, ¿existía alguna razón real para que no disfrutara con él mientras pudiera? Quizá cuando me marchara tendría el corazón un poco más magullado, pero ¿la química que había entre nosotros no era suficiente para correr el riesgo? Me estremecí al recordar la forma en que me había tocado la noche anterior; parecía conocer mi cuerpo mejor que yo misma.

—¿Tienes frío? —me preguntó, cubriendo la rejilla de ventilación con la mano para comprobar la temperatura.

—No —repliqué, pero no le expliqué la razón por la que me había estremecido.

El viaje se hizo corto porque hablamos de un montón de temas variados. Yo, al menos, había tenido suficiente presión con lo que había ocurrido en casa de mi padre y luego en el hotel.

—Oh... —dije cuando solo faltaba media hora para llegar—. Me he olvidado de mencionarte que ya sé cuál será el tema de la fiesta.

Grayson arqueó una ceja.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Bueno, me concentré en la primera conversación que tuvimos sobre tu casa cuando me mostraste la propiedad.

Permaneció en silencio como si estuviera intentando recordar.

—¿Te refieres a que dijiste que era la guarida del dragón? —preguntó finalmente.

Solté un suspiro de impaciencia.

—No, eso lo dije del laberinto.

—Ah, vale. Pues vas a tener que recordarme qué dijiste sobre la casa.

—Comenté que parecía un castillo de cuento de hadas.

—Ah...

Me reí y puse los ojos en blanco, fingiendo sentirme exasperada con él.

—Así que el tema será una fiesta de disfraces basados en los cuentos de hadas. Es perfecto. Y la fecha es dentro de dos semanas. Lo he anotado en el calendario de la cocina y en el del despacho.

—¿Dentro de dos semanas? ¿Crees que vendrá alguien organizándolo con tan poca anticipación?

—Así asistirá todavía más gente. Una invitación con un plazo tan corto indica lo poco que nos importa

que vengan o no. Así que la gente se sentirá intrigada. Verás allí a todo el pueblo. —«O eso espero».

Grayson se rio entre dientes.

—Vale. Pero voy a esperar hasta el día de la fiesta para ponerte un diez en psicología.

Sonreí.

—Además, tampoco es como si fuera a estar tanto tiempo como para dejar mi marca.

—Oh, ya has dejado tu marca.

Me reí por lo bajo.

—Me refiero a una marca positiva. Algo duradero —expliqué, pensando en todo lo que esperaba hacer para que él obtuviera beneficios a largo plazo.

Me miró durante unos segundos antes de concentrarse de nuevo en la carretera. Tenía una leve sonrisa en los labios, pero no dijo nada.

Llegamos a Napa poco después del mediodía. Grayson sacó las maletas de la *pickup* y se dirigió hacia la casa.

—Las dejaré en el vestíbulo. ¿Por qué no me acompañas al anexo y así ves cómo se elabora el vino y en qué se va a invertir tu dinero? —Me lanzó una sonrisa encantadora por encima del hombro con los ojos entrecerrados por el sol. Sentí que me daba un vuelco el corazón.

—Vale. —Llevaba allí unas semanas y era la primera vez que me invitaban a entrar en el misterioso edificio donde Grayson trabajaba casi todo el rato. Estaba ansiosa por ver qué había dentro.

Regresó treinta segundos después, diciendo que Charlotte y Walter no estaban en la casa, por lo que supusimos que habían ido a pasear con Sugie. Bajé con él la colina, envuelta en el exuberante aroma a rosas y a otras pequeñas flores blancas que desprendían un dulce olor amaderado. Respiré hondo antes de emitir un suspiro.

—Qué bien huele...

—A rosas y flores de espino —dijo con expresión sombría—. Mi madrastra plantó los espinos hace años, cuando estaba embarazada de Shane. Charlotte le contó que las rosas simbolizan el equilibrio entre la flor, que es la belleza, y las espinas, un constante recordatorio de que el amor puede resultar doloroso. Las flores de espino son, por supuesto, por nuestro apellido —explicó, aludiendo a que Hawthorn significa espino en inglés—. Es lo último que plantó aquí.

—¿Por qué? —pregunté, recordando el broche con forma de rosa que Charlotte me había prestado el día de nuestra boda.

—Porque fue lo que estaba plantando el día que mi madre, la mujer con la que la engañó mi padre, apareció conmigo en la puerta. Nunca dejó de decirme que ese olor le recordaba el peor día de su vida: el día que descubrió que mi padre la había traicionado, y que cada vez que me miraba recordaba ese hecho.

Se me detuvo el corazón y luego empezó a palpar dolorosamente dentro de mi pecho.

—Ah... —Respiré hondo y le cogí la mano. Se la apreté mientras seguíamos andando—. Eso fue... Lo siento mucho. Qué cruel por su parte.

«Debes de haber salido a tu madre», le había dicho yo.

«Sí, para disgusto de todos», me había respondido.

«¡Oh, Grayson». Ahora entendía su amargura y también... su profunda soledad.

Me sonrió con tristeza.

—En realidad, los arrancó varias veces, pero no desaparecieron. Eran como yo, según decía. —Volvió a sonreír como si eso no le afectara. Debía de haberle herido en lo más profundo del corazón, era imposible que no hubiera sido así. Apreté de nuevo su mano y me acerqué a él mientras caminábamos, ofreciéndole el consuelo que podía proporcionarle mi presencia. La idea de que el hombre que tenía al

lado no fuera querido ni aceptado por nadie hacía que me doliera el corazón. Pero, al mismo tiempo, no podía evitar sentirme honrada. Grayson era una persona muy introvertida y reservada; sin embargo, había compartido conmigo algo muy íntimo.

—Mi madrastra colaboraba en muchas obras benéficas en Napa, eran tantas que nunca logré seguirle la pista. Creo que casi siempre eran comidas de mujeres. —Se rio, pero no parecía hacerle gracia.

Miré hacia arriba, estudiando su perfil, y comprendí de repente que al principio había pensado que yo era como ella.

—Creo que hay varias clases de generosidad. Siento que tu madrastra no pudiera encontrar la suficiente dentro de su corazón como para mostrarse bondadosa con una criatura que no era suya.

Él me miró con una expresión casi conmovida.

—Todo eso ha pasado ya. —«No, yo no creía que fuera así».

—¿Qué sabes de tu madre? —pregunté vacilante, sin saber hasta qué punto iba a seguir abriéndose a mí.

—¿De mi madre? —Frunció el ceño—. Si soy sincero no sé mucho sobre ella. Era bailarina de ballet y formaba parte del cuerpo de baile del New York City Ballet cuando conoció a mi padre. Tuvieron una aventura de una noche y se quedó embarazada. Su estado fue la causa de que le pidieran que abandonara la compañía. Tuvo muchos problemas para mantenerme, y me culpó de haber arruinado su carrera y su cuerpo. Al final, decidió que no soportaba mirarme, así que me dejó aquí, con mi padre, y se largó. No he vuelto a saber de ella.

—Qué terriblemente egoísta. —Lo había dejado aquí para ser objeto de más culpa, amargura, crueldad y exclusión. No era de extrañar que estuviera siempre en guardia.

—Estamos bastante a la par, ¿no crees? —preguntó con una sonrisita irónica.

Suspiré.

—Sí, supongo que sí. —Me mordisqueé el labio mientras repasaba nuestras historias—. Es curioso lo mucho que tenemos en común.

—Nos equilibramos el uno al otro, ¿verdad?

Me reí por lo bajo.

—No del todo. Estamos juntos por equivocación.

Se colocó delante de mí y se dio la vuelta, por lo que me vi obligada a detenerme en seco. Encerró mi cara entre sus manos y me sonrió.

—No todo es una equivocación —murmuró antes de cubrir mis labios. Su boca era suave y su beso lento, pero se extendió por todo mi cuerpo, como todos sus besos. Se retiró demasiado rápido, haciendo que cayera hacia él y apoyara las manos en su duro pecho. Esbozó una sonrisa perezosa y llena de orgullo masculino que no pude evitar corresponder. Luego moví la cabeza en un gesto de exasperación.

—Vamos, dragón —dije, tirando de su mano—. Quiero averiguar qué es lo que haces en las profundidades de la cueva oscura que habitas de vez en cuando. —Se echó a reír y me siguió el resto del camino.

—¿José? —llamó Grayson cuando abrimos la puerta del edificio de piedra que había en la base de la colina.

—Estoy aquí —respondió José.

La habitación en la que entramos era muy grande, con claraboyas por las que penetraban los rayos de sol, iluminando toda el área. Había varias máquinas de gran tamaño a ambos lados de la puerta, y lo que me parecieron enormes barriles de acero inoxidable un poco más allá.

Grayson se acercó a la máquina más cercana.

—Esta es una cinta para clasificar, donde se separan las uvas cuando llegan, después de que las

hayamos elegido. Se retira a mano cualquier pieza con mal aspecto, así como las hojas. —Se paseó junto a la enorme pieza y las cintas transportadoras hasta señalar lo que parecía una escalera mecánica de pequeño tamaño—. Esa es la despalladora, donde se retiran los tallos —Señaló un receptáculo metálico—. Por ahí se recogen para devolverlos a la tierra. —Siguió caminando y lo seguí—. Esta es la segunda mesa de selección —explicó, mostrándome otra mesa con espacio para al menos ocho personas sentadas—. Las uvas llegan hasta aquí y se retira todo lo que quede, y se hace una segunda selección. —Me lanzó una pícaro mirada un tanto burlona—. En Viñedos Hawthorn creemos que la calidad del vino proviene de la calidad de la fruta. Así que dedicamos mucho tiempo a garantizar que la fruta se clasifica con cuidado.

Esbocé una sonrisa al tiempo que arqueaba una ceja.

—No lo dudo en absoluto. ¿Cuántos trabajadores había en los viñedos cuando se encontraban a pleno rendimiento?

—Ciento setenta y cinco.

Y él tenía solo seis empleados: uno a jornada completa, tres a tiempo parcial (uno de los cuales era mentalmente lento) y dos ancianos que eran más familia que parte del personal. Si no hubiera sabido antes cuánto estaba luchando por sacar a flote su negocio, ahora lo sabía.

Me mostró los fermentadores de acero inoxidable y luego me llevó a una segunda habitación de gran tamaño donde había equipos de aspecto similar. José parecía estar instalando algo con intensa concentración. Nos hizo un rápido saludo con la cabeza y luego volvió al trabajo. En lugar de barriles de acero inoxidable, esta estancia contenía lo que parecían enormes barricas de madera contra la pared del fondo. Mientras me hacía atravesar la sala, me describió las diversas funciones de cada parte de la maquinaria, deteniéndose en las descripciones. Me fijé en sus palabras, pero también observé el entusiasmo que emanaba de cada poro de su cuerpo. «Grayson adora los viñedos». Quise dar un paso atrás y limitarme a observarlo mientras se movía, con los ojos brillantes de orgullo y los hombros erguidos. Parecía pletórico de energía.

—José está instalando una nueva máquina para clasificar los frutos —explicó—. Es una de las primeras cosas que encargué con la generosa inversión Dallaire.

Me reí por lo bajo.

—Parece una buena inversión. —Lo estudié durante un momento—. Tu padre se sentiría orgulloso de ti, Grayson.

De repente, en su rostro apareció una expresión que lo hacía parecer tímido y vulnerable. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y se balanceó sobre los talones.

—Creo que sí —confirmó en voz baja, sonriendo con orgullo—. ¿Quieres ver la sala donde se almacenan las barricas para envejecer el vino?

Sonreí al tiempo que movía la cabeza, asintiendo. Me di cuenta en ese momento de lo mucho que le afectaba imaginar lo que pensaría su padre. Lo entendía bastante bien, pero por alguna razón, eso me hacía sentir triste. Grayson me cogió la mano y me llevó hasta una puerta al fondo de la sala. Allí el aire era más fresco y apenas había luz. Tiró de mi mano y lo seguí por un largo pasillo con el suelo de cemento. Cuando el pasillo se abrió, había filas y filas de barriles apilados. El aire olía a madera y, cuando aspiré, el aroma a tierra mojada inundó mis fosas nasales.

—Estos barriles son color burdeos, y están hechos con madera de roble traída de Francia —me explicó.

—Mmm... —canturreé—. ¿Cuánto tiempo tarda el vino en envejecer?

—Este lleva aquí cinco años. Está casi listo para ser embotellado. Lo que podrá ocurrir en breve, gracias de nuevo a la inversión Dallaire. —«Por lo que llenó estas barricas justo después de que enfermara su padre. Una de las últimas cosas que hizo en los viñedos... Hasta ahora».

—¿Vas a embotellarlo aquí?

—Lo haremos cuando llegue la nueva máquina de embotellado —explicó.

—No sabía que fuera un proceso tan largo —comenté, mirando los barriles que había a mi alrededor.

—Solo te he enseñado el proceso que sigue la fruta, pero hay más en relación con la propia elaboración del vino. Ya te lo mostraré algún día. —«Algún día... Pero mis días aquí están contados», pensé. Antes de que pudiera detenerme en ese pensamiento, me di cuenta de que Grayson se había acercado más. Contuve la respiración al ver la intensa expresión de su rostro. Incluso en la penumbra era visible el fuego que ardía en sus ojos. Di un paso atrás y me apreté contra la pared de cemento que había a mi espalda. Subió las manos hasta mi cara y se inclinó hacia mí. El aire de la estancia era tan frío que sentí sus labios especialmente cálidos contra los míos.

—Estás ardiendo —murmuró. Era evidente que habíamos pensado lo mismo. Se apoyó en mí y me pasó la punta de la lengua por la unión de mis labios, que separé para él con un gemido. Me rodeó la cara con las manos al tiempo que le envolvía los hombros con los brazos, sujetándome a él para no deslizarme por la pared hasta el suelo. ¿Por qué sus besos me excitaban tanto y, sin embargo, relajaban todos los músculos de mi cuerpo? Me besó con confianza, pegando su cuerpo cálido y sólido al mío, y apretándose contra mí. Me recorrió el interior de la boca con la lengua: el sensible techo del paladar, el interior de las mejillas, los dientes, y luego buscó la mía y la enredó con ella como si quisiera conocer cada parte de mi boca. Traté de contener un gemido, pero fue un esfuerzo inútil. Al apretarme contra él, gemí de nuevo. El corazón me latía con insistencia entre las piernas, y sentía los pezones sensibles por el delicioso roce contra su duro pecho.

Había besado antes a algunos hombres —de acuerdo, más chicos que hombres—, pero en ese momento me di cuenta de que no, no había besado de verdad a nadie. Al menos si esta era la forma en que me debía hacer sentir un beso. Jamás me habían besado así.

—Eres tan deliciosa —dijo Grayson soltando mis labios— que no puedo saciarme de ti. —Y entonces, gracias a Dios, se inclinó y me besó de nuevo, deslizándose la lengua en mi boca mientras yo pasaba las manos por sus musculosos hombros. Tenía una constitución perfecta, un cuerpo ancho y alto, sólido. Me recorrió un estremecimiento al sentir el intrigante contorno masculino de su cuerpo. Quería conocer cada parte de él, cada depresión y dureza. Notaba la presión de su erección contra el vientre, estimulando mi propia excitación.

Deslicé una mano entre nuestros cuerpos y froté el duro bulto que presionaba contra la parte delantera de sus vaqueros. Se sacudió y se arqueó contra mis dedos.

—Kira —susurró con la voz ronca—, tengo que parar, porque si no lo hago ahora, no voy a ser capaz de detenerme. —Me estremecí. Me sentía igual, y me dieron ganas de pedirle que no se detuviera, que me poseyera contra la fría pared. Pero no, José estaba al otro lado de la puerta. Podía entrar en cualquier momento. Cuando me entregara a Grayson, quería tener de todo el tiempo del mundo y tener una cama a mi disposición.

Cuando Grayson se apartó de mí, clavé los ojos en la evidencia de su excitación. La bragueta de los vaqueros estaba tensa y llena. Tragué saliva, queriendo sentirlo de nuevo en mi mano.

Sí, admití, lo deseaba. Lo deseaba con una dolorosa desesperación que me asustaba y excitaba hasta perder el sentido.

Había pensado que podría resistirme, pero había subestimado el poder que él poseía no solo cuando se volcaba en seducirme, sino cuando me permitía vislumbrar el lado más tierno de su personalidad. Y ahora no sentía deseo alguno de resistirme.

—Debemos regresar —le dije, atusándome el pelo para estar más presentable.

Me estudió durante varios segundos antes de usar un dedo para apartarme un rizo descarriado de la

mejilla.

—Duerme conmigo esta noche —susurró—. Ven a mi cama, Kira.

El temor y la necesidad formaron una espiral al mismo tiempo en mi vientre. Estaba jugando con fuego. Sabía lo que ocurriría y, aun así..., lo deseaba. Quería conocerlo íntimamente. Quería que me hiciera sentir hermosa y deseable como la noche anterior. Quería conocer su cuerpo, lo que le gustaba, lo que lo volvía salvaje de pasión. Podría empezar a sentir algo por él, de hecho, era probable que lo hiciera. Quizá ya había ocurrido. Pero me las arreglaría. Después de todo, ¿qué era la vida sin algunas emocionantes aventuras? ¿No valía la pena pagar con un poco de dolor a cambio de conocer las caricias de Grayson Hawthorn? Un pensamiento parpadeó en mi mente. ¿Y si no tenía otra oportunidad? ¿No debería disfrutar de él mientras pudiera? Aunque fuera difícil, me gustaría controlar mis emociones. Y nunca me permitiría la tonta esperanza de que mantener una relación física con mi marido provocaría algún sentimiento por su parte.

—Sí —le dije, mirándolo a los ojos.

Esbozó una expresión de triunfo y me cogió de la mano para tirar de mí. Nos despedimos de José y luego salimos al exterior. Subimos despacio la colina y cuando entramos en la casa unos minutos después, cogí la maleta, que Grayson había dejado antes en el interior, y luego me di la vuelta para ir a la casita del bosque.

—Eh, espera, ¿a dónde vas? —preguntó.

Me di la vuelta.

—A mi cabaña.

—No vas a dormir allí. Trasladá tus cosas a la casa grande.

—¿Las trasladaste? —pregunté, entrecerrando los ojos. Me gustaba la cabaña. Me gustaba tener mi propio espacio. Y si la relación entre Grayson y yo iba a avanzar..., de todas maneras, me iba a resultar imprescindible tener un lugar solo mío.

—Sí. En parte te pusiste enferma porque estuviste respirando ese aire lleno de polvo y duchándote en agua fría.

—Eso es ridículo. Pillé un virus. Los virus no se encuentran en el polvo ni en el agua fría.

—Quizá sí. Quizá no. Pero vas a dormir en la casa grande.

—No

—Sí.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes, hasta que él se cruzó de brazos y se apoyó como quien no quiere la cosa en la pared.

—Ya has aceptado pasar la noche en mi habitación.

—Sí, esta noche. Eso no significa que vaya a dormir siempre contigo.

—Lo harás.

—No —repliqué. La enorme escalera reclamó mi atención y miré a Grayson arqueando una ceja—. Te echo una carrera. El que la gane se sale con la suya.

Se rio.

—¿Me retas a una carrera a mí? Oh, brujita, no tienes nada que hacer contra mí. Es mejor que te rindas ya.

—Rendirse no entra en mis planes. Y no me refiero a una carrera corriendo. Te reto a una carrera por la barandilla. Tú te deslizas por un lado y yo por el otro. —Me moría de ganas por bajar por esa barandilla desde la primera vez que la vi. Y esa era la oportunidad perfecta. Era una experta en eso. Si había alguien que supiera deslizarse por barandillas era yo. En casa de mi padre había tres.

—Estás de broma —aseguró él, riéndose de nuevo.

Arqueé las dos cejas en respuesta.

—No, claro que no es una broma —reconoció él—. Es ridículo, lo sabes, ¿verdad? —Pero empezó a caminar hacia la escalera.

Lo seguí hasta arriba y cuando él se fue a la barandilla de la derecha, yo fui a la izquierda. Me coloqué a horcajadas sobre la oscura madera pulida.

—No me puedo creer que esté haciendo esto —murmuró él, colocándose como yo.

—Si estás nervioso, puedo darte algo de ventaja —le ofrecí con una sonrisa gentil.

—No es necesario, bruja. Empecemos —me respondió con una expresión diabólica.

Me moví hasta alcanzar la posición adecuada.

—Preparados..., listos... ¡Ya! —chillé, y ambos nos deslizamos con rapidez por la madera. Perdí el equilibrio cuando empecé a bajar, pero lo recuperé sin llegar a caer. Oí la profunda risa de Grayson al otro lado, aunque no me atreví a mirarlo. Gané velocidad más rápido de lo que pensaba y llegué al final enseguida, desde donde salí volando hacia el vacío. Incapaz de caer de pie, eché las manos hacia delante y aterricé en el duro suelo de mármol. Me quedé sin aliento durante un instante, en el que me pareció oír que la puerta se abría y se cerraba. No pude contener una carcajada cuando escuché la profunda risa de Grayson a mi lado. Miré en esa dirección y lo vi tendido en el suelo; sin embargo, estaba bastante segura de que había sido yo quién tocó el mármol en primer lugar. Nos quedamos allí los dos, recuperando el aliento mientras se nos pasaba la risa. Entonces, levanté la vista y vi cuatro pares de zapatos ante nosotros, así que alcé la cabeza. Allí estaba Walter con una ceja arqueada; a su lado, Charlotte nos miraba con sorpresa, primero a mí y luego a Grayson.

Me puse de pie lentamente y mi risa murió en el acto al notar las miradas también de asombro en las caras de un hombre rubio, alto y guapo, y de una rubia también muy guapa e igual de impresionante.

El hombre esbozó de repente una enorme sonrisa y soltó una risita.

—Hola. —Suspiré mientras alcanzaba mi altura completa, y di un paso adelante, tendiéndole la mano—. Soy...

—Shane —me interrumpió Grayson, en tono muy seco—. Vanessa.

Cuando lo miré, vi que su expresión se había vuelto seria de repente. Cualquier rastro de humor se había visto sustituido por una intratable frialdad.

—¿Qué coño estáis haciendo aquí?

Kira

¡Oh, Dios! Era Shane, el hermano de Grayson. Y Vanessa, la mujer a la que había estado a punto de pedirle matrimonio antes de que lo enviaran a prisión y que ahora era la esposa de su hermano. Estaban allí. En carne y hueso. Me pasé las manos por los vaqueros y meforcé a parecer fría, tranquila y comedida. O al menos tan fría, tranquila y comedida como podía parecer una persona que acababa de levantarse del suelo, en el que había aterrizado después de volar desde una barandilla.

—¿Eres ella? —preguntó Shane, que parecía ignorar a Grayson y se limitaba a mirarme. No sabía qué responder, pero me ofrecía una expresión amable y el tono de su voz era cálido, así que sonreí y le tendí la mano de nuevo.

—Soy Kira Dallaire —me presenté.

—Ahora es Hawthorn, ¿no? —Shane me mostró una inocente sonrisa que se extendía de oreja a oreja y cogió mi mano entre las suyas.

Miré a Grayson, cuya expresión parecía rígida.

—Oh, es que... Bueno, sí. —Me aclaré la garganta—. Siempre me olvido —murmuré.

—Bueno, es que todavía te resulta nuevo, ¿verdad? —dijo Shane mientras me miraba con simpatía.

—Sí —susurré.

La alta rubia me brindó una cálida sonrisa y se movió hacia delante para coger mi mano una vez que Shane me la soltó. ¡Jesús! Era realmente preciosa, como la hermana guapa de Grace Kelly.

Shane miró a Grayson.

—Imagina nuestra sorpresa cuando Charlotte nos dio la noticia. Esperamos que esto signifique que...

—¿Que eres bien recibido en mi casa? —preguntó Grayson con frialdad—. Te equivocas. Así que ya puedes marcharte por donde has venido.

—Gray —dijo Charlotte, acercándose a él—. Han venido hasta aquí para verte y conocer a Kira.

—Eres una manipuladora, Charlotte —espetó Grayson, posando sobre ella su rígida mirada.

—Grayson —intervine en voz baja, sintiéndome muy incómoda en medio de aquella gélida reunión familiar—. Quizá debería...

Se volvió hacia mí, haciendo una pausa momentánea.

—He ganado yo —anunció y, por un momento, no tuve ni la más remota idea de a qué se refería. Luego me di cuenta de que estaba hablando de la carrera por la barandilla. Podría haberme puesto a discutir con él (porque no, no había ganado él), pero pensé que lo que en realidad quería decir era que no me quedaba más remedio que quedarme en la casa grande si no queríamos levantar las sospechas de su hermano y su cuñada, su exnovia, su casi prometida. «¡Dios Santo!». Eso sería si permitía que se quedaran. Y si quisiera que pareciéramos un matrimonio de verdad. Sentí que el corazón me iba a mil por hora. Me limité a mover la cabeza, asintiendo.

Walter se aclaró la garganta.

—Creo que van a tener que perdonarme. —«Pienso hacer lo mismo».

—Y a mí. —Señalé con la cabeza mi maleta y la mochila de Grayson, que seguían junto a la puerta—.

Llevaré nuestro equipaje arriba y os dejaré solos para que habléis de vuestras cosas. —Fui dolorosamente consciente de mí misma mientras me movía para recoger las bolsas. En el vestíbulo reinó un silencio sepulcral, solo roto por el repique de mis zapatos. Con la cara ardiendo, me volví hacia la escalera—. Os dejo solos entonces. —Me aclaré la garganta—. Os veré a la hora de la cena. —Miré a mi alrededor, pero Grayson no me miraba; tenía los ojos clavados en Vanessa con una expresión que no había visto antes. No respondió a mi despedida, ni siquiera apartó los ojos de Vanessa el tiempo suficiente para mirarme. Me sentía como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago.

Oí las pezuñas de Sugie en el suelo de mármol y luego la vi aparecer por una esquina, desde donde nos miró a todos. Emitió un sonido ahogado antes de dejar caer la cabeza.

—Ven aquí, Sugie —dije por lo bajo, y corrió hacia mí.

—Es un placer conocerte, Kira —dijo Shane, mirándome con simpatía.

«Ese hombre sabe que su hermano está enamorado de su esposa». Charlotte asintió moviendo la cabeza mientras se retorció las manos a la altura del estómago. «¿Por qué me ha empujado hacia Grayson si sabe todo esto? ¿Es que quiere que me vaya?». Vanessa esbozó una sonrisa mientras sus ojos iban de Grayson a mí y viceversa. Tenía las mejillas sonrojadas. «¿Es que ella también lo ama?». ¡Oh, Dios mío! Esto era demasiado. Me di media vuelta y corrí escaleras arriba, donde me dirigí a la habitación en la que había estado cuando estuve enferma con Sugie pisándome los talones. Dejé caer el equipaje en el suelo y me apoyé contra la puerta cerrada el tiempo suficiente como para recuperar el aliento.

«Kira, eres estúpida», me amonesté para mis adentros. Unos besos, algunas confesiones personales y has pensado ¿qué? ¿Que Grayson era tu amigo? ¿Tu marido de verdad? ¡Eres idiota! «¡Idiota, idiota, idiota!». Recordé la forma en la que había mirado a la mujer que había abajo... A mí nunca me había mirado así. Sin embargo, ella estaba casada con su hermano, no iba a poder tenerla de nuevo. ¡Dios!, el mero hecho de que todavía la quisiera me hacía daño. Y lo odiaba. Lo odiaba.

Me enderecé y puse la espalda recta. Bien, gracias a Dios, no me había entregado a él por completo. Las cosas no estaban tan mal. Habíamos compartido algunos buenos momentos, pero ahora debíamos regresar al plan original, que era la mejor idea de todas. ¿Cómo iba a regresar a donde estábamos antes? No tenía ni idea.

De repente, golpearon la puerta, tomándome por sorpresa. Me alejé de ella y me di la vuelta. Cuando la abrí, me encontré a Vanessa.

—¿Puedo pasar? —me preguntó con una tímida sonrisa.

Tragué saliva, pero le devolví la sonrisa al tiempo que la invitaba a pasar con un gesto.

—Vengo aquí a ducharme —mentí—. La ducha del dormitorio principal está rota.

Ella suspiró.

—Dios..., ¿y qué está bien? Todo está tan diferente... —Se interrumpió. La expresión de su cara decía que «diferente» en este caso no era una expresión positiva.

Sugie se acercó y le olfateó los pies con timidez. Vanessa dio un paso atrás y se inclinó para ofrecerle la mano a la perrita, pero la retiró con rapidez al verle la cara.

—¡Oh, está...! ¿Es...?

—Se llama Sugie —dije, cogiéndola entre mis brazos y dejándola en la silla que había a la derecha de la cama. Le hice unas caricias antes de mirar de nuevo a Vanessa.

Ella se sentó en el taburete, delante del tocador, y cruzó unas piernas bien torneadas. Yo me coloqué sobre el baúl que había a los pies de la cama. Vanessa llevaba una falda corta de color rosa y una camiseta de seda gris perla que resaltaba su bronceado veraniego. Entre sus pechos caía un collar de perlas, y ella se puso a jugar con él en un gesto nervioso mientras me estudiaba. Me moví con inquietud bajo su escrutinio.

—Me encanta tu ropa —confesé. Y era cierto. Resultaba elegante pero divertida y a la moda.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—Gracias. Es de mi propia colección. Tengo una pequeña tienda en San Diego. Si te soy sincera, estoy pensando en abrir aquí una. Uno de los objetivos de este viaje es encontrar un local para ello. No dispuse de demasiado dinero mientras crecía e ir bien vestida con un pequeño presupuesto ha sido siempre una de mis aficiones. Ese sería el objetivo de mi negocio: ir a la última con un presupuesto ajustado. —Se ruborizó y bajó la vista—. Lo lamento, estoy balbuceando sin ton ni son.

Se aclaró la voz antes de mirarme a los ojos.

—Nos pusimos contentísimos cuando nos enteramos de que Gray se había casado —continuó, cambiando de tema. Parecía tan sincera que me retorcí las manos encima del regazo.

—Gracias —dije finalmente—. Es decir..., no sé qué pasó con exactitud entre Grayson y Shane, pero espero que encuentren la manera de resolver las cosas. —«Dios, esto es muy raro». ¿Debería fingir que mi matrimonio era de verdad? Me gustaría que Grayson se hubiera tomado un momento para hablar conmigo antes de que yo tuviera un cara a cara con Vanessa Hawthorn. Me daba la impresión de que ella también estaba luchando, y no podía más que preguntarme qué sentía ella por Grayson. ¿Por qué habría actuado de aquella manera? Quería preguntárselo, pero no me parecía apropiado. Ni siquiera estaba segura de si debería actuar como si lo supiera.

—Yo también —se sinceró ella, mordiéndose el labio—. Están hablando en el despacho. De todas formas, yo quería disponer de unos minutos para saludarte y hacerte saber lo feliz que me hace tener una hermana.

—Gracias, a mí también. —Sonreí—. También me alegra mucho tener una hermana. —«Aunque solo sea temporal». Me giré el anillo en el dedo con nerviosismo. Ante Vanessa me sentía descuidada. Ella iba perfectamente vestida y su ropa no estaba arrugada. ¿Cómo lo había conseguido después de un largo viaje en coche? Tenía muchas razones para odiarla, pero ella me lo estaba poniendo muy difícil con su bondad y sinceridad. No era de extrañar que Grayson la amara. Ella era todo lo que yo no era.

Clavó los ojos en mi dedo anular.

—¿Puedo...? —preguntó, arrugando un poco el ceño. Bajé la vista a mi mano y luego la levanté. Ella la cogió con los dedos y estudió el anillo que Grayson me había dado. Suspiró.

—Es un ópalo. ¡Mira! —Me mostró su anillo de compromiso; también tenía un ópalo en el centro—. Es mi piedra favorita —me explicó—. Representa el amor y la pasión. —Sonrió de oreja a oreja, dejando a la vista sus dientes rectos y blancos—. Bien, esta es la prueba definitiva. A las dos nos gustan los ópalos, así que estábamos destinadas a ser hermanas. —Se inclinó hacia delante para darme un abrazo rápido. El olor de su perfume, que sin duda era caro, inundó mis fosas nasales antes de que se alejara—. ¿Podemos hablar más tarde?

—Claro —dije con una débil sonrisa.

Cuando se fue, me senté en la cama y miré fijamente el anillo con los ojos entrecerrados. Recordé que Diane Fernsby había dicho que sabía que Grayson había comprado un anillo para Vanessa, aunque nunca había tenido la oportunidad de proponerle nada. No me había imaginado que ese anillo era de compromiso porque solo tenía una piedra, pero me había equivocado.

—Me entregó el anillo que quiso utilizar para pedirle que se casara con él —susurré llena de incredulidad. La ira y el dolor me tensaron la espalda y giré el anillo en el dedo hasta sacármelo.

—¡Bestia escamosa! —murmuré por lo bajo con rencor. Sin embargo, insultarlo no disminuía el dolor. Maldecirlo no reparaba la grieta de mi corazón que había creado con sus deslumbrantes escamas.

Después de darme una ducha, en la que intenté olvidarme todo lo posible de la conversación con Vanessa, bajé en busca de Grayson. Íbamos a tener que sentarnos a hablar sobre cómo afrontaríamos exactamente esta extraña e incómoda situación.

Saludé en voz alta, pero no me respondió nadie, así que salí al exterior. Me encontré a Shane examinando la fuente. Había una pequeña caja de herramientas en el suelo, a su lado, y estaba inclinado sobre el aspersor que había en el centro del pozo vacío.

—Hola —lo saludé.

Se incorporó sonriente.

—Hola.

—Esperaba que alguien acabara interesándose en conseguir que vuelva a funcionar —comenté con una mueca.

Su sonrisa se hizo más grande.

—Parece que necesita una pieza nueva. Mañana iré a la ciudad y la compraré.

Moví la cabeza, asintiendo, y hubo un incómodo silencio antes de que los dos empezáramos a reírnos por lo bajo. Se parecía mucho a Grayson cuando sonreía, aunque su aspecto era mucho más juvenil. Mi marido resultaba más sorprendente, aunque eran igual de altos y masculinos.

—¿Sabes dónde está Grayson? —pregunté.

Su sonrisa se desvaneció.

—Ha ido a cenar a la ciudad.

Me dio un vuelco el corazón. Que Grayson se hubiera largado sin decir una palabra, dejándome a mi suerte para que me enfrentara a esta incómoda situación, solo me confirmaba lo poco que le importaba.

—Mmm..., ¿ha ido con Vanessa? —susurré con la voz ronca antes de aclararme la garganta.

Shane negó con la cabeza lentamente, con los ojos clavados en mi cara.

—No. Vanessa ha ido a ver a sus padres.

Emití un suspiro.

—Entiendo. —Ni siquiera se me había ocurrido que Vanessa había crecido también aquí. Me puse tensa al pensar en todo lo que habían vivido ellos tres. Me pregunté dónde encajaría yo, y acabé decidiendo que seguramente no encajaría en absoluto.

«Eres temporal, Kira. Solo temporal».

Shane se sentó en el borde de la fuente y señaló el lugar junto a él con la cabeza, preguntando sin palabras si quería acompañarlo. Le ofrecí una sonrisa vacilante, pero recorrí los pasos que nos separaban y tomé asiento, volviéndome hacia él. Me estudió durante un momento y me sonrojé bajo su mirada.

—¿Puedo preguntarte cuánto sabes sobre la situación entre Vanessa, Gray y yo?

Así que iba directo al grano.

—No demasiado —respondí con sinceridad—. Solo que Grayson y Vanessa eran... pareja, y que tú te casaste con ella mientras él estaba en la cárcel. —Me mordisqueé el labio inferior.

Shane apretó los labios.

—Y claro está, siente que le hemos traicionado.

Asentí moviendo la cabeza, mientras trataba de leer su expresión con los ojos clavados en su rostro. Si tuviera que elegir una palabra para describir la emoción que cruzaba por sus rasgos, esta sería «dolor».

«Qué extraño...».

—Sí —murmuré.

—No es tan simple —dijo—. Quiero a mi hermano, Kira.

Moví la cabeza; por extraño que pudiera resultar, le creía. Su expresión era tan sombría y estaba tan

llena de tristeza que le creí sin dudar.

—Entonces, ¿por qué...? —pregunté.

Shane respiró hondo.

—Creo que antes debo explicárselo a Grayson. Soy consciente de que te encuentras en una posición incómoda y no entiendes muy bien las circunstancias. Solo quería que supieras que lo hemos intentado todo. —Movi6 la cabeza—. No responde a las cartas, no coge el teléfono. Lo único que no hemos intentado todavía es atarlo a una silla con cinta adhesiva y obligarlo a escucharnos.

Me reí sin humor.

—Es posible que debas considerar la idea. Los hombres, en general, pueden ser tercos y ariscos, pero encuentro que el drag6n lleva esas cualidades a lo m6s alto.

Shane me mir6 de soslayo con una sonrisa divertida.

—¿El drag6n? ¿Lo llamas así?

—Solo cuando lanza fuego por la boca y aletea alrededor de la casa.

—... aletea alrededor de la casa. —La sonrisa de Shane se hizo m6s ancha—. Charlotte me cont6 algunas cosas, pero no podía creerlas de mi severo hermano mayor. Luego lo vi deslizarse por la barandilla como el ni6o que nunca fue y...

—Oh, ¿eso? Solo est6bamos resolviendo una apuesta.

Shane lade6 la cabeza.

—Creo que eres buena para 6l. Esperaba que estuviera m6s dispuesto a escucharnos ahora que ha encontrado la felicidad a tu lado. —Me sentí avergonzada. ¿Qué diría ese hombre cuando se enterara de la verdad? Quizá no llegaría a saberla. Si Grayson no se hubiera largado sin despedirse de mí, quizá podría haberle preguntado al respecto. ¿Y qué había dicho Charlotte? Había llegado a pensar que quería que Gray y yo estuviéramos juntos. No podía entenderla, y tampoco podía evitar sentirme traicionada a pesar de que no sabía exactamente por qué.

—Bueno, no te ha disparado, ¿verdad? Considéralo un buen comienzo.

Shane sonrió.

—Sí, es todo un comienzo. —Se levant6 y me ofreció la mano—. Charlotte y Walter han ido a cenar con unos amigos. Ella ha dejado algo en el horno, solo hay que esperar a que esté hecho. ¿Me acompañas a cenar?

Puse mi mano en la suya y me levanté.

—Por supuesto.

Fuimos dentro y disfrutamos del pollo relleno que Charlotte había dejado haciéndose en el horno y de un poco de ensalada. Mientras comíamos, Shane me habl6 sobre el negocio de *software* que había puesto en marcha en San Diego. Era evidente que le encantaba su trabajo, y podía hacerlo también desde casa.

—Entonces, ¿no sientes ningún interés en elaborar vino? —pregunté, tomando un bocado de ensalada.

Negó con la cabeza.

—Ni interés ni habilidad. Lo mío ha sido desde siempre la informática. Mi padre me dej6 un poco de dinero, que utilicé para fundar mi propia empresa.

Moví la cabeza.

—Bueno, es una suerte que tu hermano sí quisiera elaborar vino.

Asintió, pero su expresión era sombría.

—Sí, una suerte.

Le conté poco sobre mí misma, soslayando el hecho de que estaba distanciada de mi padre, ya que sería una invitación a hacer preguntas. Cuando terminamos de cenar y limpiamos la cocina, le indiqué que me iba a mi habitación a leer, ya que había sido un día muy largo y estaba cansada. Lo cierto, sin embargo,

era que me ponía nerviosa que empezara a hacer preguntas sobre mi relación con Grayson que todavía no estaba preparada para responder.

Después de prepararme para dormir, decidí enviar un mensaje corto de texto a Grayson. Hasta hacía pocas horas, me había sentido como si estuviéramos construyendo algo entre nosotros, aunque me negaba a tratar de definir nuestra relación. Intuía que se sentía molesto y vulnerable en ese momento ante la inesperada llegada de su hermano y su antigua novia. Quizá le vendría bien tener una amiga. Cogí el móvil.

«¿Estás bien? K.».

Esperé varios minutos, pero al no recibir respuesta, cogí mi libro y traté de concentrarme en la historia que estaba leyendo. Una hora después, y a pesar de que Grayson seguía sin enviarme otro mensaje, apagué la luz y me abracé a la almohada. Cerré los ojos, tratando desesperadamente de conciliar el sueño a pesar de lo temprano que era.

Me desperté sobresaltada cuando unos fuertes brazos me levantaron de la cama. Empecé a luchar, dando patadas con las piernas y agitando los brazos hasta que mi agresor me dejó escapar con un gemido y cayó en la cama, a mi lado. Mis ojos se encontraron con los de Grayson en la penumbra. Su expresión de dolor decía que había hecho contacto con una parte vulnerable.

—¿Qué haces aquí? —Siseé, subiendo las rodillas. Sentía mi pelo desordenado alrededor de mi cara y mi espalda. Él rodó hacia mí y me estudió con la cabeza apoyada en la almohada. Tenía una mirada soñadora.

—Se suponía que debías estar esta noche en mi cama —replicó, arrastrando las palabras.

—¿En tu cama? —pregunté—. ¿De verdad esperabas que yo...? —Me incliné hacia él, inhalando—. Hueles a licor y perfume barato. —Traté de que mi voz no reflejara mi dolor. Aunque seguramente estaba demasiado borracho para darse cuenta.

Se apoyó en un codo.

—Se me echó una rubia encima en el bar.

—Ah... —¿Qué responder a eso? Apoyé las manos sobre los muslos, desesperada. «Su ex aparece en los viñedos, ¿así que te vas a un bar y permites que una desconocida te manosee? ¿Por qué no me buscaste a mí, Grayson?».

—Pero, al parecer... —comenzó, pasándome un dedo por el muslo desnudo—, ya no me gustan las rubias. Me gustan las pelirrojas... morenas. Que son la mezcla perfecta de ambas. Me gustas tú. —Me miró, con una expresión confusa—. ¿Por qué no estás en mi cama?

Puse una expresión burlona antes de mirar hacia otro lado al tiempo que cruzaba los brazos sobre los pechos.

—Debes de estar de broma. Te largas sin decirme una palabra, dejándome sola para lidiar con tu hermano y tu ex. Luego te emborrachas y dejas que una mujer te toquetea en un bar, ¿de verdad piensas que voy a estar esperándote convenientemente en tu cama? ¿Por quién me tomas? —Hervía de ira, mezclada con dolor.

Grayson se cernió sobre mí.

—Por mi esposa. —Su sonrisa resumaba íntima calidez a pesar de su estado de embriaguez.

Alcé la barbilla, negándome a dejarme conquistar por su encanto. Me había hecho daño.

—Solamente de nombre...

—Pues eso vamos a cambiarlo ya. Esta noche. Antes... estabas dispuesta. —Por un momento, me

pareció muy vulnerable, y mi estúpido corazón se saltó un latido—. Por favor, Kira, dime que me quieres. Yo... te deseo. Te necesito. —Su voz sonaba desgarrada. «¿Me necesita?». Solo se trataba de algo conveniente. Una manera de saciar temporalmente sus deseos físicos. Pero yo quería algo más que su deseo. Quería... «¡Oh, Dios, yo quería que me entregara su corazón!». Una repentina sensación de pánico me atenazó el pecho.

—¿Sigues enamorado de ella? —espeté.

La expresión de Grayson se volvió dura de inmediato, y se levantó. Era evidente que incluso en aquel estado de ebriedad no tenía ninguna duda de a quién me refería. Me miró con repentina frialdad.

—¿No vas a responderme? —Alcé la barbilla, negándome a mirar hacia otro lado. En ese momento, odié que tuviera una presencia física tan abrumadora, en especial cuando se cernía de pie junto a mí. Su mirada era penetrante y sus ojos de ébano parecían poder ver en mi interior.

—No quiero hacerte daño, Kira. Pero la situación entre Vanessa, mi hermano y yo no es de tu incumbencia. No tiene nada que ver contigo —indicó.

Si no quería hacerme daño, tenía una manera muy rara de demostrarlo. El dolor me atravesó el pecho, pero no aparté la mirada. No dejaría que supiera que sus palabras habían abierto un pozo en mi corazón. Casi no quería reconocerlo ni yo misma.

—Por favor, vete —le dije con voz firme—. No te quiero. No te quiero en absoluto.

Se pasó la mano por el pelo con cierta deliberación, mirándome como si la que le hiciera daño fuera yo. Luego se balanceó sobre sus pies, recuperó el equilibrio y soltó un profundo suspiro. Maldijo por lo bajo, se dio la vuelta y salió de mi dormitorio, cerrando la puerta a su espalda.

Si ellos no estuvieran allí, habría regresado a mi santuario, a la cabaña. Había planeado acostarme con Grayson esa noche, y dormir en otra habitación en la misma casa que él me parecía insoportable.

Me dejé caer sobre la almohada y me abracé a mí misma, reprimiendo las lágrimas.

Si había pensado que al amanecer tendría al dragón aleteando en mi dormitorio y pidiéndome perdón, me habría llevado una gran decepción. De hecho, apenas lo vi durante los días siguientes. Era evidente que se había concentrado en cuestiones más fáciles, como elaborar vino, instalar piezas en los equipos y asegurarse de que todo estaba en orden. O al menos, eso es lo que supe por Shane, que parecía casi tan frustrado como yo de que Grayson nos ignorara. Era evidente que ni siquiera le importaba que nuestro matrimonio pareciera una farsa.

—Voy a quedarme y a martirizarlo con mi presencia siempre que sea posible —me había dicho Shane—. Con el tiempo ganaré. —Me guiñó un ojo, aunque no parecía demasiado convencido de su declaración.

En cuanto a mí, no estaba dispuesta a hacer lo mismo. De hecho, mi *modus operandi* había sido siempre huir de las situaciones dolorosas, y eso era lo que me decía mi instinto que hiciera. Pero tenía que planificar la fiesta y el reloj seguía su camino de forma inexorable. ¿Cómo se me había ocurrido darme un plazo de tiempo tan corto? No lo sabía. Pero las invitaciones habían sido enviadas y todo el mundo esperaba un evento; un evento que el dragón, seguramente, no iba a ofrecerles, sino yo. A pesar de que en ese punto particular, me resultaba difícil recordar por qué me importaba.

Pasé la primera parte de la semana limpiando el despacho de Grayson y tratando de poner en orden los archivos financieros. Walter me ayudaba en lo que podía, dado que había sido él el responsable de mantener la contabilidad actualizada lo máximo posible. Aunque no dominaba los programas informáticos como yo.

—Walter —lo llamé cuando estaba examinando las cuentas pendientes—. ¿Cree que podría

conseguirme los datos de hace algunos años? No quiero sobrepasar mis límites, pero quiero hacerme una idea de en qué momento comenzaron los viñedos a ir cuesta abajo. —Se me había ocurrido que si entendía por qué todo se había desmenuzado (de forma literal y figurada) con tanta rapidez una vez que Ford Hawthorn enfermó, podría entender mejor de qué manera manejar las cuentas de los viñedos. E incluso ofrecer a Grayson algunos consejos, aunque no se lo mereciera. Probablemente debería alegrarme al ver que era incapaz de cumplir su promesa. Pero no podía hacerle eso. Mi corazón no me lo permitía, y quería saber que el dinero de mi abuela estaba siendo bien utilizado.

Walter se aclaró la garganta, y pensé que parecía un poco incómodo.

—En ese momento, los libros no se llevaban de forma estricta. Y una vez que el señor Hawthorn enfermó, se descuidaron por completo.

—Pero, sin duda, habrá algo. Si pudiera echar un vistazo rápido, podría ayudarme. En realidad, no sé si podré solucionar esto si no entiendo qué ocurrió en el pasado.

Walter permaneció en silencio durante tanto tiempo que llegué a pensar si me había oído. Pero cuando levanté la vista, estaba mirándome fijamente. Casi me estremecí. Solo había visto miradas impasibles en el rostro de Walter.

—Veré qué puedo encontrar —dijo al final.

—Gracias, Walter.

Ese mismo día, Walter me llevó un montón de CD-ROMS.

—Estos son los apuntes contables desde hace cinco años —me informó mirándome a los ojos con intensidad.

—Ah... —Me acerqué un paso para coger la información—. Muchas gracias.

—Como bien ha dicho, es más fácil solucionar el presente si se entiende el pasado —señaló—. Espero que le sean de utilidad.

Fruncí el ceño.

—Sí, claro.

Soltó el montón y se despidió moviendo la cabeza antes de alejarse. ¿Qué pasaba aquí?

No tenía tiempo para examinar esos CDs, antes tenía que actualizar los archivos, así que me puse a ello. Luego fui en busca de Vanessa, a la que encontré en la cocina, y le pregunté si tenía tiempo para ayudarme con los preparativos de la fiesta. Habíamos recibido un puñado de confirmaciones de asistencia, las suficientes para ponerme nerviosa. Al parecer la gente iba a hacer acto de presencia, así que sería mejor que estuviéramos preparados. Por lo que me vendría bien un poco de ayuda. Le expliqué el tema a Vanessa y le mostré las listas que había hecho hasta el momento.

—¡Oh, Dios mío! Por supuesto que te echaré una mano. Me encantará —dijo—. Es una idea increíble.

—¿Qué es una idea increíble? —Oí el profundo timbre de la voz del dragón a mi espalda. Las dos nos dimos la vuelta y vimos a Grayson camino de la nevera, de donde sacó varias botellas de agua, con Sugie pisándole los talones. Hacía días que no lo veía y parecía como si mis ojos se hubieran muerto de hambre. Estaba sudoroso y con la piel magníficamente bronceada. Aparté la vista, disgustada por mi reacción ante él. Era evidente que no se sentía atraído por mí ahora que Vanessa estaba cerca.

—La idea de la fiesta —repuso Vanessa—. ¿No te lo ha contado? Es una fiesta de disfraces con el tema de los cuentos de hadas.

—Me lo contó —dijo Grayson mientras abría una botella de agua para tomar un sorbo muy largo. Vi cómo se movía su nuez al tragarla y, cuando lo miré a la cara, tenía los ojos clavados en mí. Sentí que se me ruborizaban las mejillas y quise darme una colleja.

Vanessa parecía entusiasmada.

—Mi personaje favorito es Campanilla —se rio—. ¿No os parece tonto?

Sonreí.

—No, en absoluto. A lo mejor puedes convencer a Shane para que vaya vestido de Peter Pan.

Ella se rio de nuevo, un sonido musical que no había oído antes. Sería una Campanilla perfecta. La miré; llevaba un vestido largo de rayas blancas y rosa pálido sin espalda, el pelo dorado perfectamente liso le caía sobre los hombros. Era tan perfecta que la odié. No, no eso exactamente. La odiaba, pero me gustaba a la vez porque era maja. ¿Por qué no era una zorra?

—Me aseguraré de que resulta muy masculino aunque vaya de pantis. Solo tiene que parecer muy juvenil; como es.

—¿Qué? —pregunté distraídamente. Sacudí la cabeza, obligándome a centrarme en la conversación—. Ah... Que Shane vaya de Peter Pan. Ya...

Miré a Grayson, que tapaba lentamente la botella con una expresión dura. Resultaba evidente que tenía los dientes apretados.

Sugie olisqueó los pies de Vanessa, y ella se inclinó para acariciarle la cabeza con rapidez, aunque luego retrocedió.

—Me da la impresión de que puede dolerle cuando la toco —explicó, en un tono lleno de simpatía.

—No es así —le dije—. Lo que más necesita es amor. Lo único que puede dolerle es el rechazo.

Grayson se me quedó mirando un momento y luego, sin mediar palabra, se dio la vuelta y salió de la cocina. Sugie lo siguió, aunque se detuvo en la puerta para mirarnos y soltar un gemido; a continuación bajó la cabeza y se apresuró a alcanzar a Grayson.

Noté una dolorosa opresión en el corazón. Clavé los ojos en la lista para ocultar la mirada de perspicacia de Vanessa.

«¿Ni siquiera puede fingir que le gusto, aunque solo sea para guardar las apariencias? ¿Qué van a pensar Shane y Vanessa?».

—Lo siento, Kira —se lamentó Vanessa—. Nuestra presencia está suponiendo una fuerte tensión en vuestro matrimonio. Deberíamos marcharnos...

—No por mi causa, no. Shane y Grayson tienen que arreglar las cosas entre ellos. Y no pienso interponerme. —Yo me marcharía muy pronto, pero Shane siempre sería su hermano. Me negaba a ser la razón de que Grayson no le diera al menos la oportunidad de explicarse. El interés físico que mi marido había mostrado por mí había desaparecido. Y entendía por qué. ¿Quién podía competir con Vanessa? Era hermosa por dentro y por fuera, y me sentía igual que la bruja fea que Grayson me consideraba, menospreciada y excluida. Después de todo, nadie quería la compañía de la bruja. Y menos al final.

Charlotte entró en la cocina unos minutos más tarde, y nos miró con nerviosismo. Desde que habían llegado Shane y Vanessa, no había podido estar con Charlotte a solas, pero cada vez que la veía, estaba retorciéndose las manos y rezando por lo bajo. Su comportamiento no me hacía albergar esperanzas de que la situación se resolviera de forma positiva.

Me puse a repasar minuciosamente las listas de detalles con ellas dos y se repartieron las tareas.

—¿Quién va a ayudarme a hacer una tarta de mantequilla de cacahuete y caramelo? Shane me la ha pedido... Es su favorita —nos explicó Charlotte con deleite.

—Oh, yo me presto voluntaria —dijo Vanessa—. Tengo que aprender a hacerla para cocinarla en casa.

Charlotte sacó dos delantales de un cajón y le entregó uno a Vanessa y otro a mí.

—Oh, la próxima vez, Charlotte —me disculpé—. Tengo que ir a la terraza para ver qué es lo que hay que hacer por allí. —Pero en realidad quería dejarlas un tiempo a solas; se lo merecían. Yo solo iba a quedarme unas semanas, mientras que Vanessa formaba parte de la familia. Al pensarlo, sentí un agudo dolor en el corazón que me pareció casi excesivo, pero no era como si pudiera evitarlo. Charlotte me miró con simpatía, pero asintió con la cabeza casi con tristeza. No podía enfadarme con ella. «Sabe que

solo estoy de paso». Vanessa estaría aquí siempre mientras que yo me iría pronto. Era más importante que Charlotte contribuyera a formar un nexo entre Shane, Vanessa y Grayson a que hiciera de casamentera entre Grayson y yo. Algo que, de todas formas, sería un esfuerzo inútil. Quizá se había dado cuenta por fin.

Deambulé junto a la fachada de la casa grande, sintiéndome sola y melancólica. Había contratado a un equipo de jardineros para que trabajaran allí el resto de la semana. Conseguir que los jardines estuvieran decentes llevaría más tiempo, pero la casa presentaría una imagen mucho mejor cuando se recortara la hiedra. Anoté las cosas que pensé que podrían hacerse a tiempo para la fiesta en el exterior de la casa, y luego me dirigí a la parte trasera para examinarla. Quería acondicionar la terraza trasera y limpiar la piscina. Me imaginaba brillantes luces colgando de los árboles; proporcionarían un resplandor casi mágico, de cuento de hadas...

Me quedé allí durante un momento, imaginando la escena, con la mirada clavada en los viñedos, al fondo. ¿Por qué sentía ese desesperado anhelo en mi interior? Pensé en lo que estaba haciendo Grayson en ese momento, en lo mucho que estaba empezando a amar los viñedos y las personas que vivían y trabajaban allí. Pensé en lo que había llegado a imaginar: que Grayson y yo estábamos construyendo algo que... «¿Algo qué, Kira?». ¿Qué era lo que estaba empezando a esperar secretamente? Una especie de temor diferente me apretó las entrañas, y tuve que acercarme a un olmo para apoyarme. Cerré los ojos tristemente. Tenía la terrible sensación de que en algún lugar del camino me había enamorado de mi marido. No había otra explicación para el dolor que sentía ante su repentina y fría indiferencia, para que sufriera tanto ante la posibilidad de que todavía estuviera enamorado de otra mujer.

Mientras miraba cómo caían sobre las vides los rayos del sol vespertino, admití —solo para mis adentros— que quizá me había enamorado de Grayson Hawthorn la primera vez que lo vi. Cuando salió de aquel banco y lo convertí en mi caballero de brillante armadura, cuando la promesa de que podría salvarme y yo a él fluyó en mi corazón como un susurro secreto.

«¡Oh, Dios! Esto es un desastre. Un desastre de dimensiones épicas».

Quería correr, huir de esos sentimientos, de esas certezas. Y supe que sería exactamente lo que haría en cuanto la fiesta terminara. No podía quedarme aquí sabiendo que podía enamorarme todavía más de mi marido. Nunca me correspondería. En cambio, saber que no me amaba como yo a él me llevaría lentamente a una desolación tal que no podría encontrarle ningún tipo de alegría a la vida.

Mis desesperados pensamientos se vieron interrumpidos cuando vi a una solitaria figura caminando alrededor del laberinto. Entrecerré los ojos y reconocí a Shane. Tras una leve vacilación, metí la lista y el bolígrafo en el bolsillo trasero de los vaqueros cortos que llevaba puestos y bajé la ladera para acercarme a él.

—Hola —lo saludé por lo bajo. Se dio la vuelta sorprendido, y emitió un suspiro.

—Hola, Kira —repuso sonriente.

—Lo siento. No tenía intención de asustarte.

—No, no te preocupes. Supongo que estaba absorto en mis pensamientos. —Se sentó en un banco de piedra y me invitó a tomar asiento a su lado. Cuando lo hice, apoyé las palmas de las manos detrás de mí.

—Es realmente increíble —comenté, mirando el laberinto—. Seguro que os divertisteis mucho ahí dentro cuando erais niños.

Él dejó escapar un suspiro y se pasó las manos por el pelo como hacía Grayson a veces. Su expresión hablaba de sufrimiento.

—Dios, no. Mi padre nos llevaba al centro cuando ya había oscurecido y nos dejaba allí, obligándonos a encontrar el camino de salida. Le gustaba torturarnos con ese tipo de cosas.

Me quedé sin sangre en la cara y lo miré con intensidad.

—¿Por qué? —grazné.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza, pareciendo de pronto un niño pequeño.

—¿Quién puede saber los motivos por los que mi padre hacía lo que hacía? Tenía sus propias ideas sobre cómo convertirnos en hombres. Esa era una de ellas. Por supuesto, Grayson, al ser el mayor, se llevó la peor parte. —Se interrumpió y se miró las manos, entrelazadas en su regazo—. Desde aquí mismo podía escuchar llorar a Grayson porque nuestro padre lo había llevado al laberinto para encontrar el camino de salida. Noche tras noche. —La tristeza de su expresión era tan profunda como si hubiera retrocedido en el tiempo y estuviera oyendo cómo su hermano pedía ayuda, sin poder hacer nada al respecto. Me incliné y me rodeé con los brazos.

—Después de rebuscar entre los archivos de mi padre, Walter encontró el mapa del laberinto (aunque yo lo supe algunos años más tarde) y se lo entregó a Grayson, que debía de tener siete u ocho años. Le dijo que se lo estudiara y que fuera por el día al laberinto para aprenderse cada rincón, así, cuando nuestro padre le llevara al interior, sería él quien tendría el control. Entonces no tendría miedo. Y eso fue precisamente lo que hizo Gray. —Sonrió de repente, haciendo desaparecer las sombras de su rostro con una sonrisa. «Walter, ¡que Dios lo bendijera!»—. Más tarde, cuando me tocó el turno y mi padre me llevó al interior, Grayson se coló a sus espaldas, me encontró y me ayudó sin que nuestro padre lo supiera. Él permanecía dentro del laberinto hasta que estábamos en la casa. Solo entonces, regresaba a su cuarto. Nunca tuve el mismo miedo que él porque me rescató. Solo lo sentí durante unos breves instantes, antes de que apareciera. Y, Dios... —Se le quebró la voz ligeramente, pero se aclaró la garganta—. No hay nada en la tierra que pueda superar el alivio que se siente cuando alguien te coge la mano en la oscuridad cuando más perdido y asustado estás.

Me sentí abrumada por la angustia. «Pobre niño...». No sabía qué decir, no podía pronunciar ni una palabra por el enorme nudo que tenía en la garganta. No era de extrañar que Grayson odiara aquel laberinto que para él había sido como una cámara de tortura.

—Mi hermano hizo eso por mí un centenar de veces a lo largo de los años. Buscarme en la oscuridad y cogerme de la mano.

—Entonces, ¿por qué...? —susurré, conteniendo las lágrimas.

Shane giró la cabeza para mirarme.

—¿Hablas de Vanessa? —preguntó.

Asentí al tiempo que me mordisqueaba el labio.

—Por favor, explícamelo, Shane. Solo quiero entenderlo. Quizá si consigo comprenderlo pueda ayudar de alguna manera.

Suspiró.

—Porque la he amado durante toda mi vida. —Hizo una pausa mientras esbozaba una sonrisa llena de tristeza—. Ya sabes que los tres crecimos juntos. Grayson nunca pareció fijarse en ella como yo. —Miró al frente durante un momento, seguramente recordando algunos sucesos concretos—. Pero fue él quien la invitó a salir primero, y pensé que quizá solo había estado ocultando sus sentimientos, así que... Me retiré, tiré el sombrero, por así decirlo. Podría haber luchado, si hubiera sido otro. Pero, siendo él, no pude. Gray siempre había sacado la varilla más corta y se había sacrificado por mí una y otra vez. ¿Cómo no iba a hacer lo mismo por él? Así que sí, la amaba... Pero la dejé ir sin decir una palabra.

Apreté los labios. Miré al cielo azul mientras me invadía la tristeza.

—Y luego lo metieron en la...

—Sí —confirmó en voz baja—. Debes de pensar que soy una persona horrible.

—No, yo no soy quién para juzgarte —repuse por lo bajo.

Shane suspiró y se pasó la mano por el pelo.

No pregunté nada más. Sabía que quería explicar el resto a su hermano en primer lugar. Ahora comprendía un poco mejor la situación, conociendo ambas perspectivas. Me pregunté qué sentiría Vanessa por Grayson. ¡Menudo lío! Sabía que debía retroceder y dejar de hacer preguntas, sobre todo sabiendo lo que había descubierto sobre mi propio corazón. Yo tenía razón desde el principio. No había sitio para mí. Y quizá Grayson también tenía razón: no era asunto mío. Allí sentada, de repente, me sentí más sola que nunca.

—Grayson me ha hablado de tu madre, su madrastra. Me dijo que nunca lo aceptó —comenté en voz baja.

Shane soltó un suspiro.

—No, lo odiaba. Odiaba lo que representaba. Considera que su vida era perfecta antes de que apareciera la madre de Grayson. Yo todavía no había nacido, pero la he oído recordarlo muchas veces a lo largo de los años. Y nuestro padre... no era el mejor de los padres, ni siquiera conmigo, pero a Grayson lo trató todavía con más frialdad, como si estuviera enviando un mensaje a mi madre, reconociendo que había cometido un error. Sin embargo, ella no lo aceptó. Tampoco era la forma de hacerlo. —Shane volvió de repente la cabeza hacia mí—. Me sorprende que te lo haya contado, ¿sabes? Nunca le he oído hablar sobre ello, ni siquiera conmigo.

Me encogí de hombros.

—Fue por casualidad, como si fuera algo natural.

La sonrisa de Shane estaba llena de ironía.

—Créeme, Grayson no cuenta nada, y dudo mucho que haya hablado por casualidad de nuestro padre y mi madre. Crecí con él.

Asentí de nuevo, sin saber qué decir. Era consciente de que no debería ahondar en los tormentos ocultos de Grayson. Solo conseguiría amarlo más. ¿No era así como funcionaban las mujeres? Y yo no era una excepción. ¿Había algo más atractivo que un hombre guapo con un corazón atormentado? Deberían embotellar el sentimiento y venderlo a paladas. O quizá escribir un libro: *Buenos abdominales y tormentos ocultos: guía para poder ligar con las mujeres*. Me hubiera reído si no me pareciera tan triste.

Cada vez tenía más claro que él nunca me amaría, aunque pudiera superar su amor por Vanessa. Su corazón estaba rodeado por bloques de hielo, y yo no era tan tonta como para pensar que lograría fundirlos.

—Eh... No te pongas triste. Tenemos algunos buenos recuerdos. Nuestra infancia no estuvo llena solo de horror y traumas. También robábamos las galletas de chocolate de Charlotte y nos dedicábamos a hacer el tonto con Walter tratando de arrancarle una sonrisa.

Me reí a mi pesar y, al mismo tiempo, fruncí el ceño.

—Gracias por compartirlo conmigo, Shane. Significa mucho para mí que me lo hayas confiado.

Me estudió por un segundo antes de esbozar una sonrisa. Sin pensar, me incliné hacia él y lo abracé, imaginando al niño que había sido una vez, solo en la oscuridad mientras su valiente hermano mayor lo cogía de la mano. Se rio y me devolvió el abrazo. Nos separamos.

—Estoy muy... —empezó a decir, pero se interrumpió.

—Ya me has robado a una mujer. ¿Piensas robarme otra? —espetó Grayson.

Los dos nos pusimos de pie con rapidez, como si nos hubiera sorprendido haciendo algo malo. Me alejé de Shane

—Grayson, solo...

—No te metas en esto, Kira. —Su furiosa mirada estaba centrada en Shane.

—¡Por Dios, Gray! —dijo Shane con incredulidad—. Solo estábamos hablando.

Grayson se acercó a Shane con la mandíbula tensa y los dientes apretados. Cogí aire, sin saber si quería llorar o tirar algo.

—Soy muy consciente de qué es una conversación —gruñó Grayson alzando la voz, pero en el mismo tono frío—, y no son necesarios abrazos ni nada por el estilo. Así que cuéntame, Shane, ¿no tienes suficiente con una? ¿También quieres seducir a Kira?

—¿Seducir a Kira? ¡Por Dios! Mira que te vuelves idiota cuando estás celoso. ¿De verdad piensas que quiero seducir a tu esposa, idiota? —gritó.

Por mi visión periférica, vi que Vanessa y Charlotte corrían hacia nosotros.

Grayson tensó todavía más la mandíbula al oír la palabra «celoso». Entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en dos rendijas mientras miraba a su hermano.

—¿Celoso? ¿Crees que no me fío de ti porque estoy celoso? ¿No será porque tú eres un cabrón mentiroso y traicionero? No estoy celoso. —Dio un paso más—. ¡Dios! Si ni siquiera es mi esposa de verdad. Nos hemos casado por dinero —gruñó.

Aspiré una bocanada de aire al sentir que me quedaba sin respiración. Notaba la cara caliente. El silencio nos envolvió mientras tres pares de ojos se clavaban en mí. Miré a mi alrededor. Shane y Vanessa tenían una expresión de conmocionada sorpresa, y Charlotte de dolor. Grayson seguía mirando a Shane, pero al darse cuenta de que todos me observaban a mí, miró también en mi dirección con una expresión que se transformó al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—Kira... —balbuceó.

Pero yo me di la vuelta y corrí lejos de sus miradas, lejos de sus prejuicios, de la vergüenza y el dolor. Huí otra vez.

Grayson

Era idiota. *Un idiota celoso*. Shane tenía razón. Me había autoexcluido por completo desde la llegada de mi hermano y Vanessa. Había ignorado a Kira después de hacer la tontería de reclamarla borracho en su dormitorio. Solo podía culparme a mí mismo si había buscado consuelo y compañía en Shane. Mi hermano siempre había sido encantador, de trato fácil. Nunca había decepcionado a nadie.

«No te quiero. No te quiero nada».

«Nadie te quiere. Nunca lo harán».

Claro que Kira se sentía cómoda y segura con Shane, ¿quién no lo haría? Otra punzada de celos me bajó por la espalda y apreté los dientes. Nunca me había puesto celoso por una mujer, pero la sensación de posesividad que había sentido al ver a Kira abrazando a Shane me había cegado por completo. Llevaba toda la semana observándolos, viéndolos pasear por la propiedad, hablando e incluso riéndose, mientras algo cercano a la desesperación crecía poco a poco en mi pecho. ¡Dios!, tenía que relajarme. De todas formas, ¿por qué estaba celoso? Ella había estado más que dispuesta a acostarse conmigo, aunque ahora estuviera fuera de cuestión. ¿Acaso deseaba algo más? ¿Estaba molesto conmigo mismo porque lo había jodido todo, como siempre? ¿O solo porque me había robado a Vanessa? No me había permitido pensar demasiado en ello desde que se casaron, no me resultaba cómodo. Solo quería cerrar esa etapa.

Así que había hecho algo peor, en un estúpido esfuerzo por demostrar que no estaba celoso, y tal vez hacer daño a Kira, había expuesto la realidad de nuestro matrimonio de una manera cruel e infame. El profundo dolor y la humillación que leí en los ojos de mi esposa me había destrozado. Al final, me había convertido en otro hombre más que la usaba de chivo expiatorio. «¡Joder!».

Y ella había huido. Así que después de soltarlo todo delante de Shane, Vanessa y Charlotte, dejándolos boquiabiertos, había salido a buscarla para tratar de arreglar las cosas. ¡Menudo lío! ¡Menudo lío de mierda! Me sentía como si todo lo que había almacenado dentro durante la última semana hirviera en mi interior y estuviera llegando al punto de ebullición.

«¿Qué cojones me pasa en realidad?».

Que había conocido a Kira Dallaire, eso era lo que me pasaba.

La encontré en el campo sur. Cuando la vi parecía como si estuviera... ¿recogiendo albaricoques? ¿Estaba almacenándolos en la parte inferior de su camiseta? Me detuve un momento y la miré mientras brincaba entre la fruta, inclinándose para recogerla. Se llevaba alguna pieza a la nariz de vez en cuando. ¿Qué pretendía la brujita? Me puse en tensión, ¿por qué mi esposa tenía la facultad de fascinarme incluso en momentos como ese, en el que me encontraba tan alterado? Me acerqué lentamente; cuando llegué al punto donde cientos de albaricoques maduros cubrían el suelo, ella llevaba diez o quince piezas de fruta en la camiseta.

—Kira —la llamé con toda la calma que pude reunir—, ¿qué estás haciendo?

—Recogiendo fruta para que Charlotte te haga la mermelada que te gusta, la que te hace feliz. Llevo toda la semana dejándolo para otro momento, pero reorganizar el despacho, planificar una fiesta para que te resulte más fácil reinsertarte en la vida social de Napa, entretener a tu familia y tratar de encontrar la

forma de esquivar algunas preguntas de Shane y Vanessa roba más tiempo del que puedes imaginar. Aunque debo darte las gracias, has restado una de las cuestiones más estresantes, no sabes lo aliviada que me siento al no tener que mentir ...

—Kira —dije, aproximándome más—. Lo siento. No ha estado bien.

—Además... —continuó ella como si no me hubiera oído—, es un desperdicio de comida. Incluso aquí, en Napa Valley hay gente que no tiene lo suficiente para comer. Y que toda esta fruta se desperdicie en el suelo es inconcebible, de verdad.

—Kira... —repetí, acercándome todavía más.

Se volvió hacia mí con su largo y ondulado pelo colgando por la espalda y algunos mechones y rizos enmarcando su rostro. Sus ojos estaban de un verde brillante y atormentado que me hacía pensar en una tempestad tropical a punto de estallar. Tenía las mejillas encendidas. Me di cuenta de que estaba furiosa y poseída también por alguna otra emoción que no supe cómo llamar. Le costaba controlar la respiración. Al estar usando el borde de la camiseta como canasta improvisada para la fruta, era visible la parte baja de su estómago. Contuve el aliento. Me parecía la imagen más hermosa y salvaje que hubiera visto nunca y mi parte más primitiva quiso domarla de inmediato, en ese mismo segundo.

Sabía que debería arrastrarme, y bien sabía Dios que Kira se lo merecía, pero verla delante de mí llena de fuego y vida, después de haberme obligado a pasar toda la semana alejado de ella, hizo que perdiera el control como solo ella podía conseguir que lo perdiera.

Anduve hasta detenerme a su lado. Abrió mucho los ojos y dejó caer la fruta almacenada en la camiseta. Los albaricoques rebotaron en el suelo con suavidad y rodaron a sus pies. Kira me pertenecía. Los celos que había sentido al ver que Shane la rodeaba con sus brazos brotaron de nuevo mientras la atraía hacia mí. La miré —esos últimos días habían sido como vivir sin luz— y me di cuenta de lo desesperadamente que la deseaba. Volví a sentirme celoso y vulnerable; necesitaba que ella calmara la salvaje agonía que rabiaba en mi interior, que tranquilizara la parte herida de mi corazón diciéndome que pensaba que había algo en mí por lo que valía la pena luchar. Necesitaba que también me deseara. No sabía cómo transmitir esos sentimientos con palabras, cómo pedírselo, sobre todo porque también le debía un montón de disculpas. Así que la reclamé de la única forma que podía. La agarré con fuerza y apreté los labios contra los de ella.

Había planeado besarla y luego soltarla, pero su sabor encendió una llama en mi vientre. Me aferré a ella, incapaz de retirar mi boca de la suya. Kira luchó contra mí durante unos breves instantes; los dos movimos los brazos, yo para apretarla contra mi cuerpo y ella para alejarse. Pero de repente, oí que se le escapaba un sollozo. Entonces, me rodeó el cuello con los brazos y empezó a devolverme los besos con apasionado fervor. Me lamió la lengua y su sabor calmó el dolor de mi interior, pero la calma llegó aparejada con mi absoluta pérdida de control y la única muestra de paz en lo que parecía una eternidad. Quizá toda la vida.

Antes de que tuviera tiempo para perderme en el beso, ella me empujó en el centro del pecho y retrocedió unos pasos con los labios hinchados y los ojos cargados con renovado dolor.

—Kira... —dije en tono de súplica—. Ven aquí.

Alzó la barbilla y dio un paso atrás.

—No.

Vacilé. ¿Qué era lo que ella quería?

—Nos encontraremos en el medio. —Señalé con la cabeza un lugar en la hierba entre nosotros, que seguíamos frente a frente.

—No —espetó con rebeldía.

Se apoderó de mí una oleada de ira. No iba a mantener las manos alejadas de ella. El instinto me hacía

hervir de deseo y la sangre me hervía de necesidad en las venas. Jamás había deseado igual a otra mujer. ¡Maldita bruja del infierno! ¿Qué quería de mí? Fui a por ella, pero de repente se inclinó para recoger algo del suelo y me lo arrojó. Un albaricoque maduro explotó en mi frente y goteó por mi cara. La sorpresa me hizo detenerme. Alcé una mano y me pasé un dedo por el ceño, recogiendo pulpa de albaricoque, que miré con incredulidad.

—Estás desafiándome, bruja —acusé mientras nuestros ojos se encontraban. Con un rápido movimiento, recogí una fruta y se la arrojé. Chilló cuando hizo contacto con la V de piel que dejaba al descubierto la camiseta, y el jugo y la pulpa se deslizaron por debajo de la prenda. Abrió la boca y me miró en estado de *shock*, como había hecho yo antes.

—Te vas a enterar, monstruo viscoso —dijo entre dientes.

Empezamos a recoger fruta y nos la arrojamos el uno al otro, haciendo que explotaran también un centenar de emociones que no pude identificar en mí mismo y mucho menos en ella. Sentía que me ardía la sangre en las venas, como si la fría indiferencia en la que me había envuelto últimamente estuviera derritiéndose en mi piel. Blandos frutos caían sobre mí una y otra vez; la mayoría alcanzaron su objetivo, por lo que una húmeda y pegajosa capa cubrió mi cuerpo, goteando por cada una de sus partes.

Nuestras voluntades se enfrentaron mientras el olor acre y dulzón de los albaricoques perfumaba el aire. Kira presentaba el mismo aspecto que imaginaba que presentaba yo; como si se hubiera bañado en una piscina de fruta. Cuando se detuvo a tomar aliento, mirándome, me lancé hacia ella. Los dos rodamos sobre la hierba suave hasta que ella descansó debajo. Una aguda lujuria, casi dolorosa, se apoderó de mí. No supe quién empezó el beso, pero hubiera puesto la mano en el fuego a que fue ella. Nos devoramos con violencia, con avidez, gimiendo mientras nos aferrábamos el uno al otro. Deslicé la mano por debajo de su camiseta, sintiendo su piel suave y lisa mientras ella se retorció sin control. Percibí el fuerte ritmo de su pulso debajo de la otra mano cuando la subí a su garganta y froté ese punto con el pulgar, disfrutando al sentir sus latidos en mis dedos. Ardía de deseo por ella, me hervía el corazón. Mi hermosa, salvaje, tierna, irritante, compasiva y terca brujita.

—Oh, por favor, Gray —jadeó, tirando de mi camiseta.

—Sí —fui capaz de decir mientras arqueaba las caderas contra ella—. Dime que me quieres, Kira, por favor, dímelo —rogué sin pizca de vergüenza.

—Te quiero... Te quiero mucho...

Un profundo alivio explotó en mis entrañas de forma repentina y feroz. ¡Oh, Dios! Estaba ridícula e irremediablemente loco por ella. No podía esperar ni un segundo más. Mi erección latía impaciente entre mis muslos. Iba a ser mía. No me importaba si lo hacíamos allí mismo, rodando sobre la hierba...

—¡Oh, Dios mío! —dijo una mujer por encima de nosotros.

—¿Qué cojones...? —añadió otra voz.

—Por el amor de...

—Bueno, nunca había visto nada...

Los dos nos quedamos paralizados y nos miramos parpadeando. Vi cómo se aclaraba la niebla de sus ojos justo antes de que levantáramos la vista. Entrecerré los párpados ante la luz del sol, pero pude distinguir los oscuros contornos de seis personas que se cernían sobre nosotros. Me sentía tan aturdido que me llevó un buen rato orientarme, el mismo tiempo que tardó en enfriarseme la sangre. Kira se alejó de mí como si yo fuera fuego y se hubiera quemado. Cuando me di cuenta de que se había puesto de pie, me levanté también, y retiré la viscosa y gelatinosa pulpa del albaricoque que me cubría la cara y los brazos desnudos.

Cuando pude por fin distinguir las caras que tenía delante, recorrí con los ojos a Charlotte, Walter, Shane, Vanessa, una mujer con el pelo rosa que no conocía y otro rostro más, que reconocí en el acto.

—¡Harley! —exclamé con asombro.

Harley, tan grande y macarra como recordaba, como un enorme oso cubierto de tatuajes. Dio un paso adelante mientras nos recorría con la vista a Kira y a mí.

—Bueno, que me jodan si...

—¿Qué? ¿Cómo? —farfullé, dando un paso adelante para cogerle la mano mientras mi mente se esforzaba en darle sentido a la situación. Me obligué a dejar de pensar en Kira el tiempo suficiente para conseguir un cierto equilibrio—. ¿Cómo es que estás aquí? —Me limpié la mano pegajosa en los pantalones, pero solo conseguí manchármela con más pulpa.

Harley me miró un instante y luego se echó a reír con aquella risa suya profunda y cálida.

—Hombre, salí hace un mes. —Me estudió de arriba abajo con una expresión a medias entre el asco y la hilaridad—. Creo que será más divertido que me cuentes lo que te está pasando a ti. Parece un poco... pegajoso.

Kira dio un paso adelante. Sus rasgos eran irreconocibles por debajo de las capas de pulpa de albaricoque.

—Espera un momento. ¿Harley? ¿Harley? —preguntó con la voz entrecortada.

El gigante se volvió hacia ella y entrecerró los ojos.

—¿Kira? —tanteó.

Los miré a uno y otro.

—¿Os conocéis? —pregunté en un tono que reflejaba la conmoción que sentía. Noté que los demás nos miraban, moviendo las cabezas como si fuera un partido de tenis. Solo faltaban las palomitas.

—¡Oh, Dios mío! —explotó Kira con entusiasmo, corriendo hacia Harley sin importarle el hecho de que iba a mancharlo con el lodo pegajoso que la cubría. Sin embargo, él no la detuvo cuando se lanzó hacia él para estrecharlo con fuerza. Aunque eso podría haber dado pie a otro ataque de celos, el abrazo fue muy breve y Harley le sonreía con afecto amistoso—. No me puedo creer que seas tú.

—¿De qué os conocéis? —insistí.

—Del centro de acogida —me dijo ella sin mirarme siquiera. La cabeza me daba vueltas, no solo por esa extraña irrupción de mi pasado, sino también por la brusca transición entre lo que estaba sucediendo entre Kira y yo, y lo que estaba ocurriendo ahora. Si el silencio de todos los presentes era una prueba, estaban tan sorprendidos como yo—. ¿De qué os conocéis vosotros?

—De la cárcel —repliqué.

—Ah... —suspiró mirándome por fin de nuevo. A continuación volvió los ojos hacia mi compañero de prisión—. ¿De verdad, Harley?

—Sí, Kira. Lo siento, pero sí. Y lo cierto es que fue una de las mejores cosas que podían ocurrirme. La vida me sonrío. Aunque... —se volvió hacia mí— tengo la esperanza de conseguir aquí un trabajo.

—¿Necesitas empleo? —pregunté—. Sí, claro, que puedes trabajar aquí. Todo el tiempo que necesites.

El rollizo rostro de Harley se iluminó con una sonrisa.

—Esperaba que me dijeras eso —dijo, volviéndose hacia la mujer con el pelo rosa, que llevaba una corta minifalda de cuero y un top a juego todavía más escaso—. Por cierto, te presento a Priscilla.

Le mostré mi mano pegajosa como única explicación de por qué no se la ofrecía. Ella se rio con suavidad.

—Mucho gusto, Grayson —dijo—. Harley me ha hablado mucho de ti, pero es posible que se haya olvidado de algunos detalles. —Nos miró a Kira y a mí, pero su expresión no era burlona. Luego le sonrió a su acompañante.

Charlotte se adelantó un paso.

—Gray, ¿qué te parece si Kira y tú vais a limpiar todo ese... bueno, limpiaros? ¿Por qué no vamos

todos a casa? —Parecía esperanzada. Asumí que todos se habían precipitado hacia ese punto porque pensaban que Kira y yo teníamos una violenta discusión después de lo que había pasado junto al laberinto. Lo que, en realidad, era bastante exacto, aunque no se tratara de esa clase de violencia.

—Me parece una buena idea. ¿Kira? —Me miró como si no supiera qué hacer.

—Sí, vale —claudicó finalmente.

Le tiré de la manga y se detuvo, bajando la vista al lugar donde yo la tocaba.

—Kira...

—Vamos a asearnos, Grayson —dijo por lo bajo sin mirarme a los ojos, sin permitir que intentara leer su expresión. Asentí con la cabeza y la solté.

Emprendimos la marcha hacia la casa detrás de ella. Harley me contó qué le había llevado a Napa y también me habló de la casita que Priscilla tenía en Vallejo, un pueblo cercano.

—Recordé que tú me habías hablado de que eras de Napa Valley, así que te busqué. Cuando vi el lugar, supe que te había encontrado. Tío, no me creo que haya pasado tanto tiempo.

Lo miré con pesar.

—Sé que no se me da bien mantener el contacto. Lo siento. Cuando regresé y me di cuenta de la cantidad de trabajo que había que hacer, fue como si me pusiera unas anteojeras.

—Es normal. No necesitas excusas. ¿Has visto este lugar? ¡Guau! Me dijiste que era bonito, pero no me imaginaba algo así —explicó, barriendo con la mano en dirección a las colinas de viñedos que brillaban en la distancia, y luego señaló el otro lado, donde las majestuosas vistas de las montañas creaban una silueta impresionante.

—Está camino de ser lo que era antes —comenté de forma distraída, mirando a Kira, que iba delante de todos, mientras nos acercábamos a la casa. Ella se volvió con rapidez, como si estuviera considerando algo antes de entrar.

Besó a Harley en la mejilla y le apretó la mano.

—Me alegro de verte tan bien —aseguró, casi como si estuviera a punto de llorar. Fruncí el ceño, pero no me miró ni esperó a que Harley le respondiera. Luego se dio la vuelta y desapareció en el interior, dejando su lugar vacío como único rastro.

—Grayson —me dijo Shane, acercándose a mí—. Después de que te duches y tengas la oportunidad de ponerte al día con Harley y Priscilla, debemos hablar. —Vanessa estaba detrás de él y se mordía el labio con nerviosismo. ¡Dios! Tenía razón. Les había espetado que me había casado con Kira por dinero, y ahora iba a tener que explicárselo. Aunque, ¿cómo iba a ser capaz de hacerle entender algo que apenas comprendía yo mismo? Me había parecido muy claro hacía un tiempo... Ahora, era una situación tan pegajosa y resbaladiza como mi propio estado.

—Claro —murmuré antes de entrar—. Charlotte, ¿puedes ofrecerles a Harley y a Priscilla algo de comer y beber? Bajaré lo antes posible.

—Por supuesto —aceptó Charlotte, acompañándolos a la cocina.

Probé a abrir la puerta de la habitación donde estaba alojada Kira, pero la había cerrado con llave y cuando llamé no me respondió. Seguramente estaba en la ducha. Me ducharía yo también y luego regresaría. Necesitaba hablar con ella antes de nada; teníamos un asunto pendiente. Y quería asegurarme de que estaba bien, de que estábamos bien.

Me di una ducha, y luego hice una bola con la ropa y la toalla para llevarla a la lavandería. Dios, ¿qué coño nos había ocurrido? ¿Qué había sido eso? Después de ponerme unos vaqueros limpios y una camiseta, no me molesté en calzarme para ir a la habitación de Kira. Volví a llamar y, al no haber respuesta, giré el pomo de la puerta y vi que ya no estaba cerrada con llave. ¿Habría bajado? Asomé la cabeza en la estancia y me di cuenta al instante de que su maleta había desaparecido. Un remolino de

pánico me revolvió las entrañas e irrumpí en la habitación, llamándola a gritos por su nombre. El armario estaba abierto, pero dentro solo había algunas bolsas que contenían viejas prendas de mi madrastra. Cuando me di la vuelta para salir, vi la nota en la cómoda y el anillo que le había entregado a Kira en la ceremonia, el que había usado desde la primera vez que salimos a cenar. La luz quedó atrapada en los diamantes cuando lo cogí. «¿En qué estabas pensando cuando se lo diste?». No sabía si quería saber lo que ponía la nota.

«Grayson:

»Creo que es evidente que, a partir de hoy, necesitamos poner espacio entre nosotros y que tú necesitas tiempo para resolver la situación con Shane y Vanessa sin que yo esté por medio. Regresaré para la fiesta la semana que viene con idea de realizar mi último papel como tu esposa, luego desapareceré de tu vida.

»Kira

»P. D.: Creo que el anillo pertenece a Vanessa, no a mí. Si es que me perteneció alguna vez».

El trozo de papel revoloteó al suelo mientras se me formaba un nudo en la garganta y me bajaba un escalofrío por la espalda. Me había dicho que me deseaba y luego se había marchado. Me di la vuelta y bajé las escaleras. El hielo que había cubierto mi columna se extendió hasta mi pecho y envolvió mi corazón. Acepté el confort que proporcionaba aquella gélida sensación. Era lo que esperaba, lo que merecía, aunque no sabía cómo iba a sobrevivir al dolor.

Al oír voces en la cocina, me reuní con Harley, Priscilla y Charlotte, que estaban sentados ante la mesa. Charlotte empezaba a cortar trozos de la tarta de crema amarga y café que había hecho cuando levanté la mano, pidiendo silencio. Ella frunció el ceño.

—Harley estaba contándome que le salvaste la vida. —Charlotte me estudió con una expresión de ternura y tristeza.

Me pasé la mano por el pelo. No había hablado con nadie del tiempo que había pasado en la cárcel. No era que ahora estuviera dispuesto a hacerlo, pero tampoco podía negar lo que había dicho Harley. Le debía mucho. Había estado allí conmigo, había vivido lo mismo que yo.

—Más bien fue él quien salvó la mía —repliqué.

—No, no es así como yo lo recuerdo —dijo, reclinándose al tiempo que entrelazaba los dedos detrás de su cabeza calva.

—Hice algo por pura suerte, y tú me protegiste la espalda durante cinco años —expliqué con un nudo en la garganta—. Si no fuera por ti, no habría sobrevivido en ese lugar.

Y era cierto. Cuando llegué, estaba en estado de *shock*, entumecido por la incredulidad de haber sido condenado a cinco años después de que mi abogado me asegurara que, a lo sumo, tendría que hacer servicios para la comunidad en el mejor de los casos y cumplir seis meses en prisión en el peor. Estaba en el patio con Harley, al que ni siquiera conocía en ese momento, cuando algo brillante llamó mi atención. Por puro instinto, lo empujé, dándole tiempo para inmovilizar al hombre que, de otra manera, le habría clavado un cuchillo. A partir de ese día, Harley —que había pasado varios períodos en prisión y entendía cómo funcionaba el sistema allí dentro— me había protegido de numerosos horrores que podría haber sufrido de no haber sido por él.

—Bien, entonces eres de la familia —dijo Charlotte antes de apartar la mirada, con los ojos brillantes por lo que parecían lágrimas contenidas.

Harley asintió moviendo la cabeza y le mostró una cálida sonrisa antes de volver a mirarme.

—Y ahora —dijo, inclinándose hacia delante— vengo aquí y me encuentro con que te has casado con Kira Dallaire. La vida es una caja de sorpresas.

Hice un sonido de acuerdo con la garganta. Era mejor que no le contara las circunstancias que rodeaban nuestro matrimonio ni el hecho de que pronto terminaría.

Harley me estaba mirando de esa manera tan suya. Era un hombre que podía parecer grande y brutal, pero era el mejor juzgando a los demás. Me había contado que era algo necesario en las calles de San Francisco, donde o bien anticipabas el siguiente movimiento de una persona o te convertías en su víctima.

—¿Puedo contarte algo sobre Kira? —preguntó.

—Claro —repliqué con cautela.

Harley movió la cabeza.

—Hace unos seis años, yo estaba realmente jodido. —Hizo una pausa y miró a Priscilla, que lo contemplaba con simpatía, mientras cogía su mano entre las de él—. No era capaz de permanecer sobrio; lo había perdido todo y nadie se preocupaba por mí. Había planeado poner fin a mi vida. Tenía un arma y todo. Estaba cargada, lista para que la utilizara.

—¡Dios, Harley! —murmuré—. No lo sabía.

Él asintió con la cabeza.

—Es difícil admitir lo jodido que estaba, lo poco que valoraba mi vida en ese momento. Pero es la realidad. Fui al centro de acogida para disfrutar de la que tenía pensado que fuera mi última comida y allí me encontré con Kira. En ese momento debía de ser casi una adolescente.

«Una adolescente. A esa edad, las personas no se caracterizaban por su interés por los demás. Pero Kira había sido distinta incluso entonces...».

Me concentré de nuevo en lo que Harley estaba contándome.

—Me sirvió un poco de comida, se sentó a mi lado y charlamos durante un rato. Había llevado un juego de magia para entretener a los niños e hizo algunos trucos para mí, se le daba realmente mal. Pese a todo, era una gozada verla por lo llena de vida que estaba, ¿sabes? —«Sí, lo sabía»—. Fue la primera vez que sonreí desde hacía mucho tiempo. Me dijo que si volvía al día siguiente, me enseñaría cómo hacerlo. Bueno, seguramente habría sido capaz de adivinarlo yo solo, porque no eran trucos demasiado complicados. Pero el hecho de que alguien me pidiera que regresara, y que tuviera que esforzarse para ello con un par de trucos idiotas... —Se rio por lo bajo—. Bueno, regresé al día siguiente, y entonces hizo algo más para despertar mi interés. Fue la primera vez que fui consciente de que me interesaba algo. Y eso me proporcionó la esperanza que necesitaba. Así que dejé mi plan a un lado, se podría decir que olvidé que quería poner fin a mi vida. Esa es la verdad.

¡Dios! Parecía tan propio de Kira... Era algo que ella haría. Sentí que se me aceleraba el corazón, que el hielo que había comenzado a levantarse a su alrededor se derretía y desaparecía. No podía decidir si eso me irritaba o no. ¡Maldita bruja! ¿Dónde se había metido?

—Sin embargo —continuó Harley—, todavía no estaba lo suficientemente maduro para cambiar de vida, así que cometí algunos errores que me llevaron a coincidir contigo. Pero te voy a decir una cosa: a Dios pongo por testigo de que si no hubiera sido porque Kira me salvó la vida, tú no habrías podido salvármela de nuevo, ni yo hubiera podido ayudarte a que todo fuera más fácil en prisión. No deja de ser curioso cómo funciona el destino, ¿verdad? Cómo puede afectar uno en la vida de otro, y cómo eso afecta a la vida de un tercero y sucesivamente.

—El azar es divertido... —suspiré.

Harley me guiñó un ojo.

—Si crees en el azar. —Hizo una pausa y volvió a sonreír—. Bien, escúchame, tío. Vamos a tener mucho tiempo para recordar el pasado, pero si me quieres en forma mañana por la mañana, es mejor que me vaya a descansar. Además, Priscilla trabaja esta noche.

—Oh... —dijo Charlotte—. ¿A qué te dedicas, querida?

—Soy bailarina exótica —explicó con una sonrisa.

—Oh, ¡bailarina! ¡Qué divertido! —respondió Charlotte, batiendo palmas como si Priscilla hubiera

dicho que era corista en Broadway.

Me aclaré la garganta y sonreí a la pareja mientras me levantaba.

—No puedo expresar lo contento que estoy de que me encontraras. Me alegro de verte.

—Y yo, colega. —Hicimos chocar los nudillos como hacíamos siempre en la cárcel. Charlotte les dio un abrazo a ambos y los acompañó hasta la puerta. Después de que se fueran, pero antes de que mi ama de llaves tuviera oportunidad de buscarme, cogí las llaves del coche y salí por la puerta trasera para rodear la casa hasta la *pickup*. Tenía que ir a la ciudad en busca de mi esposa, y también debía encargarme de otros recados.

+

—¡Oh, ya estás de vuelta! —me saludó Charlotte, cuando entró en mi habitación para guardar dos camisetas recién planchadas. Yo estaba mirando por la ventana y no me volví hacia ella. Durante la última semana también había estado haciéndole caso omiso, sobre todo por haberse atrevido a traer a Shane y a Vanessa con engaños y haberme obligado a sufrir su presencia.

Acababa de llegar a casa después de recorrer Napa intentando encontrar el coche de Kira. La historia de Harley me había impulsado a salir en su busca, pero quizá no debería haberlo hecho. Me había dicho que me quería. ¿Llevada quizá por el calor del momento? Quizá se refería a que me quería físicamente, a que me deseaba. O tal vez había mentido. O... ¿por qué me preocupaba? No estaba aquí, eso era todo.

Me había dejado.

«No te quiero. No te quiero nada».

«Nadie te quiere. Nunca lo harán».

«Ojalá valiera más...».

Quizá había ido a San Francisco para quedarse con Kimberly.

Sin embargo, había dicho en su nota que estaría de vuelta para la fiesta.

—Bueno, cuando dejes de sentir lástima por ti mismo, puedes bajar a cenar a las... —Charlotte se interrumpió bruscamente cuando la miré. Estaba de pie ante el armario, donde acababa de colgar las camisetas recién planchadas. Se volvió hacia mí bruscamente—. ¿Es así como te ves? ¿Cómo el villano? O espera..., quizá seas la víctima. ¿El capitán Garfio de tu hermano Peter Pan? ¿Es eso lo que crees? —preguntó mientras sostenía el traje que había alquilado después de ser incapaz de encontrar a Kira. Solo había una descripción para la expresión de su cara: completa decepción.

—¿De qué quieres que me disfrace, Charlotte? —pregunté—. ¿De príncipe? De todas formas, solo es una estúpida fiesta. No significa nada. Y no soy un príncipe.

—Es una fiesta que tu esposa está organizando para ti por pura amabilidad.

La fulminé con la mirada.

—Mi esposa se ha ido. Me ha dejado. Solo va a volver para la fiesta y luego se largará de nuevo, para siempre. Como habíamos planeado. —«Sí, justo como habíamos planeado».

Charlotte pareció sorprendida por un breve momento, pero luego recorrió mi cara con los ojos mientras el silencio nos envolvía.

—Pero esto no se trata de lo que habíais planeado, ¿verdad? No tiene nada que ver. Y eso te asusta mucho, muchísimo. —Charlotte se acercó a mí con la mano extendida. La agarré y la apreté entre mis dedos mientras su reconfortante olor a productos recién horneados y al talco perfumado que solía usar me tranquilizaba.

—Oh, muchacho, has caído con todo el equipo, ¿verdad?

—¿He caído? —pregunté—. ¿Dónde he caído?

Charlotte sonrió con ternura.

—Has caído de bruces en el amor. Te has enamorado de Kira. Tu esposa.

Tragué saliva y me volví hacia la ventana.

—No estoy enamorado de Kira —insistí, pero las palabras salían débiles y sin convicción, como si no tuvieran peso alguno y pudieran desaparecer en el aire.

Charlotte suspiró.

—¡Por el amor de Dios, qué tercos sois los dos! Os merecéis estar encadenados el uno al otro durante toda la vida. Es increíble que todavía no hayáis conseguido que me dé a la bebida.

Tomé aire. No estaba enamorado de la brujita. ¿O sí lo estaba? No, no podía ser. Lo que sentía por ella era demasiado turbulento, incontrolable y también... aterrador. Quizá estaba obsesionado con ella, encandilado, colgado... Pero ¿enamorado? No, no estaba enamorado.

—Me vuelve loco —confesé, volviéndome hacia Charlotte—. Cuando estamos juntos, la mitad del tiempo nos comportamos como críos. —«Y la otra mitad como amantes desesperados, que no pueden mantener las manos alejadas del otro...».

Charlotte chasqueó la lengua antes de mover la cabeza, asintiendo.

—Todos deberíamos comportarnos como críos cuando se trata del amor: abiertos y vulnerables. —Hizo una pausa—. No sé todo lo que debería saber sobre el pasado de Kira, pero sé que tú tienes una buena razón para proteger su corazón. Buenas razones para querer elegir a alguien que no te inspire demasiada pasión, intensidad y temor, pero, Gray, sentir eso significa que la amas. Para aquellos a los que han herido como a ti, y como sospecho que han herido también a Kira, el amor verdadero es una perspectiva aterradora. El amor verdadero es el mayor salto de fe que se puede dar.

Me pasé la mano por el pelo. Todo eso era demasiado y no sabía ni por dónde empezar a pensar. En qué concentrarme. Estaba hecho un lío, un minuto estaba enfadado con Kira y al siguiente la necesitaba a mi lado con desesperación...

—Creo que un buen punto de partida —continuó Charlotte como si me hubiera leído la mente— es hablar con tu hermano y Vanessa. Que los escuches, no con dolor, sino con el corazón. —Me agarró de nuevo la mano—. Y teniendo esto en cuenta, el amor no siempre es fácil y tierno, puede ser profundo e intenso. Estar enamorado significa que vas a arriesgarte por completo, hasta las partes más sensibles, a que te hieran. Porque el amor verdadero no es como una flor porque también tiene espinas.

—Cierto —dije—, espinas puntiagudas y dolorosas.

La risa de Charlotte fue como un cálido tintineo, como las campanas de una catedral. Me apretó la mano con fuerza.

—Puntiagudas, sí. Dolorosas, sí. Pero no siempre provocan dolor. Su intención es desnudarte para curarte. Sé lo suficientemente valiente para no luchar contra ello. Ríndete, muchacho. Déjate llevar. Por una sola vez, ten el valor de hacerlo. —Se puso de puntillas y me besó en la mejilla. Luego sonrió con calidez, se dio la vuelta y salió del dormitorio.

«El amor no siempre es fácil y tierno». ¿Por eso había elegido a Vanessa hacía tanto tiempo? ¿Porque mis sentimientos por ella eran tibios? En cuanto me hice la pregunta, supe la respuesta en mi corazón. Era así. Shane y yo habíamos crecido con Vanessa. Siempre había sido una amiga dulce y hermosa, y me había dado cuenta de la forma en que Shane la miraba y cómo ella le devolvía la mirada, esperando que hiciera algún movimiento. Ninguno de los dos se había dado cuenta de que el otro sentía lo mismo. Pero yo lo sabía, y le pedí a Vanessa que saliera conmigo de todas formas, sabiendo que Shane daría un paso atrás por mí. Me sentí avergonzado y bajé la vista.

La quería porque era capaz de mantener mis sentimientos perfectamente bajo control en lo que a ella se refería, y ese tipo de calma, la falta de riesgo, la ausencia de espinas, era lo que anhelaba después de las

profundas heridas que había experimentado al crecer. Después de las humillaciones sufridas por todo el amor que no me habían devuelto. De la soledad que había llegado tras la esperanza. No quería sufrir más. No quería volver a perder la esperanza. Dolía mucho. Así que había elegido a alguien con quien no me expusiera demasiado. «Y Vanessa no había sabido negarse». Y una parte de mí mismo se había sentido satisfecha al tener algo que, por derecho, correspondía a Shane. Había perdido mi vida asegurándome de que no sufriera como yo había hecho antes. Me había adelantado con respecto a Vanessa. «¡Dios!». Era mi hermano y lo había traicionado aunque él no lo supiera. Y tampoco había pensado en ella. ¿Habrían sido suficientes para ella los tibios sentimientos que yo tenía? Claro que no. Había estado perdido en un permanente estado de frío distanciamiento, y solo Kira había sido capaz de revivirme con su calidez y exuberancia. Vanessa y yo no habríamos sido felices juntos. Me había dicho a mí mismo que no era necesario confiarle mis secretos porque conocía la dinámica de mi familia, pero lo cierto era que no quería contárselos. Nunca había querido compartir con ella todo mi ser, y nunca lo había hecho. Y si la había amado, había sido solo como a una... amiga.

Me había dicho que quería reservarse para el matrimonio y, después de todas las mujeres con las que había estado en el momento en el que empezamos a salir, me había parecido bien. No me importaba esperar por la que sería mi mujer. Lo más seguro era que ella estuviera reservándose para Shane más que para el matrimonio, aunque quizá ella no lo supiera en ese momento. Pero ahora... ¡Gracias a Dios! Menos mal que no había hecho el amor con la mujer de mi hermano. Todo lo que sí habíamos hecho me parecía de repente incestuoso y muy poco estimulante.

Yo había acabado en prisión y, de alguna manera, ellos habían encontrado el camino. Y todo lo que me había quedado era un vacío por culpa de la sensación de traición. Sobre todo, lo que más me había afligido era la pérdida de una de las pocas personas que siempre había estado de mi parte: mi hermano pequeño. Desde entonces, no me había permitido tener sentimientos. Y luego llegó Kira, y agitó cada una de las emociones que tenía encerradas dentro de mí, obligándome a reconocer las necesidades que mantenía guardadas en mi interior. Me obligaba a estar en un estado constante de anticipación que había olvidado para preservar mi indiferencia. Y después, en cuanto empecé a construir los fríos muros otra vez a mi alrededor, ella los fundió con su calidez y vitalidad. Cada una de las veces.

Kira, que nunca hacía nada a medias.

Kira, que había sufrido tanto o más que yo.

Y, de repente, me sentí aún más pequeño porque vi claramente que a pesar de las similitudes de nuestras historias, a pesar del hecho de que se había visto gravemente perjudicada, Kira había elegido enfrentarse al mundo con esperanza y optimismo, y también con una amabilidad que me maravillaba. ¿Y yo? Me había apartado, me había rodeado de frialdad, centrándome solo en mis propios deseos egoístas. A diferencia de mi mujer, había sido un cobarde.

Pero deseaba ser mejor. Deseaba ser digno de ella. Y la quería; no solo físicamente, sino a ella. Que Dios me ayudara, deseaba su cuerpo, sí, pero necesitaba mucho más. Anhelaba su aprobación, conocer sus pensamientos y sus secretos. Quería poder decir que era mía.

Me senté en la cama. La quería. A mi hermosa bruja de pelo de fuego y ojos verdes. A Kira, que me había devuelto a la vida. A Kira, con su combinación de feroz desafío y profunda vulnerabilidad. A Kira. Mi esposa.

Percibí un pequeño arañazo en la puerta entreabierta. Sugie la empujó hasta abrirla por completo con el hocico y trotó hacia mí. Emitió un suave sonido y en lugar de agachar su cabeza destrozada, la puso sobre mi rodilla para mirarme con aquellos expresivos ojos. Le rasqué entre las orejas.

—Qué bien, buena chica, Sug —dije, alabándola por encontrar su voz y ser lo suficientemente valiente para usarla—. ¿Cuándo me enamoré de ella? —pregunté a la perra que mi esposa me había regalado

mientras le acariciaba la cabeza.

«¿Cuándo ocurrió?». ¿La primera vez que me llamó «dragón»? ¿Cuando ideó la historia de las ratas? ¿La primera vez que la besé? ¿Cuando la vi jugando con los niños en el centro de acogida, con el pelo alborotado alrededor de la cara, mostrando abiertamente su espíritu amoroso, a pesar de que tenía todo el derecho a estar triste después de la crueldad que había mostrado su padre la noche anterior? ¿Cuándo me había enamorado de ella sin ni siquiera darme cuenta?

«¡Oh, Dios mío! Es cierto. La amo». Y quería su amor. Lo anhelaba. Era un profundo dolor en mi corazón y me aterraba desearlo tanto. No sabía qué hacer con las emociones que estaba reconociendo tan repentinamente, y sabía todavía menos cómo exponerme a su rechazo.

«Ríndete, muchacho. Déjate llevar».

«Por una sola vez, ten el valor de hacerlo».

Hundí la cabeza entre las manos sin saber si era capaz, sin saber si podía ser tan valiente.

Kira

The Beazley House era una mansión construida en 1902 que habían transformado en un encantador *Bed & Breakfast*. Situada a poca distancia de la orilla del río a su paso por el centro, era el lugar donde llevaba alojada casi una semana, el sitio donde me había lamido las heridas y llevado a cabo mi parte de los arreglos para la fiesta que se ofrecería en Viñedos Hawthorn. Había estado en contacto con Charlotte a través de mensajes de texto y sabía que todo iba sobre ruedas, tanto los proyectos que había previsto en el interior de la casa como los que tenían lugar en el exterior. Charlotte se había ofrecido varias veces para venir a visitarme, pero había rechazado sus ofrecimientos. Aunque sentía mucho aprecio por ella, no podía hacer nada por mí, y si me permitía seguir cogiéndoles afecto a las personas que pertenecían a la familia de Grayson, al final solo sentiría más dolor. Tenía que empezar a poner distancia para no verme más devastada de lo que esperaba al final.

Me dije que Grayson no me había enviado ningún mensaje ni había intentado llamarme.

En menudo lío se había convertido mi última idea... Aunque podía consolarme pensando que el objetivo final sí se había cumplido. Yo era financieramente independiente y disfrutaba de la libertad que anhelaba, y en lo que respectaba a Grayson, los viñedos estaban camino de volver a alcanzar un buen momento y, con suerte, resultarían un éxito.

Ahora estaba dando los toques finales a mi disfraz para la fiesta. Asistiría tal y como había prometido, para asegurarme de que todo iba bien. Fingiría que Grayson y yo formábamos un matrimonio feliz, y luego me iría a la ciudad. Aunque podría regresar al Beazley sin levantar sospechas. Me había hecho amiga de los propietarios y les había contado que estaba pasando allí algunos días por culpa de los trabajos que estaban realizándose en la casa, ya que el polvo de las obras me había provocado asma. No sería capaz de permanecer en Napa o en sus alrededores después de la fiesta. Si alguien descubría que no éramos una pareja felizmente casada, se sentiría engañado, y eso no serviría para mejorar la idea inicial que la gente tenía sobre Grayson. Tenía pensado preguntar a mi marido si me permitiría pasar la última noche en la cabaña del bosque, y luego le pediría a Walter que me llevara a recoger mi coche por la mañana. Sentí una opresión en el corazón y me limpié una lágrima antes de que me resbalara por la mejilla. Ya había llorado suficiente a lo largo de la semana. No era momento para lágrimas, por no mencionar que me había pasado casi una hora maquillándome. Así que erguí los hombros y me puse los zapatos. Mi móvil comenzó a sonar, la noche no había hecho más que empezar.

Me miré una última vez en el espejo, cogí la maleta y salí de la habitación. Oí gente en la cocina, a la izquierda de la entrada principal, preparando la cena, pero no había nadie más en los alrededores. Ya había pagado la cuenta, aunque vería a los propietarios en la fiesta, puesto que también estaban invitados.

El coche estaba esperando frente a la casa y el conductor me miró con los ojos muy abiertos cuando bajé las escaleras.

—¡Guau! —dijo—. ¡Menudo disfraz! —Me cogió la maleta y me abrió la puerta, ofreciéndome la mano mientras me recorría con una mirada de admiración.

Sonreí.

—Gracias —dije, accediendo al interior del vehículo. Antes de tomar asiento acomodé el largo vestido a mi alrededor lo mejor que pude. El disfraz era la principal razón por la que no iba en mi propio coche. No hubiera podido sentarme detrás del volante. El diseño estaba realizado en satén y tul, de colores negro y verde intenso, que cubrían los tres aros de la falda. No tenía tirantes y llevaba incorporado un corsé que hacía que mi cintura resultara más pequeña. Había completado el atuendo con unos guantes largos de color negro, un collar negro y un sombrero picudo de ala ancha, el más apropiado para una bruja. Me había dejado el pelo suelto, alborotándolo más de lo normal con ayuda de un rizador. Después me había pintado los labios con un labial de un rojo muy intenso y me había maquillado los ojos con sombras oscuras que con la máscara negra hacía que parecieran todavía más los de un gato.

Había considerado una serie de disfraces, pero había llegado finalmente a la conclusión de que ese era el único apropiado. Me alejaría de Grayson como llegué a él: su bruja. No, pensé con tristeza, no había sido suya. Y nunca lo sería. La desesperación se mezclaba en mi interior con la certeza de que esa sería la última noche que pasaría en Viñedos Hawthorn. Quizá este vestido era una patética manera de reconocer en privado el amor que sentía por él. Quería que me aceptara como era. Por completo. Pero Grayson solo quería mi cuerpo y nada más.

«Qué tonta eres, Kira. Una tonta estúpida y desesperada».

Nunca sería suficiente para él, igual que nunca lo había sido para mi padre o incluso para Cooper. Sin embargo, sí era suficiente para mí misma y por ahora tendría que valer.

Poco después entramos en el camino de acceso, y me obligué a respirar hondo. Menos mal que llevaba guantes. Estaba segura de que tenía las palmas frías y húmedas.

El coche se detuvo, y cuando el conductor abrió la puerta y me tendió la mano para que saliera, contuve el aliento. El corazón me dio un vuelco y se me detuvo un momento antes de volver a latir.

La fuente estaba llena de agua. El líquido caía en cascada desde el nivel superior hasta el reluciente estanque que había debajo. La luz rosada y púrpura del crepúsculo inundaba el cielo, uniéndose con las luces doradas procedentes de la casa, completamente iluminada. La hiedra había sido recortada, los balcones estaban llenos de exuberante vegetación y las petunias blancas caían en cascada. El aroma de las rosas, y lo que ahora reconocía como flores de espino, flotaban en la brisa que hacía susurrar a los árboles. Me di la vuelta lentamente, trazando un círculo completo para empaparme de todo lo que me rodeaba. Me fijé en las bombillas que centelleaban entre los árboles, marcando el camino hacia la entrada de una forma mágica. Era un escenario cautivador y perfecto para cualquier cuento de hadas.

«Cómo me gustaría que fuera mío...».

Respiré hondo, cuadré los hombros y me despedí del conductor con un gesto después de que me entregara la maleta.

Los únicos vehículos que había en el camino de entrada eran la camioneta de los del *catering* y otros dos coches que seguramente pertenecían a los músicos que habíamos contratado, lo que significaba que había llegado en el momento adecuado para recibir a los primeros invitados. Podría acompañar a Grayson cuando los recibiera. Por un momento, el pánico amenazó con destruir mi compostura, pero luego volví a respirar hondo y alcé la barbilla, rezando por lo bajo para que mi abuela me diera fuerzas. Después relajé los hombros, más tranquila.

«Puedes hacerlo. Luego todo terminará».

Saludé con la cabeza a los dos mozos vestidos con pantalón negro, camisa blanca y chaleco rojo que había a un lado, esperando que llegaran los primeros coches. Ellos respondieron de la misma forma. Toqué el timbre a pesar de que había dejado de hacerlo desde que me había casado con Grayson. Fue Walter quien me abrió, y me miró con los ojos como platos antes de que se le arrugaran en las comisuras. Parpadeé. ¿Acababa de arrancarle casi una sonrisa a Walter? Sonreí mientras me cogía la mano y bajaba

la cabeza.

—Señora Hawthorn.

—Walter... —dije; estaba a punto de decirle por enésima vez que me llamara Kira, pero me quedé muda al ver el vestíbulo y el salón, un poco más allá. Dejé la maleta en el suelo para que él pudiera guardarla en algún sitio y miré a mi alrededor con los ojos muy abiertos. Las molduras de madera brillaban, los candelabros relucían y los últimos vestigios de los rayos del sol se filtraban por las ventanas, creando prismas cambiantes en las paredes. En todas las superficies expuestas había altos jarrones con rosas, lirios y hojas verdes, inundando el aire de una embriagadora dulzura. Cuando entré en el salón, vi que el cuarteto de cuerda se había instalado en una esquina y que había un bar bien surtido en la esquina opuesta. Los muebles se habían dispuesto de tal manera que proporcionaban una amplia zona de descanso, pero también dejaban libre mucho espacio para conversar y bailar lo que tocaran los músicos, según desearan los invitados.

Me acerqué a la ventana y vi que la piscina tenía agua clara y limpia. Era el lugar donde se desarrollaría un pequeño juego después del cóctel. Había pequeñas mesitas para parejas por toda la terraza y en ellas se habían encendido unas velas para crear un escenario romántico.

Me volví de nuevo hacia el salón y permanecí en silencio durante un momento. Me envolvía una profunda sensación de alegría a pesar de la tristeza que guardaba en mi interior. Me encantaba ese lugar. Y me iba a marchar. Bajé la vista; la desesperación me hacía sentir débil.

Sentí el peso de una mirada y levanté la cabeza. Grayson estaba en el extremo opuesto de la habitación. Y cuando aquella boca sensual y maravillosa se curvó en una sonrisa, yo contuve el aliento y me concentré en su disfraz.

El placer fue tan repentino y feroz que me llevé las manos enguantadas a la boca y me incliné hacia delante con una carcajada. Júbilo, esperanza, felicidad, sorpresa, tristeza y un centenar de emociones más me inundaron. Di un paso en su dirección al mismo tiempo que él se acercaba hacia donde yo estaba.

«¿Y si lo ha hecho por ti?».

Llevaba un esmoquin negro y una máscara que le cubría la mitad superior de la cara. La máscara estaba hecha de tal manera que parecían escamas iridiscentes de dragón azules, verdes y negras que se amoldaban alrededor de los ojos y a las sienes. En la parte superior, lucía unos pequeños cuernos, y toda la superficie estaba atravesada por unos hilos brillantes en tonos rojizos y anaranjados, como si fuera fuego.

«Se ha disfrazado de dragón».

Se detuvo y se volvió hacia un lado para enseñarme las alas que llevaba a la espalda en los mismos colores azul y verde y los hilos de fuego. Su sonrisa creció cuando se giró de nuevo hacia mí y nos encontramos en el medio de la habitación. Los dos habíamos corrido hasta allí y nos habíamos detenido bruscamente cuando estábamos apenas a unos centímetros de distancia.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante varios segundos.

—Hola, brujita. —Su voz fue áspera mientras me miraba a los ojos a través de los orificios de la máscara, y hubiera jurado que su tono era de anhelo—. Estás deslumbrante.

—Hola, dragón —suspiré. Miles de preguntas daban vueltas en mi mente. Cuando sonrió de nuevo me pareció tan endiabladamente guapo que mi corazón dio un vuelco y mis latidos se entrecortaron—. Lo has hecho. No me lo puedo creer. —Clavé los ojos en su máscara con una sonrisa.

—Oh, claro que lo he hecho —aseguró. Su sonrisa se desvaneció mientras daba un paso adelante—. Te he echado de menos.

—¿De verdad? —susurré, acercándome también.

Se aproximó todavía más.

—Sí, Dios. Kira, esta semana... Tengo que contarte muchas cosas. Tenemos que hablar largo y tendido. Espero que...

—¿Tenemos que hablar? —pregunté. Mis palabras chocaron con las suyas mientras la esperanza florecía en mi interior una vez más.

—Sí.

Bajé la vista.

—Ni siquiera me has llamado —le reproché, tratando de reprimir el dolor—. Pensaba que...

—Charlotte intentó averiguar dónde estabas.

Parpadeé.

—No sabía que quería saberlo para ti. ¿Por qué no me lo preguntaste tú mismo?

—Pensaba que después de... Bueno, quería demostrártelo en vez de decírtelo, así que se me ocurrió que era mejor esperar a esta noche —explicó con un tono un poco gutural—. Tenía que mirarte a los ojos, Kira...

—Es que...

—¡Kira! —Me llamó una voz desde la puerta. Charlotte se acercó corriendo a nosotros, disfrazada de hada madrina. Solté una risita mientras me volvía hacia ella y dejaba que me envolviera en un cálido abrazo—. ¡Oh, no quiero aplastarte el disfraz! Deja que te mire. —Me hizo girar hacia un lado y luego hacia el otro—. Es perfecto. Sencillamente perfecto.

—El tuyo también, Charlotte —aseguré—. Deberías llevarlo puesto todo el tiempo.

—Mi querida niña —dijo con una expresión tierna—, sabes que estaba muy preocupada por ti, ¿verdad?

—Sí —dije, abrazándola de nuevo. Y lo sabía. A pesar de las razones por las que había invitado a venir a Shane y Vanessa, y de que estaba empezando a creer que sus motivos eran más profundos de lo que yo pensaba, jamás había dudado de la pureza de sus intenciones ni de que se preocupara por mí. Era algo que sabía de corazón.

Unos segundos más tarde, Vanessa y Shane entraron en el salón. Ella era la Campanilla más perfecta que hubiera visto nunca y él lucía un esmoquin con una máscara verde y el sombrero de Peter Pan, así como una espada sobre una cadera. Sentí que se me calentaban las mejillas al pensar en la última vez que los había visto, pero cuando me sonrieron y Vanessa me abrazó con cariño, me relajé y me dejé llevar por la sensación de alivio. Miré a Grayson, su expresión era muy calmada.

Mientras Vanessa y su hermano iban a servirse una copa, me volví hacia él. En sus ojos había una paz y una calidez que solo había entrevisto en contadas ocasiones.

—Has hecho las paces con ellos —susurré con incredulidad.

Asintió moviendo la cabeza.

—Sí. Todos teníamos muchas cosas por las que pedir perdón. Y les he explicado todo... lo nuestro. Ya te dije que tenía muchas cosas que contarte.

Abrí la boca para indagar. Me moría por saber exactamente qué les había dicho a Vanessa y a Shane, pero sonó el timbre en ese momento. El cuarteto comenzó a tocar la melodía de *I see the light* y el personal del *catering* llegó desde la cocina inundando la estancia con el delicioso olor de los entremeses que servirían en bandejas de plata.

Las dos horas siguientes fueron un torbellino de saludos y charlas con los invitados. Nos aseguramos de que todo el mundo estuviera cómodo y disfrutara de la fiesta, y de que todo discurriera sin problemas.

Los disfraces eran maravillosos. Algunos consistían en hermosas máscaras combinadas con vestidos de noche, y otros, creaciones de pies a cabeza.

«No me puedo creer que Grayson se haya disfrazado de dragón».

Cuando tuve un momento para tomarme un respiro, cogí una copa de champán de una bandeja que pasaba y retrocedí a un segundo plano para admirar el trabajo duro que había llevado a cabo. Todo el mundo se lo estaba pasando en grande, y si las miradas de admiración que había a mi alrededor eran una indicación, Viñedos Hawthorn les había impresionado. Ahora solo quedaba esperar que se corriera la voz por la ciudad de que Grayson había sido hospitalario y acogedor con sus invitados y de que su casa había recuperado el esplendor. El lugar no estaba en ruinas como habían dicho los chismes. Al contrario, su hogar enviaba el claro mensaje de que había muchas razones para creer que los viñedos iban a prosperar bajo la dirección de Gray. ¿A quién no le gustaban las historias de superación personal? ¿Quién no quería formar parte de una?

«Esa ha sido mi esperanza desde el principio, y la razón para ofrecer la fiesta».

Busqué a Grayson con la mirada y lo divisé entre un grupo de invitados, entre los que reconocí a Diane Fernsby. Se reían a carcajadas, obviamente divertidos por algo que él estaba diciendo. En ese momento levantó la vista y, cuando nuestros ojos se encontraron, esbozó una sonrisa. La expresión que leí en su rostro me hizo contener el aliento.

«Su sonrisa va a ser mi perdición».

En ese momento, Harley captó mi atención. Iba disfrazado de Bestia, y Priscilla había recurrido a una versión punki de Bella. Los abracé, encantada de verlos. Él había comenzado a trabajar en los viñedos, lo que era una noticia maravillosa. A pesar de sus cicatrices, tanto internas como externas, era un hombre con un corazón de oro. Me alegraba de que Grayson contara con alguien como él. Pasé algunos minutos charlando con ellos, familiarizándome con Priscilla, y luego me mezclé con los invitados.

Saludé también a Virgil, que estaba disfrazado de Aladdin, y conversé con José y su esposa —el Lobo Feroz y Caperucita Roja— durante un buen rato antes de disculparme para asegurarme de que todo iba bien en el exterior.

La terraza al aire libre estaba bañada por el resplandor de la luz de las velas y los invitados pululaban alrededor de la piscina. El sonido de las risas se mezclaba con el sonido del cuarteto, que acababa de empezar a tocar una nueva canción. Permanecí allí un momento, observándolo todo. No había tenido ni un momento para hablar con Grayson, y estaba deseando que pudiéramos estar a solas. La noche había sido un torbellino hasta ese momento, y a pesar de mi impaciencia, estaba satisfecha con cómo estaba resultando todo.

—¿Me concedes este baile?

Me di la vuelta al notar un cuerpo caliente detrás de mí y el susurro de su aliento en mi hombro desnudo. Un atractivo dragón me brindaba una sonrisa y me tendía la mano.

—Me acabo de dar cuenta de que todavía no he bailado con mi esposa... Aunque lo cierto es que no hemos bailado nunca. —Se me escapó una risita y agarré sus dedos para que me llevara hasta el medio de la pista de baile. Reconocí el tema principal de *Encantada*, y pensé que no podía haber elegido una música mejor.

—No sabía que los dragones eran capaces de bailar.

Me tomó entre sus brazos y empezó a moverse.

—Oh, claro que sí —me susurró al oído—. La gente piensa que somos torpes, pero no es cierto. Es un hecho poco conocido que bailar con un dragón es como bailar con un rayo. —Y me hizo girar de repente. El corazón me dio un vuelco y solté una carcajada mientras el pelo flotaba a mi espalda. Luego me hizo dar la vuelta en sentido contrario mientras sonreía, y por tonto que pueda parecer, sentí como si estuviera brillando.

Luego bailamos más despacio y me perdí en la música y la sensación de su cuerpo contra el mío. Quería hacer lo que fuera necesario para oírle decir las palabras que creía ver reflejadas en sus ojos,

pero necesitaba estar a solas con él. Necesitaba un momento que fuera solo nuestro. Todavía me sentía nerviosa y me costaba asimilar cómo había cambiado todo en un instante; me había preparado para despedirme de él esa noche y ahora... Ahora sentía esperanza, incluso aunque me diera mucho miedo soñar.

La canción terminó y nos alejamos lentamente el uno del otro, pero me resultó imposible apartar los ojos de mi marido mientras él también me miraba con una expresión que no le había visto antes. Lo vi alargar la mano como si me fuera a tocar la mejilla cuando de repente oímos un aplauso. Miré a mi alrededor y fui consciente de que éramos la única pareja en la pista de baile y que nuestros invitados aplaudían como si hubiéramos actuado para ellos. Me reí mientras sentía que se me encendían las mejillas. Hice una pequeña reverencia y Grayson se inclinó ante mí, pareciendo también un poco avergonzado.

Una mujer se acercó a nosotros. Tenía una leve cojera y una sonrisa tierna en la cara.

—Ha sido precioso —nos felicitó, tendiéndonos la mano. La estreché con firmeza—. Soy Trudy Potter, la madre de Virgil.

—¡Oh! —exclamé—. Me alegro mucho de conocerla. Virgil se ha convertido en parte de la familia.

Ella dejó escapar un suspiro y nos miró con los ojos llenos de lágrimas mientras estrechaba la mano de Grayson.

—No quiero molestarlos más, pero... —Respiró hondo como si estuviera conteniendo las lágrimas—. Quería darle las gracias, señor Hawthorn —terminó en un susurro.

—De nada —replicó él en voz baja. Ella asintió con la cabeza antes de darse la vuelta y desaparecer entre la multitud—. Solo le di un trabajo —murmuró.

—Supongo —convine—, pero creo que para ella eso es mucho.

Lo miré. Me sostuvo la mirada con ternura y dejó salir el aliento. De repente, a mi derecha, oí el suave aplauso de una persona que se acercaba a nosotros. Me volví sonriente, pero mi sonrisa se desvaneció cuando vi a mi padre. El corazón se me detuvo mientras Grayson me cogía de la mano.

—Hola, Kira —me saludó mi padre.

Lo miré con cautela, echando un vistazo alrededor para asegurarme de que nadie podía oírnos. Él estaba entre las sombras y, al parecer, nadie lo había reconocido hasta ese momento. No resultaba extraño, imaginé, que mi padre asistiera a una fiesta organizada por mí, pero no quería que se quedara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —siseé.

—Se me ocurrió visitarte en tu nuevo hogar. Perdona la intrusión, pero no sabía que habías organizado una fiesta. Es que no me gustó cómo terminó nuestra conversación en San Francisco. Quería saber algo más del hombre con el que te has casado —añadió mirando a Grayson—. Me parece que hay más en ti de lo que Kira me hizo creer —dijo—. Claro que cualquier padre se preocuparía por su hija en estas circunstancias.

—¿Le importaría hablar sobre esto en un lugar más privado? —preguntó Grayson, dando un paso adelante con los dientes apretados—. Este no es el mejor sitio —dijo con palabras cortantes, señalando con la cabeza la gente que nos rodeaba bebiendo champán, riendo y bailando en la pista, a nuestras espaldas.

Mi padre entrecerró los ojos, pero asintió con la cabeza. Grayson se abrió paso hacia su despacho sin soltarme la mano. Lo miró cuando cerró la puerta a nuestra espalda.

—Le voy a dar un consejo —dijo Grayson en tono gélido—: no vuelva a dejarse caer por nuestra casa.

Mi padre se volvió hacia él con una mirada igual de fría.

—Me entenderá, por supuesto, si decido no aceptar consejos de un asesino —replicó con los dientes apretados, sin apenas mover los labios.

Grayson le sostuvo la mirada sin revelar ninguna emoción en su rostro.

—¿Qué quieres? —pregunté con abatimiento. La noche había sido mágica antes de que él apareciera.

La desesperación me oprimía el corazón.

Él nos miró a los dos de arriba abajo, criticando nuestros disfraces con su silencio, aunque eligió no hacer ningún comentario.

—Tú y yo no siempre hemos estado de acuerdo, Kira, pero es evidente que no quiero que mi hija permanezca casada con un asesino condenado —explicó.

—No —respondí—. No sabes nada de él. —Noté náuseas y me apreté el estómago como si así pudiera detenerlas.

—Kira —intervino Grayson en tono de advertencia, pero con una expresión inmutable—. No es necesario que luches mis batallas. Déjame hablar a solas con tu padre, por favor.

Lo agarré por el brazo.

—Grayson, tú no sabes que él...

—Creo que eso será lo mejor —convino mi padre. La sonrisa que me brindó me pareció tan frágil como las promesas que hacía en sus campañas.

Grayson me sostuvo la mirada.

—Puedo arreglármelas, brujita —me aseguró con ternura—. Regresa a la fiesta, por favor.

Dejé salir un suspiro de frustración mientras me detenía a mirar a mi padre un momento. Luego volví a buscar los ojos de mi marido. El corazón se me detuvo cuando una intensa sensación de temor me contrajo las entrañas. ¿Qué pasaría ahora?

—Vale. —Moví la cabeza sin saber qué más hacer y salí de la habitación con los puños cerrados para contener mi agitación.

La luna brillaba dorada en el cielo y la neblina jugueteaba con los dedos de mis pies. Me senté en el banco que había junto al laberinto de setos donde había estado con Shane. Parecía que hacía mucho tiempo de ello, aunque en realidad había pasado solo una semana. Me quité los guantes y las horquillas que sujetaban el sombrero y los dejé en la piedra, a mi lado. Luego usé los dedos para ahuecarme el cabello.

El temor que había sentido en el despacho de Grayson me había formado un enorme nudo helado en el estómago. No era capaz de nombrar todas las preocupaciones que se arremolinaban en mi interior al pensar en que mi padre y Grayson estaban conversando a solas. ¿Por qué había venido mi padre? ¿Qué deseaba? No me había parecido que recordara a Grayson... a pesar de que, evidentemente, lo había investigado. ¿Cuál sería ahora su siguiente paso? ¿Podría liberarme de él?

Cuando oí pasos acercándose, me quedé paralizada, pero no tardé mucho tiempo en ver aparecer a Grayson por la curva del camino. Se había quitado la máscara. Solté el aliento, con un brote de pánico.

—¿Qué ha pasado? —pregunté. Me miró sonriente.

—Tu padre me ha ofrecido un montón de dinero para que me aleje de ti de forma permanente, más incluso del que te dejó tu abuela.

El nudo subió a mi garganta y volvió a bajar a mi estómago. Solté aire con brusquedad y me rodeé con los brazos. La buena noticia era que, evidentemente, pensaba que nuestro matrimonio era de verdad.

—¿Se ha marchado?

—Sí.

—Debes aceptarlo —dije—. De todas maneras nos íbamos a divorciar. Él no tiene por qué saber que estaba previsto de antemano. —Traté de parecer sincera. Solo esperaba que la brusquedad de mi voz no me delatara.

—Estás temblando —observó.

—¿De verdad? —Me froté los brazos con las manos—. Imagino que hace algo de frío...

Sus manos reemplazaron las mías y me frotó los brazos desnudos. Sentí sus sólidas y cálidas palmas sobre la piel.

—Kira —susurró Grayson—. No te preocupes más por él. Soy tu marido, es mi trabajo cuidar de ti. No quiero su dinero y se lo he dicho. No quiero que nos divorciemos. Tenía la esperanza de que lo adivinaras esta noche.

—¿No quieres que...? —Perdí la voz y me volví hacia él.

Me pasó un mechón de pelo por encima del hombro.

—No, mi dulce y hermosa brujita. No quiero. Soy consciente de que podría ser difícil tomar en serio a un hombre que está disfrazado de dragón, pero...

Me reí por lo bajo.

—Esa es la razón por la que te estoy tomando en serio.

Él sonrió.

—Bien, porque yo esperaba... Bien, esperaba que le diéramos a nuestro matrimonio una oportunidad de verdad. Tengo la esperanza de que estés de acuerdo en ser mía... De verdad. Mi esposa, mi amante, mi amiga... —La vulnerabilidad estaba grabada en cada esperanzado rasgo de su cara, en sus oscuros y profundos ojos, y mi corazón brincó de alegría.

—¿Quieres que nuestro matrimonio sea real? —suspiré.

—Sí.

Yo también quería. Lo deseaba tanto que casi no podía esperar, pero todavía quedaban muchos asuntos sin resolver entre nosotros.

—¿Qué pasa con Vanessa? —pregunté, con la cabeza gacha.

Soltó un suspiro.

—Kira, jamás amé a Vanessa. Y si lo hice, no era el tipo de amor adecuado. Ahora lo sé. Vanessa estaba destinada a Shane. Lo sé porque ahora sé cómo se siente un hombre cuando una mujer está destinada a él, como tú estás destinada a mí.

—Gray... —murmuré, poniendo la mano sobre la suya cuando me acarició la mejilla.

—Hemos hablado mucho durante la última semana. Vanessa y yo no éramos el uno para el otro. No era nuestro destino casarnos. Somos amigos. Y ¿sabes qué, Kira? Nosotros nunca... Bueno, nunca nos acostamos juntos. Lo sabía... Sabía que no la amaba y que ella no me amaba. —Solté un suspiro profundo. Escuchar aquellas palabras me hacía sentir en paz. Luego mi magnífico dragón sonrió—. Les conté toda la verdad sobre nosotros y también les dije que iba a tratar de convencerte para que me dieras una oportunidad. Es como si me hubieran quitado un peso de los hombros. Y he recuperado a mi hermano.

Estudié su rostro, comprendiendo la paz que leía en sus ojos.

—Lamento lo de ese estúpido anillo. Es que... —Frunció los labios como si estuviera eligiendo las palabras correctas—. No quería hacerte daño. Pero no lo pensé, cuando recordé que tenía el anillo, pensé que serviría para dar veracidad a nuestras intenciones. Lamento que fuera así. Si tuviera que elegir una joya para ti, sería totalmente diferente; quizá unas esmeraldas que hicieran juego con tus ojos —susurró—. Nada incoloro como diamantes y ópalos. No te pegan.

Me sentía como si todo eso fuera un sueño. Me había pasado una semana convenciéndome a mí misma para irme de allí, temiendo el rechazo y con ganas de huir.

—¿Crees que funcionará? Lo hemos hecho todo al revés. Ya soy tu esposa.

Se rio por lo bajo.

—Sí, lo eres. Mi preciosa esposa. —Sus ojos navegaron por mi cara mientras su expresión se volvía seria, llena de necesidad—. Solo dime que tú también me quieres, Kira.

Se me aceleró el corazón. Ya me había pedido dos veces que le dijera que lo quería. La primera vez, presa del dolor y la confusión, lo había rechazado. La segunda, le dije que sí, y luego lo dejé. Pero ahora supe qué estaba preguntándome de verdad. Salvo Charlotte y Walter, que habían llenado todos los agujeros que pudieron de su vida, jamás se había sentido realmente querido por otra persona. Su hermano lo había necesitado, pero había sido rechazado por cualquier otra persona importante. Sí, yo lo quería. Quería que él supiera que era digno de ser amado. Aunque ¿estaba preparada para darle de nuevo mi confianza? ¿Estaba él dispuesto a confiar en mí?

—Sí, Grayson. Te quiero. Solo que... sabemos muy poco el uno del otro.

—Sé lo que necesito saber, y el resto lo aprenderemos.

Sonreí. Me cogió la mano y comenzó a recorrer el sendero hacia la parte delantera del laberinto. Los sonidos de la fiesta flotaron hacia nosotros con la fresca brisa de la noche.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —preguntó.

Me reí por lo bajo.

—Isabelle, por mi abuela. ¿Y el tuyo?

—No tengo.

Me volví hacia él.

—¿No tienes dos nombres? No me parece justo.

Se encogió de hombros y sonrió, curvando los labios en una sonrisa suave y vulnerable.

—No, supongo que no.

Lo bebí con la mirada allí, bajo las estrellas. Lo vi por completo, no solo su sorprendente atractivo físico, sino todo. Su inteligencia, su lealtad, su naturaleza protectora, su ingenio, su profunda sensibilidad..., aquello que dejaba que pocas personas vieran. Y de repente, me sentí acogida. Era su esposa. Ese magnífico hombre me había elegido. Quería amarlo, curarlo, transformar todos sus recuerdos oscuros en luz. Quería ser digna de él y que me amara.

—¿Qué fue lo que hizo que te dieras cuenta de lo que sentías? —pregunté, mirándolo entre las pestañas. De repente, sentía una profunda timidez.

Sonrió.

—Charlotte me ayudó. Me animó a dar un salto de fe. Me dijo que me dejara llevar.

—Ah... Un buen consejo.

—¿Y tú? ¿Lo sabías antes de esta noche?

—Creo que lo sé desde hace bastante tiempo.

—¿En serio? —La expresión satisfecha de su cara lo decía todo.

Nos detuvimos ante la entrada del laberinto, me volví hacia él y le cogí las manos.

—Aquí estamos —expuse en voz baja, señalando el laberinto con la cabeza.

—Sí —convino. Miró el laberinto un instante antes de volver a clavar en mí sus ojos brillantes—. Aquí estamos.

Se acercó a mí y tiró de mis brazos para estrecharme.

—Tú eres mi luz, brujita —susurró contra mis labios—. Haces que me hierva la sangre.

Sonreí con la boca pegada a la suya.

—Sí, pero... ¿confías en mí? —pregunté, poniendo la palma de la mano en su chaqueta y pasándola por su pecho. Sentí los fuertes latidos de su corazón.

—¿Si confío en ti? —Apareció una arruga entre sus cejas oscuras.

Me colé por debajo de su brazo y me di la vuelta de nuevo para mirarlo a los ojos.

—Ven a buscarme, Grayson —le dije, adentrándome en el laberinto.

—Kira —me llamó con la voz ronca—. ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Quiero ayudarte a olvidarte de algo —solté, doblando una esquina y girando en la siguiente con rapidez. Oí los pasos de Grayson, que andaba lentamente mientras yo corría—. Si puedes encontrarme, soy tuya.

—Kira... —A pesar de la distancia, oí el tono de advertencia—. Conozco el laberinto como la palma de mi mano, no puedes esconderte de mí aquí dentro.

«Oh, sí..., ya lo sé».

Me bajó un escalofrío por la espalda cuando doblé otra esquina.

—¿De verdad, dragón? —me burlé—. Vamos a comprobarlo. Estoy esperándote. —Ya me había perdido por completo, y sentí a la vez un hilo de miedo y simpatía por lo que Grayson debía de haber sentido al estar aquí solo cuando era pequeño, pero también un cosquilleo de emoción al saber que me encontraría. Los arbustos eran altos y estaban sin podar, por lo que corría con los aros de la falda tan pegados a mis piernas como era posible. Mi largo vestido se arrastraba por el suelo, detrás de mí, donde las ramas parecían alargarse con intención de agarrarme. La luna y las estrellas, así como el resplandor de la casa, eran la única iluminación.

Él no dijo ni una palabra, pero lo oía caminar con firmeza sobre las malas hierbas y las ramitas caídas, en línea recta hacia mí como si supiera dónde me dirigía. Al dejar atrás otra esquina, llegué a lo que parecía el centro del laberinto; una fuente antigua totalmente en ruinas y abandonada. Al lado había un banco de piedra, y me senté a esperar a que Grayson me encontrara.

Los sonidos distantes de la música y las voces ocupaban un lugar secundario en mi mente, concentrada en sus pasos con el pulso acelerado y el corazón desbocado.

—¿Dónde estás, brujita? —preguntó, ahora mucho más cerca. Pero no parecía que hubiera ninguna duda en su voz. Sí, sabía de sobra dónde encontrarme. Se me aceleró el ritmo cardíaco.

Cuando apareció por la esquina en el otro extremo al que yo estaba, contuve el aliento. Bajo el resplandor de la luna, vi que tenía los ojos clavados en mí. Me levanté lentamente y, cuando empezó a dirigirse hacia mí, levanté la mano para que se detuviera y poder ser yo la que se acercara a él. Porque, comprendí de repente, a veces es necesario reunirse a medio camino, pero en otras ocasiones lo que quieres es satisfacer a la otra persona yendo hacia ella. Y eso..., eso es amor. Me observó mientras me acercaba, con ojos oscuros e insondables.

Al aproximarme a él, se me ocurrió que cuando lo vi aquel día en el banco, me había enamorado de él, pero de una forma romántica e infantil. Me había enamorado de la idea que me había formado de él. Pero allí, en el profundo y oscuro laberinto en el que se había perdido y asustado una vez, alargué la mano y me enamoré del hombre. Me enamoré de mi marido.

Cuando me apretó la mano de nuevo, la suya era sólida, cálida y real.

Grayson

La fiesta estaba terminando. Hice una última ronda entre los invitados lo más rápido que pude, deteniéndome para charlar lo imprescindible entre los que todavía se quedaban o para despedirme de los que ya se iban. Cuando me encontré a Charlotte hablando de forma animada con la familia de José, sonreí y los saludé antes de preguntarles si podía llevarme prestada a mi ama de llaves durante un momento.

—Lo siento, Charlotte —le dije cuando estuvimos a un lado—, pero voy a retirarme ya. ¿Podrías animar a los invitados a quedarse y disfrutar de la música y la comida? Si te preguntan por nosotros, presenta excusas en nuestro nombre. —«Mi esposa está esperándome arriba, en nuestro dormitorio».

—¿Excusas? ¿Estás seguro? Todavía hay...

—Sí, Charlotte, muy seguro. —Le guiñé un ojo y me alejé antes de que pudiera añadir nada más. Pasé junto a unos invitados que parecían profundamente enfrascados en una conversación y empecé a subir la escalera. Remonté los escalones de dos en dos. Incluso podrían haber sido tres.

Cuando abrí la puerta del dormitorio, Kira estaba sentada ante el pequeño escritorio cepillándose el pelo, envuelta tan solo en una toalla. Al oír que se abría la puerta, se dio la vuelta y me sonrió. El maquillaje que llevaba antes había desaparecido y el pelo le caía con suavidad por la espalda. Parecía muy inocente y algo tímida. Se levantó y rodeó la silla en la que había estado sentada para acercarse a mí.

—Hola, brujita —murmuré mientras daba un último paso.

—Hola, dragón —susurró ella, subiendo las manos para deshacerme el lazo de la pajarita. A pesar de que parecía ansiosa por desnudarme, noté que le temblaban los dedos y, cuando me incliné para ayudarla, se rio con timidez—. Me siento como una novia. —Aunque dijo las palabras con un toque de humor, sus ojos mostraban una mirada dulce y vulnerable.

—Es que lo eres. Eso es lo que eres. —«Mi novia». De repente me sentí también en un terreno extraño. El aire de la habitación se hizo más espeso a nuestro alrededor, y solo existíamos nosotros dos.

Dejé caer las manos a los costados, permitiendo que terminara de quitarme la pajarita. Por fin, la arrojé a un lado y me desabroché los dos primeros botones de la camisa. Entonces se inclinó y me besó la piel recién descubierta de la garganta. Contuve la respiración al sentir el roce de sus labios, suaves y calientes. Me saboreó con la lengua y luego volvió a besar el mismo punto antes de echarse hacia atrás para desabrochar el resto de los botones. Mientras la miraba, ella tenía los ojos clavados en lo que estaba haciendo.

«Esta mujer es mía. No la tendrá nadie más», pensé, recreándome en la oscura sombra que arrojaban las pestañas sobre sus mejillas; en cómo separaba los labios, el de abajo más lleno que el superior; en el pequeño lunar que tenía al lado de la ceja derecha y el punto exacto de la mejilla donde aparecería el hoyuelo si ella sonreía.

—Eres guapísima —dije con reverencia.

Sus ojos se encontraron con los míos, grandes y llenos de sorpresa, tan verdes como las colinas cubiertas de hierba en alguna tierra mítica y brumosa. Mi hermosa brujita tenía magia en su interior y yo

quería bañarme con su luz. Nunca volvería a mirar el laberinto sin pensar en ella, sin verla caminando hacia mí bajo la luz de la luna, sin recordar aquella mirada llena de amor mientras me tendía la mano.

Me bajó la chaqueta por los hombros y la dejó caer al suelo, y luego hizo lo mismo con la camisa recién desabrochada, pasando las manos por mis bíceps desnudos.

—Tú sí que eres guapísimo —afirmó. Con los ojos clavados en los míos, aflojó la toalla que la rodeaba y la dejó caer al suelo. Cogí aire al ver su exuberante belleza desnuda, recreándome en cada suave curva.

Encerré su cara entre las manos y me incliné para besarla mientras emitía un profundo gemido. Me sentía débil por el deseo, mi creciente erección palpitaba sin control dentro de los estrechos confines de los pantalones. Me quité los zapatos mientras le lamía el labio inferior y me bajé las manos al cinturón para desabrochármelo. Lo arrojé a un lado y, sin dejar de besarla, me abrí los pantalones y dejé que cayeran al suelo junto con los calzoncillos. Les di una patada antes de inclinarme para quitarme los calcetines. Cuando me quedé desnudo ante ella, sus ojos vagaron por mi cuerpo hasta detenerse en mi hinchada erección. Subió la mirada hasta la mía con las mejillas profundamente ruborizadas.

—¿Puedo tocarte?

—Sí, Dios, sí. —Casi me atraganté—. Soy tuyo. Por favor, tócame. —Había esperado décadas para sentir sus manos sobre mí. Siglos. Eones.

Se inclinó y albergó mis testículos con delicadeza en la palma de su mano, sopesándolos. Gemí, pero me obligué a permanecer quieto mientras ella me exploraba. Jadeé de forma entrecortada cuando agarró mi longitud y deslizó la mano desde la base hasta la punta, donde usó el pulgar para rodear el glande. ¡Dios, qué placer!

—Kira... —gemí, poniendo la mano sobre la suya y deteniéndola. Quería que durara.

Separó los labios mientras miraba nuestras manos entrelazadas, y la vi tragar saliva. Le puse el pulgar en la garganta, quería sentir cada reacción que su cuerpo tuviera ante mí. Moví el dedo arriba y abajo por su cuello, y luego le deslicé lentamente la mano hasta la nuca al tiempo que me inclinaba para probar su boca. Me estremecí al sentir el contacto de su piel suave y sedosa contra la mía, disfrutando de la sensación que provocaba fusionar mi dureza contra su suavidad. Entregada, flexible. Me retiré para mirarla a la cara, presa de la desesperada necesidad de ver su expresión y saber si esto significaba tanto para ella como para mí. ¿Era nuevo para ella? ¿Era diferente? No sabía qué palabras decir ni cómo plantearle las preguntas, por eso buscaba las respuestas en sus ojos. Me quedé atrapado en el hechizo de su mirada antes de que bajara las pestañas y me cogiera de la mano para llevarme a la cama.

Cuando se sentó en el borde y se tumbó de espaldas sobre ella, me puse encima de su cuerpo, apoyando mi peso en una rodilla mientras le separaba los muslos con la otra. Me apreté contra el lugar del que emanaba su calor más ardiente y la oí gemir con suavidad.

—Aquí estamos —murmuré, repitiendo las palabras que me había dicho en el laberinto. «Por fin, por fin...». A medida que esas palabras resonaban en mi cabeza, se hacían tan grandes como la espera que había soportado para hacer mía a Kira. Era lo que lo resumía todo, algo que había esperado durante mucho tiempo. Durante toda mi vida.

«Por fin estás aquí».

Ella parpadeó, con la mirada desenfocada, antes de curvar los labios.

—Sí —dijo—. Aquí estamos.

Froté mis caderas contra las de ella y los dos gemimos. Ella estiró el cuello hacia atrás al tiempo que subía las manos a mi cabeza y me pasaba las uñas por el cuero cabelludo, arrancándome otro sonido de placer.

En el pasado, siempre había seguido un orden establecido cuando estaba con una mujer en la cama,

aunque nunca lo habría dicho a nadie. Sabía qué hacía disfrutar a mis parejas y qué me hacía disfrutar a mí, por lo que siempre conseguía que fuera una experiencia mutuamente satisfactoria. Con Kira, esa racionalidad desaparecía. Traté de recordar qué debía hacer en primer lugar, dónde debía centrarme, pero tenía la mente en blanco, así que solo podía seguir el instinto. Solo podía concentrarme en la pesadez de mi propia excitación, en el suave calor que emanaba de su cuerpo cuando se movía debajo de mí. Me sentía seguro e inseguro a la vez, como si Kira fuera la primera mujer que tocaba.

«Ya has hecho esto antes», me dije a mí mismo para tranquilizarme, pero las palabras sonaban falsas. No estaba seguro de nada.

Cubrí su boca con la mía e incliné la cabeza para poder introducir la lengua en el interior. Mi movimiento hizo que emitiera un profundo sonido de aprobación y que buscara mi lengua con la suya al tiempo que arqueaba la pelvis hacia mi palpitante erección, apretando también sus redondos pechos contra mi torso. Gruñí ante aquel delicioso impacto y me aparté de su boca para bajar los labios por su cuello hasta sus endurecidos pezones, para lamer primero uno y después el otro. Se los froté con suavidad y luego los sosegué con la lengua hasta volverla loca de deseo. Ella jadeó mientras apretaba el cuerpo contra el mío.

—Kira... —gemí. Quería adorarla. Quería descubrir cada uno de sus lugares secretos, cada sensible valle, cada provocativa curva. La hice rodar sobre el colchón y le besé la espalda, inhalando el aroma femenino de su piel mientras ella ronroneaba. Lamí los hoyuelos que coronaban sus nalgas antes de deslizar los labios por los globos gemelos camino de las corvas para volver a subir. Había perdido cualquier atisbo de control y estaba entregado por completo a los dictados de mi cuerpo. Los sonidos que hacía me volvían loco de deseo. Estaba desesperado de amor por mi dulce brujita, que se movía sin control debajo de mí.

—Kira... —susurré de nuevo.

Volví a hacerla rodar sobre sí misma y deslicé las manos por su cuerpo para acariciarlo y moldearlo cuando se arqueó hacia arriba, ofreciéndose a mí. Me incliné y la besé en el interior de los muslos mientras ella volvía a enredar los dedos en mi pelo.

—Por favor —jadeó en el momento en que pasé la lengua por su clítoris hinchado. Me concentré en el inflamado brote mientras mi cuerpo se endurecía y calentaba más con sus sonidos de placer. No podía soportarlo más. Iba a correrme sin ni siquiera estar en su interior, y quería con desesperación cubrirla con mi cuerpo, hundirme en su interior y penetrar una y otra vez su resbaladiza y suave calidez. Me coloqué sobre ella y moví mi pelvis sobre la suya, dolorido por el deseo.

Kira se aferró a mis hombros con una mirada que era pura desesperación.

—Por favor —suplicó de nuevo con la voz rota.

—Sí... —Fue todo lo que pude decir antes de cubrirla otra vez la boca y besarla con voracidad mientras me acariciaba los brazos, la espalda, el tórax. Era como si sus manos estuvieran en todas partes. «Sí, sí, sí...». En algún lugar de mi confuso cerebro logré hilvanar un pensamiento: «¿Qué es esto? Si es hacer el amor, nunca lo he hecho antes. Si es lujuria, solo he experimentado una tibia versión de ella». Eso... eso era como bailar bajo la luna, hacer el amor con la mujer que amaba. Interrumpí el beso momentáneamente para mirarla a los ojos mientras entraba en ella. Se aferró a mis hombros parpadeando, con una expresión que era una deliciosa mezcla de lujuria, perplejidad e impaciencia.

—Kira... —susurré mientras me hundía en su interior. Parecía que mi vocabulario se había reducido a esa única palabra. Su cuerpo era cálido, húmedo y suave, pero tan cerrado que apenas lograba deslizarme en su interior. Jadeé con un gemido, intentando controlarme para presionar más despacio. Kira se arqueó como si estuviera yendo demasiado lento para ella, y a pesar de mi desesperada necesidad, no pude reprimir una sonrisa.

«Dios mío, es perfecta».

«Dios mío, es mía».

Me introduje un poco más, y ella emitió un pequeño gemido al tiempo que me rodeaba las caderas con las piernas. Me impulsé más profundamente y, por fin, me hundí hasta el fondo con un último impulso. Vi que cerraba los ojos y que separaba los labios con un suspiro. Su mirada volvió a buscar la mía justo cuando empezaba a moverse. La intimidad que suponía mirarnos fijamente a los ojos mientras nos uníamos llegó a ser casi imposible de soportar. Su respiración era cada vez más rápida, sus caderas subían al encuentro de las mías, y tuve que esforzarme por reprimir el placer que se arremolinaba en mi abdomen, tensando mis testículos, erizando mi piel. ¡Dios!, era tan intenso que casi resultaba doloroso.

Oí vagamente que susurraba palabras que en realidad no eran tales, sino meras emociones convertidas en sonidos inconexos y crudos, que provenían de lo más profundo del corazón.

Deslizó las manos por mi espalda lentamente hasta llegar a mis nalgas, que apretó mientras me movía en su interior.

—Más rápido —gimió, y sentí en la nuca agujones de emoción al oír su orden. Incrementé el ritmo, clavándome en ella con más fuerza. Tenía la respiración entrecortada por el esfuerzo. No sabía dónde terminaba yo ni dónde comenzaba ella. Busqué su boca para darle otro beso más, pero cuando ella emitió un jadeo y sentí que sus músculos internos me ceñían de forma intermitente, me eché hacia atrás para ser testigo de su entrega. La observé con asombro mientras el orgasmo la atravesaba. Esa mujer era la que se había enfrentado a mí hasta el final, la que me había desafiado a cada paso. Esa mujer me fascinaba, me ponía a prueba, me presionaba hasta el límite y me mantenía en vilo. Lo era todo para mí: mis sueños, mi debilidad... Era la persona que hacía que quisiera ser fuerte. La única mujer que me había demostrado que le importaba, que me quería. Que era suficiente para ella.

—Kira —gemí una última vez antes de que me atravesara un clímax demoledor. Las estrellas bailaron ante mis ojos cuando el placer alcanzó su punto máximo. Me hundí sin fuerzas en su interior mientras apoyaba la cabeza en el hueco de su cuello. Recuperamos poco a poco el aliento. Sentía sus manos recorriendo mi espalda de arriba abajo; necesitaba sentir ese contacto, todavía impactado por lo que acababa de ocurrir. Unos minutos después, rodé a un lado y la cogí entre mis brazos mientras miraba sin ver el ventilador que había en el techo. Todavía necesitaba recuperarme por haber experimentado algo que convertía en una triste burla cada encuentro sexual que había tenido antes.

Me sentía vulnerable de una manera extraña, como si fuera ella la que tuviera todo el poder. No estaba seguro de cómo procesar esos nuevos sentimientos. El sexo siempre me había hecho sentir al mando. Era, invariablemente, quien tenía el control. Y ahora...

—¿Cómo te sientes? —susurró ella.

—Como tu marido —reliqué al instante, esbozando una sonrisa—. ¿Cómo te sientes tú?

Alzó la cabeza para mirarme. Tenía una expresión feliz y satisfecha.

—Como tu esposa —susurró.

Mi sonrisa se hizo más grande mientras la atraía hacia mí.

Kira dibujó una de mis tetillas con la punta del dedo y me estremecí. La acerqué todavía más, aunque ella echó la cabeza hacia atrás y me miró.

—¿Es siempre así? —preguntó, con una nota burlona en la voz.

—No —respondí de inmediato. La miré para que viera la sinceridad también en mis ojos—. Jamás había sentido algo tan maravilloso. Jamás había visto nada tan maravilloso como tú. —Leí el alivio y la felicidad en su expresión antes de que sonriera con ternura.

—¿Siempre será así entre nosotros?

Estudié su expresión vulnerable. Sí, pensaba que siempre sería así para nosotros, ya que estaba

implicada Kira con su alegría, su pasión y su hermoso espíritu. Pero sabía lo que estaba preguntado en realidad. Una vez se había sentido avergonzada por algo que era natural para ella. Una incómoda sensación de celos me amenazó, pero no estaba dispuesto a permitir que su ex entrara en nuestra habitación, así que pensé que sería mejor soslayar la pregunta por el momento. Sonreí y la besé en la frente.

—Tendremos que averiguarlo, ¿no crees? —Rodé sobre mí mismo de repente y me cerní encima de ella para besarla una vez más en la boca con voracidad. Le subí los brazos y los sostuve por encima de su cabeza, haciendo que se riera y que empezara a retorcerse debajo de mí, coqueta y juguetona al instante.

La volví a besar y luego la solté.

—No hemos usado nada —dije, mirándola fijamente para calibrar su reacción. Me había dado cuenta después; por primera vez en mi vida ni siquiera había pensado en ello. Sin embargo, no era algo que me preocupara. Me inquietaba más saber qué pensaba ella al respecto, aunque tampoco lo había mencionado.

La vi vacilar. Era evidente que tampoco se le había ocurrido hasta ese momento.

—Seguramente por una vez no pase nada. Voy a pedir la receta para la píldora, así no tendremos que preocuparnos por ello.

—Vale —dije al tiempo que asentía moviendo la cabeza. Me pregunté si se extrañaría por mi falta de interés. Me parecía bien tomar medidas en adelante, pero estábamos casados. Teníamos un hogar. No pensaba que estuviéramos preparados para tener hijos todavía. No había pensado en ello nunca, pero tampoco sería una tragedia. Sin duda quería disfrutar de mi esposa durante un tiempo, pero si se hubiera quedado embarazada, no pasaba nada.

—¿Quieres un vaso de agua? —pregunté, frotando su mejilla con la nariz antes de besarle la comisura de la boca.

—Sí, por favor.

Me levanté y ella se incorporó. Se movió para acomodarse contra las almohadas, en la cabecera de la cama. Robé un momento para recrearme en ella: el pelo caoba alborotado alrededor de su cabeza; sus perezosos ojos verdes, algo entrecerrados; la expresión de pura satisfacción que había en su cara; su belleza desnuda, tan hermosa por fuera como por dentro. Antes de que se me olvidara el agua y regresara a la cama para disfrutar de ella de nuevo, me di la vuelta y me dirigí al cuarto de baño. Cuando me vi de perfil en el espejo, me sorprendió ver la sonrisa que ni siquiera sabía que lucía.

—¿Quieres contarme algo al respecto? —preguntó en voz baja al tiempo que se inclinaba para besarme el cuello. Acabábamos de hacer el amor por segunda vez y estaba tumbado sobre las almohadas, con la cabeza de Kira apoyada en mi pecho.

Hice una pausa, sin saber al principio a qué se refería.

—¿Te refieres a lo que supuso estar en la cárcel?

Asintió con la cabeza, todavía con los labios en mi piel. El olor que emanaba de su pelo llegaba hasta mis fosas nasales y me hacía sentir tranquilo y satisfecho.

Suspiré. Quería contárselo todo, que supiera todo sobre mí. Quería compartir con ella cosas que nunca le había contado a nadie, pero era difícil decir las palabras, y tampoco era algo que se me diera bien.

Pasé la mano por su pelo sedoso y cerré el puño capturando un mechón.

—Acababa de volver de Nueva York, a donde había ido a ver a mi madre.

—¿Fuiste a ver a tu madre? —preguntó, sorprendida.

Asentí.

—Podría decirse que el viaje estaba maldito antes de comenzar. He tratado de olvidarlo, pero en ese

momento... Bueno, acababa de graduarme en la universidad y pensé que si ella me veía, si conocía al hombre en el que me había convertido... No sé, caería de rodillas y me pediría perdón. Por estúpido que suene, era lo que me imaginaba. —Emití un sonido burlón—. Así que me subí a un avión y me presenté ante su puerta sin que me invitara. —Permanecí en silencio durante un momento, recordando la esperanza que me había llevado hasta su apartamento—. Estaba casada y tenía dos niños pequeños.

—Agradecería que fueras a verla —comentó ella en voz baja.

Emití un sonido que habría sido una risa si aquello hubiera tenido gracia.

—No. Me dijo con amargura que había arruinado su vida. Que estaba a punto de lograr una gran carrera cuando yo puse fin a cualquier esperanza. Me dijo que se alegraba de no tener que mirarme cada día y recordar todo lo que podría haber tenido. Luego me pidió que me marchara. Sin embargo, eso no fue lo peor, sino la forma en la que miraba a sus otros hijos mientras yo estaba allí. Me di cuenta de que no se trataba de que fuera incapaz de amar, solo era incapaz de amarme a mí. —Dejé caer las palabras tan casualmente como pude, pero sentí un ligero calor en las mejillas. El recuerdo de aquel momento todavía era como una marca al rojo vivo.

—Gray... —dijo. Me acarició la mejilla con un mundo de compasión en sus ojos. Me incliné hacia ella.

—Regresé a San Francisco y decidí ir a un bar. Necesitaba beber una copa... O diez.

—Estabas dolido —reconoció.

—Sí... Dios, ojalá hubiera cogido el coche y regresado a casa —dije apesadumbrado. La voz se me quebró en la última palabra y Kira me rodeó con sus brazos para estrecharme con fuerza.

—Llevaba una hora en aquel bar cuando me encontré con Brent Riley, un niño rico que había conocido a través de amigos comunes y con el que había coincidido en alguna que otra fiesta a lo largo de los años. Su familia vive en un pueblo a una hora de aquí. Había ido con sus amigos a San Francisco para su despedida de soltero, así que formaban un grupo bastante numeroso y me uní a ellos. Nunca me había llevado bien con él; era un capullo, una de esas personas que parece perfecta por fuera, pero que por dentro es espeluznante y egoísta.

Asintió moviendo la cabeza.

—Conozco a esa clase de gente —mencionó con ironía. La besé en la frente con suavidad, sabiendo que estaba pensando en Cooper, o quizá en su padre. O en ambos.

—Sí. Cuando estábamos en el aparcamiento, me dijo que le habían echado algo en la bebida a una chica y que iban a llevarla al hotel para pasar un buen rato. —Kira me miró y abrió mucho los ojos con una mezcla de sorpresa y repulsión—. Me preguntó si quería participar en el tema mientras señalaba a un coche, donde había una chica inconsciente en el asiento trasero. Me volví loco. —Hice una pausa—. Estaba buscando bronca, Kira. Y recibí con agrado tener una buena razón para pelearme con él.

—Era una buena razón, Gray —susurró.

Dejé escapar el aire que retenía.

—Quizá. Pero se lo eché en cara y fue él quien empezó. Era todo lo que necesitaba. No mostré ninguna piedad. Me dio algunos buenos puñetazos, pero la mayoría los di yo. Disfruté con ello. Entonces, se cayó y... —hice una pausa y cerré los ojos, recordando aquel terrible momento— y al ver cómo aterrizó, supe que estaba muerto. La gente empezó a dispersarse, los coches desaparecieron y llegó la policía.

Kira me miró con una mirada tan compasiva y comprensiva que quise hundirme en sus ojos, seguro de que allí podría encontrar la redención.

—No querías matarlo —adivinó.

—No. ¡Dios, no! No era mi intención matarlo. Solo quería hacerle daño, darle una lección. Esa noche actué como juez, como jurado y, como se vio después, como verdugo.

Ella levantó la mano y me pasó el pulgar por la mejilla. ¿Cómo podía mirarme con tanto amor después de lo que le había contado? Y sin embargo, lo hizo.

—¿Encontraron a la chica?

Apreté los labios.

—Sí, la encontraron, pero era demasiado tarde como para hacer ningún test de drogas. Mi defensa no pudo usarlo durante el juicio. —Respiré hondo—. Mi defensa... Menuda broma. Mi padre no quiso pagarme un abogado, me dejó colgado —confesé, incapaz de reprimir el dolor y la amargura que había en mi voz—. Tuve que contratar uno de oficio. El tipo era un incompetente e, incluso aunque no lo hubiera sido, tenía tanta carga de trabajo que no habría podido hacer más por mí. Aun así, estaba seguro de que no me impondrían una pena muy alta por lo que pasó; seis meses como máximo o servicios para la comunidad en el mejor de los casos. Así que cuando el juez me impuso cinco años... me quedé muy sorprendido. Sentía como si mi vida hubiera acabado.

Sentí que Kira se tensaba, pero se quedó inmóvil. Respiré hondo.

—Esperaba que mi padre viniera a visitarme, aunque fuera una sola vez, pero no lo hizo. Entonces, Shane vino a decirme que se había casado con Vanessa... —El dolor que había sentido en ese momento todavía me afectaba, incluso aunque no fuera de la misma forma. Me había sentido destrozado. A partir de entonces, había cortado cualquier contacto con Shane, borrándolo de mi lista de visitas. Y él había seguido intentándolo. Durante esos años, nunca dejó de escribirme, de intentar que lo recibiera... Ni tampoco lo había hecho Vanessa.

Kira levantó la cabeza para mirarme.

—Debió de ser terrible para ti. Te has tenido que sentir abandonado, traicionado...

Asentí. Sabía que ella me entendía.

—No habría sobrevivido si no hubiera sido por Harley. Y tú, brujita, tuviste mucho que ver con ello.

Frunció el ceño.

—¿Cómo?

Le conté lo que Harley había compartido conmigo. Entonces apoyó la barbilla en mi pecho con una serena sonrisa en los labios.

—Entonces, quizá, de alguna manera, yo estaba allí contigo —susurró—. ¿Te parece una locura?

Me reí.

—No, para mí tiene sentido. —Bajé la vista hacia ella con el corazón acelerado. Fui consciente de su suave y maleable cuerpo pegado al mío y, para mi sorpresa, me sentí de nuevo inundado de deseo. Pero la necesidad no solo palpitaba entre mis piernas, también latía en mi corazón. La deseaba en todos los sentidos que un hombre puede querer a una mujer.

«Te amo. Siempre te amaré», quise decirle, pero las palabras quedaron atrapadas en mi garganta. El miedo se tragó cualquier sonido. Así que me incliné y la besé, rindiéndome pero no por completo. No era lo suficientemente valiente. Todavía no.

Kira

Era extraño estar enamorada de mi marido. Extraño, pero completamente maravilloso. Cuando salía a pasear entre los viñedos, me encontraba con que lucía una sonrisa en los labios, soñadora la mayoría de las veces. Trasladé todas mis cosas a la habitación de Grayson y empezamos una nueva etapa de nuestro matrimonio. Ahora estábamos realmente casados. Me sentía como si estuviera en un ti vivo, incapaz de creer que fuera real.

Nos despedimos de Shane y Vanessa, prometiéndoles que cuando hubiera terminado la cosecha de otoño, iríamos a pasar algún tiempo con ellos en su casa de la playa, en San Diego. ¡Qué diferente había sido su marcha de su llegada! Sonreí mientras lo pensaba, riéndome al recordarme tirada en el suelo del vestíbulo, con Grayson. Se me ocurrió que quizá sería buena una revancha, porque el dragón estaba convencido de que había ganado él.

Pasaba los días organizando su despacho, pagando las facturas acumuladas e investigando los asientos contables de los seis últimos años. Aquello no iba a ser fácil ni rápido. Aun así, estaba decidida a entender lo que había ocurrido para que los viñedos se hubieran ido a pique de esa manera. Ahora eran mi hogar, y lo serían de ahí en adelante. No quería que volviera a ocurrir algo así.

Cada día esperaba con ansiedad que Grayson terminara de trabajar para cenar juntos. Luego dábamos largos paseos entre los viñedos, hablando y riendo, compartiendo secretos y aprendiéndolo todo sobre el otro como si estuviéramos empezando a salir. Y, a todos los efectos, era lo que hacíamos, solo que para mí tenía el plus añadido de estar ya enamorada de él. Soñaba con que llegara el día en el que él pudiera corresponderme.

Cuando llegaba una hora decente, o a veces cuando todavía no había llegado, nos retirábamos a nuestra cama, donde pasamos largas noches haciendo el amor. Aprendí lo que volvía loco de pasión a Grayson, y él descubrió formas de usar mi cuerpo y mi boca que le llevaron a olvidar aquel control que siempre parecía tener. Le permití conocerme más profunda e íntimamente que nadie. Con cada gemido, con cada jadeo, con cada una de sus temblorosas caricias me demostraba que Cooper no tenía razón, que yo podía disfrutar y alcanzar la satisfacción en la cama.

Fuimos a la ciudad un par de veces a cenar, y cuando varias personas que habían estado en la fiesta se acercaron a saludarnos, Grayson se mostró cálido y agradable con ellas. Era casi como si aquella actitud fría que había adoptado antes se hubiera derretido. Todavía había quienes lo observaban con cautela, pero era cuestión de tiempo que cambiaran de opinión. Le dije que me gustaría explorar otras ideas que se me habían ocurrido. Él solo se rio y me dijo que estaba seguro de ello.

Una mañana, un par de semanas después de la fiesta, salí con Sugie a pasear entre los viñedos. Durante todo ese tiempo, no había caminado entre las filas de vides que constantemente admiraba desde la lejanía. Era un día fresco a pesar del sol que brillaba en lo alto por culpa de la brisa. Muy pronto se cosecharía toda aquella fruta y comenzaría el verdadero trabajo en Viñedos Hawthorn. Aspiré una enorme bocanada de aire fresco, embriagándome con el aroma de la tierra y la esencia dulzona de las uvas casi maduras. Sugie resopló cerca del suelo, explorando cosas más interesantes con el hocico.

Grayson me había dicho que todo estaba preparado para la cosecha. Que le faltaban algunos contratos por firmar, pero, aparte de eso, tenía el equipo en buenas condiciones y preparado para ponerse en marcha.

Nuestro plan estaba funcionando y yo no podía sentirme más feliz. Los viñedos iban a poder despegar gracias al dinero de mi abuela. Me quedé mirando las viñas cargadas de uvas mientras me mordisqueaba el labio. Estaba preocupada. Había encontrado algunas cosas muy raras en los asientos contables que había en los archivos que Walter me había facilitado. No quería admitir, ni siquiera ante mí misma, lo que creía haber descubierto, pero cuantas más vueltas le daba al asunto, más segura estaba de que no me equivocaba. Y no sabía qué hacer.

—Pareces sumida en tus pensamientos.

Me di la vuelta cubriéndome la boca con la mano y me reí cuando Grayson me rodeó con sus brazos.

—¿Cómo has dado conmigo? —pregunté mientras él apretaba los labios contra mi cuello—. Pensaba que me había escondido bien.

—Nunca lograrás esconderte de mí. Te huelo. —Acercó la nariz a mi piel y empezó a olisquearme como un perro demasiado entusiasta. «¡Dragón!». Chillé y me reí cuando su aliento me hizo cosquillas. Intenté zafarme de él hasta que también soltó una carcajada.

—Mira que estar aquí ideando nuevos problemas cuando podrías estar a solas en algún lugar escondido haciendo todo tipo de guarradas con un dragón...

Me reí.

—¿No has tenido suficiente por hoy? —pregunté en broma.

—Nunca. —Se dio la vuelta y entonces fue cuando vi la cesta de pícnic, que recogió para llevarla hasta donde yo estaba. Miró a su alrededor hasta detener la vista en una zona de hierba iluminada por los rayos del sol. Abrió la canasta y sacó una manta, que extendió en aquel claro. Luego se volvió hacia Sugie, que olisqueaba algo en las cercanías.

—Danos un poco de privacidad, Sug. Vete a perseguir un ratón o algo así. —Sugie resopló, perdiéndose detrás de una parra al final de una hilera, evitando las uvas, como le habían enseñado.

—Has estado conspirando —lo presioné—. ¿De qué va esto?

—Esto... —dijo, sentándose en la manta y palmeando un lugar junto a él— va de que tengo que enseñarte a diferenciar los distintos tipos de uvas. Ven aquí.

Me reuní con él, sentándome en la manta.

—Si quieres ser la esposa adecuada para un enólogo, necesitas conocerlo todo sobre la variedad de uvas que cultivamos cuando te pregunten para poder responder con seguridad.

—Ah... —Traté de abrir la cesta, pero la cerró, haciéndome reír.

—Paciencia, brujita. Primero, tienes que desnudarte.

Arqueé una ceja.

—¿Necesito quitarme la ropa para recibir esta lección?

—En efecto. Como es preciso con todas las lecciones realmente interesantes —afirmó, mirándome de reojo de forma sugerente, y un destello de maldad en sus oscuros ojos de dragón. Me dio un vuelco el corazón y mis músculos internos se tensaron víctimas de su descarado atractivo masculino, que se hacía todavía más evidente cuando actuaba como un dragón.

—Hace un poco de frío para estar desnuda, ¿no crees?

—Te mantendré caliente. Te lo prometo.

Me reí por lo bajo, pero obedecí. Me quité la sudadera y las zapatillas deportivas, y luego me desabroché el botón de los vaqueros. A continuación me recosté, y fue Grayson quien me bajó los pantalones y se deshizo de ellos. Una oleada de inseguridad se apoderó de mí mientras él me estudiaba

allí tendida, en sujetador y bragas. Nadie me había observado con esa intensidad, y menos bajo la brillante luz del sol.

—Eres tan preciosa que duele —murmuró. Se inclinó y apoyó los labios en mi cuello antes de acercarlos a mi oreja—. Una vez me prometí a mí mismo que cuando hiciera el amor contigo sería bajo el sol para poder ver cada colorida parte de ti... Tu hermoso pelo que parece de fuego... —Cogió un mechón y lo frotó entre los dedos—. Tus preciosos ojos verdes, en los que quiero hundirme...

—Grayson —murmuré, enredando los dedos en su pelo oscuro mientras me relajaba, caliente bajo su cuerpo. Se puso de rodillas un instante y se quitó la camiseta antes de inclinarse para desabrocharme el sujetador. Se dejó caer a un lado y me bajó los tirantes por los brazos mientras clavaba los ojos en mis pezones, que estaban rígidos y enhiestos por la fresca brisa.

—Son iguales que los pétalos de rosa —susurró. Luego se puso de nuevo sobre mí y deslizó la lengua dentro de mi boca. Me estremecí con las chispas que crecieron entre mis piernas.

Pasé los dedos por su columna, recreándome en su piel, suave como satén caliente. Era grande, duro por todas partes comparado con mi suavidad, pecaminosa y perfectamente masculino. Me encantaba sentir su peso encima, notar cómo se ondulaban sus músculos bajo las palmas de mis manos, provocando un delicioso revuelo en mi vientre. Era mucho más fuerte que yo y, sin embargo, me trataba con suma ternura. El lento movimiento de su pelvis contra la mía hizo que me hirviera la sangre, y gemí en su boca. Habíamos hecho el amor innumerables veces, pero, de alguna forma, cada ocasión era algo nuevo y diferente.

Deslicé la mano entre nuestros cuerpos y pasé los dedos por sus abdominales, que se tensaron bajo mi contacto mientras él contenía el aliento. Me encantaba hacer jadear a mi marido. Él sonrió contra mi boca y se apartó de mí, haciéndome gemir. «Oh... es él quien tiene el control hoy». Se echó hacia atrás y cogió algo de la cesta, que dejó sobre la manta, a nuestro lado. Era un racimo de uvas.

—Esas —dijo con la voz ronca—, son uvas Chardonnay.

Arrancó una y se la puso entre los labios para morderla por la mitad. Yo observaba fascinada cómo la cogía entre los dedos y me la pasaba por el pezón. Contuve la respiración y arqueé el cuello mientras cerraba los ojos. La sensación de la humedad de la fruta calentada por su boca en mi piel sensible era deliciosa. Se inclinó y lamió el jugo que había dejado la uva, besándome el pezón antes de llevar la fruta a mis labios.

—Las uvas Chardonnay tienen un sabor neutro y adquieren el del roble de las barricas —dijo al tiempo que la frotaba contra mi boca. Me lamí los labios mientras él observaba mi lengua, con los ojos cada vez más oscuros y llenos de deseo. Me fijé en que el pulso le latía cada vez más rápido en el cuello. Tomé la uva entre los dientes y la mordí, cerrando los ojos cuando la dulce pulpa inundó mi lengua. Gray se inclinó de nuevo para besarme, y degustó el sabor en mi boca.

—Mmm... —me murmuró al oído cuando abandonó mi boca—. Hasta ahora lo estás haciendo muy bien. Eres una estudiante avezada —bromeó.

—Eres difícil de ignorar.

Tenía los labios curvados en una pequeña sonrisa de satisfacción cuando se echó hacia atrás y sacó otro racimo de la canasta. En esta ocasión las uvas eran de color púrpura azulado.

—Cabernet Sauvignon —me informó en voz baja. Volvió a llevarse una a la boca y la mordió por la mitad. Luego la arrastró por mi vientre antes de inclinarse para lamer el jugo. La sensación de su cálida lengua sobre la sensible piel de mi estómago hizo que se me acelerara el corazón. Le sujeté la cabeza entre las manos y solté un suspiro. Él levantó la cabeza y, por un instante, nuestros ojos se encontraron. Algo fluyó entre nosotros.

«Te amo —pensé—. Mi corazón te pertenece». Dejé caer la cabeza hacia atrás porque me daba

demasiado miedo decir las palabras, temía que no me dijera que él también me amaba.

—De estas uvas sale un vino con cuerpo —explicó. Su voz sonaba ronca, como si estuviera luchando por mantener el control.

«Siempre recordaré esta lección, cada palabra. Cada sensación».

Antes de que me diera cuenta, Grayson se había levantado y se había quitado los zapatos, para seguir con los vaqueros. Estuvo de nuevo a mi lado en cuestión de segundos, y arrancó otra uva de un racimo de color morado oscuro. La sostuvo entre los dientes mientras deslizaba los pulgares por el elástico de mis bragas. Cuando levanté las caderas, él me las quitó y las dejó a un lado. Se arrodilló junto a mí y pasó el dedo índice entre mis piernas. Gemí y las separé para él. Pasó la uva por mi piel más sensible mientras yo intentaba controlar mis caderas, que se alzaban deseosas hacia él.

—Merlot —gruñó—. Su vino es muy afrutado. —Suspiré atormentada pero aliviada cuando lamió el jugo. Cuando hizo girar la lengua sobre mí, el placer fue tan intenso que estaba segura de que alcanzaría el orgasmo en solo unos segundos. Me retorcí, jadeando su nombre. De repente, se incorporó de nuevo y mi piel se enfrió, privada de su calor. Él mismo se agarró la erección con la mano y frotó el hinchado glande por mi entrada mientras inclinaba las caderas hacia él en abierta invitación.

—Sí —jadeó, introduciéndose.

Contuve la respiración ante la ahora familiar sensación de estar llena.

«No hay nada más maravilloso. Nada». Pero sí lo había.

Empezó a penetrarme.

Solté un agudo grito ante el repentino placer y bajé las manos por su espalda hasta sus nalgas, disfrutando al percibir el rotundo tacto de sus músculos bajo las palmas de las manos. Nos movimos a la vez, como si fuera una poesía sensual que llevaba a un placer cada vez más brutal. El placer fue *in crescendo* hasta que no hubo más lugar para ir que saltar por el borde. Grité mientras unos intensos espasmos sacudían mi cuerpo. De forma vaga, oí que Grayson gruñía al alcanzar su clímax, hundiéndose con torpeza dos veces más mientras se corría, estremeciéndose y jadeando en el hueco de mi cuello. El mundo se aclaró poco a poco mientras flotaba lentamente, sintiendo la respiración entrecortada de mi marido contra la piel. Las nubes navegaban de forma perezosa por el cielo, las aves piaban en los árboles de los alrededores y el corazón de Grayson retumbaba contra el mío. Me sentía como si el mundo estuviera repleto de belleza.

—¿Qué otras lecciones puedo esperar en el futuro como esposa de un enólogo? —pregunté jadeante. Él se rio contra mi piel.

—Oh, tengo muchas cosas que enseñarte. Eso es solo el principio. —Se incorporó y me besó una vez más con una sonrisa en los labios. Me estremecí por el aire fresco, así que me senté y me vestí. Grayson sacó de la canasta un termo con café, panecillos de arándanos y naranja que Charlotte acababa de hacer y un recipiente lleno de fresas. Disfrutamos del pícnic riéndonos y charlando. Si existía una felicidad mayor que esa, no sabía cuál era.

A la tarde siguiente, comenzó a llover. Tamborileaba en la ventana, pintando el mundo exterior con acuarelas brumosas. Permanecí sentada en el despacho de Grayson con la mirada clavada en los robles y en las puertas de la verja, más allá de los asientos contables que se extendían sobre la mesa, ante mí. Había organizado el despacho y ahora cada cosa tenía un lugar, ya fuera una carpeta con archivos etiquetados de forma ordenada en el cajón del escritorio o en una de las bandejas para papel que se apilaban sobre la mesa. Cuando estaba terminando, Sugie se acomodó a mis pies y bostezó.

—Quédate aquí, chica —la tranquilicé—. Ahora vuelvo.

Charlotte y Walter estaban en la cocina, sentados uno junto al otro a la enorme mesa para comer, con una taza de té delante.

—Ah, hola, querida. ¿Te apetece tomar un té con nosotros? Hoy han bajado realmente las temperaturas.

—Claro. Ya cojo yo la taza, no te muevas —le dije a Charlotte con aire distraído cuando empezó a ponerse de pie. Me senté ante la mesa y acerqué la taza para que me la llenara con el contenido de la tetera que había sobre la mesa. Le di las gracias y coloqué las manos alrededor del recipiente caliente, dejando que el calor se filtrara a mi piel.

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte con una nota de preocupación en su voz—. ¿Va todo bien entre Gray y tú? Parece como si...

—Sí, entre nosotros va todo bien. —Sonreí—. Mejor que bien, la verdad. —Me mordisqueé el labio—. Es otra cosa. —Miré a ambos sin querer poner en palabras lo que sospechaba, pero sabiendo que tenía que hacerlo.

—¿De qué se trata? —preguntó Charlotte. Walter y ella se habían quedado muy quietos.

—He estado inspeccionando los viejos asientos contables y parece que... Bueno, es como si Ford Hawthorn hubiera querido boicotear los viñedos a propósito. ¿Es posible? —susurré. Charlotte y Walter se miraron el uno al otro con expresiones sombrías.

—No debes decirle a Grayson lo que has descubierto —dijo Charlotte—. No estoy a favor de ocultar la verdad, pero... Ese chico ya ha sufrido demasiado a manos de su padre y esto terminaría de destruirlo. Quizá algún día... Creo que podríamos decírselo en el momento adecuado, pero no ahora, que ha empezado a sanar por fin.

Solté un suspiro.

—Es cierto... —Me atraganté y noté un escalofrío—. ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo?

—Era su último mensaje a Grayson —explicó Charlotte con una mirada apesadumbrada—. Walter trató de deshacer todo lo que pudo para ocultarlo lo más posible, pero cuando Ford descubrió que estaba enfermo, y Shane y Jessica le dijeron que no querían tener nada que ver con los viñedos, se dio cuenta de que solo podía dejárselos a Grayson. Entonces empezó a destruirlos. Por suerte, dispuso de menos tiempo del que pensaba. Aun así, hizo suficiente.

Me sentía enferma. Se me revolvió el estómago y sentí náuseas.

—¿Tanto lo odiaba? —De repente, me sentí helada hasta los huesos a pesar de la taza de té caliente que sostenía entre las manos. Me di cuenta de que estaba apretándola demasiado y la solté.

—Se odiaba a sí mismo —razonó Charlotte, y por primera vez desde que la conocía, noté la ira en su voz—. Y lo canalizaba en la relación con su hijo. Tenía intención de dejarle algo sin valor como bofetada final. Fue cruel, vengativo y horrible, y...

—Es mentira —dijo Grayson desde la puerta. La sorpresa fue tan fuerte que el té me resbaló de las manos y pegué un brinco.

—Grayson —suspiré.

—No —dijo, pero su voz se quebró y se apoyó en el marco de la puerta. Charlotte, Walter y yo nos acercamos a él con rapidez.

—Gray —lo llamó Charlotte, extendiendo la mano para sujetar la de él con una expresión de profundo dolor.

—Dime que es mentira, Charlotte —le suplicó.

Su cara registró un hondo pesar, pero bajó la mirada. No podía darle una respuesta a una pregunta tan directa, no podía mentirle a Grayson. El daño ya estaba hecho. Él se volvió y salió con rapidez de la estancia para dirigirse a las escaleras.

Charlotte y Walter empezaron a ir tras él, pero los detuve con una mano.

—Dejadme hablar con él —les pedí—. Por favor.

Los dos asintieron. Charlotte se retorció las manos con angustia.

—Si nos necesitas, aquí estaremos —dijo Walter. Asentí con la cabeza mientras les brindaba una sonrisa triste.

Subí las escaleras todavía presa de la incredulidad. ¿Cómo era posible? Los registros habían levantado mis sospechas, pero, a la vez, me resultaba difícil creer que podía ser verdad. «¿Es posible que haya alguien tan malo?». ¿Podía alguien contener tanto odio dentro al final de su vida? ¿Que ese fuera el legado que elegía dejar? No podía comprenderlo. Ese tipo de venganza era totalmente inexplicable para mí. Entré en el dormitorio que compartía con Grayson y me lo encontré de pie ante la ventana, contemplando la lluvia.

—Gray —le dije con suavidad, acercándome a él. Se volvió hacia mí y la mirada de devastación absoluta que leí en sus ojos hizo que me detuviera en seco. Contuve la respiración.

—Le hice una promesa —me explicó con la voz ahogada—. Todo este tiempo... he pensado... —Se apartó de la ventana y apoyó la espalda en la pared que tenía más cerca. Le fallaron las piernas, por lo que se deslizó hacia el suelo, donde hundió la cabeza entre los brazos. Emití un grito de angustia y me precipité hacia él, me dejé caer en la alfombra, a su lado, y rodeé su cuerpo tembloroso con los brazos. Mientras lo sostenía, hizo lo que probablemente había necesitado hacer durante seis largos años, o quizá durante toda su vida: llorar.

Kira

Viñedos Hawthorn parecía muy tranquilo. Grayson se quedó en nuestra habitación durante el resto del día. No volvió al trabajo y estuvo acostado en la cama mirando la pared. Fui por el dormitorio varias veces, pero no me habló demasiado. Supuse que necesitaba tiempo para procesar lo que había descubierto. ¿Quién no lo haría? Se sentía profundamente herido y angustiado, la certeza que había sostenido su corazón durante tanto tiempo se había destruido. Había centrado su vida en cumplir una promesa, pero esa promesa se basaba en lo que ahora sabía que eran mentiras. Y la verdad que había debajo era fea y demoleadora. No tenía que preguntarle si se sentía perdido —yo también me había sentido así una vez—. Pero deseaba que hablara conmigo.

Me desperté en mitad de la noche y me acerqué a mi marido, pero su lado de la cama estaba vacío y frío. Así que atravesé la casa a oscuras en camisón, buscándolo silenciosamente.

—¿Grayson? —lo llamé con suavidad. No obtuve respuesta. Me quedé inmóvil y agudicé el oído, percibiendo finalmente un sonido lejano que parecía de rotura de cristales.

Seguí el ruido hasta la puerta que había en el salón para acceder a la bodega, que sabía a dónde conducía aunque no había entrado nunca allí. Estaba entreabierta y había luz abajo.

—¿Grayson? —repetí de nuevo. Como no obtuve respuesta, abrí y bajé cuidadosamente la estrecha escalera de caracol. Los sonidos se hicieron más fuertes y nítidos, hasta que un fuerte ruido me sobresaltó e hizo que me detuviera antes de continuar.

Cuando llegué al último escalón y asomé la cabeza por la esquina, vi a Grayson sentado en el suelo, con la espalda apoyada en una plataforma, bebiendo de una botella de vino. Al verme bajó la botella, se limpió los labios con el dorso de una mano y me ofreció el vino.

—Venga, Kira, pruébalo. Es un *Domaine Lefl...* bla, bla, bla..., ¿qué más da? Importado de Francia. —Arrastró las palabras con una sonrisa irónica. Después, arrojó la botella, medio borracho, y observó cómo se hacía añicos contra el suelo de cemento, donde ya había cristales de otras botellas, formando una mezcla ahora inútil de vino, vidrio y etiquetas de papel—. Vaya, lo siento. Se me ha escapado de la mano. No sé qué me pasa, normalmente no soy tan propenso a los accidentes. Venga, ¿lo intentamos con otra? —Se estiró hacia atrás, cogió una botella diferente de la estantería y agarró el abridor que había dejado anteriormente en el suelo. Corrí hacia él para arrodillarme a su lado.

—Grayson —dije, inclinándome y ahuecando la mano sobre su mejilla—. ¿Qué estás haciendo?

Dejó de intentar de abrir la botella y me miró con los ojos entornados.

—Estoy probando la colección de vinos incunables de mi padre —dijo—. Walter hizo un buen trabajo protegiéndola de él antes de que pudiera destruirla él mismo, así que solo estoy haciendo lo que habría hecho él si hubiera tenido la oportunidad. —Se interrumpió y una expresión de dolor cubrió sus rasgos antes de continuar—. ¿Sabías que a pesar de todo lo que he vendido de la casa, he conservado estas botellas porque no quería decepcionar a mi padre? Cuando tú apareciste, no tuve que deshacerme de ellas. —Señaló hacia atrás con el brazo para indicar el botellero donde todavía quedaban algunas—. Me sentí jodidamente aliviado de haber conseguido otra cosa que habría hecho sentirse orgulloso a mi padre.

—Se echó a reír, un sonido vacío, repleto solo de dolor.

Ah, por eso se había inclinado por hacer justicia con sus propias manos... Aunque si su expresión era una indicación, no se sentía demasiado satisfecho.

—Entonces —repuse, acercándome más—, ¿qué te parece si vendemos el resto en lugar de darle la satisfacción de hacer con ellas justo lo que él habría hecho? ¿Qué te parece si ganamos un poco de dinero con ellas y compramos..., no sé, un mono como mascota y le ponemos el nombre de tu padre? O quizá un tándem, y nos recorremos el valle hablando de lo gilipollas que era tu padre. O ya sé... ¡Un loro! Así podremos enseñarle a decir cosas desagradables sobre Ford Hawthorn. —Le puse la mano en la rodilla—. Puedes hacerlo mucho mejor que esto. Que sea algo que disfrutemos los dos.

Grayson me rozó el muslo desnudo con un dedo y lo subió hacia arriba, levantando la tela del camisón a su paso.

—Eres tan hermosa... —dijo.

Esbocé una sonrisa.

—Y tú estás tan borracho...

—*In vino veritas* —susurró, repitiendo la frase grabada sobre la puerta cuyo significado yo había tenido que buscar. Trazó con el dedo el elástico de mi braga—. En el vino está la verdad. —Se detuvo y frunció el ceño—. Solo que aquí únicamente hay mentiras y engaños.

—Grayson, no...

Negó con la cabeza, moviendo también la mano.

—Piénsalo... Su plan ha sido tortuosamente perfecto para decirme lo mucho que me odiaba. Es la venganza perfecta. Si hubiera tenido un poco más de tiempo, podría haber conseguido que la casa fuera un montón de cenizas sin valor. —Respiró hondo de forma ruidosa—. Y yo pensando que era un regalo, cuando era justo lo contrario. Después de todo... pensé que por fin... ¡Dios! Me duele tanto, Kira... —dijo con angustia. La expresión de su cara hizo que mi corazón se rompiera en un montón de pedazos tan diminutos como los fragmentos de cristal que cubrían el suelo—. Es mucho dolor... —añadió con un susurro roto.

—Lo sé —lo consolé, moviéndome hasta él y rodeándolo con mis brazos para que apoyara la cabeza en mi pecho. Conocía el dolor que estaba sintiendo. Lo entendía y sufría por él—. Escúchame, Grayson. —Me eché hacia atrás y encerré su cara entre mis manos, mirándolo a los ojos—. En la vida siempre hay dolor. No solo para ti o para mí, sino para todo el mundo. No se puede evitar. Y a veces ese dolor es tan grande que parece como si te cortara la esencia misma de lo que eres. Pero no es así, no lo es si tú no lo permites. Se corta una parte, pero el amor puede llenar ese espacio. Si lo permites, el dolor deja más espacio en tu interior para el amor. Y el amor que llevamos dentro nos hace sentir fuertes cuando nada más puede conseguirlo.

Sus ojos oscuros buscaron los míos.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó.

—Lo sé.

Emitió un suspiro largo y tembloroso y volvió a apoyar la cabeza en mi pecho.

—Mi Kira... —murmuró—. Ojalá pudiera creer eso también yo.

—Puedes. Con el tiempo lo harás. Permite que el legado de tu padre sea ese. Sería la venganza perfecta.

Estuvimos allí sentados durante lo que me pareció mucho tiempo, estrechándolo contra mí hasta que comencé a sentir calambres en las piernas.

Por fin, Grayson levantó la mirada hacia mí y me pasó el pulgar por el pómulos.

—¿Si te digo que quiero llevarte arriba y follarte hasta que no puedas andar arruinaría el momento? —

murmuró.

Me reí por lo bajo.

—Estoy a tu disposición. Pero antes vamos a hacer café, a ver si se te quita la borrachera. Mañana vas a sentirte fatal. Y tenemos un largo día de compras por delante: hay que conseguir un mono.

Él soltó una risita que terminó con un gemido.

—De acuerdo —suspiró—. Vale.

—¿Grayson no va a trabajar hoy? —preguntó Charlotte con cara de preocupación.

—No creo. No se ha levantado de la cama y necesita dormir. Anoche bebió un poco de más. —Le había dicho a Walter que limpiara la bodega y que hiciera un inventario con las botellas que Grayson no había roto. Quizá lo del mono era exagerar, pero lo del loro lo había dicho muy en serio.

—Quizá debería subir a hablar con él... —dijo Charlotte.

Asentí.

—Pero más tarde, Charlotte, ahora necesita dormir. Estoy segura de que apreciará lo que tienes que decir, parece un poco... afligido. —Me mordí el labio.

—Estoy segura de que lo está —convino al tiempo que movía la cabeza con tristeza—. No puede estar contento con lo que hice... Con lo que hizo Walter.

—Entrará en razón.

La mujer movió la cabeza, asintiendo, pero su mirada era insegura. Esa falta de confianza solo sirvió para ponerme más nerviosa. Parecía tan angustiada que le di un abrazo.

—Estará bien —aseguré. Pero mi tono carecía de convicción incluso para mí misma. La mirada perdida que había visto en sus ojos cuando salí de la habitación esa mañana me había hecho estremecer.

Y también estaba la certeza de que yo le estaba ocultando algo. Al principio, me había parecido que no era necesario compartir con él esa información. Pero luego todo se precipitó... Y ahora se había convertido en un secreto entre nosotros que tenía que contarle, aunque no sabía cómo iba a reaccionar. Todavía estábamos en un terreno inestable emocionalmente. ¿Cuántos secretos podía procesar en este momento? ¿Cuánto dolor podía soportar una persona antes de romperse?

«Soy yo otra vez, abuela. ¿Podrías enviarme un poco de sabiduría...? ¿Qué debo hacer?».

Charlotte me arrancó de mi ensimismamiento.

—Gray recibió una llamada esta mañana. Las etiquetas de las botellas están listas —informó—. Creo que iré a la ciudad a recogerlas.

—Yo me ocuparé. De todas formas tengo que salir también. Me siento como si estuviera agobiando a Grayson y seguramente necesita un tiempo a solas para asimilar lo que ha descubierto. No quiero interponerme. Si baja, ¿me envías un mensaje?

—Sí, por supuesto, querida. Hasta luego.

Conduje hasta la ciudad y fui directamente a la pequeña imprenta donde Grayson había encargado las etiquetas para el vino que estaba a punto de embotellar. La mujer que había en el mostrador me trajo la caja y luego pasó la tarjeta de crédito.

—Lo siento, señora Hawthorn —me dijo frunciendo el ceño—. El datáfono rechaza la tarjeta.

—¿Qué? No puede ser —aseguré. Había un montón de dinero en esa cuenta—. ¿Puede intentarlo de nuevo? —Lo hizo, obteniendo el mismo resultado, y me miró incómoda.

A pesar del escalofrío que me bajó por la columna, sacudí la cabeza.

—Seguramente mi marido ha comprado algo y no me lo ha dicho. Tendré que detenerme en el banco. ¡Hombres!

Ella se rio.

—Eso me ha pasado a mí también. ¿Quiere que lo intente con otra tarjeta?

No tenía más, pero rebusqué en el bolso, contando el dinero que tenía. Por suerte, llevaba algo. Había retirado dinero del cajero para pagar los suministros de la fiesta hacía varias semanas, pero Grayson se había encargado de ella, así que los billetes que no había utilizado estaban en mi cartera. Conté el dinero suficiente y se lo entregué. Le di las gracias, saliendo con la caja de etiquetas.

La dejé en el maletero del coche antes de dirigirme directamente al banco. A la sensación de pánico que me había atravesado en la imprenta le faltaba poco para convertirse en un ataque de nervios. El corazón me palpitaba en el pecho como si estuviera a punto de ocurrir algo horrible.

«¡Oh, Dios mío! Por favor, que sea un malentendido extraño, un error del banco, lo que se sea. Por favor... Por favor...».

Aparqué, respiré hondo durante un momento y salí del coche. Por suerte, el banco estaba prácticamente vacío, por lo que no tuve que esperar. Cuando dije por qué estaba allí, la cajera buscó mi cuenta y frunció el ceño al mirar la pantalla.

—Lo lamento, señora Hawthorn. Parece que su cuenta está inmovilizada.

«¡Oh, Dios!».

—¿Inmovilizada? —chillé—. ¿Por qué razón?

Ella movió la cabeza.

—Lo siento, no lo sé. Debería recibir un documento por correo explicándole si es por una razón legal u otra cosa.

El corazón me latía tan rápido que casi no podía controlar la respiración.

—¿Podría verificar la cuenta de mi marido? —pregunté—. Solo quiero saber si tiene una retención o no.

—Bueno...

—Por favor —supliqué—. No quiero más información. Sé que está solo a su nombre, pero si pudiera...

—Cogí aire y el pánico me abrumó durante un momento. Me llevé la mano al pecho—. Lo siento.

La mujer sonrió con simpatía.

—A ver, deje que... —Se puso a teclear en el ordenador y volvió a fruncir el ceño—. Sí, parece que le ocurre lo mismo.

—Gracias —dije, notando que el contenido del estómago me subía a la garganta. Tragué con fuerza—. Se lo agradezco mucho.

Me di la vuelta para marcharme.

—¡Estoy segura de que todo se va a aclarar, señora Hawthorn! —gritó.

Volví la cabeza, pero seguí caminando.

«No, no iba a aclararse. ¡Oh, Dios!».

—Sí, seguramente. Gracias.

Fui rápidamente al coche. Sentía la piel fría y erizada. Cuando estuve sentada detrás del volante, saqué el teléfono y marqué el número de mi padre.

Respondió al tercer timbrado.

—¿Qué has hecho?

Silencio.

—Kira...

—Con el dinero de mi abuela —estallé—. ¿Qué has hecho?

Escuché un profundo suspiro. Luego me pareció que ponía la mano sobre el receptor mientras hablaba con alguien. Creí oír una puerta cerrándose antes de que volviera a responderme.

—Ese hombre no es adecuado para ti, Kira. Es un criminal.

—¡Bastardo! —lo maldije—. Has sido tú. ¿Por qué? —Se me quebró la voz; la rabia y la tristeza me abrumaban—. ¿De verdad me odias tanto? —Las palabras me resultaron familiares. ¿No había hecho esa pregunta Grayson refiriéndose a su propio padre?

—Claro que no te odio, Kira. Es solo que no quiero que tomes decisiones que te lleven en la dirección equivocada.

—¡Es mi vida! —grité—. Soy una mujer adulta. No tenías ningún derecho a hacerlo. Y ahora has puesto en peligro su negocio, y tiene empleados que cuentan con él.

—Si tu marido necesita tu dinero para tener éxito, entonces no es un hombre como Dios manda. —Su voz era firme e implacable.

—No tienes derecho... No puedes... Ese dinero es legalmente mío. La abuela me lo dejó a mí.

—Sí, quizá, pero puedo bloquear las cuentas hasta que la corte suprema vea la lógica de mi posición y la locura que cometes. Lo hago en tu propio bien, Kira. Soy tu padre. No puedo dejar que arruines tu vida.

La conmoción y el horror me hicieron estremecer y comenzaron a caerme lágrimas por las mejillas.

—Estás haciéndolo por tu propio bien —susurré—. Jamás has considerado mi felicidad ni un momento. Lo haces por orgullo; no puedes soportar verme hacer algo que no sea idea tuya y que encima funcione. No puedes soportar la idea de que no estoy bajo tu pulgar igual que todos los demás.

—Kira... —suspiró.

—¿No le has hecho suficiente daño? —pregunté al darme cuenta de que no había nada que perder ya. Él ya había hecho lo que más temía—. Lo recuerdo, ¿sabes? Estaba allí cuando el juez de su caso fue a tu despacho. Oí lo que le aconsejaste. Le dijiste que debía ponerle una buena sentencia, convertirlo en un ejemplo. Y eso es justo lo que hizo.

—Doy muchos consejos. No hay ninguna ley en contra. Y si ese chico tuvo esa sentencia, fue porque se lo merecía.

Se acordaba perfectamente. Lo había delatado la rapidez de su respuesta. Sin embargo, no era así cuando fuimos a San Francisco, estaba segura. Después de ese momento, había investigado el pasado de Grayson. Lo sabía. Lo que no tenía claro era si había sido antes o después de haber intentado sobornarlo.

Mi padre había sido un partícipe activo en la condena de Grayson. No solo no había tenido en cuenta que había sido un accidente, además no consideraron la razón principal: estaba protegiendo a una chica.

Durante un momento, el único sonido fue mi respiración agitada mientras intentaba tragarme los desesperados sollozos que escapaban de mi pecho.

—Esos consejos que das, papá, afectan a las vidas de las personas. De seres humanos de carne y hueso que tienen sueños y esperanzas. Como el consejo que le diste a Cooper sobre la mejor manera de enfrentarse a la situación conmigo: aplastándome. ¿Sabes qué? También aplastaste a Grayson. Por favor, no lo hagas. Tienes que dejar de intervenir y todo quedará en paz. Ya te has involucrado suficiente. Por favor. —Empecé a llorar, un sonido áspero y jadeante.

—Lo siento, Kira. Es por tu propio bien, y Cooper es lo mejor para ti. Pero algún día verás que tengo razón en mi aguda sabiduría. En cuanto a tu actual marido, le he presentado una oferta muy generosa para que se aleje de ti. Te sugiero que le digas que la acepte para que su negocio no fracase.

—¿Y qué condiciones le has puesto? —escupí.

—No demasiadas. Recibirá una significativa cantidad a cambio de un pequeño sacrificio. Le pedí que se alejara de ti de forma permanente, y que confirmara la historia de que se aprovechó de ti, una chica con problemas y un buen montón de dinero.

«Un-pequeño-sacrificio. Yo. Así me considera».

La sangre se me heló en las venas, no por la certeza de que mi padre estuviera traicionándome de nuevo, sino al darme cuenta de que no tenía ningún reparo en arruinar también la vida de Grayson. «Otra vez».

—Está empezando a recuperar su reputación y le pides que acepte que lo vuelvan a mirar como a un paria. ¿Cómo esperas que recupere su vida en un lugar donde la gente no lo respeta?

—Eso no es problema mío. Con el dinero que estoy ofreciéndole, puede irse a donde quiera.

«Se considera una especie de héroe. Tiene un ego tan colosal que se ve a sí mismo como una especie de justiciero. Está loco».

—¿Por eso te has casado con él? —preguntó—. ¿Es otro de tus casos de caridad?

—No. Lo amo —dije con sencillez. Era verdad. No había ninguna razón para tratar de convencerlo de nada.

De pronto, me sentí entumecida. No me iba a dejar en paz nunca. Me iba a pasar el resto de mi vida siendo su peón de una u otra forma. Miré fijamente el parabrisas y terminé la llamada sin añadir nada.

No recordé el viaje de regreso a casa. «A casa». Otro sollozo amenazó con ahogar las lágrimas que se deslizaron por mis mejillas, cada una más rápida que la anterior.

—Todo va a ir bien —me aseguré a mí misma—. Todo irá bien. Grayson y yo lo solucionaremos juntos. Él dijo que ahora me cuidaría.

«¡Oh, Dios! Pero ninguno tenía ahora ni un centavo a su nombre».

Atravesé las puertas y al instante vi un coche negro con chófer aparcado junto a la fuente.

«¡Oh, Dios! ¿Y ahora qué?».

Mientras pisaba el freno, vi a Cooper saliendo del asiento trasero del otro coche. El corazón me dio un vuelco y luego retomó un ritmo entrecortado. Si seguía así, era probable que muriera de un infarto antes de que terminara el día.

Respiré hondo y abrí la puerta, que cerré después de salir con un suave clic. Cooper ya se dirigía hacia mí.

—Kira, ¿qué te pasa? —preguntó con una expresión de preocupación. Me sequé los ojos.

—¿De verdad no lo sabes, Cooper? ¿No estás metido en esto también tú? Mi padre y tú, una pareja demente —afirmé con rotundidad.

Él tomó aire y frunció el ceño.

—Sí, sé lo que ha hecho. Lo siento. Pero estoy de acuerdo con él en que debes salir de aquí. —Señaló con un brazo la casa de Grayson—. Ese hombre es un asesino, Kira —explicó con dureza—. No estás segura con él.

—Estoy mil veces más segura con él de lo que nunca he estado con vosotros. —Elevé la voz para escupir las palabras. Pero al instante, una nueva ola de derrota me avasalló. Discutir con Cooper no resolvería la situación, así que cambié de táctica—. Cooper —dije, acercándome a él con la voz temblorosa—. Sé que lo que hiciste fue... —Moví la cabeza, buscando las palabras apropiadas para persuadirlo en vez de provocar su ira—. Fue por culpa de la droga y el alcohol. Sé que no eras tú de verdad.

Pareció sopesar mis palabras, teniendo en cuenta la explicación, y le pareció agradable.

—Es cierto, Kira. —«Mentiroso»—. No era yo. Estaba fuera de control. Pero no puede saberlo nadie, me arruinaría. —«Pero arruinar mi vida es perfectamente válido, ¿verdad?».

Sacudí la cabeza con energía.

—Nunca te expondré, Cooper. Jamás revelaré lo que ocurrió entre nosotros. Eso quedó en el pasado. ¿vale? Haré lo que me digas, pero, por favor, convence a mi padre para que desbloquee el dinero de mi abuela. Convéncelo de que nos deje en paz. ¿Realmente sería tan raro que tuvieras un nuevo plan? ¿Uno

que no me implicara? Por favor, Cooper, si alguna vez me has amado de verdad, por favor, déjame ser feliz.

Cooper se mordisqueó el labio mientras meditaba sobre lo que acababa de decir. Esperé anhelante y, finalmente, di un paso hacia él.

—No sabes todo lo que me ha hecho. De todo lo que es capaz. Sé que tú eres mejor que él, Coop. No te alíes con él.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó Cooper, retirándome el pelo de la cara. Eché un vistazo a la casa, esperando que Grayson no nos estuviera viendo por una ventana. No, seguramente seguía durmiendo. No quería que apareciera en mitad de esta conversación. Tenía que convencer a Cooper para que me ayudara.

—Manipula a la gente para conseguir sus planes —dejé caer al tiempo que negaba con la cabeza—. Incluso ha utilizado a Grayson. Le hizo daño, lo manipuló de una forma terrible.

—Me ha utilizado ¿cómo? —oí que decía una voz fría y dura a mi lado. Contuve la respiración y se me detuvo el corazón. No había visto llegar a Grayson porque nuestros coches lo habían ocultado cuando se acercaba y había estado totalmente concentrada en Cooper. No esperaba que hoy fuera a trabajar, pero debía de haber ido, al menos un rato. Venía de allí.

—Grayson —jadeé, alejándome de Cooper.

Sugie seguía a Grayson de cerca y miró a Cooper fijamente antes de gruñir por lo bajo y soltar un par de ladridos. Abrí los ojos. Era la primera vez que había oído ladrar a la perrita.

—Creo que deberías marcharte, a mi perra no le gustas.

Cooper sonrió.

—Estoy seguro de que es tan buena juzgando a la gente como tú.

—No miente —respondió Grayson con expresión tensa y la voz gélida—. Es una perra, no un político. Sal de mi propiedad.

—Ya me iba. —Se volvió hacia mí—. Ya sabes mi postura, Kira. Estoy tan preocupado por ti como tu padre. Estamos aquí para ayudarte. Si me necesitas, llámame. Vendré enseguida.

Grayson dio un paso adelante.

—Puedo asegurarte que mi esposa no necesita nada de ti, ya sea ahora o en el futuro.

Cooper miró a Grayson durante un tenso momento mientras yo contenía la respiración. Luego retrocedió, prudente, y regresó a su vehículo. Solté un suspiro.

Ni Grayson ni yo dijimos nada hasta que Cooper se subió al coche y este se alejó, rodeando la fuente y saliendo por las verjas.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Has estado llorando? —preguntó Grayson, acercándose a mí con una expresión que era una mezcla de ira, preocupación y cautela.

—Er... Sí. —Volví a suspirar—. Tenemos que hablar, Grayson. —Negué con la cabeza y dejé que los brazos me colgaran a los lados—. ¿Podemos entrar?

Estudió mi cara durante un instante con vacilación.

«¡Oh, Dios! Voy a hacerle daño y ya está muy herido».

El temor hizo que encogiera los hombros hacia delante.

Nos dirigimos al despacho mientras yo hacía todo lo posible para ignorar cómo me temblaban las piernas. Me pregunté por qué había elegido esa habitación, quizá porque era la más cercana a la puerta.

—¿Quieres sentarte? —pregunté.

—Prefiero quedarme de pie —respondió de forma escueta. Estaba actuando conmigo como hacía en los negocios. Me estremecí y me rodeé con los brazos—. ¿Qué está pasando, Kira? —Su postura y su mirada vigilante me hicieron pensar en un hombre que estuviera esperando un golpe.

—Nos han congelado las cuentas —susurré, derrotada.

Su expresión cambió y mostró por primera vez confusión y sorpresa.

—¿Qué? ¿Cómo?

Cogí una bocanada de aire.

—Mi padre... Ni siquiera conozco los detalles. Ha hecho algo, me lo ha confirmado, y ha conseguido que bloqueen las cuentas y que haya una investigación.

—Bueno, vale, da igual lo que haya afirmado. No tiene fundamento. Ese dinero es tuyo según los términos del testamento.

—Lo sé —confirmé con la voz quebrada—. Pero puede retenerlo durante tanto tiempo que nos veremos obligados a empezar a vender cosas para sobrevivir. Puede hacerlo, y lo hará.

Grayson maldijo sonoramente y se pasó la mano por el pelo.

—Lo siento mucho. Lo he subestimado. No se me ocurrió que...

Grayson se quedó mirando algún punto más allá de mí con una expresión ilegible. Estuvo tanto tiempo callado que me pregunté si volvería a hablar.

—¿Por qué ha venido Cooper hasta aquí? ¿De qué habéis estado hablando? Te he oído afirmar que tu padre me utilizó... —mencionó finalmente, clavando los ojos en mí—. ¿Qué has querido decir con eso? Cuéntamelo.

—Cooper... Estaba..., no sé, fingiendo que se preocupaba por mí. —Me acerqué a Grayson, puse las manos en sus bíceps y lo miré a los ojos—. Por favor, quiero que trates de entender lo que voy a contarte. Por favor, trata de entender que te lo cuento ahora porque al principio no pensé que fuera necesario. Y luego, cuanto más tiempo pasaba...

Grayson se había quedado rígido como una piedra.

—Escúpelo de una vez, Kira.

Me alejé de él.

—Te he contado ya que hice prácticas en las oficinas de mi padre. Que iba por allí con frecuencia. Que escuchaba cosas... —Dejé caer los brazos y me volví hacia mi marido, que me escuchaba con atención. Moví la cabeza, intentando encontrar las palabras adecuadas—. Mi padre siempre ha tenido influencia en los jueces locales, cree tener la última palabra. —Con respecto a eso no se equivocaba. La verdad no importaba; los hechos no importan si tienes en el bolsillo a las personas que toman las decisiones finales—. Les influye si puede o, como en el caso de Cooper, hace favores, se los pagan... Lleva años siguiendo esa dinámica.

«El poder, todo se reduce al poder».

—¿Qué tiene eso que ver conmigo?

Moví los ojos sobre las duras líneas de expresión de Grayson.

—Una noche, estábamos en su despacho después de las horas de trabajo. Yo estaba terminando algunos proyectos mientras lo esperaba. El juez Wentworth, que era el que llevaba tu caso... —Lo miré, pero su expresión no cambió—, entró para hacerle algunas consultas. Entre ellas, una sobre ti.

—Sigue... —dijo. Vi que le palpitaba un músculo en la mandíbula.

Solté un largo suspiro.

—En ese momento, estaba dándome un dossier y, por casualidad, oí lo suficiente para entender... Era un año de elecciones, ¿sabes?, y aconsejó al juez que dictara una sentencia contundente para transmitir el mensaje de que no solo se castigaba con dureza los crímenes cometidos por los pobres o las minorías étnicas, sino que también se emitían duras sentencias a los blancos ricos. Para él todo era como una partida de ajedrez, pero con percepciones y manipulación de los hechos. Los jugadores daban igual, las vidas individuales no importaban si podía utilizarlas a su favor. Tú fuiste su peón. Esa es la razón por la

que no te condenaron a servicios comunitarios o una condena mínima como esperaba tu abogado. Por culpa de mi padre, estuviste cinco años en prisión. Y yo jamás... Jamás... Olvidé tu nombre, y cuando lo oí ese día en el banco, lo recordé todo.

Por fin, me aventuré a echar una mirada a la cara de Grayson en busca de comprensión. Sin embargo, a pesar de que estaba más pálido, su expresión no transmitía nada, salvo fría impasibilidad.

—Entonces, decidiste utilizarme tú también. Como una gran puesta a punto.

Fruncí el ceño.

—¿Qué? No, no fue así... Toparme contigo en el banco fue cosa del destino y yo...

—¿Esperas que me crea eso? Lo que hiciste fue usarme. —Se rio, pero fue un feo sonido de desprecio—. Una manera cojonuda de joder a tu padre. La venganza perfecta. Casarte con el hombre que ayudó a meter entre rejas... No es de extrañar que estuviera lívido. ¡Dios!, eres igual que él, una intrigante. No te importa utilizar a las personas. —Empecé a sofocarme. Los extremos de la habitación se oscurecieron como si estuviera en un túnel.

«¿Intrigante? ¿Que utilizo a la gente? No, no lo hago... ¿verdad? Admito que tengo planes e ideas, pero no para herir a las personas...». De repente me sentí enferma y confusa. Apoyé la mano en el borde de la mesa para mantener el equilibrio. «¿Lo hago? ¿Es eso lo que hago? ¿Le he hecho eso a Grayson?».

Moví la cabeza, negándolo.

—No te he utilizado, Grayson. Quería hacer lo correcto. Pensaba...

—¿Lo correcto? —gritó, sorprendiéndome—. ¿Querías hacer lo correcto? —Se rio de nuevo al tiempo que se pasaba la mano por el pelo y se tiró de un puñado de cabellos antes de bajar la mano—. ¿Ese era tu plan desde el principio? ¿Usarme para conseguir el dinero y luego quitármelo de alguna manera? ¡Hostia! Eres una jodida mentirosa. Y mira dónde estoy ahora: sin un centavo y atado a una manipuladora, teniendo que lidiar con tu padre una vez más. ¡El hombre que me arruinó la vida! —Había pasado de estar pálido a estar rojo, y le temblaba la voz mientras gritaba.

—Grayson... —le dije, alargando la mano y acercándome—. Claro que no planeé nada. Estás deformando la realidad. Después de lo que te hizo tu padre, se puede entender, pero estás juzgando la situación a través de los ojos de alguien que acaba de resultar seriamente herido. Por favor, juntos podremos pensar algo que...

Dio un paso atrás alejándose de mí con una expresión de repulsión. Dejé caer la mano.

—¿Pensar algo? ¿Todavía conspirando, Kira? Basta ya, no lo soporto más. Me pones enfermo. ¡Enfermo! Estoy harto de todo: de las manipulaciones, las mentiras, las verdades a medias...

Moví la cabeza.

—Estás haciendo un mundo de algo que no tiene importancia. Por favor, tómate un tiempo para pensarlo. No soy como tu padre. —Terminé con un susurro y pude oír la duda en mi voz.

—Esto no tiene nada que ver con mi padre —escupió—. Tiene que ver contigo y con el hecho de que jamás podré confiar en ti.

Negué con la cabeza, rechazando lo que estaba ocurriendo, negando la fría distancia de su expresión.

—Sé que debe de parecerte que no puedes creer nada, pero te aseguro que puedes confiar en mí.

—Pensaba que podía.

Se me deslizó una lágrima por la mejilla.

—Grayson, soy tu esposa. Lo que tenemos juntos...

—Lo puedo conseguir en el bar de la esquina en cualquier momento —aseguró con frialdad.

Me rodeé otra vez con los brazos, tratando de no dar crédito a sus viles palabras.

—Sabes que no me refiero a eso. No fue mi intención hacerte daño. Te amo —grazné con la voz entrecortada.

Dejó caer la cabeza hacia atrás y rio, haciéndome un daño feroz.

—¿Amor? ¿¡Amor!? ¿Sabes lo que ha provocado el amor en mi vida? —Cogió un pisapapeles y lo lanzó hacia la ventana. El cristal se hizo añicos cuando chocó con él y el proyectil continuó su camino hacia el exterior, aterrizando en algún lugar fuera de nuestra vista. Solté un grito. Se volvió hacia mí con los puños cerrados—. Tú no me amas. Me has comprado y pagado, nada más. Actué como tu marido, ¿verdad? Pues ahora nuestro acuerdo ha terminado. Vete —ordenó—. Sal de mi casa.

—¿Que me vaya? —pregunté—. Soy tu esposa, vivo aquí. Este es mi hogar...

—Ya no. Llamaré a tu padre esta tarde y aceptaré su oferta. Al menos el resto de la gente de los viñedos no tendrá que sufrir porque me haya casado contigo.

Bajé la cabeza y luego la levanté para mirarlo a los ojos.

—Por favor, Gray, si dejaras que te explicara por qué...

—No tengo tiempo para tus explicaciones o tus palabras bonitas. Son mentira. Siempre resultan ser mentiras. ¡Vete! —gritó con expresión furiosa. Me sorprendió de nuevo y emití un sollozo. Me volví hacia la puerta y la abrí. Corrí junto a Sugie, que gimió con tristeza y empezó a trotar detrás de mí. Cuando entré en el dormitorio principal, sollozaba sin control. Empecé a llenar mi maleta con mi ropa y mis artículos personales. Estaba segura de que me estaba dejando algo, pero estaba demasiado angustiada y afligida para buscar nada.

¿No había hecho eso antes? ¿Meter la ropa en una maleta para huir? Solo que en aquel momento me perseguían. Esta vez... Esta vez me estaban echando.

«Mi marido».

«El hombre que amaba con todo mi corazón».

«Y quizá me lo merecía».

Me agaché y miré a Sugie a los ojos, le froté la cabeza deforme mientras trataba de controlar mi agitada respiración.

—Mi preciosa chica —le dije—. Tienes que cuidar a todos, ¿vale? Ya sabes que te quiero. Eres una buena chica. —Me levanté antes de derrumbarme y bajé las escaleras.

Cuando llegué al vestíbulo, me detuve para mirar a través de la puerta abierta del despacho. Grayson estaba detrás del escritorio, inclinado, con las manos apoyadas en la superficie, frente a él. Casi di un paso hacia él, pero su mirada, su gesto duro y distante, me lo impidió. Se había metido dentro de sí mismo por completo, como si nunca hubiéramos compartido nada.

Retrocedí antes de dar la vuelta y atravesar la puerta principal. Tiré la maleta al asiento trasero de mi coche y me senté detrás del volante. Un sollozo me estremeció de pies a cabeza, así que intenté recuperar el aliento. Me sentía como si el mundo se hubiera derrumbado a mi alrededor.

Grayson estaba de pie ante la ventana cuando me fui, igual que el primer día.

Encendí el motor, rodeé la fuente burbujeante, mirando la pequeña cabaña y el roble al que me había subido una vez. Luego atravesé las puertas de la verja y aceleré, alejándome de Viñedos Hawthorn. Alejándome lo más rápidamente posible del único hogar al que había sentido que pertenecía.

Grayson

Infelicidad. Era la única emoción que parecía capaz de sentir. Todo aquello en lo que creía, lo que conocía, lo que me daba motivos para seguir adelante, se había derrumbado a mi alrededor. Todos mentían.

«Mentirosos, farsantes, manipuladores, embaucadores...».

Ahora sentía que mi casa era igual que la pequeña celda donde había vivido los cinco largos, oscuros y solitarios años que pasé en la cárcel. Me pasaba las noches dando vueltas por las habitaciones, bebiendo cuando no lograba encontrar sosiego. Los días eran sombríos y eternos. El trabajo ya no suponía la distracción bienvenida que había sido antes. ¿Qué motivos tenía para salvar los viñedos? ¿Poder vivir en el lugar que mi padre había utilizado como una herramienta para castigarme? ¿Para recordarme lo inútil que era? Verlos prosperar ya no suponía una satisfacción. Eran solo un gigantesco y doloroso recordatorio de lo mucho que me había odiado aquel hombre, y de que, por patético que fuera, nunca había perdido la esperanza de que llegara a amarme algún día. Me había agarrado a esa creencia tan ciegamente que había permitido que aquel lugar me conquistara. Ahora veía a mi padre en cada rincón, y en lugar de sentirme orgulloso de mis logros, solo sentía vergüenza y amargura. Si él me odiaba, bien podía aborrecerlo yo también. Esa era mi nueva promesa.

Recordé las palabras que le había oído decir a mi padre en una de las múltiples peleas que tenía con mi madrastra:

—¡Joder, Jessica! ¡Solo fue un puto error! Si pudiera volver atrás, lo haría...

Al decir «error», se refería a mí. Y yo también había cometido uno. La estupidez más grande, lo más desesperado y tonto que había hecho nunca había sido confiar en él. De hecho, confiar en otra persona era estúpido y tonto. No volvería a tropezar dos veces con la misma piedra. «Nunca más».

Le dije a Walter que vendiera las botellas que quedaban de la colección de mi padre. Reuní las pocas fuerzas que me quedaban para encontrarme con José, Harley y Virgil; tenía que despedirlos. No podía seguir pagándoles. Pensaba utilizar el dinero que había conseguido con la venta de las botellas para pagar sus sueldos hasta final de mes. Ver sus expresiones tristes y conmocionadas solo sirvió para que sintiera más desprecio por mí mismo.

Luego comuniqué a Walter y Charlotte que también estaban despedidos. Aunque había echado a Charlotte con bastante frecuencia durante los últimos años, pude leer en sus ojos que sabía que esta vez iba en serio. Con el tiempo, tendría que vender los viñedos para sobrevivir, para empezar de nuevo, pero por el momento no tenía fuerzas para ello.

Charlotte y Walter trataron de hablar conmigo, pero no quería escucharlos. Incluso ellos, dos personas a las que pensaba que podía confiar mi propia alma, me habían mentido. Me habían hecho creer que mi padre había llegado a amarme, pero solo había sido una visión cruel y retorcida de la realidad. Ellos me habían visto como el idiota ridículo que era, y eso me dolía.

Y Kira... El corazón se me detuvo. Ella era la peor de todos. Le había entregado todo mi estúpido corazón, hasta el último pedazo y, durante todo el tiempo, había estado mintiéndome también. ¿Sobre qué

más me habría mentido? ¿Qué otras cosas me había hecho creer, esperar con desesperación, para solo descubrir que finalmente había sido un estúpido otra vez? Cerré los ojos con fuerza como cada vez que recordaba aquel momento final en mi despacho, cuando me dijo que me había ocultado la verdad desde el principio. Me había sentido como si me clavaran un cuchillo en el corazón. El único pensamiento que había pasado por mi mente fue: «No es cierto, por favor, tú también no. Cualquiera otra persona, pero no tú...».

Lancé la copa de vino contra la chimenea del salón y disfruté del sonido del cristal al hacerse añicos. Apoyé las manos en la repisa de piedra y reposé la frente en aquella frialdad. Aun ahora, semanas después de que se hubiera ido, pensar incluso en su nombre me revolvía el estómago y me hacía sentir un vacío palpitante en mi enfermo corazón anhelante.

«¡Idiota!».

Me había dicho que solo sentía repugnancia por Cooper Stratton. Y luego la había visto hablando con él, tan cerca como para ponerle las manos en el pecho mientras trataba de convencerlo de algo. Lo había llamado Coop. Reconocí la culpabilidad en su expresión cuando los sorprendí. Era mentirosa y manipuladora.

«Nunca más». Jamás iba a importarme que alguien me quisiera. Dejaría que esa parte de mí que todavía podía sufrir se cubriera de duro hielo, y me dedicaría a odiar. Sabía bien cómo hacerlo. Había vivido mucho tiempo con el corazón congelado, por lo que mostrar indiferencia no me resultaba difícil.

«Pero duele demasiado...».

Tenía que ir al juzgado para pedir el divorcio, pero francamente no tenía ni idea de dónde estaba Kira, y tampoco tenía demasiadas ganas de salir de casa. No iba a aceptar el dinero de su padre porque no quería que tuviera la satisfacción de tenerme en la palma de su mano. Nadie iba a controlarme de nuevo, y menos ese capullo.

Por fin, agotado por el simple hecho de pensar, me tumbé en el sofá, sin querer acudir a aquella cama que solo me traía recuerdos de ella. «De su olor». Y sin embargo, me quedé dormido con el sonido de su nombre en los labios.

Era un día gris cuando bajé al centro de Napa. El hecho de que acabara de empeñar el anillo que le había entregado a Kira el día de nuestra boda lo hacía todavía más triste. Pero necesitaba el dinero, pensé con vergüenza. De nuevo me veía reducido a eso. Había comprado aquel anillo para Vanessa y, sin embargo, ponerlo sobre el mostrador de la casa de empeños me había hecho sentir un profundo dolor en el pecho, no por haberlo comprado para ella, sino porque había terminado entregándoselo a Kira.

Cuando estaba atravesando la ciudad para regresar a los viñedos, vi su coche. Contuve el aliento y la sorpresa me hizo pisar el freno. ¿Kira estaba en Napa? ¿Había estado aquí todo el tiempo? ¿Dónde estaba viviendo? En San Francisco podía quedarse en muchos sitios, pero aquí... El corazón se me aceleró con rapidez. Aparqué la *pickup* junto a la acera y me bajé. Había un par de tiendas en esa manzana y un restaurante. La busqué a través de los escaparates de las tiendas, pero no la vi.

«¿Qué haces, Grayson? Y, de todas formas, ¿qué piensas decirle?».

No lo sabía y, sin embargo, una especie de emocionada anticipación me hacía sentir un nudo en las entrañas.

«Está aquí».

Me había sentido devastado cuando me habló de su padre, y actué con dureza, pero tal vez... Quizá debía hablar con ella. Quizá podría ayudarme a entender. No me di tiempo para pensar, me limité a actuar.

El restaurante no tenía escaparate, así que abrí la puerta y entré a ver si la veía con la esperanza floreciendo de nuevo en mi corazón. La detecté al instante, caminando hacia mí.

Cooper Stratton estaba junto a ella, con la mano posada de forma posesiva en su brazo.

Sentí que la habitación se inclinaba debajo de mí y lo vi todo de color rojo.

«Tenía razón sobre ella».

Fue entonces cuando me vio. Un destello de sorpresa, seguido por algo que no pude identificar, cruzó por su rostro. Miró a Cooper con los ojos muy abiertos y luego a mí con una expresión de súplica en sus magníficos ojos. Me dejé llevar por una rabia abrumadora. Hice desaparecer el espacio entre nosotros antes de que supiera que me había movido.

—No has perdido el tiempo, ¿verdad? —espeté—. ¿Era este tu plan desde el principio? ¿Casarte conmigo, conseguir el dinero, y después... volver con él? —No solo me había mentido sobre el papel que había desempeñado su padre en mi vida, tampoco había sido sincera sobre Cooper. Si realmente lo odiara de la forma que me había hecho creer, jamás le dedicaría ni tres minutos de su tiempo, y mucho menos dejaría que la invitara a comer.

«Maldita mentirosa. Hermosa mentirosa...».

La agonía me rompió el alma.

Ella dio un paso atrás, pero antes pude captar una bocanada de su delicado aroma. Un agudo anhelo me abrumó, por lo que tuve ganas de reír de angustia.

«No es tuya. No lo fue nunca de verdad. Y nunca volverá a serlo».

«No te quiero».

«No te quiero».

«No te quiero».

«No te quiero».

«No te quiero nada».

—Grayson, por favor... No sabes de lo que hablas —dijo con la voz quebrada.

—Oh, yo creo que sí lo sé. —Me moví de nuevo y me incliné para hablarle al oído—. Dime, Kira, ¿te has convertido en una de sus putas o prefieres ser una esposa mantenida que hace la vista gorda? Si es lo último, eres consciente de que antes tienes que divorciarte de mí, ¿verdad?

Kira se sobresaltó al oír mis palabras y contuvo el aliento. Entonces, Cooper se acercó.

—¿Qué haces aquí? —dijo.

Antes de que pudiera interponerse entre Kira y yo, me volví hacia él. Mi rabia y mi dolor —todo lo que había perdido— burbujearon hacia la superficie, provocando en mi pecho un tsunami de angustia. Lo agarré por la pechera de la camisa y lo hice retroceder hasta que su espalda chocó con la pared. Kira gritó y varias personas jadearon en el comedor del restaurante, junto al vestíbulo donde nos estábamos enfrentando.

Cooper estaba pálido y sus ojos estaban llenos de miedo cuando lo apreté contra la pared. Solté un siseo y lo solté. Casi cayó hacia delante, cuando di un paso atrás. El temor me atravesó tan rápido como la rabia.

«¡Oh, Dios! ¿Qué estaba haciendo?».

Miré a Cooper a la cara; su expresión mostraba al mismo tiempo rabia y algún tipo de alegría. Me señaló con el dedo.

—Vas a volver a prisión, puto perdedor. —Cuadró los hombros y se rio. Luego se volvió hacia quien pensé que era el gerente del negocio, que nos miraba con asombro—. Consiga el nombre y los números de teléfono de todos los testigos. Mi abogado lo llamará más tarde. —Luego miró a Kira con satisfacción—. Vamos.

Kira tenía las mejillas llenas de lágrimas.

—Déjame hablar con él un minuto —le dijo a Cooper con la voz quebrada.

Cooper frunció el ceño.

—No puedo dejarte sola con él. ¿No ves lo peligroso que es?

Di un paso hacia él, pero Kira se interpuso en mi camino y me puso una mano en el pecho.

—Estamos en un lugar público —le recordó—. No pasará nada. Es mi marido, Cooper.

—Por ahora. —Cooper entrecerró los ojos y miró a su alrededor un momento antes de mover la cabeza, asintiendo.

—De todas formas tengo que irme ya. Te recogeré esta noche.

Se inclinó y la besó en la mejilla, luego me miró a mí con los ojos brillantes y entrecerrados. La rabia me revolvió el estómago. Sentí la tentación de ir a por él, de golpearlo. Pero me quedé quieto, con los dientes apretados, tratando de recuperar el control de mis emociones.

—Tendrás noticias de mis abogados —se despidió, señalándome con el dedo.

Me limité a mirarlo fijamente. No pensaba darle la satisfacción de reaccionar.

Se dirigió a la puerta sin mirar atrás. Clavé los ojos en Kira. Tenía la cara pálida y los ojos muy abiertos. Era evidente que no esperaba encontrarse conmigo mientras estaba con su nuevo acompañante.

—Gray —susurró. Dio un paso hacia mí, pero me di la vuelta para salir de allí. No tenía nada que decirle. Sentía como si mi corazón estuviera rompiéndose dentro de mi pecho. No sabía que todavía podía convertirse en más añicos.

—¡Grayson! —Oí la llamada a mi espalda mientras me alejaba de ella por la calle. Me detuve y me di la vuelta para andar hasta el lugar donde estaba. Había un callejón a su lado, así que la cogí de la muñeca y tiré de ella hacia allí, donde la apreté contra el muro de ladrillo. Emitió un jadeo—. ¿Qué haces?

—Trato de recordar lo que vi en ti. —Me apoderé de su boca y le lamí la comisura de los labios. Ella gimió con suavidad antes de separarlos para mí, aunque su cuerpo seguía tenso. Le metí la lengua en la boca y luego la retiré con rapidez, obligándome a mantenerme inexpresivo—. No, no es tan bueno como recordaba.

Abrió mucho los ojos, confundida. Me incliné para pasarle los labios por el cuello. Ella se puso rígida y se apartó.

—No, para nada. —Apretó los labios. Pude ver las lágrimas que hicieron brillar sus ojos. Me obligué a ignorar la incómoda sensación de culpa que fluía por mis venas. «Es una mentirosa», me recordé—. ¿Sabes qué? Creo que debo de haber estado desesperado y que tú..., ¿cómo te diría?..., estabas a mano. Desde que te has marchado, he llegado a la conclusión de que me gusta mucho más la variedad que permanecer fiel a los votos matrimoniales. Lo he comprobado recientemente. Tú no estabas mal, pero desde entonces, las he tenido mejores.

Ella se estremeció. Las lágrimas corrían ahora libremente por sus mejillas, pero a pesar de la vergüenza que me roía las entrañas, no mostré ninguna reacción. «No puedes». Si iba a ir a la cama de Cooper, yo conservaría una pizca de orgullo. Mientras estábamos mirándonos el uno al otro, alzó la barbilla. Incluso en ese momento me desafiaba.

«Ojalá vaya directamente al infierno».

Quería destrozarla como ella me había destrozado a mí.

Quise arrodillarme ante ella y rogarle, suplicarle que lo arreglara todo. Que me rodeara con sus brazos y me dijera que esto era una pesadilla. Y me odié por ello.

Me odié por tener esperanza.

Esa vieja sensación familiar de querer captar el amor de una persona que nunca me lo devolvería hizo que me estremeciera de pies a cabeza. Ella estaba pálida, afligida y desgarradoramente guapa, aunque ¡no

tenía derecho! Me había dejado vacío, había cogido todo lo que yo tenía, incluso más de lo que me podía permitir perder.

Una tortuosa imagen de Kira enredada en las sábanas con Cooper inundó mi mente de repente. Me tragué la bilis que me subió a la garganta.

—Sin embargo, no quiero que tengas la impresión de que no me gustó disfrutar de tus favores. Eran bastante agradables, lo malo es que traían aparejados un precio muy elevado. —Le pasé el dedo por la suave mejilla mientras ella me miraba, inmóvil—. Mi nombre, mis viñedos, mi libertad... es demasiado. —«Mi corazón, mi alma».

Una lágrima me cayó en el dedo y lo retiré como si me hubiera quemado con ácido. Me aparté de ella; necesitaba salir de aquel callejón oscuro. Cuando estaba en la acera brillante por la luz, oí el suave sonido de sus sollozos. Pero no me llamó ni yo miré hacia atrás. Dejé mi corazón en aquel callejón. Ya no quedaba nada en él para otra persona, por lo que podía quedárselo entero. No iba a necesitarlo de nuevo.

Regresé a casa envuelto en un gélido dolor, con la piel más helada que nunca en la vida. Cuando llegué, fui directamente al bar y saqué la botella de whisky más añejo. El vino no sería suficiente ese día.

Mientras tomaba el primer trago, miré por la ventana, a los viñedos que había a lo lejos. Justo antes de que Kira se fuera, había medido el azúcar, el ácido, los taninos para determinar cuándo estarían perfectas las uvas para que las cosecháramos. Y estaban listas ahora. Pero no tenía dinero para contratar a nadie que me ayudara a cosecharlas. Levanté el vaso en un simulacro de brindis.

—Tú has hecho bien tu parte. En este momento he fallado yo. —Dentro de poco tiempo, la fruta se pudriría en las vides. Sería un desperdicio, una perfecta metáfora para toda mi vida. Por supuesto, estaba seguro de que acabaría en la cárcel de todas formas por haber agredido a Cooper Stratton. Bebí otro trago y dejé que me quemara la garganta. Lo había perdido todo. No me quedaba ninguna esperanza. Ninguna en absoluto.

Grayson

El mundo no cesó de girar mientras gemía, agarrándome la cabeza entre las manos para intentar detener aquel incesante golpeteo. Estaba en el salón, tendido en el sofá, con una botella de whisky vacía y el vaso que había utilizado para beberlo a mi lado. No me molesté en moverlos antes de sentarme, por lo que cayeron al suelo, sin romperse. Aterrizaron en la alfombra con un ruido sordo.

Me puse en pie tambaleándome y me froté la nuca, tratando de aliviar con un masaje la postura dolorosa que tenía en el cuello. En el exterior, el sol estaba cada vez más alto, inundando el cielo de tonos dorados. Parpadeé y me quedé paralizado. Parecía que había... decenas de personas trabajando en las vides, cosechando la fruta. Entrecerré los ojos mientras me rascaba distraídamente el estómago, tratando de comprender lo que estaba viendo.

—Creo que vas a necesitar esto —oí a mi espalda. Me volví y me encontré a Charlotte dejando dos pastillas, seguramente analgésicos, y un vaso de agua en la mesita que había junto al sofá—. La forma en la que te sientes no es la que te mereces. Me gustaría golpearte la cabeza yo misma, aunque no lo haré. Parece que ya te estás haciendo suficiente daño tú solo.

—¿Qué coño está pasando ahí fuera? —pregunté, ignorando sus palabras.

—Las uvas no van a cosecharse solas —replicó.

Respiré hondo.

—¿Has contratado a todas esas personas? Sabes de sobra que no puedo pagarles.

—Harley ha llamado a alguna gente que le debía favores. Virgil y José han cogido el dinero que les has pagado hasta final de mes y lo van a repartir entre esos hombres para que trabajen esta semana.

—La cosecha lleva más tiempo, como bien sabes.

—Sí, ya, pero esto es el comienzo. Y si puedes embotellar el vino de las barricas, podrías empezar a venderlo. Hay un segundo equipo de jornaleros que vendrá esta tarde a ayudar.

Me volví bruscamente hacia ella, haciendo una mueca ante el repentino dolor de cráneo.

—¿Por qué? ¿Por qué lo van a hacer?

—Supongo que porque creen en ti.

—¿Creen en mí? —Solté una carcajada que solo sirvió para que me estallara la cabeza—. ¿Y qué van a hacer cuando llegue el momento de alimentar a sus familias? Y ya que hablamos de eso, ¿por qué sigues aquí?

Charlotte se limitó a apretar los labios.

—Quizá te gustaría ducharte y unirte a ellos.

Aspiré aire.

—No. Me queda una botella de whisky y tengo planes para ella.

Me dije que me daba igual la mirada de desaprobación que me lanzó antes de salir de la habitación. También ella me había mentido. La única razón por la que no la largaba de mi casa de una patada era porque había sido su hogar más tiempo que el mío. Sin embargo, se vería obligada a marcharse pronto, cuando no pudiera permitirse pagar los ingredientes de la comida. O después de que me arrestaran por

agredir a Cooper Stratton. Gemí, pasándome las manos por el pelo al recordar el caos en el que se había sumido mi vida.

—Charlotte —la llamé. Ella se detuvo debajo del amplio arco que separaba el salón del vestíbulo para mirarme—. ¿Ha estado aquí la policía? ¿O han llamado?

—No —replicó antes de darse la vuelta hacia la cocina. Me pregunté por qué no había sentido curiosidad ante esa pregunta. Quizá no podía asimilar más problemas en ese momento. Yo tampoco podía y, sin embargo, el destino parecía tener otros planes para mí.

Me tomé las dos pastillas que Charlotte me había traído y luego subí la escalera para ducharme. Dejé que el chorro caliente me relajara los músculos doloridos. Después de vestirme, fui a la habitación de invitados, al otro lado del pasillo, para mirar las vides. Los hombres seguían allí. ¡Qué tontos! Todo eso era una pérdida de tiempo.

Me alejé de la ventana y me dejé caer en la cama, mirando el ventilador del techo como había hecho tantas noches después de haber hecho el amor con Kira. ¡No! «No pienses en ella, y menos en este momento». ¿Habría despertado en la cama de Cooper esta mañana? ¿Habría desayunado en su cama? Torturado por mis propios pensamientos, fui a por la segunda botella de whisky. Quizá si bebía suficiente, mataría las células de mi cerebro que contenían los recuerdos de ella.

Charlotte estaba en la sala de estar, doblando la manta que había usado la noche pasada.

—Están perdiendo el tiempo —comenté al mirar por la ventana—. Desprecio este lugar. Incluso aunque tuviera la manera de alcanzar el éxito, no me molestaría en hacerlo. Prefiero dejar que se arruine como quería mi padre. Aquí solo hay infelicidad, mentiras y malos recuerdos.

—Si eso es lo que crees, entonces supongo que es cierto.

Entrecerré los ojos.

—No lo creo, lo sé.

—Vale.

Apreté los labios, enfadado al ver que Charlotte todavía podía hacerme daño con unas palabras.

Pero al parecer todavía no había acabado.

—Walter también está ahí fuera —comentó mientras me inclinaba hacia el mueble bar—. Solo espero que no se haga daño en la espalda. Y, como sabes, ahora tiene problemas con la vista. Ojalá arranque las uvas adecuadas... —Me detuve, poniendo los ojos en blanco.

—Walter es la viva imagen de la salud —aseguré.

Ella se encogió de hombros.

—No era mi intención molestarte. Vas a volver a beber hasta caer en el olvido. Quizá podrías dar un poco de ánimo a los hombres de vez en cuando. Estoy segura de que eso alimentará su espíritu mientras se desloman por menos del salario mínimo bajo el ardiente sol durante todo el día.

—¡Dios! —murmuré—. Ni siquiera hace calor. —Era plenamente consciente de que estaba tratando de que me sintiera culpable. Lo cierto era que quizá un día de trabajo duro me aclararía más la mente que el alcohol. Por lo menos dejaría de sentir que tenía una roca de diez toneladas sobre la cabeza.

—Si eso significa que no tengo que escucharte ni un segundo más, iré allí y trabajaré hasta dejarme los dedos en carne viva —espeté.

Charlotte se encogió de hombros, pero alcancé a ver que curvaba los labios antes de darse la vuelta.

Maldita fuera.

Cuando regresé a casa esa noche, sucio y empapado en sudor, me dolía cada músculo del cuerpo. Al parecer, Harley se había puesto en contacto con todos los exconvictos que conocía en el hemisferio norte

y estos habían acudido a trabajar en mis viñedos. No sabía si conseguiría algo, pero la sensación de malestar que tenía en las entrañas cuando pensaba en que los frutos iban a pudrirse y caerían al suelo había disminuido. También podía embotellar el vino de las barricas. Cuando vendiera los viñedos, quería obtener el precio más alto posible. Si la bodega era solvente y no estaba camino a la ruina, podría pedir más dinero por ella. Cuando me divorciara de Kira, con el dinero que consiguiera por Viñedos Hawthorn, podría largarme y... hacer algo. Pero ¿qué? ¿Qué sabía hacer aparte de elaborar vino? Muy poco. El título en empresariales que había sacado en la universidad no me servía de nada. Además, nadie querría contratar a un delincuente. La infelicidad amenazaba de nuevo. Los pensamientos que el duro trabajo del día habían relegado a un segundo plano de mi mente volvieron de nuevo a torturarme.

Me di una ducha rápida y empecé a bajar la escalera, deteniéndome delante del dormitorio que había ocupado Kira antes de trasladarse a la que todavía consideraba nuestra habitación. Noté una profunda opresión en el corazón mientras miraba a mi alrededor, a aquel espacio vacío. Abrí el armario, pero no se había dejado nada allí. Tiré del cajón superior de la cómoda abierta y descubrí dos camiones olvidados. Para mi vergüenza, me los llevé a la nariz y aspiré el olor que persistía en la prenda, el dulce y delicado aroma de Kira. Reprimí el atormentado gemido que pugnaba por salir de mi garganta y los volví a dejar donde habían estado. Fue entonces cuando vi lo que parecía una cajita para guardar anillos. La cogí y la abrí lentamente. Contuve el aliento al ver una alianza masculina. La saqué del terciopelo azul oscuro para sostenerla ante la luz.

«Mi dragón. Mi amor».

Las palabras inscritas en el interior del anillo fueron un golpe para mi corazón ya dolorido. Permanecí allí lo que me pareció mucho tiempo, preso de la confusión que se arremolinaba en mi interior. Por fin, dejé al anillo en la caja y la puse en el fondo del cajón antes de bajar para saludar a Harley, Virgil y José, que habían venido a cenar. Los vi llegar, sucios, cansados pero de alguna forma felices. La culpa incrementó mi dolor. A pesar de todo el trabajo que estaban haciendo, no sería capaz de ofrecerles mucho más. Tendrían que buscar empleo en otro lugar.

Harley me dio un puñetazo amistoso en el hombro cuando se lo agradecí de nuevo.

—Tío, no pensarías que dejaría de cuidarte solo porque ahora estemos fuera, ¿verdad? —Sonrió mientras se masajeaba sus bronceados y musculosos brazos. Estaba seguro de que estaba tan dolorido como yo, quizá más. Había estado trabajando desde el amanecer.

—No merezco tu preocupación, Harley —aseguré, frotándome la nuca.

—Es posible, pero no soy quién para juzgarte. Me limito a saber quiénes son mis amigos y a cuidarlos lo mejor que puedo. Te debo la vida, y también se la debo a Kira. Siempre que me necesitéis, allí estaré.

Me aclaré la garganta, sorprendido por la repentina emoción. Me sentía muy cansado.

—Mi mujer opina lo mismo. ¿Sabes?

—Mmm...

Harley se rio entre dientes.

—Mi Priscilla es una mujer endemoniada —aseguró sonriente.

Virgil se acercó con paso pesado.

—Hola, Virgil —lo saludé. Sugie lo seguía.

—Hola, señor Hawthorn. —Sonrió feliz—. Uvas cosechadas, vino elaborado.

Le devolví la sonrisa.

—Gracias, Virgil. —Alargué la mano y le apreté el hombro—. Eres un buen hombre. José —lo recibí cuando también él apareció por la puerta—. Venga, comamos.

Mientras nos dirigíamos hacia la cocina, Walter estaba bajando las escaleras. No parecía encontrarse bien, y pensar que llevaba todo el día trabajando para mí en los viñedos provocó que me inundara una

oleada de culpa. ¡Dios!, tenía el doble de años que yo.

Fruncí el ceño cuando vi que se agarraba a la barandilla al mismo tiempo que se llevaba una mano al pecho.

—¿Walter? —pregunté.

Hizo un sonido ahogado y cayó hacia delante. Me lancé a por él, evitando la caída con mi cuerpo. Charlotte gritó a mi espalda mientras yo luchaba para mantenerme en posición vertical a pesar de sostener al mayordomo.

—Tumbadlo en el suelo —oí que decía Harley antes de notar que retiraban el peso de Walter de encima de mí.

Todo pareció ralentizarse; hubo voces ahogadas, el latido de mi corazón resonando con fuerza en mis oídos. José llamó al 911 por teléfono mientras yo me arrodillaba junto a Walter. Respiraba con dificultad y todavía mantenía la mano sobre el corazón. Charlotte se inclinó desde el otro lado.

—La ambulancia está en camino —grazné, muerto de miedo.

Charlotte lloraba en silencio mientras le acariciaba el pelo. Parecía que Walter estaba tratando de decir algo, primero a ella y luego a mí, pero las palabras no surgían, solo emitía jadeos y gruñidos. Por fin, me cogió la mano y la apretó con fuerza.

—Te... considero... mi... propio... hijo —barbotó con la voz entrecortada.

El corazón se me encogió con tanta fuerza que noté que me faltaba el aire.

—No digas nada —dijo Charlotte—. Y no te atrevas a dejarme. Ni se te ocurra, viejo terco.

Walter soltó un último suspiro y perdió el conocimiento, quedándose inmóvil y silencioso. El pánico me erizó la piel. Mi aliento se convirtió en un siseo agudo mientras una palabra daba vueltas en mi mente: «¡No! ¡No! ¡No!». Por fin, me di cuenta que era mi propia voz aterrada la que repetía aquella sílaba como una oración desesperada.

La habitación del hospital estaba a oscuras y en silencio, la temprana luz del amanecer se filtraba a través de las persianas mientras el constante ritmo del corazón de Walter pitaba en el monitor que había situado junto a su cama. Yo estaba encorvado en una silla, justo al lado, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos. Charlotte se había marchado a casa unas horas antes para descansar y dar de comer a Sugie. Había querido quedarse a pasar la noche, pero no había ninguna cama supletoria disponible y no era probable que Walter se despertara durante la noche, a pesar de que lo habían estabilizado. Así que la había enviado a casa prestándome voluntario para quedarme, diciéndole que mi espalda era más joven y que la llamaría si se despertaba antes del día siguiente.

Me llevé la mano a la nuca y me masajee los músculos tensos.

—Espero que no le importe que se lo diga —giré la cabeza bruscamente hacia la voz de Walter—, pero tiene un aspecto horrible, señor.

Solté un suspiro.

—Walter, ¿cuándo ha supuesto una diferencia para ti que a mí me importe que me digas algo? —pregunté, tratando de ocultar la sonrisa que pugnaba en mis labios.

—Nunca —admitió.

Me puse de pie y le serví un vaso de agua de la jarra que había en la mesilla de noche. Lo sostuve para que pudiera apurar unos cuantos sorbos. Luego apoyó la cabeza en la almohada, midiéndome con la mirada. Me volví a sentar en la silla, pero esta vez la acerqué un poco más a la cama.

—Espero que no te dé por dramatizar como anoche. Voy a llamar a Charlotte para decirle que te has despertado —dije mientras sacaba el móvil del bolsillo.

—Espere unos minutos —me pidió con la voz grave, levantando una mano. Me detuve y guardé el teléfono—. No voy a dejar que se sumerja en todos esos problemas suyos sin que me escuche primero.

Esbocé una sonrisa irónica, pero moví la cabeza, asintiendo.

—Vale. Di lo que quieras.

Por un momento, no dijo nada. Cuando por fin habló, su voz era tranquila pero constante.

—Cuando estaba tendido a los pies de la escalera, ¿sabe qué pensaba? —Negué con la cabeza—. No dejaba de pensar: «Por favor, Dios, no me lleves de este mundo sin decirle a este chico lo que siento por él».

—Walter... —dije, pasándome la mano por el pelo mientras un nudo de emoción me atenazaba el pecho. Jamás había hablado de sentimientos con Walter.

—Tuvimos un hijo —explicó, aclarándose la voz cuando se le quebró de forma sutil al decir la palabra «hijo».

Incliné la cabeza.

—¿Qué? Nunca me habéis dicho que...

—No. Para nosotros es difícil hablar de Henry. Cuando lo perdimos era solo un bebé. Charlotte... Ella sufrió mucho... Igual que yo.

—Lo siento, Walter —dije con la voz ronca. Él asintió con la cabeza. Había visto aquella tristeza en sus ojos con anterioridad. Sí, había visto esa expresión en su cara cada vez que mi padre ponía en marcha uno de sus castigos; la mayoría fríos y todos hirientes. Durante todo ese tiempo, Walter se había preocupado profundamente por cómo me trataban, y yo nunca había sabido de la pérdida que habían sufrido Charlotte y él.

—No pudimos tener más hijos. Y estar allí, en la casa donde todo había ocurrido, se volvió insoportable. Así que... —respiró hondo— decidimos venir a América para iniciar una nueva vida. Comenzamos a trabajar para su familia y pareció que la felicidad nos sonreía de nuevo. Entonces, un buen día, llamaron a la puerta y allí estaba usted. A pesar de la forma en que reaccionaron Ford y Jessica Hawthorn, a Charlotte y a mí nos pareció que usted era nuestro. Que era un regalo para nosotros, y lo ha sido todos los días desde entonces. No ha pasado ni un momento en el que no hayamos estado orgullosos de usted. Quería que lo supiera.

—Walter... —Se me quebró la voz.

—No siempre pudimos estar presentes, y no siempre pudimos intervenir porque temíamos que su padre nos despidiera. Pero nos gusta pensar que lo hicimos lo mejor posible, queríamos que supiera que... que no estaba solo, ni entonces ni ahora. Nunca. Si le ocultamos el verdadero significado del legado de su padre fue porque lo queremos y tratamos de no descargar sobre sus hombros ese terrible hecho, al menos mientras no fuera necesario. No fue por falta de sinceridad, sino por amor. Espero que llegue a entenderlo.

Me recliné en la silla, dejando que sus palabras fluyeran atravesando mi corazón. Por supuesto que siempre había sabido que Walter y Charlotte habían actuado más como mis padres que mi verdadero padre y mi madrastra. Pero... ¿y si ellos estaban equivocados conmigo?

—¿Y si él tenía razón, Walter? —Me atraganté al expresar mi miedo más profundo y oscuro.

—¿Su padre?

—Sí —repliqué con un hilo de voz—. Todos.

—¿Es eso lo que cree? ¿Que Charlotte y yo nos equivocamos con usted y Ford Hawthorn tenía razón? ¿Que tenía razón su madre? ¿O Jessica?

—Es que... —Recordé a Walter con su anticuado bañador negro enseñándome a nadar, lo recordé guiándome por el laberinto mientras contábamos los pasos y las vueltas, recordé a Charlotte

retorciéndose las manos cuando sabía que yo estaba sufriendo, pensé en todos los consejos que aquella mujer me había dado a través de los años, del amor que me había ofrecido.

—Quizá —dijo Walter—. A lo mejor quiere saber eso porque se pregunta en qué categoría puede incluir a su esposa.

Walter siempre lo había adivinado todo antes de que yo se lo dijera. No sé por qué pensaba que esta situación sería diferente.

—Er..., sí. Es que... no sé si puedo confiar en ella.

Me observó durante unos instantes.

—Bueno —suspiró—. Supongo que en realidad nunca lo averiguará si no corre el riesgo. Supongo que podría dedicarse a rondar por los pasillos de Viñedos Hawthorn como un fantasma, haciendo sonar sus propias cadenas y asustando a los niños por las ventanas.

Solté una risita que terminó en un suspiro.

—¿Sabe por qué no lo tuteo? ¿Por qué siempre le llamo «señor»?

Sacudí la cabeza.

—Es un recordatorio de que es digno de mi respeto y que siempre lo ha sido.

—Gracias, Walter —repuse, atragantándome de gratitud porque hubiera formado parte de mi vida.

—¿Qué le dice su corazón?

Bajé la mirada, pensando en el anillo que había encontrado en el cajón. «Mi dragón. Mi amor». No sabía qué creer. Me había dicho «te amo» y, sin embargo, la había echado. La había llamado mentirosa, manipuladora, la había acusado de una forma irracional, sin darle la oportunidad de explicar con más detalle lo ocurrido. Sin embargo, si estaba dispuesto a creerla, de aceptar que verme en el banco aquel día había sido una cuestión de azar, ¿podía culparla por no haberme dicho que su padre era responsable de la dureza de mi sentencia? ¿No habría desconfiado también de ella? ¿Acaso no habíamos decidido que nuestra relación sería solo temporal? Si realmente escuchaba a mi corazón como Walter estaba sugiriendo, ¿no me diría que Kira había decidido que compartir el dinero conmigo era una forma de compensar la injusticia que su padre había cometido en mi caso? Como si eso hubiera sido culpa de ella.

Desde el momento en que la conocí, ella luchó contra mí con uñas y dientes. No me había hecho sentir inferior, sino mejor. Me había hecho sentir esperanza y alegría. La fiesta, su disfraz, todo me decía que creía en mí, que quería que los demás —y yo mismo— me vieran con buenos ojos. Había visto mi pena y me lo había dicho de mil formas diferentes.

¡Oh, Dios! Lo que sabía era que la verdad fluía por mis venas como caliente lava de culpa fundida. Había sufrido una pérdida ese día y estaba predispuesto a creer que todos aquellos en los que confiaba acabarían fallándome. Verla con Cooper y después escuchar su confesión había sido la confirmación de mis temores. Por alguna enfermiza razón, quería creer lo peor de ella. Kira era como una luz intensamente brillante y yo había vivido durante muchísimo tiempo en una oscuridad helada. Era como si mi alma se hubiera asomado, desesperada por sentir el calor de su amor y, sin embargo, tuviera tanto miedo de la agonía de volver a verse recluida en las sombras que cuando ella inevitablemente me dejara, se llevara con ella la luz del sol. Así que ante la primera duda, me aparté de ella antes de que fuera Kira la que se alejara. No había estado dispuesto a creer que me quería, incluso a pesar de que me lo había dicho y de que me lo había demostrado una y otra vez. Sí, me había comportado de una forma ridícula e irracional... Fría y cruel. Había caído tan bajo como para utilizar sus inseguridades más profundas en su contra. Era una chica hermosa y tierna de veintidós años y yo había visto cómo su espíritu se quebraba ante mí, su brillante luz, que yo tanto amaba, se había oscurecido ante mis ojos. Me sentí atormentado. La había echado sin que tuviera un centavo a su nombre. ¡Dios!, por lo que sabía, podía haber estado durmiendo en el maldito coche. No era de extrañar que hubiera ido a ver a Cooper. ¿Qué opciones le quedaban? La

vergüenza y el odio por mí mismo me desgarraron con una intensidad que casi me dejó sin aliento.

Cuando había llegado el momento de elegir si tenía que confiar en ella o apartarla, la había empujado lejos de mí .

«Ríndete, muchacho».

Solo que al final no lo había hecho. No por completo. Le había fallado. Me había fallado a mí mismo.

En ese momento se me ocurrió algo que me dejó sin aliento. Podía estar embarazada. Habíamos hecho el amor dos veces sin utilizar ningún tipo de protección.

—La alejé —confesé con tristeza—. Le dije cosas muy crueles y sin corazón. Aunque yo... Ella nunca me perdonará. Ni siquiera sé si puedo perdonarme a mí mismo. No hay esperanza.

Walter, el hombre que había sido mi héroe una y otra vez, me miró en silencio durante unos momentos antes de cerrar sus ojos cansados. Me levanté y salí de la habitación para que pudiera dormir un poco.

—Pienso que sí que la hay —dijo débilmente—. Donde hay amor verdadero, siempre hay esperanza.

Cuando llegué a casa, por la tarde, los hombres de Harley habían terminado la parte más difícil del trabajo en los viñedos. Bajé y los saludé a todos con intención de poner a Harley al día sobre el pronóstico de Walter. Su estado era bueno. Había que operarlo, pero el médico nos aseguró que el procedimiento quirúrgico era sencillo, y contaba con que Walter volviera a casa en pocos días. Pero no encontré a Harley allí; uno de los chicos me dijo que se había ausentado un rato y que regresaría al final del día.

Regresé a casa para ducharme y reunirme con ellos en las instalaciones donde se elaboraba el vino. Allí, José supervisaba el uso del equipo. Estaba cansadísimo, pero no podía exigirles a los hombres que continuaran trabajando si yo no daba ejemplo. Ya dormiría más tarde. Y quizá, mientras me esforzaba, se me ocurriría algo para volver a recuperar a mi mujer. Bien sabía Dios que en ese momento la única salida que veía era arrodillarme a sus pies y pedirle que me perdonara.

Después de ducharme, fui a la cocina para prepararme un café. Encendí la televisión mientras esperaba que se hiciera y me quedé paralizado al ver la cara de Cooper Stratton en la pantalla. Cogí el mando a distancia de la encimera y subí el volumen a ciegas. El locutor estaba en mitad de una frase cuando por fin lo conseguí.

—«... parece ser que este impactante vídeo fue filmado por una prostituta que grabó al juez Cooper Stratton en una habitación del hotel Palace durante una cena benéfica que tuvo lugar hace dos días. La cámara oculta captó al juez Stratton, en un estado supuestamente ebrio, presumiendo de aceptar sobornos para manipular los resultados de los casos y otras actividades corruptas. Se ha abierto una investigación, pero los detalles están bajo secreto de sumario. Sin embargo, el juez Stratton se jactó varias veces en el vídeo de su alianza con el exalcalde de San Francisco Frank Dallaire, afirmaciones que el señor Dallaire niega con vehemencia en estos mismos momentos. Algunos recordarán el compromiso que Cooper Stratton mantuvo con la hija del alcalde Dallaire, Kira Dallaire, que terminó de una forma muy escandalosa. —La sorpresa era tan brutal que apoyé las manos en la encimera para sostenerme. El locutor continuó—: Esta historia pone de relieve la profunda preocupación del contribuyente sobre la corrupción política. Como votantes y ciudadanos, a todos nos gusta pensar que las personas que ocupan posiciones de poder no ponen precio a su influencia, pero este caso parece estar levantando las sospechas y ha abierto una discusión sobre la política actual. Veamos el vídeo una vez más».

La filmación empezaba cuando alguien se sentaba encima de Cooper Stratton, que yacía en la cama vestido de esmoquin. Él se reía mientras discutía precisamente lo que había dicho el locutor. Me puse tenso, hirviendo de ira, mientras la incredulidad me atenazaba las entrañas al escuchar cómo presumía de

haber arruinado vidas casualmente, primero como fiscal y ahora como juez. No era de extrañar que Frank Dallaire hubiera estado tan dispuesto a protegerlo cuando Kira lo había pillado con las prostitutas. Le había hecho el trabajo sucio durante años... y ella no lo había sospechado. Tragué saliva, concentrándome de nuevo en el vídeo. La chica que usaba la cámara se rio, provocándolo. Le acarició el ego diciéndole lo mucho que la excitaba su poder. Cuando se inclinó un poco hacia delante para desatarle la pajarita, vi que las puntas del pelo aparecían momentáneamente en pantalla. «Es de color rosa». Sacudí la cabeza de arriba abajo. No podía ser. Entrecerré los ojos cuando la persona que manejaba la cámara se excusaba para ir al cuarto de baño y luego la imagen se convertía en un rápido paseo por lo que parecía una gala benéfica. Había risas, charlas y estrépito de platos de fondo. Me acerqué todavía más al televisor y vi al fondo un invitado de esmoquin, fue solo de refilón, pero se parecía de una manera muy sospechosa a Harley. Y... ¡Santo Dios!, había otra persona en esa gala que me resultaba familiar. Estaba de perfil, pero supe sin sombra de duda que era mi madrastra, Jessica Hawthorn. ¿Qué cojones estaba pasando allí?

—¡Charlotte! —grité, recordando de repente que estaba en el hospital—. ¡Mierda! —José no respondía al teléfono, así que bajé a los viñedos, donde le informé con rapidez de que estaría de vuelta tan pronto como fuera posible.

—Lo tengo todo bajo control, jefe —respondió cuando yo estaba ya a medio camino de la puerta. Corrí hacia la casa, metí un par de cosas en una mochila y me subí a la *pickup* en cuanto salí por la puerta. «¡Santo Dios!». ¿Cómo había ocurrido eso? Mi mente daba vueltas. Sabía lo que había pasado. Mi pequeña y dulce brujita. Se había puesto en peligro por mí. ¿Sería por eso por lo que había estado con Cooper en Napa? La había tratado con suma crueldad ese día cuando ella lo había hecho para ayudarme, por nosotros. Por eso estaban involucrados Harley y Priscilla; lo sabía, me lo decían las entrañas.

Pero, aun así, necesitaba respuestas. Las preguntas rebotaban en mi cerebro una tras otra. Y sabía dónde podía encontrarlas.

Mientras conducía, pasaban por mi mente un montón de imágenes de Kira: rodando hacia mí en la cama, la luz de la mañana incidiendo en su cara mientras me miraba somnolienta con los ojos verdes entreabiertos, los labios curvados en una suave sonrisa mientras me tendía los brazos. La recordé con Sugie entre los brazos... «Lo que más necesita es amor —le había dicho a Vanessa—. Lo único que puede dolerle es el rechazo». Cerré los ojos con fuerza durante un momento cuando un intenso dolor irradió desde el centro de mi pecho. La recordé cuando había saltado del árbol, de pie encima del tractor como si fuera una bailarina, deslizándose por la barandilla con una mirada de descarada alegría; y sí, aquel día había ganado ella. La vi caminando hacia mí en el laberinto, tendiéndome la mano. Esa noche, bajo la luz de la luna, me había salvado. Y cuando llegó el momento, no había sido lo suficientemente fuerte para salvarla. Dejé escapar un hondo suspiro, permitiendo que todas aquellas imágenes fluyeran en mi mente, en mi corazón. La recordé arrodillada junto a mí en la bodega, con una mirada de ternura y amor en su rostro. «Si lo permites, el dolor deja más espacio en tu interior para el amor. Y el amor que llevamos dentro nos hace sentir fuertes cuando nada más puede conseguirlo». ¡Dios! Eso era lo que ella había hecho. Había dejado que todos esos espacios vacíos en su interior se llenaran de amor. Y cuando había pasado lo peor, yo había sido demasiado estúpido y cobarde, y había estado demasiado inseguro de mí mismo para permitir que ella me enseñara cómo enfrentarme a eso.

Me había enamorado por completo de una brujita encantadora, una radiante chica de ojos como esmeraldas y una melena salvaje e indómita como ella. Kira, mi esposa, era un espíritu tan brillante como el sol que poseía un corazón tan tierno como un corderito recién nacido. Era la dueña de mi corazón y mi alma, y lo sería hasta que exhalara su último aliento. Estaba preparado. Estaba dispuesto a rendirme por completo, hasta el final, pasara lo que pasara. Solo esperaba que no fuera demasiado tarde.

«Por favor, que no sea demasiado tarde».

La mujer que me abrió la puerta llevaba un uniforme de doncella. Me condujo hasta una salita de visitas y me dejó allí, diciéndome que iba a ver si Jessica estaba disponible. Asentí con la cabeza, pero decidí no sentarme en el impoluto sofá blanco.

Unos minutos después, mi madrastra se deslizó en el interior de la habitación, perfectamente peinada, con cada mechón de pelo rubio en su lugar como yo recordaba.

—Grayson... —me saludó, deteniéndose junto a la puerta. Tras una breve pausa, se dirigió hacia el mueble bar que había en la pared del fondo—. ¿Te apetece un cóctel? Son ya las cinco en algún lugar, ¿verdad? Dios mío, no hay más que chismes políticos en la ciudad, ¿no crees? —Era la confirmación de que había formado parte de lo que le había ocurrido a Cooper Stratton.

—Estabas allí. —Fui directo al grano.

Se sirvió una copa de vino antes de darse la vuelta para mirarme con una expresión interrogativa. Negué con la cabeza. Ella tomó un sorbo antes de responder.

—Sí, estaba allí. ¿Quién crees que pagó los dos mil quinientos dólares que costaba el plato?

La miré con recelo.

—¿Por quién pagaste? ¿Por Harley y Priscilla?

Tomó otro sorbo de vino.

—Y por mí. Decidí que era una buena causa. ¿De verdad no sabías nada al respecto?

—No.

Movió la cabeza, asintiendo.

—Tu esposa vino a verme la semana pasada. Al parecer, ese tipo, Cooper, estaba involucrado en algo que te estaba provocando problemas. Me contó que conocía cuál era su punto débil y había planeado hacerle fotos in fraganti para chantajearlo a él y, de paso, a su padre.

Emití un silbido. «Kira». Iba a besarla hasta dejarla sin sentido antes de estrangularla. Se le había ocurrido chantajearlo con fotos guarras. De todas las cosas idiotas que se le podían ocurrir...

—Por lo que pude ver, consiguieron más de lo que esperaban. Incluso en Washington hablan de esto. Los fraudes gubernamentales están hoy en boca de toda América.

Me hundí en el sofá.

—¿El plan era solo hacer fotos?

Se encogió de hombros.

—Al menos que me mintiera. Solo me preguntó si quería financiarlo.

—¿Y por qué lo hiciste? —pregunté, pensando en todas las crueldades que me había dicho, pensando en todas las veces que había visto cómo mi padre me castigaba solo por existir.

Se dio la vuelta y miró por la ventana mientras bebía el vino.

—He tenido tiempo para considerar la situación desde que Ford murió. —Se giró hacia mí, dejando la copa en la mesita auxiliar—. Podría... Debería haberme esforzado más contigo. Estaba amargada y dolida, además... —Agitó la mano—. Bueno, estoy segura de que no te interesa saberlo y, francamente, no quiero hablar del tema. Pero cuando me pidieron ayuda, pensé que te lo debía. Es evidente que tu esposa te quiere mucho, Grayson. —Me miró como si me viera por primera vez.

Me quedé de piedra. Mientras respetaba su silencio, se dirigió a un pequeño escritorio que había en un rincón y sacó algo del cajón superior.

—Te iba a enviar esto, pero ya que estás aquí... —Me lo tendió y lo cogí al tiempo que bajaba la vista. Era un cheque por doscientos cincuenta mil dólares.

—¿Qué es esto? —le exigí, mirándola.

—Es parte del patrimonio de tu padre. Espero que cubra parte de los daños que provocó en los viñedos antes de morir. —«Lo sabía. Sabía lo que él había hecho».

—¿Y si no quiero tu dinero?

—Entonces te equivocarías, serías tan tonto como lo fui yo. Tómallo, soluciona tu vida, Grayson, esté donde esté. Acéptalo y sé feliz.

—Es que...

—¿Siguen floreciendo todavía las rosas y las flores de espino? —preguntó.

—¿Qué? Sí.

Asintió con la cabeza. Su expresión mostró algo que parecía tristeza o, quizá, arrepentimiento. Luego fue hacia la puerta.

—Bien, me alegro de oírlo —repuso—. ¿Puedes encontrar la salida solo?

—Sí —replique. Confusión, sorpresa, esperanza y un centenar de emociones más que no pude identificar en ese momento inundaron mi pecho. Doblé el cheque y lo metí en la cartera antes de salir de casa de mi madrastra.

La cabeza me daba vueltas. Solo Kira podía ablandar un corazón como el de Jessica. «Solo Kira». ¡Dios, solo ella!

Tenía que encontrar a mi esposa, y no iba a parar hasta conseguirlo. Iba a arrastrarme delante de ella de tal manera que iba a darle un nuevo significado a esa palabra.

Kira

—Ahí lo tienes, es la viva definición de lamentable —dijo Kimberly, colocándose a mi lado para mirar por la ventana.

La lluvia tamborileaba contra los cristales del apartamento de Sharon, donde me había alojado durante las dos últimas semanas. Había un hombre sentado en el escalón inferior. Un hombre empapado hasta los huesos y con el cabello oscuro pegado a la cabeza. Mi marido. Y llevaba unas alas de dragón.

—¿Te vas a compadecer de él o no? —preguntó Kimberly, volviéndose hacia mí con los brazos cruzados. Al saber que Sharon estaba en el centro de acogida y que yo estaba sola, había venido precipitadamente después de que Grayson se hubiera presentado en su apartamento pidiéndole que le dijera dónde estaba. Ella le había perdonado, pero yo no estaba tan segura de que pudiera. Grayson se había pasado veinte minutos golpeando la puerta mientras me llamaba. Cuando comenzó a llover, estaba segura de que se iría. Me había equivocado; se había sentado en los escalones del porche como si estuviera dispuesto a convertirlos en su nuevo hogar.

Sacudí la cabeza con pesar.

—No puedo, Kimberly. Sería mirarlo y desmoronarme. Si supieras lo que me dijo... Lo que puede haber hecho... No puedo rendirme a él. —Grayson conocía mi talón de Aquiles y había usado ese conocimiento con crueldad. «Desde que te has marchado, he llegado a la conclusión de que me gusta mucho más la variedad que permanecer fiel a los votos matrimoniales. Lo he comprobado recientemente. Tú no estabas mal, pero desde entonces, las he tenido mejores». Sentí un agudo y doloroso pinchazo en el corazón al recordar sus palabras. Me aparté de la ventana para no tener que mirarlo—. Además, está lo que hice. Lo que planifiqué y...

—Sí, se te ocurrió la peor idea del mundo. Tuviste suerte de que no me la contaras antes de ponerla en práctica, porque te habría atado de inmediato y no podrías haberla llevado a cabo. Pero, por otro lado, Kira, es muy posible que hayas desenmascarado a las dos figuras políticas más corruptas de la historia reciente, que hubieran acabado arruinando más vidas. Estoy orgullosa de ti.

Emití un largo suspiro.

—Fue Priscilla la que hizo el trabajo duro. De todas formas, Grayson no va a verlo así...

—Bueno, lo mismo que el resto del país, ya sabe lo que ocurrió y también que fue un plan tuyo. Y todavía sigue ahí sentado como un empapado y patético... pájaro o algo así.

—Dragón —la corregí con tristeza—. Y puede que solo quiera estrangularme. ¿Qué te dijo exactamente cuando fue a tu apartamento?

—Lo que necesitaba escuchar —me dijo con suavidad. «Algo que, obviamente, la había hecho ablandarse lo suficiente como para darle la dirección en la que yo me encontraba». Sentí que mi voluntad cedía un poco.

Las dos nos quedamos paralizadas cuando escuchamos un enorme estrépito en alguna parte del dúplex de Sharon. Contuve la respiración con los ojos muy abiertos. De repente, el gemido chirriante de una vieja ventana llenó el silencio.

—Está entrando alguien... —susurró Kimberly—. Mi teléfono está en el piso de abajo. —Las dos corrimos hacia el pasillo y emitimos sendos grititos cuando echamos un vistazo por la puerta abierta de la habitación del fondo del pasillo y vimos que alguien entraba por la ventana. Estaba enredado en el marco con... las alas. Me detuve y solté un estridente suspiro de alivio.

—Grayson —susurré, atravesando la puerta de la habitación.

—¿Cómo? —gritó Kimberly, deteniéndose justo detrás de mí cuando él atravesó por fin el hueco y aterrizó en el suelo con un golpe seco. Lo vi gemir mientras se frotaba el brazo al tiempo que se arrodillaba.

Cuando me vio allí de pie, inmóvil, se levantó.

—Kira —soltó con la voz ronca mientras se formaba un charco a sus pies. La llama de anhelo que vi en sus ojos oscuros hizo que se me encogiera el estómago.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, recorriéndolo con los ojos de arriba abajo. La camiseta de color azul grisáceo se pegaba a su pecho, mostrando cada músculo y depresión, y los vaqueros se ceñían a sus fuertes muslos. Tragué saliva. A pesar de estar empapado y que las alas colgaban sin vida a su espalda, estaba increíblemente guapo.

Se pasó la mano por el pelo, retirándolo de la frente. Se pasó algo por el pecho, y giré la cabeza al darme cuenta de que Kimberly le había lanzado una toalla.

—Yo... Er... Estaré abajo —dijo ella. Asentí apretando los labios antes de volver a mirar a Grayson, que estaba pasándose la toalla por la cabeza. Se quitó las alas para poder frotar la camiseta con la toalla y luego se la pasó por las piernas hasta secar el charco que había a sus pies. Seguí con los ojos cada uno de sus movimientos.

Cuando se incorporó en toda su altura, nos miramos el uno al otro durante unos tensos minutos.

—Mientras estaba sentado ahí abajo, bajo la lluvia —dijo por fin con ternura—, pensé para mis adentros: «¿Qué haría Kira en esta situación? Porque haría algo. Tendría un plan. No es justo que me quede aquí sentado esperando a que todo se arregle. Ella se armaría de valor y, aunque fuera difícil, aunque hubiera perdido toda esperanza, intentaría algo». Y me dije que tenía que ser tan valiente como tú. «¡Oh, vaya!».

Cambié el peso de pie intentando no derrumbarme.

—¿Por eso has escalado la fachada y has roto una ventana en casa de Sharon?

Se encogió de hombros al tiempo que esbozaba una sonrisa de medio lado.

—El allanamiento de morada es lo único que se me ha ocurrido. —Se aclaró la garganta—. Bueno, de hecho es mi plan B. Al principio, mi plan no era tan bueno. Iba a darte una conferencia sobre lo peligroso que es lo que has hecho y a darte algunas sugerencias sobre... tus impulsivas ideas. Por lo tanto... —metió una mano en el bolsillo y sacó un pedazo de papel húmedo doblado—, hice una lista con los pros y los contras. —Solté algo que era mitad risa mitad resoplido, y él me lanzó una mirada de esperanza mientras desdoblaba el papel con cuidado para no romperlo—. Escribí sobre tu espíritu, tu compasión y tu amabilidad. Pero también sobre la forma en que me vuelves loco y me llevas al límite de la cordura. —Volvió la nota para uno y otro lado—. Pero al final, no podía recordar cuáles eran contras y cuáles pros, porque todo lo que anoté me parecía bien y no quería cambiarte nada.

—Oh —jadeé, aferrándome como podía a la promesa de no desmoronarme—. Bueno —dije al tiempo que cruzaba los brazos sobre el pecho—, entonces supongo que ha funcionado el plan B. Así que no debía de ser tan malo si ha conseguido su propósito. —Aparté la vista de él y me mordisqueé el labio—. Pero ¿qué era lo que querías conseguir? Ahora que ya estás delante de mí, ¿qué es lo que quieres, Grayson? —Me aclaré la garganta, porque sabía la forma en que se me quebraba la voz al decir su nombre, presa como estaba de aquellas inestables emociones y de la subyacente esperanza que me resultaba tan difícil

negar.

—Quiero decirte lo que debería haberte dicho aquel día en mi despacho si hubiera sido lo suficientemente valiente, lo suficientemente fuerte. Quiero que sepas que confío en ti, que te amo, que no quiero vivir sin ti. Y espero que me perdones por alejarte de mí, por decirte todas esas cosas tan crueles, por mentir, y espero... espero de corazón que puedas llegar a perdonarme. Lo siento, lo siento mucho... —Su voz mostraba un profundo dolor que hizo que el corazón me diera un brinco dentro del pecho.

Traté de asimilar todo lo que acababa de decirme, pero mi mente se aferraba de forma obstinada a dos palabras en particular.

—¿Me amas? —pregunté, esperando la respuesta casi sin aliento.

Di un paso hacia él, pero levantó la mano, deteniéndome en seco. Parpadeé. Y, al momento, se me llenaron los ojos de lágrimas al entender su propósito. «Quería ser él quien viniera a mí». Así lo hizo, hasta detenerse a pocos pasos de donde yo estaba. Una sonrisa temblorosa me curvó las comisuras de los labios.

—Sí —aseguró—. Te amo tanto que sin ti me siento como una cáscara vacía.

Me mordí el labio tembloroso.

—¿Y todas esas cosas que me dijiste sobre estar con otras...? —Mi voz se apagó al recordar el brutal dolor que había sentido en ese momento. Me quedé sin palabras.

—No —intervino con la voz ronca—. ¡Dios, no! Si dije esas cosas fue porque sabía que te harían sentir tanto dolor como el que sentía yo. —Cerró los ojos mientras una expresión de vergüenza se apoderaba de sus rasgos—. He sido y siempre te seré fiel. En cuerpo, pero también en corazón y alma. Hice una promesa, y es mi intención vivir por ella.

Sonreí sin aliento, jadeante, tratando de contener un sollozo mientras sentía una repentina debilidad por el alivio.

—Yo también te he sido fiel. Ese día en Napa, estaba con Cooper porque era parte del plan, y él pensaba que yo seguía viviendo allí. Tenía que averiguar a qué eventos asistiría. Después de eso, iba a presentarle mis excusas. No salí con él esa noche ni ninguna otra.

Él cerró los ojos durante un momento.

—Lamento haber dudado de ti.

Sacudí la cabeza.

—Las circunstancias eran horribles, lo sé. Tengo que explicártelo todo, pero...

—Estuve fatal. Mucho peor que mal.

Me llevé los dedos a los labios, hipando mientras lo miraba.

—Estabas dolido.

Asintió con una expresión de dolor y culpa.

—Estaba segura de que ibas a enviarme los papeles del divorcio. ¿No aceptaste el dinero de mi padre?

Lo negó con la cabeza.

—No, no lo hice. Prefiero morirme de hambre.

Bajé la mirada.

—Bueno, es una actitud conveniente, porque es probable que nos ocurra. No sé cuánto tiempo tardaremos en conseguir que desbloqueen las cuentas con el dinero de mi abuela, ni si mi padre continuará presionando en ello. Podría...

—Da la casualidad de que Jessica Hawthorn estaba interesada en invertir en los viñedos de la familia.

Alcé la cabeza, mirándolo presa de la confusión.

—¿En serio? —La había conocido de forma apresurada cuando le pedí el dinero para financiar mi plan, pero se había mostrado concisa y desdeñosa.

—Sí. —Sonrió, y había algo maravilloso en su sonrisa—. Además —continuó—, quiero que sepas que había admitido lo que siento por ti y que he actuado como un completo idiota antes de enterarme de lo que has hecho por mí, por nosotros... —hizo una pausa— con todo lo extravagante que fue. —Parecía que no podía evitar añadirlo.

Tragué saliva, pero mi sonrisa se desvaneció mientras bajaba la vista.

—Lo planeé a fondo... —Lo miré a los ojos—. Tenía que hacerlo, Grayson. No sabía si ibas a coger o no el dinero de mi padre, pero de todas formas él habría arruinado tu nombre y tu reputación, con todos los avances que habíamos hecho, aceptaras o no su ofrecimiento. Y todo era por mi culpa. Tenía que solucionarlo. Tenía que intentarlo al menos. —Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Dio un paso hacia mí con una tierna sonrisa en su rostro.

—Lo sé, brujita. Pero tenemos mucho que hablar sobre ese tema. Antes quiero que sepas que me equivoqué cuando te dije que eras como tu padre o el mío. No es cierto. —Sonrió y me pasó un dedo por la mejilla—. Eres una conspiradora, sí, pero estás impulsada por el amor y tu alegría por vivir, que son tu esencia vital. No puedes hacer ninguna maldad, Kira, porque no hay nada malo en ti.

El alivio y la felicidad fluyeron por mis venas. Moví la cabeza.

—No voy a hacer ningún plan más —insistí—. Es decir..., a menos que sea algo muy, muy importante. —Miré a un lado—. O bueno, a menos que...

Me interrumpí y lo miré al oír el suave sonido de su risa.

—Vale, vale —dijo bajito con una tierna mirada de diversión—. Te amo, Kira. No dejaré de decírtelo nunca. Estoy avisado y no me importará enfrentarme a las espinas. Por ti, no me importará que se me claven.

—Eso suena doloroso —suspiré.

Se rio.

—Es solo una metáfora. De Charlotte —me explicó.

¡Oh, sí, Charlotte! Me había llamado interesándose por mí todos los días, aunque no le había confiado mi última idea hasta que todo terminó y enviamos el vídeo a los medios de comunicación. Entonces, siguió ofreciéndome sus sabios consejos y sus palabras de consuelo, así como su amor maternal.

—Las rosas —dije—. Yo también tengo una.

Sus labios se curvaron de alegría como los de un niño mientras se retiraba un mechón de pelo de la cara.

—Me gustaría haber sido lo suficientemente listo para aceptar todos sus consejos —confesó con expresión triste—. Podríamos habernos evitado las últimas semanas.

Me sentí embargada de emoción. Me cayó una lágrima por la mejilla, pero Grayson utilizó el pulgar para secarla. Capté un destello plateado y le miré la mano con atención.

—¿Has encontrado el anillo? —jadeé.

—Sí —repuso—. Y si todavía me lo merezco, no me lo quitaré jamás.

—Sí, es tuyo —reconocí con un susurro—. Lo siento. Lamento haber guardado en secreto la intervención que tuvo mi padre en tu caso. Jamás quise hacerte daño. Yo también te amo. Jamás he dejado de hacerlo y nunca lo haré. Mi dragón.

Una expresión de puro alivio recorrió sus rasgos.

—¿Puedo abrazarte? —preguntó con la voz ronca.

Moví vigorosamente la cabeza, asintiendo, y dejé que me estrechara contra su cuerpo. Sentí que sonreía contra mi frente antes de frotar su áspera mandíbula contra mi piel.

—Ven conmigo a casa, Kira —susurró—. Vuelve, por favor. Te demostraré que puedo ser el marido que te mereces.

Asentí contra su pecho, inhalado el delicioso aroma a lluvia en la piel de mi marido.

«Mi marido, que me amaba y quería que regresara a casa con él». De repente, me sentí inundada por la tristeza, el dolor y el miedo de las últimas semanas y contuve un sollozo, apretando la cabeza contra su torso. Me apretó entre sus brazos antes de frotar la mejilla contra mi cabeza.

—Por favor, no llores, Kira —susurró—. No quiero volver a ser la causa de tus lágrimas.

Asentí moviendo la cabeza y me aferré a su camiseta al tiempo que miraba su expresión, que rebosaba amor y ternura.

Me cogió la cara entre las manos cuando se inclinó para besarme la boca. Le devolví el beso con avidez, recreándome en su sabor, en la sensación de sentir sus labios sobre los míos. «Cuánto lo había echado de menos...». Se apartó para besar las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas, haciéndome sentir su cálido aliento en la piel. Busqué su boca nuevamente para besarlo sin pausa, una y otra vez, saboreando la salada esencia de mis lágrimas en sus labios. Los dos jadeábamos cuando finalmente dejé de llorar.

Cuando retiró su boca de la mía, sus ojos se deslizaron por mi cara.

—Podrías estar embarazada —susurró.

Parpadeé antes de negarlo con la cabeza.

—No lo estoy —aseguré, recordando el día que, una semana antes, me había llegado el período. Me había sentido aliviada en parte, pero sobre todo me había invadido una honda decepción—. Había pensado que incluso aunque tú no me quisieras —confesé a Grayson—, por lo menos tendría una pequeña parte de ti para siempre.

—Kira —susurró con la voz ronca, tirando de mí hacia sus brazos para estrecharme con fuerza.

Cuando levanté la vista, mis ojos se encontraron con los suyos.

—Llévame a casa —dije con sencillez.

Después de acercarnos al coche de Kimberly y abrazarla para despedirme de ella, Grayson llevó mi maleta a la *pickup* para regresar a casa. «A casa». Solo de pensar en esa palabra, el corazón me daba saltos de alegría.

Mi coche se quedaría allí al menos un día más. En ese momento, no podía soportar estar separada de mi marido ni siquiera una hora.

Pasamos el viaje poniéndonos al día en todo lo que nos había ocurrido desde que nos separamos.

Grayson me escuchó mientras le explicaba el plan que incluía a Harley y Priscilla, y noté que se aferraba al volante hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

—No sé si mataros a los tres o levantar un santuario a vuestro valor —dijo apretando los dientes.

—Personalmente me encanta la idea del santuario. Es decir, si estás dispuesto a hacer algunos votos. — Esbocé mi sonrisa más brillante.

Sus ojos se cruzaron con los míos antes de que me devolviera la sonrisa, pero luego se rio por lo bajo.

—Ese maldito hoyuelo tuyo te ha salvado. —Me reí, moviendo las pestañas—. Creo que Harley merece un ascenso —comentó—. Es evidente que está dotado para hacer malabares. No solo te ayudó a ti, además organizó que una cuadrilla de hombres viniera a trabajar en los viñedos a pesar de que no podía pagarles en ese momento.

—Lo sé. —Sonreí—. Charlotte me lo dijo.

Me miró y arqueó una ceja.

—¿Es que yo era la única persona que no se enteraba de nada? Al parecer, todo el mundo sabía lo que pasaba menos yo.

Le puse la mano en el brazo.

—No lo haré nunca más —dije—. A partir de ahora, te incluiré en todos mis planes.

—Se supone que no vas a planear nada más —me recordó.

Me mordisqueé el labio.

—Cierto...

Dejó caer la cabeza hacia atrás y se rio.

Mientras atravesábamos las verjas de Viñedos Hawthorn, Grayson me cogió la mano y la apretó.

Al llegar a la casa, Charlotte salió con las manos apretadas contra el pecho, muy feliz. Nos acercamos a ella cuando bajó los escalones, entonces me rodeó con sus brazos y me abrazó con tanta fuerza que me reí, luchando por respirar.

—¿Cómo está Walter? —pregunté.

—Está muy bien. Le darán el alta mañana —me explicó antes de estrecharme de nuevo. Me sentía agradecida y satisfecha. Estaba en casa.

«Por fin... —susurró mi corazón—. Por fin».

Harley, Virgil, José y varios hombres que no conocía se aproximaban desde los viñedos. Al parecer, habían terminado el trabajo del día. Se reían y bromeaban mientras se acercaban. Sugie corría detrás de ellos, ladrando con entusiasmo. Por un momento, el tiempo se ralentizó mientras sonreía: mi familia. Un grupo de inadaptados y perdedores que, juntos, habían devuelto un viñedo a la vida y habían desenmascarado a dos corruptos muy poderosos.

—Oye, Harley —gritó Grayson—. Llama a tu mujer. Tiene que venir a cenar. Tengo que hacer algunos brindis por ella.

Harley sonrió.

—Ahora mismo, colega.

Esa noche, decidimos no ver las noticias. El mundo podía esperar. Después de disfrutar una cena en familia llena de ruidosas carcajadas, conversaciones y muchos aplausos, Grayson y yo nos retiramos a nuestra habitación. Me hizo el amor primero con feroz rapidez y luego otra vez, con lenta dulzura. Me sentí aliviada por volver a sentirlo dentro de mi cuerpo. Mientras yacía después entre sus brazos, estaba inundada de felicidad y amor.

—Kira —murmuré, volviéndose hacia mí—. Quiero que sepas que he hecho una nueva promesa que tengo intención de mantener durante el resto de mi vida.

—¿Cuál? —susurré, notando la importancia que iban a tener sus palabras.

Me volvió la cara hacia él.

—Estamos casados, habrá momentos en los que no estemos de acuerdo y nos peharemos; sé que incluso llegaremos a cuestionar al otro. Habrá momentos en los que amarte me provoque el mayor miedo imaginable, pero mi voto es el siguiente: No importa lo que pase, nunca abandonaré la habitación hasta que hagamos las paces. —Me recorrió la cara con una expresión tierna y vulnerable en los ojos—. Y con eso no quiero decir hasta que te convenza de lo que pienso, sino que resolveremos juntos el problema que sea, no importa lo que tardemos. No quiero que vuelvas a preocuparte por si te alejo de mí. Te lo prometo de todo corazón.

Me inundó una oleada de ternura mientras le decía que sí con la cabeza.

—Hago la misma promesa.

Sonrió con suavidad.

—A veces nos encontraremos a mitad de camino, pero otras seré yo el que vaya hasta ti. Y trataré de dejar mi orgullo a un lado con todas mis fuerzas cuando sea necesario.

—Y yo también —dije por lo bajo mientras los ojos se me llenaban de lágrimas. Se inclinó para

besarme los párpados, haciendo que las lágrimas me corrieran por las mejillas. Me las secó con los labios y luego me estrechó con más fuerza, frotando la cara contra mi pelo.

Y esos votos, hechos con susurros bajo la tenue luz de la luna que entraba por la ventana del dormitorio, fueron tan auténticos como si hubieran sido consagrados en una iglesia, porque se basaban en el amor y la verdad.

EPÍLOGO

Ocho años más tarde

Grayson

—¿Qué estás haciendo exactamente, duendecillo? —pregunté, mirando a la niña de siete años que se arrastraba por la hierba. Cuando alzó la cabeza, una cascada de pelo castaño cayó por su espalda. Me miró con sus profundos ojos castaños.

—Estoy fingiendo que soy una oruga —repuso.

—Ah —dije, reprimiendo una sonrisa—. Ayer te dedicaste a fingir que eras una margarita y hoy eres una oruga.

Se acercó de rodillas y puso los brazos en jarras.

—El abuelo Walter dice que no se puede llegar a comprender a otra persona a menos que veas el mundo a través de sus ojos.

—¿Eso dice? —Sonaba muy propio de Walter, el hombre que me había enseñado todo lo que sabía sobre ser un buen padre—. Bueno, pero a lo mejor no se refería a las margaritas y a las orugas.

—Pero ¡si son mis cosas favoritas! —insistió ella—. ¡Quiero entenderlas más que a nada en el mundo!

Me reí.

—¿Y qué has descubierto hasta ahora?

—Bueno, las margaritas miran al cielo durante todo el día y ven cómo cambia. Deben de pensar que el mundo es un lugar bonito. Las orugas solo ven el suelo. —Frunció el ceño—. Deben de estar muy decepcionadas con la vida.

La cogí en brazos y me reí de su expresión seria.

—¿Sabes lo que veo yo? Una niña muy guapa con un buen corazón. Ahora dime, ¿dónde está tu hermana? Tengo que decirlo algo.

—Está jugando a disfrazarse dentro de casa. Papá, ¿has puesto otro bebé dentro de mamá?

Abrí mucho los ojos y me quedé inmóvil.

—¿Cómo lo has sabido?

—Tienes la misma expresión que cuando me dijiste que habías puesto a Celia dentro de la barriga de mamá.

—¿Y qué expresión es esa exactamente?

Se rascó el brazo con una mirada pensativa.

—No sé... Es parecida a la que pone Sugie cuando coge un palo.

Solté una carcajada, recordando el orgullo y la sorpresa que solían reflejarse en el rostro de Sugie cuando lograba hacer algo que le parecía brillante.

—Bien, pues tienes razón. Y ¿sabes qué? Es otra niña.

—¿Otra niña? —En su rostro apareció una sonrisa de oreja a oreja que dejó a la vista el agujero que había dejado el diente que acababa de caérsele y el adorable hoyuelo que había heredado de su madre—.

Somos ya muchas niñas, papá.

Sonreí.

—Sí. —La felicidad inundaba mi corazón. No parecía posible que la vida pudiera ofrecer más alegrías de las que me daba en ese momento y, sin embargo, de alguna manera, cada día parecían más. Todo gracias a una chica que tuvo la valentía de llamar a mi puerta y proponerme matrimonio. Todo gracias a que por fin había tenido el valor de entregarme por completo a mi dulce brujita y ella, a cambio, me había dado un hogar lleno de niñas con carácter que trepaban a los árboles, fingían ser orugas, me hablaban con descaro en ocasiones y me ponían en mi lugar con regularidad, recordándome a menudo que no era yo quien dictaba las reglas en mi casa y, en general, volviéndome loco.

Bajé a Isabelle y fuimos a la cabaña del bosque donde, en otros tiempos, había vivido una hermosa bruja. Allí estaba Celia, de cuatro años, disfrazada de princesa para tomar el té en la mesa diminuta que había en la salita. Hacía varios años que habíamos acondicionado la cabaña para que las niñas pudieran jugar allí.

—¡Vamos a tener una hermana! —gritó Belle.

Celia detuvo la mano, con la que sostenía un vaso de plástico, a medio camino de la boca y abrió los ojos como platos.

—Una hermana... —susurró, poniéndose en pie. Se tambaleó hasta mí con unos *stiletos* de plástico y se lanzó a mis brazos al tiempo que yo me inclinaba para cogerla—. ¡Gracias, papá! Siempre quise tener una hermana pequeña.

Sonreí al ver la felicidad que se reflejaba en su preciosa carita en forma de corazón, en sus ojos verdes brillantes y siempre llenos de travesura.

—Ya sabes que vivo para eso, para que todos vuestros deseos se hagan realidad.

Su expresión se volvió pensativa y empezó a rodearse el dedo con un mechón de pelo oscuro.

—Entonces, ¿puedo tener un poni?

Le puse el dedo en la punta de la nariz.

—Pero no para consentirte —aclaré.

—Mmm... —gruñó, pero pude ver cómo giraban los engranajes detrás de sus ojos. Ya estaba planeando la mejor manera de conseguir el poni.

Me reí. Las llevé hasta la casa grande, donde Charlotte estaba cocinando. Respiré hondo, inhalando el aroma a dulce de limón que flotaba en el aire.

—Abuelita Charlotte —la llamó Celia—. ¡Vamos a tener una hermanita!

Ella se rio y cogió a Celia en brazos mientras Isabelle le rodeaba la cintura.

—Lo sé, queridas; ya conozco esa maravillosa noticia. ¿Creéis que deberíamos celebrarla con un trozo de bizcocho de limón recién salido del horno?

—Mejor con dos —propuso Celia, ladeando la cabeza con una sonrisa.

—No, mejor uno —me reí.

Charlotte sonrió y la besó en la mejilla.

—¿Has visto a Kira? —pregunté.

—Creo que está fuera —replicó ella, dejando a Celia en el suelo—. Ve a buscarla, yo me encargo de las niñas. —Sonrió feliz, haciéndome saber con su sonrisa que estaba muy agradecida de tener una casa llena de niñas a las que consentir, mimar y amar. Y para las que hacer bizcochos.

Le guiñé el ojo y fui en busca de mi mujer. Me hacía una idea de dónde podía estar. Mientras atravesaba la terraza, miré hacia las vides lejanas con el pecho hinchado de orgullo. Ocho años antes había invertido en aquellos viñedos al borde de la ruina el dinero de Jessica y un montón de trabajo, así como un montón de amigos leales. Desde entonces, cada año había alcanzado más éxito, incluso había llegado a ganar premios con los vinos. Viñedos Hawthorn era ahora una propiedad próspera, y me sentía especialmente orgulloso de haber empleado a casi doscientas personas, muchas de las cuales eran antiguos convictos

que buscaban una segunda oportunidad, alguien que creyera en ellos. Otras bodegas de Napa habían seguido nuestro ejemplo cuando se corrió la voz de los leales y trabajadores que eran nuestros empleados.

El dinero de la abuela de Kira había sido desbloqueado al final mucho antes de que terminara el juicio que puso a Cooper Stratton tras las rejas por una larga lista de crímenes. Nunca se había llegado a probar que Frank Dallaire fuera culpable de algo ilegal, pero, como él sabía mejor que nadie, en política las apariencias lo son todo. Así que había desaparecido de la escena política y, por lo que sabíamos, no estaba relacionado con ninguna agencia gubernamental. Tampoco formaba parte de nuestra vida.

Sin embargo, por fortuna, éramos una familia unida, en la que estaban incluidos Shane y Vanessa. Tenían dos niños y nos visitaban a menudo, aunque los críos parecían siempre un poco perdidos porque nuestras niñas no tenían ninguna consideración con ellos. Siempre andaban jugándoles malas pasadas, obligándolos a disfrazarse y a participar en aventuras un poco peligrosas.

—Estaba seguro de que te encontraría aquí —dije al doblar el último recoveco del bien cuidado laberinto. Sonreía cuando me senté junto a Kira en el banco frente a la fuente. Ella se acariciaba el redondeado vientre con la mano, por lo que las esmeraldas de su anillo destellaron bajo el sol, haciéndome recordar el día que se lo puse en el dedo. Fue el momento en el que renovamos nuestros votos en una ceremonia íntima al aire libre, bajo los albaricoques que había junto a los viñedos. Había querido ofrecerle una boda de verdad, llena de amor, alegría y rodeados de la familia. Así que habíamos vuelto a casarnos.

Mi esposa sonrió, mostrándome su hoyuelo. El corazón casi me dio un vuelco.

—Es mi lugar favorito. Lo más profundo de tu madriguera. Sé que siempre me encontrarás aquí, dragón.

Me reí por lo bajo y ella me acompañó con su risa melodiosa cuando la senté en mi regazo. Me rodeó el cuello con los brazos y apretó la frente contra la mía.

—Otra niña —suspiró aliviada.

Me acarició el cuello.

—Mmm... —murmuré—. Otra mujer que me haga bailar en la palma de su mano. Es casi como si lo hubieras previsto todo.

Kira se rio.

—No, no lo he planeado, pero sí soñado. He soñado toda mi existencia con esta vida que me has dado.

—Encerró mi cara entre sus manos para besarme en los labios—. Gracias —susurró contra mi boca.

La gratitud y el amor me abrumaron, así que estreché a mi esposa todavía con más fuerza, abrazándola contra mi cuerpo al tiempo que inhalaba su dulce aroma. En ese momento supe que no volvería a pensar que no existían los milagros. Con su amor, mi hermosa brujita había transformado un lugar que había estado una vez lleno de soledad y dolor en otro lleno de alegría y sueños. Mientras permanecíamos estrechamente abrazados, los árboles, los rosales y las vides susurraron la antigua frase: «*In vino veritas*». «En el vino está la verdad».

Pero la mayor certeza que vivía en aquel pacífico silencio era la que sentía en el corazón: en el amor está la verdad.

Y la verdad que me había enseñado el amor era que solo se puede ser fuerte una vez que se es lo suficientemente valiente para romperse, y dejar que el lugar que ocupó el dolor se llene de amor en tu interior. Estaba agradecido por todo eso, porque ese era el hermoso equilibrio de la vida.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, he tenido mucha ayuda para escribir este libro.

Un enorme abrazo y todo mi agradecimiento a mi editora de argumento, Angela Smith, por ayudarme a perfeccionar esta trama hasta dejarla perfecta, por creer en esta historia, incluso a veces más que yo misma. Gracias por haber estado ahí desde la primera a la última palabra.

Un inmenso agradecimiento a la editora de desarrollo, Marion Archer. Tienes mucho talento y siempre prestas el mejor asesoramiento. Aprecio inmensamente el entusiasmo y la diligencia que has puesto en este proyecto.

Gracias también a Karen Lawson, que siempre me hace sentir que el producto final que sale a la luz está pulido con cuidado y amor. Ese es un valioso regalo para mí.

Nunca tendré suficientes palabras de agradecimiento para los lectores cero, que leyeron antes que nadie *La promesa de Grayson* y me hicieron llegar sus comentarios y sugerencias. Cat Bracht, Natasha Gentile, Michelle Finkle, Nikki Larazo, y Elena Eckmeyer (que dio al dragón y a la brujita un cariño adicional leyéndose el manuscrito dos veces, queriendo a mi dragón a pesar del fuego que echaba por la boca y a mi brujita por meterse con él hasta derretirlo).

Gracias a mi maravillosa agente, Kimberly Brower, que me sostuvo la mano a través de todo este proceso de muchas formas. Gracias por ser siempre mi apoyo. Has sido sumamente generosa con tu tiempo y atención, y siempre me has hecho sentir como si fuera tu única cliente (y tengo la sensación de que es algo que decimos todos). ¡Siempre trabajas todos los días!

Y para vosotros, mis lectores: no disfrutaría del privilegio de hacer lo que hago si no estuvierais ahí. Nunca pensaré que estáis ahí de forma incondicional. Mi amor sin fin y muchas gracias.

Gracias también a todos los blogs que reseñan y recomiendan mis libros. Mi agradecimiento es infinito.

A mi marido: casi no sé cómo darte las gracias por todo el apoyo y la ayuda que me has brindado con esta historia... La cantidad de veces que hemos hablado sobre el argumento en coches, en restaurantes, en la cama, mientras nos lavábamos los dientes, mis interminables preguntas, mi sinfín de dudas y la ingente cantidad de tiempo que perdía en mis pensamientos tratando de dar forma a estos personajes. La promesa que te hice a ti me ha dado más alegrías de las que jamás me atreví a soñar.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)